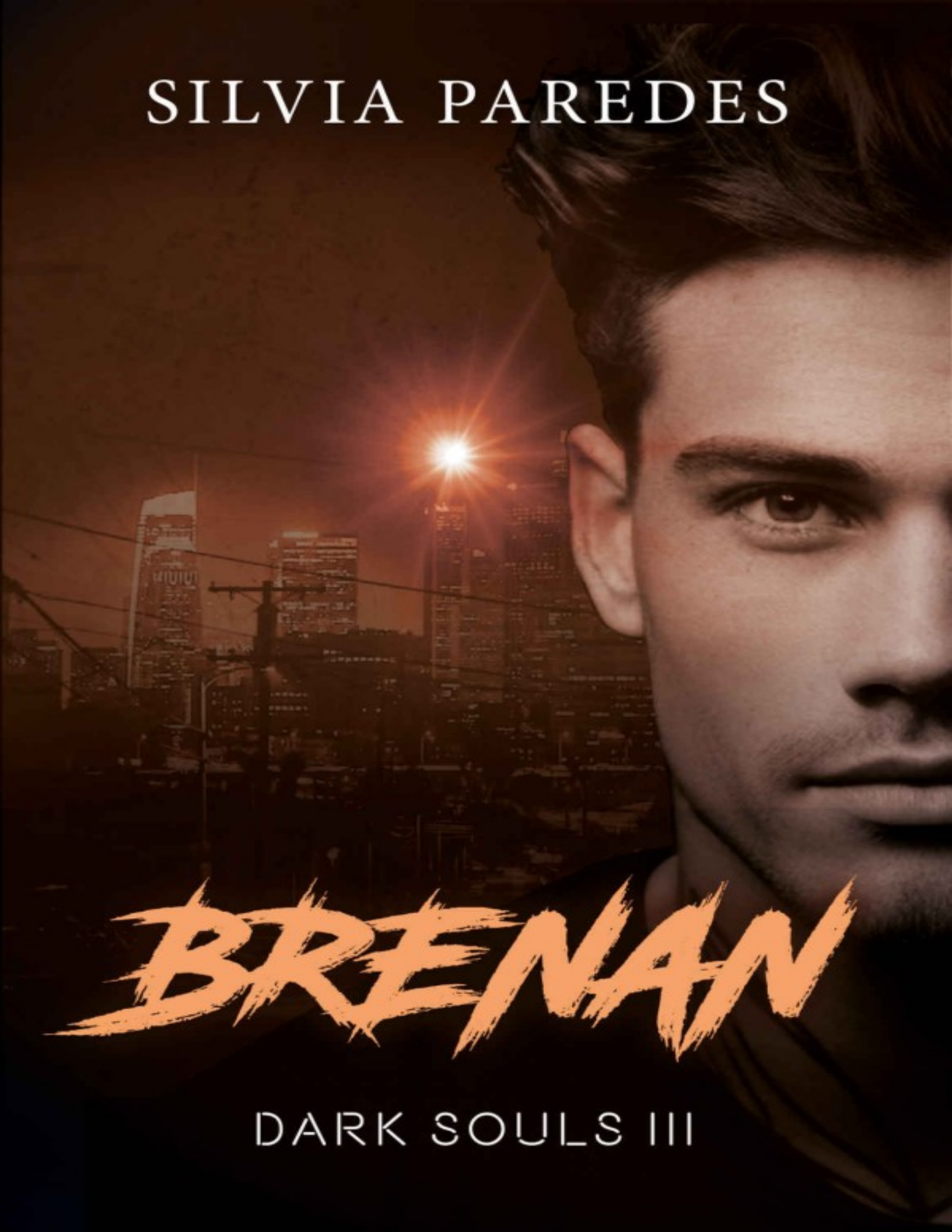
SILVIA PAREDES



BRENAN

DARK SOULS III



DARK SOULS III

SILVIA
PAREDES

© Silvia Paredes, 2025.
Diseño de cubierta: @lady_fuxia
Imágenes: freepik.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, ni total ni parcialmente, sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Todos los derechos reservados.

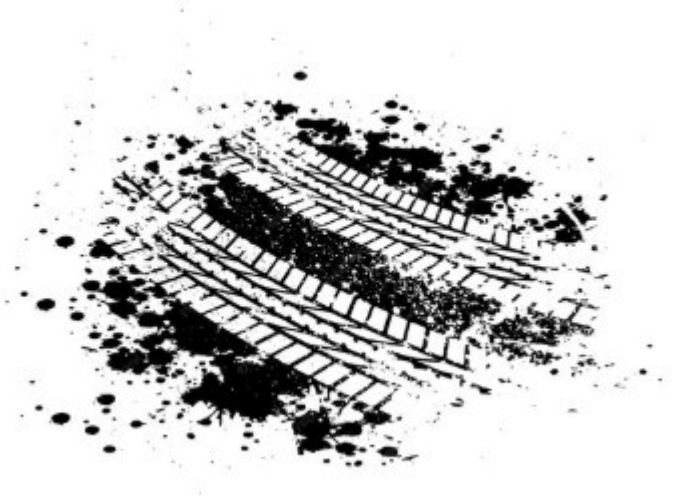
Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación de la autora o bien se usan en el marco de la ficción. Los nombres de personas reales, marcas o canciones que se encuentran a lo largo del libro se han utilizado para darle más realismo a la historia, sin ninguna otra intención.

"Hay almas a las que

uno tiene ganas de asomarse,

como a una ventana llena de sol",

Federico García Lorca.



Prólogo
Brenan

Durante toda mi vida, había crecido y aprendido a base de golpes. Y no fueron, precisamente, patadas, palos o puñetazos de esos que dejaban la piel amoratada, con dolorosas marcas que cubrías para sanar, sino golpes desgarradores, de esos que te arrancan el alma, te destrozan para siempre y sangran de por vida. Unas heridas que arderán durante el resto de mi existencia, recordándome, con cada penetrante punzada, todo lo que había tenido que vivir. Las mismas cicatrices que me convirtieron en un Brenan que tuvo que madurar antes de tiempo para sobrevivir y dejaron de lado a ese Iván esquivo y miedoso que fui en la infancia; ese que ya no existía, el que murió cuando descubrí la crueldad del mundo.

Quizá, mis hermanos creyeron que era demasiado pequeño para darme cuenta de lo que pasaba y, por eso, quisieron protegerme de lo que ocurría a nuestro alrededor, pero no puedes vivir ajeno a lo que sucede en tu entorno cuando tienes nueve años y te arrancan a tu madre de los brazos, justo cuando más la necesitas y estás aprendiendo a moverte por el mundo, y el tipo que se supone que debería protegerte paga sus frustraciones contigo,

hundiéndose día tras día en el alcohol y mostrándole el peor lado del ser humano a su hijo pequeño.

Intenté olvidar cada latigazo que me dio con el cinturón, cada bofetada que encendió mis mejillas, cada lágrima que derramé por él y cada noche que pasé acurrucado en una esquina, abrazando mis rodillas para protegerme de la oscuridad de aquel hogar, sintiéndome el verdadero y único culpable de aquella situación durante años.

Y cuando creía que las cosas no podían ir peor, ocurrió; Iago envió a Kellan a un internado, alejándolo de nosotros, tachándome de ser el único causante de ese distanciamiento porque mi hermano trató de defenderme. A partir de ahí, nuestra vida se volvió insostenible, aunque intentamos afrontarla de la mejor forma posible. Después de todo, Connor solo tenía trece años y no teníamos ningún adulto cercano que pudiera sacarnos de allí; estábamos destinados a tener que aceptar aquella tortura.

Recordaba cada segundo de los peores momentos de la convivencia con Iago; en concreto, aquel día. Llevábamos varias horas solos en casa, ya que nuestro padre estaba fuera, trabajando, como siempre, y cuando volvió, no se hizo notar; se metió en su despacho para seguir con sus papeles y sus negocios, lo único que le preocupaba por aquel entonces. Hasta que salió de allí y empezó la pesadilla…

Connor nunca fue un buen estudiante; se pasaba las tardes enganchado a la consola para evadirse del mundo real y yo… hacía lo que podía, la verdad. No me gustaba estudiar, pero soñaba con salir de allí, con dejar esa casa atrás; por eso, estaba centrado en mis deberes cuando apareció.

—¡¿Qué te crees que es esto?! —voceó mi padre al salir del despacho, andando por el pasillo mientras hablaba por teléfono—. ¿Un puto cajero automático? ¡Quiero mi dinero! ¡Y lo quiero ya! Y si no, ya sabes lo que tienes que hacer con ese gilipollas —sentenció, furioso, antes de colgar.

Su tono logró erizar cada poro de mi piel desde lejos y en cuanto oímos sus pasos, fuertes y firmes, acercándose, mi hermano

me dedicó una mirada que descifré al instante; estaba tan asustado como yo, aunque quisiera transmitirme lo contrario.

—¿Qué hacéis vosotros tan callados?

—Nada —contesté, intentando que esa respuesta le mantuviera alejado, pero no surtió el efecto deseado.

—¡Mira que me extraña! ¿Otra vez con ese aparato? —Se dirigió a Connor—. ¡¿Cuántas veces tengo que decirte que esa consola te dejará sin cerebro?! —gritó antes de pegar un tirón del cable y lanzarla al suelo—. ¿Qué esperas?, ¿pasarte la vida jugando a los marcianitos? —Alzó la mano con violencia y mi hermano se levantó, decidido, para plantarle cara. Vi su mirada temerosa, pero Connor era así; era capaz de enfrentarse a sus miedos más ocultos, escondiendo lo que sentía y afrontando la realidad con una mueca desafiante.

Saqué todo el valor que tenía por aquel entonces para interponerme entre ambos y nuestro padre me observó con una sonrisa sarcástica que me dolió casi tanto como sus golpes.

—No le pegues. —Mi voz sonó a ruego.

Connor se había puesto entre mi cuerpo y el de Iago en miles de ocasiones y había llegado el momento de unirnos contra ese monstruo que dormía en la misma casa.

—¡Vaya! Así me gusta, hijo, que saques esa valentía característica de los Ulloa que nos domina —dijo con un tonillo que no me gustó—. Pero… ¿sabes una cosa? Tal vez, antes de enfrentarte a alguien, deberías pensar con quién puedes hacerlo y con quién no.

Fruncí el ceño, analizando sus palabras, justo cuando derribó a Connor de un empujón, provocando que cayera al suelo de espaldas.

—¡He dicho que no le pegues!

—Y yo te he dicho que te calles; nadie te ha dado vela en este entierro, mocoso. Además, tú ni siquiera deberías estar aquí. Solo eres un error. Un error más… —soltó con inquina, cogiendo el libro de matemáticas, cuyos problemas estaba intentando resolver unos minutos atrás, y tirándolo al suelo—. Sigue haciendo la mierda

que estuvieras haciendo. ¡Y recoged este salón! Está hecho una pocilga.

Solo cuando se marchó, pudimos respirar tranquilos. Me agaché para ayudar a Connor a levantarse, que aún estaba observando la escena desde el suelo, y recogimos la consola y mi libro para colocarlos en su sitio. Nunca le di importancia a ese «tú ni siquiera deberías estar aquí. Solo eres un error más» o, quizá, era demasiado pequeño e inocente para pensar en sus palabras. Pero llevaban días retumbando en mi cabeza, justo desde que descubrimos que Connor no era hijo suyo. Desde entonces, fui consciente de que, con total seguridad, nunca fui un hijo deseado, sino un penalti que entró en el momento más inoportuno, justo en el tiempo de descuento.

...

—¡¿Quién cojones le ha traído aquí?! —Los gritos que se escucharon tras la puerta me trajeron de vuelta a esa solitaria habitación.

—He sido yo.

—¿Tú? ¿Y quién te crees tú para traer a ese Ulloa a mi casa?

—El Lince y yo planeamos la venganza contra esos tipos hace tiempo. Pero tranquilo, no estará mucho tiempo por aquí. Tenemos planes para él. Su final está escrito.

—Eso espero.

La puerta se abrió y el mismo tipo que había visto unas horas antes apareció tras ella, con gesto serio, junto a otro hombre, de unos cuarenta y tantos años, con una canosa mata de pelo y una actitud intimidatoria. No le había visto nunca; estaba seguro.

—Así que tú eres Brenan… —murmuró este último, dando dos pasos hacia mí.

—El mismo —contesté con esa chulería que intenté adoptar de Connor.

—Bienvenido a mi casa, Brenan. Siento si mis hombres no te han dado el recibimiento apropiado, pero no nos gustan demasiado las formalidades. —Ambos sonrieron.

—¿Qué queréis? —Evité esos temas triviales que nos llevaban por las ramas y fui directo al grano.

—Verás… Tus hermanos llevan poniéndonos en apuros demasiado tiempo y deben entender que hay gente con la que es mejor no tener problemas.

—Y vosotros sois ese tipo de gente… —Esbocé una mueca cargada de ironía—. Para no tener problemas, me habéis traído aquí por la fuerza y me tenéis atado a una silla sin poder moverme. Creo que problemas es justo lo que estáis buscando.

—Para nada. Lo único que estamos haciendo es buscar soluciones. Y tú eres la única forma de acabar con esta guerra entre clanes.

—¿Qué guerra? ¿De qué cojones estáis hablando?

—Que no sepas de lo que hablamos no significa que no esté sucediendo. Pero tranquilo, pronto lo entenderás todo y solucionaremos las cosas.

—Sois muy valientes desde vuestra posición. Soltadme y las solucionamos ahora mismo.

No podía acobardarme. Había vivido una niñez plagada de miedos y solo me sirvieron para recibir golpes por todos lados. Con esta gente, ocurría lo mismo: cuanto más pequeño te mostrabas, más grandes se hacían ellos. Y no pensaba permitirlo…

—¡Mírale! ¡Cualquiera diría que eres el más joven de los tres! —exclamó el primero—. Aunque has tenido buenos maestros… Justo para enseñarte lo que no debes hacer. Presta atención. Uno: aquí mandamos nosotros. Y dos: es hora de que empieces a relajarte o, si no, enviaré a alguien para que lo haga.

Ni siquiera me dio tiempo a reaccionar; su puño se estampó con fuerza en la boca de mi estómago, doblándolo por la mitad, provocando que cayera al suelo del impacto.

«Mierda. Estaba jodido…».

Resoplé, tratando de contenerme y no contestar cualquier cosa que acabara en más golpes. Intenté incorporarme, pero la dureza de la silla, a la que seguían atadas mis manos, a mi espalda, y mis piernas, me lo impidió. Respiré profundamente para recuperar el oxígeno que me faltaba tras el puñetazo y mi mirada se encontró con otra que, aterrada, cruzaba el pasillo, justo por detrás de esos tipos. Una joven rubia de mi edad, o incluso algo menor, con una

mirada azul impactante, ralentizó el paso al llegar a la puerta; supuse que con la intención de curiosear y averiguar lo que estaba sucediendo allí dentro. Nos observamos durante una fracción de segundo, justo lo necesario para que los dos hombres se dieran cuenta de que había alguien tras ellos.

—¡¿Qué haces ahí parada?! —cuestionó el primero con dureza —. ¿Has terminado ya de hacer lo que te han mandado? —La chica asintió, bajando la vista hasta el suelo—. Pues venga, ¡lárgate!

Hizo caso y desapareció tan rápido como había llegado, lo que provocó que volvieran a centrar toda su atención en mí.

—¿Vais a decirme ya lo que queréis? ¿Por qué estoy aquí? —insistí.

—Ya te lo hemos dicho, estamos cansados de este juego.

—¿De jugar a las adivinanzas, quieres decir? —les provoqué, olvidándome del golpe anterior y haciendo que, en esa ocasión, su puño acabara hundido en mi mejilla derecha, provocando un intenso fogonazo en mi piel que tardó en apagarse.

—Sigue haciéndote el graciosillo. Ya se te quitarán las ganas, ya… Sobre todo, cuando compruebes que tu tiempo se acaba, Brenan, pero de momento serás el señuelo perfecto para tus hermanos.

—Me tenéis a mí; dejad a mis hermanos en paz.

—¿En paz? —Se rieron—. En paz se quedarán cuando todo esto acabe. Pero tranquilo, que tú ya no estarás aquí para verlo. No sufras.

Soltaron una sonora carcajada que entrecerró mi mirada al analizarlos con rabia. No sabía quiénes eran esos tipos, qué hacían allí ni qué había pasado, aunque algo me hizo sospechar que esos dos tuvieron algo que ver con la bomba que hizo vibrar las paredes del Dark Soul durante la noche que fui allí con Connor. Querían intimidarme, estaba claro, y comprobé por su actitud y por el dolor de mi mejilla, que aún seguía ardiendo tras encontrarse con su puño, que iban en serio. Muy en serio… Eso sí, si creían que atándome y encerrándome lograrían amedrentarme, lo llevaban claro. Porque crecí a base de golpes. Y seguiría haciéndolo… Era el momento de demostrar que el miedo no detiene la muerte; el miedo

detiene la vida. Y no pensaba dejar que me venciera. Llevaba quince años ganándole la batalla y debía ganar esa guerra. Porque no sabía quiénes eran, pero ellos tampoco sabían quién era yo y no pensaba ponérselo fácil.

Nada fácil…



Capítulo 1

Connor

—Quieres acabar conmigo… —Besé los labios de Daniella una y otra vez, remoloneando todo lo que podía, alargando esos instantes al máximo—. Lo tengo claro, quieres acabar conmigo.

Deslizó sus dedos por mi pelo, agarrándose a mi cuello, y volvió a colar su lengua en mi boca. Era insaciable… Éramos. Porque solo había pasado una semana desde el operativo que cambió nuestra situación, ese en el que el Lince cayó y empezamos a vivir tranquilos, centrándonos en lo verdaderamente importante: en disfrutar de nosotros, de lo nuestro. Y así nos pasábamos las horas, los días, las noches… Era una locura, la mayor adicción de mi vida y cuanto más tiempo pasaba saboreando sus labios, acariciando su piel y hundiéndome entre sus piernas, más necesitaba. Era una necesidad real, la mayor que había experimentado nunca.

—Qué va —dijo melosa—. Eso sería lo último que querríamos.

Ese «querríamos» llevó mi mano de forma automática hacia su vientre, mientras un intenso hormigueo me recorría de arriba abajo. Aún no podía creerme que nuestro bebé estuviera creciendo en su interior. Aunque no me extrañó demasiado; durante nuestra primera vez juntos, en la ducha de su habitación, no tomamos ninguna precaución. Se nos fue de las manos; se nos fue de todos los sitios. Lo último que tenía en mente, en aquellos instantes, era acordarme de los condones. Acababa de enterarme de que, seguramente, Iago no era mi padre, con todo lo que ello conllevaba, y de que ella no era mi hermana, así que dejé de contenerme, por primera vez desde que la había conocido, y lo dimos todo… Todo. Esa fue la primera ocasión en la que nos olvidamos del preservativo, aunque hubo alguna más. Quizá, éramos unos descerebrados, unos inconscientes, pero me sentía vivo y eso era lo único que quería: vivir. Con ella.

Y ahora, una semana después de recibir la noticia, estaba tan emocionado como enamorado de mi futura paternidad. Era demasiado bonito para ser real, ese sueño del que nunca me gustaría despertar.

Me deslicé por su cuerpo desnudo hasta su vientre, donde aún reposaba mi mano, y empecé a besar su piel cálida, esa zona que rodeaba su ombligo, fantaseando con esa familia que estábamos a punto de formar.

—Vamos, Romeo. —Tiró de mi brazo hacia ella—. No podemos pasarnos la vida en la cama; hay cosas que hacer, es la hora de comer y yo… ¡Me muero de hambre!

—Yo también —dije granuja, con la intención de regresar a mi objetivo inicial justo cuando ella se revolvió entre mis brazos para deshacerse de mi agarre entre risas.

—Eres… Eres un *latin lover* agotador —murmuró al vestirse.

—Y esto no ha hecho nada más que empezar… —Me dejé caer en el colchón, de espaldas, cansado.

Como cada noche, habíamos cerrado el Dark Soul cuando ya había amanecido y desde que llegamos al pazo, Daniella y yo no pegamos ojo. Teníamos temas más importantes que resolver. Entre las sábanas…

—¡Vamos, remolón! —exclamó antes de salir de la habitación, una vez que ya se había vestido.

La imité, perezoso, poniéndome unos pantalones de chándal cortos para dirigirme al salón, donde suponía que estaría el resto de la familia reunida, pero no encontré a nadie, por lo que fui hasta la cocina para preparar un café bien cargado que consiguiera espabilarme.

Al entrar, vi a África sentada sobre la encimera con Kellan entre sus piernas, besándose como dos adolescentes en plena revolución hormonal.

—¡Vale! ¡Ya está! ¡Parad! —dramaticé, tapándome los ojos, como si fuera el mayor escándalo que había visto hasta el momento. Pero más que escandalizado, sentía cierta envidia. Hasta ahí llegaba mi enganche por Daniella; ni cinco minutos había durado—. ¡Largaos a vuestra habitación, exhibicionistas!

—¿Quieres un café? —se ofreció Afri, sin separar los labios de los de mi hermano.

—Doble, pero ya lo preparo yo. Vosotros seguid a lo vuestro… —Puse los ojos en blanco, exagerando, haciéndoles sonreír.

Encendí la cafetera y empecé a preparar el desayuno con los tortolitos demostrando su amor a mis espaldas.

—¡Buenos días! —exclamó Daniella al entrar en la cocina con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenos días.

—¿Me has echado de menos? —me preguntó con picardía, acercándose para darme un profundo beso.

—Siempre.

—Me alegro. —Me guiñó un ojo, con esa chulería que empezaba a contagiarle y que me volvía loco, al robarme un cruasán de la bandeja—. Gracias, papi —susurró con una sonrisa angelical que quise morder.

—¿Y Brenan? —cuestionó Kellan, arrugando el entrecejo tras comprobar la hora—. ¿Aún no ha venido?

Miré mi reloj y un sentimiento extraño recorrió mi interior, aunque, en esos momentos, no le di importancia. Debería haberlo hecho… Brenan siempre cerraba el taller a la hora de comer y

regresaba al pazo para picar algo antes del turno de tarde, por lo que me resultó raro que no estuviera por allí, cuestionando todo y hablando sin parar, como siempre.

—Debería estar aquí ya —dije, pensando dónde podría haberse metido.

—No estaba en su habitación. He pasado por allí ahora mismo —nos informó Daniella, dando un bocado de su desayuno—. Se habrá entretenido.

—Lo mismo anda con Susana. —Me encogí de hombros al analizar esa opción.

—¿Con Susana? —Dani esbozó una mueca de disgusto—. No creo. Desde que rompieron, no se ven demasiado.

—A lo mejor ha triunfado esta noche y está con su nuevo ligue… —añadió Afri.

—Puede ser. En eso, ha salido a su hermano —comenté, fanfarrón.

—Ah, sí, ¿eh? —Dani fingió molestia, cruzándose de brazos con un gesto que me obligó a abrazarla.

—¡Antes era así! ¡Antes! —insistí, besando sus labios una y otra vez—. Es algo innato, no puedo evitarlo… —Sonreí, alargando la broma, ganándome un golpe en el hombro que me tenía merecido.

Antes de que acabáramos con nuestro peculiar juego, Kellan ya tenía el teléfono en la oreja para llamar a Brenan, pero por el rostro que puso, descubrimos que no obtuvo respuesta.

—Nada. No contesta.

—Se habrá liado —dijo Afri, tranquilizándonos.

—Es Brenan —le contestó Kellan, como si esa fuera su explicación para todo.

Porque no, Brenan no solía desaparecer así como así, pero, después de todo, solo llevábamos sin verle desde la barbacoa del día anterior. Después, nos marchamos al Dark Soul y por la mañana, él debería estar trabajando, así que no habríamos coincidido hasta ese momento.

—Se habrá entretenido en el taller —opinó Daniella, como si esa opción sí fuera posible.

—Venga, a desayunar —ordenó el primogénito, separándose de su chica para coger una manzana verde de la cesta y lanzársela para que ella la cogiera al vuelo.

No le dimos más importancia. Cambiamos de tema y, entonces, fuimos nosotros los que nos liamos, alargando la tarde en la piscina, aprovechándonos del buen tiempo del que gozábamos en Galicia durante esos días, perdiendo la noción del tiempo entre conversaciones en familia y chapuzones.

—¿Qué pasa? ¿Aquí no se trabaja hoy? —cuestionó Kellan, fingiendo un gesto serio y saliendo del agua como si, de pronto, le hubieran entrado las prisas—. Que yo esté aquí no significa que tengas que desentenderte de tus responsabilidades —murmuró con retintín, mirándome mientras me pegaba más aún al cuerpo de Dani para estrecharla entre mis brazos y besarnos con una pasión desmedida.

—Eso estoy haciendo. Atendiendo mis responsabilidades… —contesté, granuja, acariciando la tripita de Daniella.

—Ese niño no va a ser tu salvavidas para librarte de esto. Lo sabes, ¿no? —me picó él, con una sonrisa orgullosa.

—Lo sé. Mi salvavidas es su madre. —Le guiñé un ojo, zalamero, y volví a adueñarme de sus labios con un beso húmedo que erizó cada centímetro de mi piel.

—Vamos, salvavidas —dijo Kellan, cogiendo una toalla para secarse con rapidez—. Déjate de rollos, que tengo algo que contarte.

Me impulsé en el bordillo y salí de la piscina, caminando hasta él para quitarle la toalla e imitarle.

—¿Qué es eso tan importante? —me interesé.

—Hablemos dentro —sentenció al dirigirse hacia el interior de la casa, dejando a las chicas allí, en la piscina, para aprovechar las últimas horas de la tarde.

—Cada día te gusta más esto de hacerte el interesante, ¿eh? —murmuré cuando nos adentramos en la oficina de Iago.

—No es hacerme el interesante, es que prefiero que África y Daniella no se enteren de esto.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —Me senté en el sillón, preocupado.

—Tenemos una nueva descarga entre manos. —Kellan hizo lo mismo, acomodándose frente a mí, y entrelazó los dedos sobre el escritorio—. Es una cantidad importante.

—¿De cuánto estamos hablando?

—Prefiero que no sepas demasiado aún, pero se trata de unas cuantas toneladas.

—¿Es eso lo que estuvisteis negociando en tu viaje a Perú?

—Entre otras cosas. Nuestro socio no quedó muy contento con el último envío, por lo que ha decidido mejorar las infraestructuras.

—¿Mejorarlas? ¿Cómo?

—De la Cruz ha decidido que debido al resultado del anterior envío…

—¿Qué pasó en el anterior envío? —le interrumpí.

—Tampoco es necesario que lo sepas.

—¡¿Quieres dejar de protegerme como si fuera un crío?! Si vamos a trabajar juntos, necesito que cuentes conmigo. Y cuanto más sepa, mejor.

Vi en sus ojos la duda durante unos segundos y recordé que yo también le había ocultado muchas cosas. Demasiadas, quizá. Pero eso sí que no era necesario; no hacía falta que descubriera cuántas veces había hecho el cafre en su ausencia, poniendo nuestras vidas en juego.

—Da igual lo que pasara porque el tipo que quiso jugárnosla está en el fondo del Atlántico, así que ya no es un problema. Tenemos que centrarnos en el presente; hay un semisumergible cruzando el océano en estos momentos para traernos la mercancía.

—¿En un puto submarino? ¿Se les ha ido la cabeza?

—No es un submarino cualquiera —dijo convencido—. Tiene unos veinte metros de eslora y veinte mil litros de combustible para hacer un viaje de unos nueve mil kilómetros, unos veintiséis días. Todo un reto.

—¿Veintiséis días ahí metido? ¿Lo dices en serio? —cuestioné, escéptico.

—Totalmente. De hecho, De la Cruz no es la primera vez que lo hace; tiene expertos para ello, previo pago de cien mil dólares, claro. Por lo visto, ya lo lograron con Iago en dos ocasiones. Y nosotros no somos menos… Saldrá bien.

—Claro que sí —murmuré con cierto sarcasmo.

—Solo tenemos que asegurarnos de que el traspaso salga como esperamos. Será en dos semanas; ya nos enviarán las coordenadas exactas. Pero lo realizaremos en aguas internacionales, lejos de los radares de los guardacostas.

—Como el jefe mande. —Me estiré, totalmente relajado, cruzando las piernas por los talones.

—Saldrá bien.

—Lo sé.

—¿Sabes algo de Brenan? —Miró su reloj, frunciendo el ceño al darse cuenta de la hora que era—. ¿Suele venir siempre tan tarde? Tenemos que marcharnos al club en breve.

—¿Que si sé algo de Brenan? Muchas cosas. Es mi hermano. —Me encogí de hombros, guasón—. No te preocupes; debe de estar al llegar. De todas formas, ve yendo con las chicas al DS; yo iré con mi coche y me pasaré por el taller antes, si aún no ha vuelto.

La idea era buena, iría al taller, le pegaría un buen tirón de orejas a nuestro hermano pequeño y llegaría al Dark Soul antes de que el primer cliente pusiera un pie en su interior. Pero las cosas no siempre ocurren como esperamos…

Al llegar a la puerta del taller, me encontré con esta cerrada a cal y canto, lo que me extrañó. ¡¿Dónde demonios se había metido?! No le di importancia a que se retrasara o no apareciera en el pazo para comer, pero que llevara ya más de veinticuatro horas sin tener noticias de Brenan, no era normal.

Dejé el coche en el aparcamiento de arena que había frente a la nave y me bajé para curiosear en su interior. Abrí el portón metálico con mi llave y al entrar, me encontré con el día a día de cualquier taller mecánico: grasa por los suelos, coches en cualquier rincón y herramientas por doquier.

—¡Vaya! ¡Ya era hora! —exclamaron a mis espaldas.

Me giré sobresaltado, arrepintiéndome de no llevar mi arma encima, y mi mirada se cruzó con la de un lugareño sorprendido por mi presencia.

—¡Llevo todo el día esperando, chico! Necesito mi coche.

—Su… coche… —titubeé.

—Sí, eso que arregláis en talleres como este. Mi… coche… —me repitió, señalando su vehículo—. Ese de ahí. Quedé con el otro joven en que vendría hoy a por él y llevo todo el día esperando.

—¿Ha venido esta mañana?

—¡Claro! Me dijo que viniera a por él sobre las diez. ¡Estas no son horas de abrir un negocio!

—Perdone, pero es el taller de mi hermano. Entonces, ¿no ha abierto esta mañana?

—Ni esta mañana ni esta tarde, chico. ¡Menuda organización! —Elevó la voz, molesto—. Bueno, ¿qué? ¿Me das mis llaves?

—Sí, sí, claro.

Busqué en el primer cajón, donde mi hermano solía guardarlas, y le di la única llave que vi de un Volkswagen.

—Es esta, supongo.

—¡Claro que es esta! —dijo, tendiéndome un fajo de billetes —. Y esto es lo que había acordado con tu hermano, aunque tendría que daros la mitad.

Ni siquiera miré cuánto dinero me dio; tenía la cabeza en otra parte. Saber que Brenan no había abierto el taller en todo el día me hizo ponerme en lo peor. Y, en esos instantes, mi cabeza empezó a inventar miles de motivos horribles para su ausencia. Tampoco me di cuenta de cuándo desapareció aquel hombre con su coche porque yo ya estaba de camino al mío para coger el teléfono y marcar el número de mi hermano. Un tono, dos, tres, cuatro. Esa necesidad de respuesta se atravesó en mi pecho como una daga ardiendo y froté mi frente, pensando qué hacer.

No se me ocurrió otra cosa; fue lo primero que me vino a la mente. Tecleé el número de Susana, su exnovia, y le di a llamar sin darle más vueltas.

—Hola, Connor —me saludó con amabilidad al contestar.

—Hola, Su. Ehm… ¿Está…? ¿Está mi hermano contigo?

—¿Brenan? —preguntó, confundida.

¡Claro! ¡¿Quién iba a ser si no?!

—Sí. ¿Está contigo?

—¡Qué va! ¿Por qué iba a estar aquí? ¿No te ha contado que ya no estamos juntos?

—Sí, sí que lo ha hecho, pero lleva sin aparecer por casa desde ayer y he pensado que igual…

—Que igual, ¿qué?, ¿que estaríamos reconciliándonos?

—No quería decir eso —sentencié con seriedad—. Pero creía que tú podrías saber algo de él.

—No sé nada de Brenan desde hace cinco días. Por lo menos… Prueba con sus nuevos amigos. Últimamente, pasa mucho tiempo en el puerto. Lo mismo se ha echado un ligue allí y se le ha hecho tarde.

—No lo creo. Pero pensaba pasarme ahora por allí, sí. Gracias, Susana. Hablamos.

Nunca había conectado con esa chica. Era la típica persona que llevaba presente muchos años en mi vida, pero de la que apenas sabía nada. Tal vez, porque nunca nos molestamos en conocernos. O porque sabía que, tarde o temprano, ella y Brenan terminarían así, separados.

Conduje hasta el puerto, sintiendo cómo los nervios hervían en mi interior, provocándome una mezcla de sentimientos difícil de digerir, un feo presentimiento que se esforzaba por salir a flote. Aunque, después de todo, no había nada de qué preocuparme, ¿no? El Lince estaba fuera de batalla, aunque la lista de nuestros enemigos parecía no terminar nunca.

Dejé el coche en la calle principal, en la puerta de uno de los locales de moda del lugar que, a esas horas, se encontraba ya a rebosar. Estaba prohibido aparcar allí, pero no pensaba entretenerme mucho tiempo, y todas las miradas se dirigieron hacia mí.

Localicé a uno de los viejos amigos de Brenan en un grupo cercano y caminé hasta ellos.

—¡¡Connor!! —exclamó Axel cuando me vio aparecer—. ¡¿Qué pasa, tío?! ¿Cómo tú por aquí? —Me dio la mano con fuerza y un

abrazo rápido con complicidad.

—¿Qué tal, Axel? —Varias chicas y algunos de los chicos que estaban con él me analizaron—. ¿Has visto a mi hermano por aquí?

—¿A tu hermano? ¡Qué va! ¡Menudo cabrón! Quedé con él ayer y me dejó tirado… No me coge ni el teléfono. ¿Está bien?

—Pensaba que tú me responderías a eso.

—¿No sabes dónde está? —Negué con la cabeza, buscando a mi alrededor, como si pudiera encontrarle por allí—. No tengo ni idea. No ha abierto el taller hoy.

—¿En serio? —Me agarró del brazo para apartarnos a un lado, evitando las miradas curiosas que nos observaban—. ¡Joder! Eso sí que es raro… —murmuró, escondiendo lo que realmente pensaba; algo similar a lo que pasaba por mi cabeza.

—Lo sé. Me marcho —murmuré, de pronto, como si no tuviera tiempo que perder—. Si te enteras de algo, llámame.

—Lo haré.

Caminé entre los grupos de jóvenes que bebían, charlaban y reían en el puerto, con el teléfono en la oreja, tratando de localizar a Kellan para informarle de las novedades, buscando entre la multitud esa silueta que tan bien conocía.

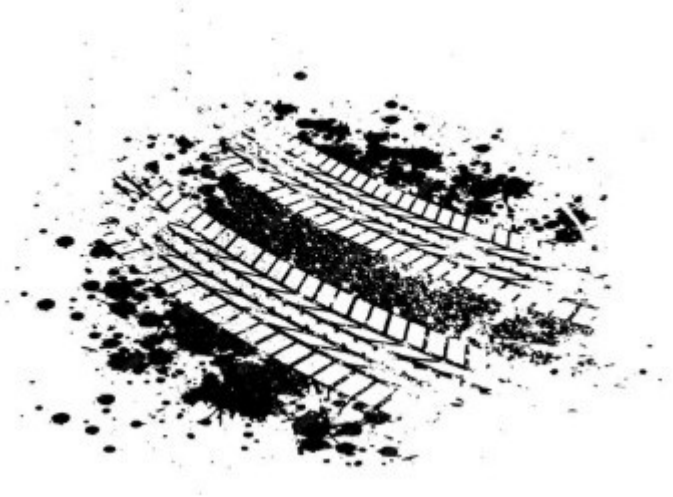
—Dime, Connor.

—No ha abierto el taller hoy. He venido al puerto; quedó con Axel aquí ayer y tampoco apareció.

—¡¿Qué?!

Eso mismo pensé yo cuando una imagen que no esperaba atravesó mis retinas y provocó que mi corazón empezara a saltarse latidos sin remedio. Su coche…

Corrí hacia el vehículo de mi hermano, estacionado en un aparcamiento cercano, con la intención de averiguar cualquier noticia sobre él o sobre su paradero. Porque no sabía dónde estaba Brenan, pero si de algo estaba seguro era de que por él, rodarían cabezas. Daba igual lo que estuviera en juego…



Capítulo 2
Brenan

No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Cada segundo podría convertirse en una hora, cada hora, en un día y los días, en meses. Esa habitación diminuta ni siquiera tenía una mísera ventana por la que poder vislumbrar si era de día o de noche, así que no había forma alguna de saber cuánto llevaba allí encerrado. Como podía ver desde la silla donde aún seguía atado, el espacio consistía, básicamente, en una pequeña sala claustrofóbica, que contaba con una cama y dos sillas, una de ellas ocupada por mí, a la que se accedía por una puerta cerrada con llave y en la que había otra, cercana, por la que se entraba a una especie de cuarto de baño. Encima, debía estar agradecido por contar con ese tipo de lujos… Resoplé, furioso, analizando mi alrededor. Aunque no tenía mucho más que ver; ya había memorizado cada rincón y no había escapatoria.

Tampoco sabía dónde me encontraba ni si seguía en Galicia, en concreto, ya que los tipos que me habían recibido no parecían de la zona. Pero no podía tardar mucho en descubrirlo; necesitaba salir de allí cuanto antes, fuera como fuera.

Me incorporé como pude, ya que mis piernas seguían atadas a las patas de la silla, y caminé hasta la puerta, inclinado, con el peso del asiento a mis espaldas. Me giré, cogí impulso y di los dos últimos pasos hacia la puerta con rapidez, con fuerza, estampando, de forma lateral, la silla contra la salida para intentar romperla. Lo intenté en varias ocasiones, pero no lo logré; su madera era más resistente de lo que parecía. Sin embargo, los golpes captaron la atención del hombre que se encontraba al otro lado de la pared y tardó menos de un minuto en entrar para ver lo que ocurría.

—¡¿Qué coño haces?! —gritó, tirándome al suelo de un empujón.

—Soltadme. Soltadme de una puta vez.

—¡Vaya con Ulloa! —exclamó con cierto sarcasmo—. Así no se piden las cosas. ¿No te lo han enseñado tus hermanos?

Era un tipo distinto a los dos que había visto anteriormente, por lo que no sabía cuántos habría allí, custodiando el lugar. Escapar de aquellas cuatro paredes parecía una misión imposible.

—No podéis tenerme aquí encerrado y atado. Necesito ir al baño —mentí— y quiero agua.

—¿Qué crees que es esto, un hotel de cinco estrellas? Por mí, puedes mearte encima. Así, entrarás en calor.

—Suéltame —exigí con un tono que me intimidó incluso a mí.

—¿O qué? No creo que desde ahí puedas reclamar nada —musitó con inquina, acercándose a mí para hundir la suela de su bota en mi estómago con fuerza—. Buenas noches, Ulloa.

Sentí cómo todo daba vueltas a mi alrededor cuando el oxígeno abandonó mi cuerpo tras la patada. Tosí con fuerza, al mismo tiempo que me esforzaba por coger algo de aire y llenar mis pulmones justo cuando más lo necesitaban.

—Te arrepentirás de esto —le amenacé en un susurro que me costó pronunciar.

—Permíteme que lo dude.

Cerró la puerta de un portazo y me dejó allí, tratando de recuperar el aliento que él mismo me había cortado.

—Maldito cabrón… —maldije para mis adentros, dejando caer mi cabeza en el suelo, agotado.

Perdí la noción del tiempo allí tirado, con los ojos cerrados, desistiendo, pensando en mis opciones, valorando cada una de ellas, hasta que oí varios siseos, procedentes del cuarto de baño.

—Oye… —Escuché en un murmullo desde la distancia—. ¿Estás bien? —Fruncí el ceño, desconcertado, pero no contesté—. Ten cuidado con esos tipos; son peligrosos.

No me dio tiempo a responder ni a descubrir el origen de esa voz; tres hombres armados hasta los dientes entraron en la habitación con varios fusiles de asalto en sus manos. A sus espaldas, llegó el que parecía el líder, caminando con una mueca cargada de soberbia.

—Buenas noches, amigo. —Cogió la silla que había frente a mí y se sentó en ella—. ¿Cómo estás? No me digas que te han dejado ahí tirado… —Fingió sorpresa al verme en el suelo—. Levantadle —les pidió a sus hombres, que no tardaron en obedecer, incorporándome para dejarme sentado delante del cabecilla.

—Suéltame.

—Tranquilo; todo a su debido tiempo, Brenan. Si estás aquí es porque te necesitamos. Créeme, si no nos hicieras falta, estos chavales ya se habrían deshecho de ti. Pero ahora… —dijo, manteniendo cierto suspense—. ¡Vamos a mandarles un mensajito a tus hermanos!

«Ni de coña», le respondió mi mirada.

—No te lo estoy pidiendo. Vas a hacerlo —sentenció con dureza—. Pero está un poco entero este chico, ¿no creéis? —les preguntó a los suyos, que me observaron con unas sonrisas maliciosas que me hicieron temer lo peor—. Para ser el hermano pequeño de Kellan… Verle así, tan relajado, no le va a afectar en absoluto. Ambientadle un poco para el vídeo.

Mis ojos, desafiantes, analizaron a uno de los hombres, el típico portero de discoteca, de dos por dos metros, que imponía con su sola presencia. Caminó con paso firme hacia mí y no lo pensó ni un solo segundo; estampó la culata de su fusil contra mi cabeza. Un dolor punzante me obligó a apretar los ojos con fuerza, conteniéndome, sabiendo que en aquella situación, tenía todas las de perder. Tras ese golpe, llegaron varios más; ni siquiera sé si

permanecí consciente durante toda la paliza. Solo recuerdo aquel dolor transformado en una intensa tortura que se instaló en cada parte de mi cuerpo como punzadas desgarradoras. Sentí el sabor metálico de la sangre, que llegó a mis labios al descender desde mi ceja, y abrí los ojos, exhausto, para enfrentarme a la realidad.

—Como ves, no tienes opción. Vas a grabar ese vídeo —me ordenó el jefe—. Tus hermanos estarán deseando tener noticias sobre ti.

—No pienso hacerlo.

—Esto solo ha sido un aviso. Mis hombres están dispuestos a usar todas las… —dudó— armas necesarias para convencerte.

Los tres tipos cargaron sus rifles para intimidarme, pero no lo consiguieron. Él mismo lo había dicho solo unos segundos atrás, me necesitaban.

—Vas a grabar un vídeo para tu hermano, le vas a decir que estás bien, que estás con un viejo amigo, que pronto se reunirá con él, y que si quiere volver a verte, no solo tiene que paralizar la distribución en nuestro territorio, sino que debe abandonar el negocio. Él puede dedicarse a seguir jugando con las empresas de vuestro papá. Es fácil.

No dije nada, ni siquiera me moví; permanecí impasible esperando su reacción, que no tardó en llegar. Colocó un trípode justo delante de mí, a poco más de un metro de distancia, lo justo para ver mi rostro magullado sangrando y comprobar que me encontraba retenido en un lugar desconocido.

—Puedes empezar —dijo uno de los hombres armados al pulsar el botón de grabación de la cámara.

—Saluda a tus hermanos —me obligó otro, apuntando con su fusil hacia mí.

—Kellan… —titubeé, mirando al objetivo, tragando saliva con fuerza, temiéndome que aquello se tratara de una despedida. Porque eso parecía.

—¡Habla! —gritó el primero.

—Estoy bien —murmuré, tratando de convencerlos—. No les hagáis caso en nada, no hagáis lo que os pidan. Estoy bien —repetí antes de sentir el puño del más corpulento de ellos en mi mejilla.

—Di lo que te hemos mandado.

—Y una mierda —contesté, encarándome con él, justo cuando se giró y me partió el labio de un solo golpe.

Escupí la sangre que se acumuló en mi boca y vacié mis pulmones de aire, desahogándome de alguna manera.

—Me alegro de que aún tengas ganas de jugar… Porque la partida será larga. —En esa ocasión, fue su codo el que se clavó en mi vientre, provocando que sintiera cómo mi estómago se partía por la mitad al atravesarme un intenso y profundo dolor.

—¡¡Habla!! —gritó el otro, mientras que su jefe me observaba impasible, con los brazos cruzados, sin moverse de su asiento.

—Kellan… —boqueé para coger oxígeno cuando vi que este escaseaba en mi cuerpo—. Connor… —Tosí con fuerza, intentando aguantar—. No vengáis a buscarme. No les hagáis caso.

—Es duro… —dijo uno, con sarcasmo, ante mi negativa a obedecer.

—Por poco tiempo —afirmó el mandamás con una media sonrisa maligna al levantarse y quitarle el arma a su compañero para golpearme en la frente con fuerza.

Caí al suelo sin remedio y mi cabeza se golpeó contra los azulejos. Intenté mantenerme despierto, seguir adelante para que Kellan y Connor no tuvieran que ver aquella escena, pero no lo logré. Todo empezó a dar vueltas a mi alrededor y cerré los ojos sin poder evitarlo.

—No os preocupéis —dijo el líder—. Estas imágenes son mejores de lo que esperaba. Sus hermanos pagarán cualquier precio por recuperarlo al verle así.

—No creo que haya mucho que recuperar —le respondió alguien.

—No quedará nada que recuperar.

Fue lo último que escuché antes de perder el conocimiento, notando cómo la calidez de mi sangre resbalaba por mi rostro. Iban en serio. Completamente. Y no sabía en qué acabaría aquello, pero no tenía buena pinta. Sentía que era el final, que estaba a punto de morir… Aunque ni siquiera había empezado a vivir.



Capítulo 3

Eric

Llevábamos una racha de mierda, hablando claro y mal. Prácticamente, desde la llegada de Kellan, habíamos ido enganchando una tragedia con otra; sobre todo, en lo que a contratiempos en los negocios y a accidentes inesperados se refiere. Por no hablar del balazo que casi me mandó directo al infierno, lugar del que no debería haber salido. Aunque parecía llevar varios años viviendo allí… Quizá, ahora que Kellan había vuelto y que contaba con Connor, Dani y África para ayudarle con el club y con el resto de los negocios de Iago, era el mejor momento para tomarme unas merecidas vacaciones y alejarme de ese mundo; idea que cobraba más sentido aún cada vez que me cruzaba con Lía y su mirada, herida de muerte, se encontraba con la mía.

Había sido un capullo con ella, un completo gilipollas, pero era mejor así; estaba más que demostrado. Y no solo por lo que le ocurrió a ella, y a nuestro futuro hijo, que también, sino porque no había nada más que observar a las parejas que tenía a mi alrededor para comprobar el peligro que corrían al rodearse de tipos como nosotros. África estuvo a punto de morir al poco tiempo de empezar con Kellan, cuando su ex decidió que era una buena idea asaltarnos

en medio del océano para robarnos nuestra mercancía, y Daniella y Connor… se habían arriesgado ambos en numerosas ocasiones. Era mejor así. O de eso quería convencerme. Si no estaba a mi lado, al menos, ella evitaría los cañones de todas las armas que apuntaban en mi dirección, a mi cabeza, en concreto.

Aunque es cierto que desde que cayó parte de la banda del Lince, el club Infinity saltó por los aires y su cabecilla murió, abatido por la policía, estábamos muy relajados. Demasiado para ser cierto… Y el caos no tardó en regresar.

Hacía solo media hora desde que habíamos abierto el Dark Soul para una nueva noche de locura y ya estábamos casi completos. Por no hablar de los reservados, que se encontraban a reventar. Me negaba a darle la razón al kamikaze de Connor, pero la reforma de los palcos había sido un gran acierto.

Busqué entre la multitud a Connor y a Kellan, de los que aún no había tenido noticias, y encontré en la distancia, tras la barra, esa melena rubia que acompañaba a esas curvas inevitables, de infarto, enfundadas en unos vaqueros ajustados, con un top oscuro de encaje que dejaba muy poco a la imaginación, por lo que me dirigí hacia allí con una ligera molestia en la pierna, aunque ya, prácticamente, estaba recuperado.

—Buenas —dije con la intención de romper el hielo, pero la mirada que me echó Lía me demostró que no había nada más que romper; estaba todo hecho trizas entre nosotros. Como era evidente, ni siquiera me contestó—. Ponme tres botellas de Moët.

Las cogió de las estanterías y las dejó en la barra, frente a mí, con determinación.

—¿Las cubiteras y las bengalas? —cuestioné como si esperara que me diese todo el trabajo hecho, pero lo único que quería era tener una conversación con ella.

Desde su visita a la nave del Colombiano, ni siquiera me había mirado a la cara. Aunque… eso era lo que quería, ¿no?

—¿No puedes cogerlo tú? Tengo mucho jaleo.

—La verdad es que no. Yo también tengo mucho jaleo… —contesté, borde, para provocarla.

—Muy bien —masculló al girarse y darme la espalda para coger lo que le pedí—. Aquí tienes. ¿Algo más, jefe? —Se apoyó en la barra, retándome con la mirada, consiguiendo que un hormigueo incesante me recorriera de arriba abajo.

—Pues sí —dije fanfarrón—. ¿Has visto a Kellan y a Connor?

—¿Tengo que salir a buscártelos también?

—No, tranquila. No hace falta. ¿Los has visto o no?

—Kellan ha llegado pronto, ha subido a la oficina con África y con Daniella; llevan allí desde entonces.

¿Habían llegado antes que yo y se habían encerrado en la oficina? No sé por qué, pero me resultó extraño nada más escucharlo, por lo que me giré para dirigirme hacia el piso superior, aunque me di la vuelta por última vez.

—Lía, ¿podrías cambiar ese gesto y ser un poco más amable?

—¿Contigo? —Rodó los ojos—. No lo creo.

—Conmigo no —repliqué, dando dos pasos hacia ella para bajar el tono de voz—: Te recuerdo que estás trabajando y las caras largas espantan a nuestros clientes, así que… sonríe.

Lía forzó una mueca exagerada que me obligó a apretar los labios para no reírme cuando me giré de nuevo.

—¿Así, jefe?

—Eso es —contesté sin volver a mirarla.

—Imbécil… —masculló, provocando que la sonrisa estallara en mis labios.

—¡Te he oído!

Caminé hacia el piso superior con rapidez; que Kellan hubiera llegado pronto y no hubieran salido del despacho desde entonces me tenía desconcertado. No era buena señal.

Golpeé la puerta con los nudillos antes de entrar, por lo que me pudiera encontrar en el interior, y me adentré en la oficina sin esperar respuesta. No había ni rastro de Dani ni de África, pero el gesto de mi amigo me desveló que había problemas, como imaginaba.

—¿Estás bien?

—Mi hermano ha desaparecido.

—¿Connor? —pregunté, asombrado.

—Brenan.

—¡¿Brenan?! —Creo que la sorpresa se notó en mi tono de voz. Porque puede que de Connor me lo hubiera imaginado, pero de Brenan no.

—Sí. —Kellan se frotó los ojos, cerrándolos con fuerza, saturado, antes de continuar—: Desde que se fue de la barbacoa, ayer, no le hemos vuelto a ver.

—¿Dónde se habrá metido? —Se encogió de hombros—. ¿No estará con la chica esa?

—No tengo ni idea, pero él no suele hacer estas cosas. Más le vale que tenga una buena excusa porque me está quitando años de vida. Van a matarme entre los dos —dramatizó, haciéndome sonreír.

—¿Por qué no has bajado? Te estaba esperando.

—Estaba hablando con De la Cruz. Tenemos un nuevo envío.

—Ah, ¿sí? ¿Para cuándo? Porque estamos en las últimas…

—Si todo sale bien, tendremos la carga en dos semanas.

—¿Si todo sale bien? —cuestioné, divertido—. No empecemos con las dudas; todo saldrá bien.

Kellan me contó los detalles del operativo y, entonces, comprendí su incertidumbre.

—¿Están cruzando el Atlántico en un submarino? —Negué con la cabeza, incrédulo—. Y yo que creía que el kamikaze era tu hermano…

—Lo llevamos en la sangre —dijo orgulloso—. De la Cruz tiene ojos y oídos en todas partes y cree que después de haber eliminado al Lince, la policía está detrás de nosotros. Por eso, enviarán un pequeño cargamento junto al pedido de madera de caoba que llegará al puerto en el carguero, mientras que nosotros estamos centrados en el submarino y la mercancía principal.

—Un cargamento fantasma.

—Eso es. Pura distracción para mantener entretenido a Oliveira.

—Me parece estupendo.

Me relajé, dejándome caer en el sofá y apoyando mi espalda en el respaldo para descansar durante unos minutos, pero el sonido

del teléfono de Kellan captó toda nuestra atención. Sobre todo, cuando me informó de quién se trataba.

—Dime, Connor. —Escuchó lo que decía su hermano y su rostro se volvió pálido—. ¡¿Qué?! ¿Cómo que quedó con Axel ayer y no apareció? —Una pausa dramática me puso en alerta—. ¡¿Qué coño hace ahí su coche?! —gritó—. ¿Has preguntado a la gente, a los camareros, a todo dios…? —Otro nuevo silencio cargado de tensión—. ¡No me jodas, Connor! ¡No me jodas! Le ha pasado algo. Tenemos que encontrarle. Espéranos ahí; ahora vamos.

Se levantó de golpe y me miró, preocupado.

—¿Qué ha pasado?

—El coche de Brenan está en el puerto, pero no hay ni rastro de él. Ha hablado con Susana, su exnovia, y con varios de sus amigos, pero nada. Quedó con ellos ayer en el puerto y no se presentó. Le ha tenido que pasar algo…

—Vale, tranquilo. —Me levanté, poniendo mi mano en su hombro para calmarle—. Vamos a buscarle.

Salimos de allí a toda velocidad, bajando las escaleras de dos en dos, y llegamos hasta la puerta en un tiempo récord. Sin embargo, en cuanto nos encontramos con la mirada de Cano, nuestro portero y miembro del equipo de seguridad, cuyo rostro estaba desencajado, hasta el aire de la noche cambió en un solo segundo.

—Kellan… —titubeó con una caja en sus manos, sin saber muy bien qué decir, apartándose de los clientes que se encontraban en la entrada para mantener cierta intimidad—. Acaban de dejar esto aquí. Tiene tu nombre.

Kellan observó la pequeña caja de cartón que tenía nuestro compañero y cuando la giró y vio que estaba teñida y empapada de sangre por su parte inferior, ambos tragamos saliva, temiéndonos lo peor, con una única imagen en nuestros pensamientos: Brenan. Lo sabía, pude sentirlo al comprobar cómo su mandíbula y los músculos de todo su cuerpo se tensaron y sus ojos oscuros se desbordaron del terror más intenso que había visto en mi vida.

Cogió la pequeña caja y dudó durante unos segundos si abrirla, pero creo que el miedo le superó y le obligó a actuar.

Levantó la tapa de esta y cuando vimos lo que contenía, el mundo dejó de girar.

—Es la camiseta de Brenan —murmuró en un susurro casi inaudible al ver la prenda que había en su interior.

La apartó, con delicadeza, y su rostro se transformó.

Una oreja y un dedo recién amputados.

No dijimos nada. Ni siquiera nos movimos. La rabia se adueñó de nosotros cuando esa sangre nos caló hasta los huesos.

«Brenan…».



Capítulo 4

Eric

Kellan tardó en reaccionar y cuando lo hizo, se desató toda la furia que contenía.

—¿Quién te ha traído esto? —Cogió a Cano por el pecho, sacudiéndole con fuerza, pagando con él la rabia, el dolor, el terror y el desconcierto que le arrollaban—. ¿Quién coño te ha dado esto?

—No lo sé. Ha parado un coche justo en la puerta y un tipo encapuchado lo ha dejado en el suelo.

—¿Qué coche? —Su voz pareció un filo de hielo cortando, y aumentando, la tensión de la noche.

—No lo sé. Ha parado un segundo y ha salido quemando rueda. Era un Mercedes oscuro, un clásico.

—¿Y el tipo? ¿Quién cojones era? ¿Has podido verlo?

—No. Ni idea. —Kellan estaba a punto de explotar. O de romperse. Y creo que Cano también lo presintió, por lo que siguió dando detalles—: No iba a cogerlo, pero al ver la caja manchada de sangre y tu nombre, he pensado que deberías echarle un vistazo. O, al menos, quitarlo de la vista de los clientes.

No le hizo caso; ni siquiera volvió a mirarle. Se adentró en el club, de nuevo, y se dirigió al vestuario sin detenerse. Sabía que los

peores miedos y los demonios del pasado le estaban acechando, así que le seguí, desde cerca, y entré en esa sala de los empleados junto a él, cerrando la puerta a mis espaldas.

Lo vi venir; lo sentí en cada fibra de mi cuerpo. No me dio tiempo a reaccionar. Kellan se abalanzó sobre las taquillas y empezó a golpearlas con más rabia de la que su cuerpo podía soportar, incrustando su puño en la superficie metálica.

—¡¡Joder!! —gritó, sacando la furia que se adueñaba de su cuerpo.

—Kellan, tranquilo.

—¡¿Cómo quieres que esté tranquilo, Eric?! ¡¿Cómo?! —Respiró para controlarse—. Mi hermano pequeño desaparece y envían esto a mi nombre. ¡¿Qué cojones es?!, ¿una advertencia?, ¿una amenaza?, ¿un puto chantaje?

—No lo sé, pero lo averiguaremos.

—No tenemos tiempo. No podemos perder ni un solo segundo y no tenemos ni puta idea de por dónde empezar a buscar. Quiero los nombres de cada una de las personas con las que habéis tenido problemas durante estas semanas. Iré uno por uno si hace falta.

—Esas… personas —medí muy bien mis palabras— ya no son un problema para nosotros. Están justo donde se merecen.

—¡No puede ser! ¡Alguien se te escapa, Eric! ¡¡Piensa, joder!! —Se removió, nervioso—. ¿Sabes qué? ¡Da igual! —Salió del vestuario tan rápido como había entrado.

—¿Dónde vas? —No pensaba dejarle solo. No ahora…

—A buscarlos. Voy a matarlos.

Daba igual cuándo, no importaba a quién, porque aquello, más que una amenaza, fue una sentencia firmada de su puño y letra.

Le seguí hasta el garaje, donde estaba aparcado su coche, y no esperó a que me subiera para arrancarlo. Tuve que sentarme en el asiento del copiloto cuando Kellan ya estaba pisando a fondo el acelerador. No hablamos durante todo el trayecto, la tensión no nos lo permitía; ni siquiera sabía dónde íbamos, pero cuando vi que se dirigía hacia el puerto, respiré aliviado porque Kellan no había cogido su pistola y contar solo con mi arma no era una buena idea para

meternos en problemas. No, al menos, en problemas de los grandes…

Detuvo el vehículo junto al coche que usaba Connor desde que el suyo acabó en el fondo del océano, que se encontraba allí estacionado, y se bajó con paso firme sin mirar atrás. Comprobé que mi pistola estaba en mi cintura, junto a mis riñones, como el ochenta por ciento del tiempo, y caminé a su lado hasta un grupo concreto. Lo que ocurrió a continuación no lo vi venir; agarró a un chico de la camiseta y le empujó al suelo, con fuerza.

—¡¿Dónde cojones está mi hermano?! —preguntó con dureza ante la mirada atónita del resto de los jóvenes.

—¡¿Qué coño haces, Kellan, tío?! —dijo el chaval desde el suelo, levantándose para encararse con mi amigo.

—¡Eh! ¡Eh, Kellan! ¿Qué pasa? —Connor se interpuso entre ambos, pero su hermano le apartó sin dificultad.

—¿Dónde está Brenan, Axel? —insistió sin desviar la mirada de él.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Quedé con él aquí y aún estoy esperando.

—¿Qué ha pasado? —Por la forma de comportarse de su hermano, Connor sabía que había ocurrido algo y empecé a dudar si contárselo o no. Controlar a los dos sería una tarea difícil.

Kellan cogió al tal Axel del brazo y le apartó hasta un callejón cercano y oscuro para evitar las miradas curiosas que nos acechaban desde todos los puntos del puerto.

—¿Con quién puede estar? ¿Ha tenido problemas con alguien de la zona? Brenan no suele desaparecer así como así.

—¡¿Y qué quieres que sepa yo?!

—Kellan, ¿quieres dejarte de gilipolleces y contarme lo que ha pasado? —insistió Connor.

—Ha llegado un paquete al club —dije para calmar su incertidumbre—. Dentro estaba la camiseta de vuestro hermano. Manchada de sangre. —Connor abrió los ojos, asombrado, y su gesto se transformó al temerse lo peor. Y eso que había evitado los peores detalles…

—¡¿Que qué?! —gritó—. ¡¡Mierda!!

—No me jodas… —murmuró Axel—. Yo no tengo ni idea, en serio. No sé dónde puede estar.

—¿Tuvo algún problema con alguien?, ¿algún encontronazo? —En esa ocasión, el que preguntó fue Connor, cuya actitud cambió en menos de un segundo.

—No lo sé —murmuró el amigo de Brenan, tan nervioso como pensativo.

—¡Piensa, joder!

—Los únicos problemas que tenía, últimamente, eran con Susana. Aparte de eso, nada más. ¡Es Brenan, joder! —dijo como si esa fuera la única explicación que tenía que darnos—. Aunque bueno… Ahora que lo decís…

—¿Qué? —gruñó Kellan.

—Santi le estuvo provocando la semana pasada.

—¿Quién es Santi? —cuestionó el mayor.

—¿Dónde está? —añadió el segundo.

—Es el encargado del pub del puerto. Por lo visto, es la nueva conquista de Susana y vino para echárselo en cara a Brenan, pero ya sabéis cómo es… No hizo mucho caso a sus provocaciones.

No esperaron a que terminara la frase; antes de que pudiéramos darnos cuenta, Connor y Kellan estaban caminando hacia el pub, que se encontraba en la calle principal del puerto, solo a unos pocos metros de donde estábamos. Los alcanzamos, andando con firmeza junto a ellos, como si fuéramos los verdaderos cuatro jinetes del apocalipsis. O eso habría pensado cualquiera que nos viera entrar en el local con esa actitud.

Axel señaló con la mirada a un tipo que jugaba a los dardos con un grupo de jóvenes y Kellan no tardó en acercarse a él para cogerle de la pechera y alzarle en el aire, separando sus pies del suelo.

—¿Y mi hermano?

—¿Quién es tu hermano? —preguntó, temeroso, al vernos a los tres, cruzados de brazos, con actitud intimidante, a las espaldas de Kellan.

—Brenan. ¿Le has visto?

—Tu hermano no viene por aquí.

—¿Qué quieres decir con eso? —cuestionó, desafiante.

—Que desde que sabe que su ex y yo follamos juntos, prefiere visitar otros locales. ¿Qué esperabas?, ¿que nos haríamos amiguitos?

Kellan hundió el puño en su estómago sin pensárselo dos veces mientras seguía agarrándole con la otra mano.

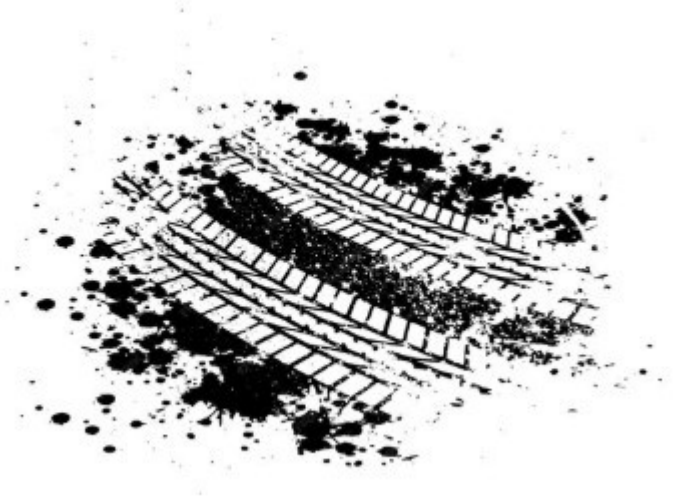
—Uno, mide tus palabras para hablar de mi hermano. Y dos, cuando hables conmigo, deja la chulería de lado. ¿Desde cuándo no le ves?

—No lo sé. ¿Desde la semana pasada? —contestó a modo de pregunta, como si el resto tuviéramos que saber la respuesta—. Ya te digo que no suele venir por aquí.

Kellan le soltó, se giró con determinación para quitarme la pistola y volvió a por su objetivo, clavándole el cañón en la garganta. No pude detenerle, aunque creo que tampoco lo habría hecho. Ese chico no parecía culpable de nada, pero era un chulo, desbordante de soberbia, que merecía que alguien le bajara los humos. Y ya que habíamos ido hasta allí…

—Espero que estés diciendo la verdad porque si no es así, una de estas balas llevará tu nombre. Y créeme, no tardaría ni una milésima de segundo en hacer diana con tus sesos al apretar el gatillo.

Nos fuimos de ese pub igual que habíamos llegado, pero dejando a ese chaval acobardado tras nosotros. No sabíamos dónde ir ni dónde buscar, pero debíamos empezar por algún sitio. Y, a ese ritmo, no iba a tener suficientes balas en el cargador para amenazar a todos los jóvenes de O´Beiros. Estábamos jodidos…



Capítulo 5
Brenan

Había escuchado en infinidad de ocasiones eso de que antes de un gran cambio o del mayor punto de inflexión de tu existencia, tu vida parece desmoronarse, nada parece estar en su lugar, el sentido de todo desaparece y te encuentras inmerso en la oscuridad más absoluta. Pero es ahí, justo en ese momento, cuando debes seguir y confiar en que todo volverá a su sitio, porque lo que se marcha y desaparece deja lugar para que llegue lo nuevo, eso que realmente merece la pena, y te conviertas en la mejor versión de ti mismo. No obstante, desde aquel lugar y desde la situación en la que me encontraba, era difícil vislumbrar el lado positivo.

Abrí los ojos, somnoliento y desorientado, tirado en el suelo, aún dolorido por los golpes. Por unos instantes, pensé que todo había sido una pesadilla, pero cuando vi la pequeña bombilla que colgaba del techo, sobre mí, y miré a mi alrededor, descubrí que aquel mal sueño era tan real como las heridas y los moratones que había en mi piel. Tenía un terrible dolor de cabeza, como si hubiera estado bebiendo durante toda la noche, y me froté los ojos y la frente para mitigarlo y espabilarme; solo entonces, me percaté de

que ya no tenía los brazos atados en la espalda y habían liberado mis tobillos.

Me incorporé y me quedé sentado en el suelo, ligeramente mareado, recordando aquellas últimas imágenes que se reprodujeron en mi mente: el vídeo para mis hermanos, esos tipos armados, los puñetazos que abrieron mi labio en dos… Fue lo último que recordaba. Supuse que me habrían drogado porque no conseguía acordarme del momento exacto en el que esos hombres me desataron y me quitaron la camiseta, ya que mi torso estaba al descubierto.

Resoplé, tan agotado como exhausto, y me levanté con dificultad para sentarme en la cama. No podía creer que siguiera allí, en aquella pequeña habitación, sin escapatoria; debía intentar salir de alguna manera. Miré hacia el cuarto de baño, que había frente a mí, y me encaminé hacia él para analizarlo, por si hubiera una ventana por la que saltar al vacío, aunque lo dudaba. Cuando me adentré en él, comprobé que, en sus escasos dos metros cuadrados, solo había un retrete, un lavabo y un pequeño mueble con dos cajones vacíos. Todo un detalle…

—¡¡Joder!! —Golpeé la superficie de este último con fuerza, cabreado, y me dejé caer en los fríos azulejos para darme un respiro.

Solo podía esperar que Kellan y Connor ya se hubieran percatado de mi ausencia y estuvieran removiendo cielo y tierra para encontrarme. Aunque ni siquiera sabía en qué ciudad estaba, ¡¿cómo iban a saberlo ellos?!!

—¿Estás bien? —Oí que susurraron desde el otro lado de la pared, justo detrás del lavabo.

No dije nada, ni siquiera me inmuté; no sabía quién era ni si hablaban conmigo, por lo que, simplemente, esperé allí sentado, escuchando con curiosidad.

—¡Oye, tú! ¿Estás ahí? —insistieron—. Detrás de la cajonera… —dijo, aún más bajito, como si temiera que alguien más oyese aquella conversación.

Aparté el pequeño mueble para averiguar de quién se trataba y vi un agujero de unos quince centímetros de diámetro que

atravesaba la pared hasta la habitación contigua. Miré a través de él y me encontré con esa mirada con la que me encantó cruzarme desde entonces. Esos enormes ojos azules, de un color tan claro que podría parecer grisáceo y que le devolvieron la luz a aquellos días de absoluta oscuridad.

—Hola —dijo con simpatía cuando me vio al otro lado del boquete—. ¿Está bien? —Fruncí el ceño al pensar que no estaba muy bien de la cabeza al hablar con un desconocido a través de un agujero. Y menos en un lugar como aquel—. Debes tener cuidado con esos tipos; son peligrosos.

—Ya, ya lo he comprobado de primera mano —murmuré con retintín.

—Peligrosos de verdad. Eso no es nada para lo que pueden hacerte, créeme —dijo como si supiera de lo que hablaba—. ¿Quieres? —Me enseñó un bocadillo diminuto y negué con la cabeza.

—No, gracias. No tengo hambre.

—¿Cómo te llamas?

—Brenan —contesté, sin más. No estaba allí para hacer amigos.

—Yo soy Naia. Te vi el otro día, cuando te trajeron. Justo pasaba por tu puerta… —Lo recordé en cuanto lo dijo, pero no había caído hasta ese momento; cuando la vi, ralentizando el paso para observar lo que estaba pasando, tenía otras cosas en mente, como que acababan de secuestrarme y ni siquiera sabía dónde estábamos.

—¿Puedes salir de aquí? —pregunté, asombrado, al analizar sus palabras.

—Algo así…

—¿Dónde estamos?

—¿Cómo que dónde estamos? ¿No lo sabes? —Negué con la cabeza—. En Dumbría, La Coruña.

Respiré aliviado al escucharlo; después de todo, no estaba tan lejos de casa. Escuché un portazo y vi cómo la chica desaparecía, cubriendo el boquete de nuevo.

—¡Niña! ¿Qué coño hacías ahí dentro? —gritó una voz grave al otro lado de la pared.

—¿Tú qué crees?

—Si fuera tú, iría bajando esa chulería, bonita. Da gracias que eres la hija de quien eres; si no, ya no estarías aquí. O no conmigo; vestida, no. —Se hizo un silencio eterno en el que no supe lo que estaba ocurriendo en la habitación de al lado—. ¡Vamos, muévete! ¡Te están esperando en el almacén! Tienes trabajo.

Escuché cómo salieron de la habitación, dando un nuevo portazo al cerrar, que provocó que las paredes temblaran, y cómo cruzaron el pasillo con pasos firmes hasta que dejé de oírlos en la distancia. Desde que sentí que estaba completamente solo, a pesar de que no dejaba de oír gritos de todo tipo, intenté buscar cualquier salida, pero no había nada, entre aquellas cuatro paredes, que pudiera darme una mínima oportunidad. Nada.

Me peleé con la manilla de la puerta, una y otra vez, como si eso fuera a solucionar algo o la abriera por arte de magia y, al ver que no funcionaba, estampé mi hombro contra ella. Tras el porrazo inicial, probé con algunas patadas directas a la cerradura, con fuerza, pero el resultado fue similar.

—¡¡Joder!! —grité al comprobar que mi destino estaba marcado.

Solo me quedaba esperar. Y eso fue lo que hice… Los minutos se hicieron eternos en aquella habitación oscura en la que el oxígeno empezaba a escasear para mí; estar encerrado traía a mi mente recuerdos difíciles de los peores años de convivencia con mi padre, que prefería olvidar y mantener bien enterrados. Por eso, para pensar en otras cosas, decidí centrarme en buscar un plan para salir de aquel lugar, en abordar al primer tipo que entrara en la sala, quitarle el arma y amenazarle con ella para huir. Parecía fácil en mi cabeza, pero, en la realidad, tener a cuatro hombres con sus fusiles frente a mí volvía a convertirme en aquel niño asustado, que tuvo que buscar el valor en lo más profundo de su interior para enfrentarse a su padre y salvar a su hermano del horrible monstruo en el que se convertía Iago.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, perdiendo la cabeza, dando vueltas en esos pocos metros cuadrados casi hasta volverme loco, buscando la salida en una encrucijada imposible.

Un golpe me trajo de vuelta y me sacó de aquel laberinto mental en el que estaba sumido.

—Brenan… —Escuché unos segundos después—. Oye, Brenan.

Era ella. Otra vez. Y no sé por qué, pero me dirigí hacia el cuarto de baño sin pensar; esa chica era la única opción posible para escapar de allí. Quité el mueble que cubría el agujero y me encontré con esos ojos que me sonrieron y me saludaron sin decir ni una sola palabra. Nos observamos unos segundos, en silencio, hasta que ella rompió el hielo.

—Te he traído esto. Espero que si no tienes hambre, al menos, tengas sed.

Me pasó una lata de refresco y la cogí sin dudar. Iba a necesitarla; no sabía cuánto tiempo tendría que estar allí.

—Gracias… —susurré.

—De nada. —La vi sonreír con timidez y me abrazó sin saberlo con ese simple gesto—. ¿Sabes? Usaba este agujero para hablar con mi amiga Natasha; nos pasábamos las horas muertas charlando a través de esta pared. Era lo mejor del día… —murmuró con nostalgia.

—¿Y dónde está tu amiga ahora? —No tendría que haber preguntado, pero puede que, después de todo, no estuviera tan mal tener una conversación con alguien. Por no hablar de que me convenía ganarme su confianza.

—Desapareció. Hace un par de semanas. —Nuestras miradas volvieron a encontrarse—. Ya te lo he dicho, esa gente es peligrosa.

—¿Y qué haces tú aquí?

—Sobrevivir.

—¿Sobrevivir?, ¿con esa gente peligrosa? —repetí sus palabras, escéptico—. ¿Por qué no te largas? Has dicho que podías salir…

—No es así, exactamente, ni tan fácil como parece, créeme.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde hace demasiado.

La estudié con tristeza. No sabía cuánto tiempo llevaba yo allí, ya que aquellas paredes parecían una especie de agujero negro que

jugaba con el espacio-tiempo a su antojo, pero podía imaginarme lo difícil que tenía que haber sido para ella.

—¿Y tú?, ¿por qué estás aquí? —se interesó.

—Porque no puedo largarme —respondí, evitando el verdadero motivo, aunque, realmente, no lo supiera.

Sonrió y mi corazón se encogió al comprobar cómo esa mueca inocente provocó que algo brillara entre las dos habitaciones; allí, en el lugar más sombrío de Galicia. Porque no sabía por lo que habría tenido que pasar esa chica o lo que habría vivido antes de que yo llegara, pero que siguiera así, con esa actitud envidiable y amable, tratando de ayudarme sin conocerme, decía demasiado sobre ella.

Llevaba muchos años buscando mi alma, casi toda una vida. Un tiempo de búsqueda incesante que parecía no tener fin. O eso creía… Hasta que la encontré, hasta que la conocí y me enseñó a vivir, a pesar de encontrarnos en uno de los peores lugares del planeta para ello. Porque con ella descubriría que hasta el alma más oscura consigue brillar en el lugar adecuado, con la compañía correcta; incluso en el sitio más tenebroso del mundo. Aunque aún no lo supiera…



Capítulo 6

Eric

Había sido una noche de locos. Una noche interminable en la que nos centramos en encontrar alguna pista sobre el paradero de Brenan, algo que resultó imposible. Nadie le había visto, no había noticias sobre él y cada segundo que pasaba, restaba las posibilidades de localizarle sano y salvo. Sobre todo, después del paquete sorpresa que había recibido Kellan en el DS. Era extraño que con él, no hubiera llegado una nota amenazante, una petición descabellada a cambio del rescate del pequeño de los Ulloa, lo que me hizo desconfiar. Había algo que se nos escapaba, pero… ¿el qué?

Kellan estaba tirado en el sofá del despacho del club, agotado, con la cabeza entre sus manos, tan hundido como desesperado por no saber dónde seguir buscando; Connor daba vueltas alrededor de la oficina, nervioso, con la pistola en una mano y el móvil en la otra, llamando, constantemente, a cada uno de los amigos de Brenan y yo… los observaba desde mi asiento, tratando de elaborar una lista mental con las personas que pudieran saber algo al respecto. ¿Resultado? Ninguno.

En esas ajetreadas horas previas, habíamos recorrido la costa, la ría y visitado a cada miembro de nuestra numerosa cadena;

habíamos ido a la nave del Colombiano y contactado con cada uno de nuestros socios y con algunos de nuestros distribuidores más cercanos, que no hicieron otra cosa más que confirmarnos la tranquilidad en el «mercado» desde la muerte del Lince, lo que no me relajó en absoluto. Tanta calma era sospechosa. Imaginé que el hecho de que parte de sus hombres hubieran terminado entre rejas tuvo mucho que ver en ello, pero tenía un equipo lo suficientemente grande como para que ese ejército se disolviera así como así. Aunque… prefería no pensar en ello ni poner más nerviosos a los chicos, lo que parecía imposible.

—Daniella podría echarnos una mano… —opiné cuando el silencio empezó a hacerse insoportable.

—Ni de coña —sentenció Connor, protector, leyéndome los pensamientos.

—¿Cómo? —cuestionó Kellan.

—Bueno, el hecho de que sea policía puede jugar a nuestro favor… —Kellan frunció el ceño, pensativo, como si hubiera olvidado ese «pequeño» detalle. O puede que fuera porque aún no nos habíamos acostumbrado a ello ni lo habíamos asimilado.

Enterarme de la verdadera profesión de Daniella supuso una enorme sacudida. Y no porque me afectara su vida personal en ese aspecto, sino porque nos la había colado durante meses, jugando a nuestras espaldas, y ni siquiera nos habíamos enterado. Eso decía mucho de nuestros hombres… ¡O de mí, más bien! Ya que se suponía que estaba ahí, al lado de Kellan, Connor y Brenan, para protegerlos. Y parecía que no lo estaba haciendo nada bien… Un extraño sentimiento de culpa me arrolló al pensar en el último y tuve que carraspear para disolver esa molesta sensación de mi garganta.

—Ni de coña —gruñó Connor, de nuevo—. ¿Estás sordo? ¿O es que aún no te has enterado de que está embarazada?

—Cómo no me iba a enterar… —murmuré, como si hubiera sido su tema favorito desde entonces, ganándome una mirada recriminatoria de su parte.

—¡Pues entonces! Nada de disgustos y menos aún, meterla en problemas. ¿Entendido? —insistió.

—Solo digo que su posición puede venirnos bien —intenté convencerle—. Por el hecho de que haya tenido acceso a los expedientes policiales, podría conocer más nombres… Podría decirnos si se nos escapa alguien.

—Daniella ya no es policía —volvió a gruñir.

—Puede que Eric tenga razón. Tal vez, ella pueda acceder a las grabaciones de los interrogatorios de la gente del Lince o… ¡yo qué sé! —exclamó Kellan, desesperado, dejando caer su cabeza hacia atrás, justo cuando la puerta se abrió y la aludida y África entraron haciéndose notar, como siempre.

—¡Ya está! El club está vacío, por fin… —nos informó la primera—. ¿Qué pasa? —cuestionó al fijarse en nuestras caras.

—¿Vais a contárnoslo ya? —preguntó Afri.

—No pasa nada nuevo —contestó Connor.

—Así que lleváis toda la noche desaparecidos, dejando el Dark Soul en nuestras manos, sin ni siquiera preguntar cómo ha ido y queréis que nos creamos que no ha pasado nada… —dijo Daniella, melosa, acercándose a los brazos de su chico.

—Hemos estado buscando a Brenan.

—¿Y?

—Ni rastro —murmuró Kellan cuando África se sentó sobre sus rodillas, acomodándose en su cuerpo para besarle.

Habíamos decidido ocultarles el «regalo» que habíamos recibido para que no se preocuparan, pero creo que vieron en nuestros rostros que no les estábamos diciendo la verdad. Al menos, no toda. Y no tardarían en descubrirla…

—¿Habéis estado en el puerto?

—¿Y Susana?, ¿no sabe nada de él? ¡Qué raro!

—No hay ni rastro. Parece que se lo ha tragado la tierra… —respondió Connor, apesadumbrado.

—En realidad, sí tenemos un rastro —dije, convencido, como si esa fuera la única opción viable para encontrar a Brenan; ganándome una mirada intimidatoria de parte de Connor, que me exigía y me rogaba, al mismo tiempo, que no lo hiciera—. Hemos recibido un paquete. —Kellan tensó la mandíbula al recordarlo, pero

me apoyó con el gesto, sin decir nada—. Alguien está jugando con nosotros. O nos están amenazando…

—¿Qué había en ese paquete? —Daniella se separó de Connor y dio dos pasos hacia mí, temiéndose lo peor.

—Una oreja y un dedo. —Su rostro perdió el color y África se cubrió la boca con ambas manos, sorprendida—. Y la camiseta de Brenan.

—¡¿Qué?!

—¿Quién demonios…?

—No lo sabemos, pero creo que tú podrías echarnos una mano para descubrirlo.

—¡¿De qué cojones vas?! —gritó Connor cuando no pudo contenerse más.

—¿Quieres encontrar a tu hermano o no? —cuestioné con seriedad—. Antes de que sea demasiado tarde, quiero decir…

—¿A este precio? ¡No puedo poner sus vidas en juego también! —Elevó la voz más aún.

—¡¿A qué precio, Connor?! —exclamó Daniella, atando cabos —. ¿No pensabas decirme nada? Brenan también es mi hermano, ¿sabes?

—Estás embarazada, Dani. Quería ahorrarte esto.

—¿Ahorrarme el qué? —dijo dolida—. Es Brenan el que está ahí fuera, quién sabe dónde… ¡Y con quién!

—Lo sé. Lo sé y voy a encontrarle. —Se acercó a ella y puso su mano en su vientre, intentando calmarla—. Voy a encontrarle, de verdad —repitió, convenciéndose a sí mismo—. Pero no puedo buscarle y manteneros a salvo. No quiero poneros en peligro.

—No tienes que mantenernos a salvo, Connor. Creo que ya ha quedado claro en varias ocasiones. Somos un equipo —murmuró, con cariño, cogiéndole de la mano—, y seremos más fuertes si estamos juntos en esto.

Vi en el rostro de mi amigo que no acababa de convencerle y que la dejaría fuera del asunto a la mínima ocasión.

—Voy a hablar con Guille y los suyos —sentencié, convencido —. Puede que, al estar distribuyendo en la zona del Lince, sepan algo.

—Avísanos con lo que sea —me pidió Kellan, levantándose del sofá—. Yo me marcho también; volveré al puerto por si hay alguna cámara en los locales cercanos a su coche. No puedo quedarme aquí de brazos cruzados.

—Voy contigo. —África se incorporó y salió del despacho a su lado.

—Tú y yo ya hablaremos —murmuró Connor, tratando de intimidarme, antes de que cruzara el umbral de la puerta.

—Cuando quieras, Robin. —Le guiñé un ojo con la intención de tranquilizarle, pero la verdad es que no estaba el horno para bollos. Era imposible relajarse en un ambiente como aquel.

Cada segundo que pasaba estaba en nuestra contra y las posibilidades de encontrar a Brenan con vida disminuían, por lo que no había tiempo que perder. Debíamos encontrarle y no dejar de buscar, pero… ¿dónde?

Bajé las escaleras hasta la planta principal para dirigirme al garaje, a por mi coche, y mi mirada se cruzó con otra, atraída por su intenso magnetismo; con la que menos esperaba. Ella, Lía. Estaba terminando de recoger su barra, organizando las botellas en las estanterías con una paciencia asombrosa y, aunque dudé durante unos segundos si debía hacerlo, terminé acercándome a ella sin hacer ruido.

Cuando se giró y me vio allí apoyado, observándola con detenimiento, resopló como si mi sola presencia le molestara. Y no podía culparla.

—Pensaba que no quedaba nadie por aquí ya…

—Pensabas bien —contestó con chulería, dándose la vuelta para seguir con su tarea—. Para ti es como si así fuera —dijo con dureza, sin mirarme.

—Lía…

—Déjalo.

Me alejé con paso firme, agotado, sin ganas de lidiar con ella en esos instantes, pero antes de que alcanzara la puerta que daba acceso al garaje, salió de su escondite, de esa barrera física y mental que marcaba su lugar de trabajo, y captó mi atención con un

sonido suave dirigido hacia mí. Después de todo, allí no había nadie más.

—Chst… —insistió, provocando que la mirase—. ¿Sabéis algo nuevo?

—¿Algo de qué? —cuestioné, haciéndome el loco. No quería darle información que no supiera. O que no debería saber.

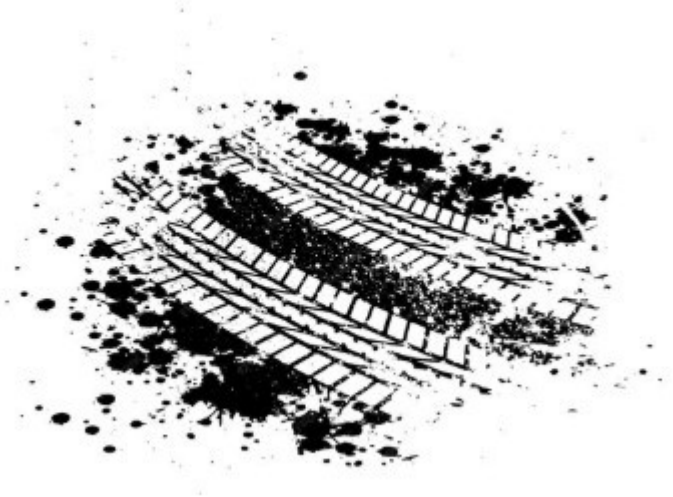
—Algo sobre Brenan. Daniella me lo ha contado. ¿Hay noticias?

—No, no hay nada nuevo.

Nuestros ojos se fundieron durante unos segundos y mantuvieron una conversación silenciosa que no me gustaría reconocer. Los míos le desvelaron que no le estaba diciendo la verdad y los suyos me retaron con un «mentiroso» escrito en cada pestañeo. A ese nivel de compenetración llegábamos; una conexión irrompible que deseaba evitar. Y más aún, después de todo lo vivido durante los últimos meses. No salíamos de un peligro cuando estábamos metidos, hasta el cuello, en otro peor.

—No hay noticias, pero le encontraremos. Voy a encontrarle.

Salí de aquella enorme sala con paso rápido, convencido de que ese era mi único objetivo: encontrar a Brenan. Aunque no era cierto. O no del todo… Aligeré el paso huyendo de ella, de los pensamientos que me gritaban que era la correcta para mí, que nos unían más cosas de las que nos separaban y que habíamos nacido para estar juntos, que cada segundo vivido mereció la pena solo por haberla conocido porque nunca me había sentido tan unido a nadie como a ella… Tan unido y distanciado al mismo tiempo. Jamás.



Capítulo 7
Brenan

Iba a perder la cordura. Si no lo había hecho ya… O lo habría hecho, de no ser por ella. Naia. Estuvimos hablando a través de aquella pared, lo que me produjo una extraña sensación de complicidad, de comodidad, algo imposible en un lugar como aquel. O eso creía.

—¿Qué haces tú en un sitio como este? —pregunté después de una intensa pausa en la que nos observamos, en silencio, a través de ese pequeño orificio. Sabía poco de ella, casi nada, pero que estuviera allí, conmigo, sin perder esa intensa sonrisa, revelaba mucho sobre esa brillante mirada azul.

—Sobrevivir, supongo. —Se encogió de hombros—. Llevo toda mi vida aquí.

—¿Toda tu vida? —repetí, tan extrañado como sorprendido, y asintió.

—Es lo único que conozco.

Un sentimiento amargo me inundó por completo. Gracias a Iago, había tenido una vida de mierda —o una infancia horrible, al menos—, pero lo de ella era incomparable. Aquello no tenía nombre.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho. —Volvió a sonreír—. Casi.

—¿Casi? —Apreté los labios, evitando curvarlos al sentir que me contagiaba su mueca, en un primer instante, y reprimiendo la furia que hervía en mi interior al comprender que ni siquiera era mayor de edad y estaba allí, encerrada. No pude evitarlo; un extraño sentimiento de comprensión, algo así como una rara conexión, surgió en aquel momento.

—Los cumplo dentro de tres días —dijo orgullosa, provocando que ese sentimiento que me abordó se convirtiera en una especie de agujero negro capaz de absorber todo lo que teníamos a nuestro alrededor.

«¿Qué demonios hacía alguien como ella allí?».

—¿Y tus padres? ¿Dónde están? —Negó con la cabeza y me reveló con su gesto que prefería no contestar a ciertas preguntas—. ¿Alguien sabe que estás aquí?

—Todos ellos.

—Alguien más, quería decir.

—No, no lo creo. —Nos quedamos en silencio unos segundos.

—¿Cuántos son?

—Unos veinte, aunque no siempre están los mismos. ¿Quieres algo de comer?

—No tengo hambre.

—Bueno, avísame cuando empieces a rugir. No podrás aguantar así mucho tiempo. —Elevó la comisura derecha de su boca —. ¿Por qué te han traído aquí? No había visto a ningún chico antes en ninguna de las habitaciones.

—Ah, ¿no? —Negó con la cabeza—. Supongo que esos tipos tienen algún problema con los míos.

—¿Andáis metidos en sus negocios?

—¿En qué negocios? —Me hice el loco—. Yo tengo un taller. Puede que estén mosqueados porque me he hecho con la mayoría de los coches de O´Beiros y de la zona, pero tampoco es para tanto… —Apoyé mi espalda en los azulejos helados de la pared del cuarto de baño y me sonrió—. Si puedes salir de aquí, ¿por qué no…?

—¿Por qué no me voy? —me cortó y asentí—. Puedo salir de esta habitación, pero es mejor que no intente escaparme del edificio. He visto lo que les pasa a las chicas que lo intentan…

—¿A las chicas? —Movió su cabeza de arriba abajo lentamente—. ¿Hay más?

—Son quince. —Su rostro se transformó al darse cuenta de algo—. Catorce ahora. —Se pensó si seguir con su explicación y vi la duda en sus ojos durante unos segundos; supuse que no sabía si debía confiar en mí, pero algo le llevó a hacerlo—. Nat, Natasha, la chica que estaba en tu habitación, quería volver a su país. En cuanto llegó aquí, se arrepintió de haber venido.

—¿Por qué lo hizo?

—Ya sabes, la engañaron con la promesa de un futuro mejor. Le prometieron que, al venir a España, empezaría con su carrera de modelo y en cuanto le quitaron el pasaporte, la metieron junto a otras cuantas en un contenedor y las trajeron en un buque mercante, sin agua ni comida durante días.

—Joder…

Había escuchado y visto esas historias en las películas, pero no creía que fueran reales. No esperaba que lo fueran.

—Llegó en un estado horrible, pero era preciosa. En cuanto la vi abajo y me dijo que iba a ser modelo, pensé que algún día lo conseguiría.

—¿Qué le pasó?

—Lo mismo que a la mayoría de las que están aquí. Cuando se dio cuenta del motivo por el que la habían traído, quiso huir. Y yo la ayudé… —Bajó la mirada, arrepentida—. En cuanto llegó a la puerta, los gorilas de ahí abajo la atraparon. Nunca volví a verla…

—¿Cuánto hace de eso?

—Dos semanas.

—¿Cómo llegaste tú aquí? —No sabía si era una buena idea aquella pregunta, pero de verdad me interesaba, me preocupaba.

—Es una larga historia.

—Bueno, creo que tenemos algo de tiempo.

Amplió su sonrisa, provocando, de nuevo, esa extraña sensación en mi cuerpo que, en esa ocasión, vino acompañada de

un ligero hormigueo. Si alguien se merecía sonreír allí, era ella.

Oímos un golpe, seguido de un portazo, y Naia desapareció a toda velocidad tras tapar el agujero con el mueble.

—¡Vamos! —gritó un tipo al otro lado—. ¡¿Se te han pegado las sábanas hoy o qué?!

—Ahora mismo voy —dijo ella, obediente.

A partir de entonces, escuché varios gritos procedentes del exterior, supuse que de los pasillos o de las habitaciones cercanas. Eso, unido a lo que Naia me había contado, me hizo imaginar las cosas horribles que podrían ocurrir allí dentro, lo que no hizo otra cosa más que aumentar mi ira hacia esos tipos.

Me levanté para sentarme en la cama, en ese colchón que parecía hecho de hormigón, y hundí los dedos en mi pelo, sujetando mi cabeza con ambas manos, como si pudiera soportar el peso del mundo sobre mi espalda. No, no podía. Porque una cosa era enfrentarte a tu padre, de la mano de tu hermano, y otra, bien distinta, intentar salir vivo de un lugar desconocido, custodiado por veinte hombres armados hasta los dientes. Imposible. Pero no tenía otra opción.

Me incorporé, caminé hasta la puerta y empecé a aporrear la madera para captar la atención de quien estuviera al otro lado.

—¡Eh! —grité antes de golpear la puerta con mi hombro. Cogí impulso y repetí la operación con más energía—. ¡¡Ehhh!!

Alguien metió la llave en la cerradura y abrió unos segundos después, justo cuando un tipo con cara de pocos amigos y una enorme cicatriz en la mejilla apareció en el umbral.

—¿Qué coño quieres?

—Agua —mentí. Porque mi única intención era echar un ojo por encima de su hombro para comprobar cuántos hombres había o analizar una posible escapatoria.

—¿Agua? ¿Qué crees que es esto?, ¿un todo incluido?

—Por tu aspecto, pensé que algo más parecido al circo de los horrores —me cachondeé para mostrarle que, a esas alturas, ya no había nada que me intimidase.

—Me alegro de que tengas ganas de bromear. Por lo que he oído, te durarán poco —dijo con inquina—. ¡Oye! —chilló—. ¡Traed

una botella de agua!

El poco tiempo que tardaron en obedecerle se convirtió en una verdadera batalla de miradas en la que ambos luchamos por ver quién tenía más agallas. Aunque a él no le hacía falta; el cañón de su arma, que apuntaba en mi dirección, hablaba en su nombre.

Una joven, prácticamente de la misma edad que Naia, se acercó a él y le dio una botella sin inmutarse.

—Tu agua… —dijo el tipo, desenroscando el tapón antes de lanzar la botella en mi dirección, provocando que el líquido se derramara por el suelo—. ¡Vaya! Lo siento. ¡Yo que solo quería ser amable!

Soltó una intensa carcajada al girarse para salir de la habitación, ocasión que aproveché para echar un vistazo rápido. Un largo y oscuro pasillo se extendía a ambos lados de la sala, donde se veían más puertas cerradas, pero ni rastro del resto de los hombres, por lo que me fue imposible averiguar con cuántos tipos tendría que enfrentarme para escapar. Cada segundo que pasaba estaba más seguro de que no lo lograría. O no vivo… No obstante, si quería tener una mínima oportunidad, necesitaba a Naia para conseguirla.

Me dejé caer en ese colchón mugriento, agotado, tanto física como mentalmente, ideando una huida. O soñando con ella. No sé cuánto tiempo estuve allí tumbado ni si caí sumido en un profundo sueño, pero un golpe estremecedor, procedente de la habitación de al lado, me hizo reaccionar.

—¡Te lo he dicho! ¡No sé cuántas veces te lo he dicho ya, niñata! —Oí los gritos graves de un hombre y me puse de pie de un salto para acercarme al cuarto de baño y escuchar con claridad—. ¡Estás aquí para obedecer y si no, tendrás que largarte! ¡Ah, no! Que no podemos dejar que te vayas; sabes demasiado… Así que solo tienes una opción: obedecer sin inmutarte.

—Te he dicho que no —dijo Naia con voz temblorosa. La imaginé llorando al otro lado de la pared y mi corazón se encogió solo con pensarlo al latir al ritmo de miles de dolorosos recuerdos.

—Eso es lo bueno, que no puedes negarte. Tu padre ya no está aquí, así que… O trabajas o desapareces, es fácil.

—Ya estoy trabajando.

—¿Te estás quedando conmigo? ¡No estás haciendo ni una mierda! —Un nuevo golpe me congeló la sangre y sentí cómo alguien caía al suelo; supuse que era ella y me acerqué a la pared más cercana para estampar mi puño en ella.

—¡Eh! —grité, golpeando los azulejos con fuerza—. ¡Eh, tú! ¡¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño?!

—¡Tranquilo, que ahora voy para allá!

—¿Qué coño estás haciendo? —Una nueva voz se metió en la conversación.

—Se ha negado a acostarse con uno de nuestros clientes y le estaba enseñando quién manda aquí —contestó el primero.

—¿Eres gilipollas? Santana ha dicho que no le toquemos ni un pelo —dijo el último en llegar—. Este fin de semana viene el Ruso.

—¿Y qué?

—Quiere carne fresca. Y más siendo hija de quien es… Un auténtico caramelito.

Mi estómago se revolvió y las náuseas más intensas que había sentido en toda mi vida ardieron en mi interior. Resoplé, nervioso, y volví a golpear la pared con toda la rabia acumulada latiendo en mis nudillos, provocando que estos se enrojecieran con el primer golpe y empezaran a sangrar con los que vinieron a continuación. Quería llamar la atención de esos tipos, desahogarme de alguna manera, sacar fuera de mí ese intenso e insoportable nudo que habían provocado en mi estómago. Pero no funcionó.

Abandonaron la habitación de Naia con un portazo que retumbó en aquel cuarto de baño. Esperé unos segundos, deseando que entraran donde me encontraba para aliviar esa rabia incrustando mi puño en sus caras, pero al no hacerlo, me senté en el suelo para separar la cajonera y dejar aquel pequeño agujero al descubierto.

—Naia… —susurré para que se acercara—. Naia…

No obtuve respuesta, pero sabía que estaba allí. No sabía dónde, exactamente, pero esa chica estaba tan cerca como para poder escuchar su llanto desconsolado a pesar de la distancia, tan cerca como para sentir la necesidad de hacer desaparecer las lágrimas de su rostro. Tan cerca, pero tan lejos al mismo tiempo.

Y es que si había algo peor que estar allí encerrado, era estarlo y no poder ayudarla; no poder reventar la cabeza del tipo que le estaba haciendo daño. Pero lo haría… Necesitaba ayudarla. Casi tanto como escapar de allí.



Capítulo 8

Naia

No había tenido una vida fácil. O, al menos, eso creía, porque tampoco tenía nada con qué compararla. Llevaba diecisiete años viviendo en aquella casa; de hecho, creo que nací allí mismo, aunque nunca podría confirmarlo.

Mi madre llegó a España veinte años atrás, procedente de una pequeña ciudad del oeste de Albania. Por lo que pudo contarme, el viaje no fue nada fácil y estuvo, junto a otras tantas mujeres, metida en la caja de carga de un viejo camión durante días, sin poder comer ni moverse y con el aire justo para respirar. Esos trayectos ya formaban parte del pasado; ahora, como se burlaban los desgraciados con los que convivía, las chicas tenían la suerte de llegar en asientos vip, encerradas en los contenedores de los buques de mercancías. Parecía imposible creer que decenas de personas llegasen a un país nuevo de esta manera, con los exhaustivos controles que pasan dichos barcos, pero era toda una mafia… Una maldita y vomitiva mafia de la que ya sabía demasiado, orquestada por manos tan poderosas que eran imposibles de atrapar. Podían comprarlo todo, incluso nuestra libertad. Nuestras vidas.

Cuando llegaban chicas nuevas, Santana hacía una selección rápida; las de mayor edad, que rondarían los treinta, eran enviadas al Infinity y el resto, que tendrían unos veinte años, si es que llegaban, se quedaban allí, en el Lux, como era conocido el edificio donde había crecido, un espacio destinado al deseo y al disfrute de gente de dinero, —con más dinero del que mi mente nunca podría visualizar ni asimilar—, como solían venderlo entre un círculo cerrado

de poderosos clientes. Sexo y disfrute para ellos a costa de la libertad de ellas. Un infierno ubicado en el paraíso. O así era antes de la destrucción del club Infinity; desde entonces, parecía que los nervios de todos estaban a flor de piel. Más que de costumbre.

El Lux era un amplio edificio de cuatro plantas, incluido el sótano, con formas cúbicas y forrado de piedra blanca, lo que le daba un aspecto moderno. Estaba rodeado de verdes jardines con una enorme piscina de efecto infinito y vallado por un largo muro de unos tres metros de alto para mantener su privacidad. U ocultar lo que ocurría en su interior…

Poco después de que mi madre llegara, con veintidós años, se quedó embarazada de uno de los líderes del grupo y vivió allí, junto a mí, durante el resto de su vida. Creía que había tenido «suerte» por crecer en el Lux porque parecía un lugar idílico; ella hizo que lo pareciera para mí. O lo parecía hasta que tuve la edad suficiente para ser consciente de lo que ocurría allí dentro.

Cuando era pequeña, salí de sus muros en alguna ocasión, solo cuando era estrictamente necesario, siempre vigilada por mi padre o por alguno de sus hombres, pero al llegar mi adolescencia, lo hizo acompañada de una vida más dura. Las puertas se cerraron para mí, igual que lo estaban para el resto de las chicas, y mi vida se desarrolló allí dentro por completo. Por aquel entonces, agradecía que tuviera a mi madre y a Nat conmigo, pero ahora ambas se habían ido para siempre. Y yo… estaba sola. Hasta que llegó él.

En cuanto mi madre vio que había crecido y empezó a temer por mi bienestar y por la vida que me esperaba allí, quiso huir. Y ellos… la hicieron desaparecer. Sin más. Así de fácil. Cualquiera que se convirtiera en un problema para ellos desaparecía. Algo tan sencillo como lanzar una piedra en medio del océano; esa gente se deshacía de las chicas que les sobraban o no les servían a su antojo. Era un simple chasquido de dedos.

Recordaba ese día como si fuera hoy. Tenía doce años, acababa de despertarme y mi madre no estaba en nuestra habitación. Al no encontrarla por ningún lado, busqué al tipo que me había engendrado y le pregunté por ella; su respuesta fue que mi madre había regresado a Albania. Una frase que me destrozó por

dentro y derrumbó todo mi mundo. Era una cría, la necesitaba y ella no iba a volver. Sabía que era mentira, que nunca se habría ido sin mí, pero también estaba segura de que jamás volvería a verla. Y así fue…

Lloré durante días desconsolada y me refugié en mi habitación esperando que el dolor mitigase. No quería ver a nadie, no quería hablar con nadie, pero allí estaba ella, Natasha, Nat para mí. Hizo ese agujero en la pared para comunicarse conmigo y empezamos a hablar por ese pequeño boquete que convirtió nuestra amistad en algo imprescindible. Porque en el Lux también había distintas clases sociales. Si obedecías y te convertías en una chica modelo, tenías libertad de movimiento por el terreno, cuya única salida estaba custodiada por auténticos gorilas día y noche, pero si desobedecías o te convertías en una rebelde con ideas de escapar, como Nat, la cosa cambiaba. Y así ocurrió; la encerraron hasta que también desapareció y mi corazón terminó de romperse.

Aun así, a pesar de que era consciente de la realidad, siempre vi la vida con otros ojos. Porque aunque vivía en un lugar en el que los hombres de poder usaban a las mujeres como meros objetos sexuales, a cambio de una considerable suma de dinero, de la que ellas obtenían una mínima parte, a mí nadie me tocó ni un pelo. Nunca. Que mi padre viviera bajo ese mismo techo y fuera uno de los líderes, seguramente, tuvo mucho que ver en ello. Porque apenas teníamos relación, ni siquiera hablábamos, pero suponía que estaba bajo su protección. Sin embargo, ahora que él tampoco estaba, las cosas habían cambiado para mí y lo comprobé esa misma noche, cuando acabé con mi larga jornada nocturna.

Mi trabajo era recibir a los clientes, gente de la élite, personas poderosas, de gran prestigio y con mucho dinero, que llegaban al Lux para pasar un buen rato. Ellos llegaban con sus coches de alta gama hasta el interior del edificio y aparcaban en un garaje subterráneo, desde el cual accedían a la sala principal, a través de unas amplias escaleras. Y allí estaba yo… Como norma, siempre con mi mejor sonrisa, vestida de forma elegante y provocativa para recibirlos; debía acompañarlos hasta sus asientos, ofrecerles una botella de nuestras bebidas más caras y hacerles compañía hasta

que llegasen el resto de las chicas y ellos eligiesen, personalmente, a una de ellas para pasar a una zona privada, donde se quedarían los dos solos. Hasta ese día, me habían hecho toda clase de propuestas; supondrían que era virgen, la más joven de las chicas y la hija de una de las cabezas más cotizadas de Galicia, aunque intocable, y creo que eso les daba más morbo aún… Y a mí, más ganas de vomitar.

Tras varias horas agotadoras en las que tuve que recibir a decenas de clientes y forzar una sonrisa, mientras las náuseas ardían en la boca de mi estómago, me dirigí hasta una pequeña barra, ubicada en un lateral de la sala, para beber un vaso de agua y me senté en uno de los taburetes altos, junto a Camila, una joven colombiana que llevaba un par de años por allí.

—¿Qué tal, Cami? —dije con amabilidad, apoyándome en la barra para acercarme a ella.

—Agotada. Ayer fue una noche intensa. Y hoy pinta igual… —Resopló—. ¿Qué tal tú?

—Bah. —Me encogí de hombros—. Como siempre, supongo.

—¿Y ese nuevo compañero de la habitación de al lado? ¿Has vuelto a hablar con él?

—Hemos estado charlando durante todo el día. Es… simpático.

—Todos lo son. —Puso los ojos en blanco, dándome a entender su sarcasmo. Porque sí, para ella, todos lo eran, pero por un único y claro motivo.

—En serio, Cami, es un encanto. No sé qué hace aquí.

—Naia… —refunfuñó.

—¿Qué?

—Ni siquiera hace falta que te lo diga.

—Lo sé —contesté condescendiente.

—Sí, lo sabes. No estará mucho tiempo aquí, así que no te encariñes.

—¿De quién no tienes que encariñarte? —gruñó Darek a nuestras espaldas.

—De nadie —contesté de forma automática.

Sus ojos oscuros, atados a esa mirada dura, se clavaron en los míos, intimidándome. Darek era un tipo enorme, cuyo brazo era casi tan ancho como su cabeza, e imponente; tenía el pelo rapado y un gesto serio que desprendía amenazas constantes. Era el típico hombre con el que no desearías cruzarte. Nunca.

—Más te vale. No pensarás que vamos a cuidar de ti y de tu bombo si te quedas embarazada… —dijo con desprecio—. Lo de tu madre fue una excepción. Y un error… Pero ahora que no está tu padre, se acabó.

«Ese tipo no es mi padre» me habría encantado contestar, pero tenía que ahorrarme esa clase de comentarios si quería seguir con vida.

—¿Me has oído? —interrumpió mis pensamientos—. No vamos a seguir manteniéndote por tu cara bonita. He hablado con Santana y si quieres seguir aquí, empezarás a trabajar como las demás chicas.

No, no quería seguir allí, pero sabía lo que significaban sus palabras. Seguir en el Lux era seguir con vida, por muy mala que fuera esta.

—Pero…

—¡No hay peros! Es más, quizá sea el momento de sacar a pasear a la gatita que tienes dentro. —Su mirada lasciva se deslizó por mi cuerpo a la vez que su dedo índice rozaba la calidez de mis mejillas—. ¡Ven aquí! —Cogió mi mano con fuerza y me llevó hasta una de las salas donde dos hombres, que no conocía, charlaban mientras bebían en un ambiente distendido.

—Ya estoy aquí, amigo —dijo Darek con complicidad—. Lo prometido es deuda; para tu debut, te he traído a una de nuestras mejores chicas. —Me señaló—. Esta es Naia, todo un bombón. Y producto nacional —añadió como si fuera un plus, provocando que mi odio hacia él aumentase y mis ganas de vomitar se multiplicaran.

—Y toda una preciosidad —susurró uno de ellos, examinándome de arriba abajo como si estuviera analizando una posible compra.

Me quedé con las ganas de darle un buen rodillazo en la entrepierna y gritarles todos los insultos que pasaban por mi mente,

pero sentí que debía salir de allí cuanto antes; me giré, como si fuera un acto reflejo, y me encaminé hacia la puerta, pero no me dio tiempo ni a dar dos pasos. Darek me agarró por la muñeca para detenerme.

—¿Dónde crees que vas? —murmuró con un tono que daba miedo, aunque su voz no superaba un susurro que solo escuchamos él y yo.

—Mi noche ha terminado.

—Ni hablar. Vuelve ahí hora mismo. —Echó un vistazo rápido a los hombres, que nos observaban con curiosidad—. Dadnos un segundo.

Su mano apretó mi brazo y me sacó de la sala con rapidez.

—Pero… ¿quién coño te crees que eres, niñata? —Me soltó con desprecio, como si acabara de cambiarme por varios camellos y fuera a perder el trato.

—No pienso entrar ahí dentro.

—Vas a hacer lo que yo diga.

Ni siquiera me lo pensé; corrí hacia las escaleras y subí los escalones de dos en dos hasta mi habitación, sintiendo los pasos de Darek a mis espaldas. Abrí la puerta como si eso fuera a librarme de su presencia, pero entró y la cerró con un golpe que podría hacer retumbar los cimientos de aquel edificio.

Varios minutos más tarde, tras varios desprecios y amenazas que acabaron con un golpe y un empujón que me tiró al suelo, me vi allí, llorando en un rincón, sintiéndome tan diminuta que era incapaz de respirar.

«Este fin de semana viene el Ruso, quiere carne fresca y más siendo hija de quien es… Un auténtico caramelito». Mi mente repitió las palabras de Salva una y otra vez. Salva era uno de los hombres de mi padre; no sabía cuánto tiempo había estado presenciando la escena, pero llegó en el momento oportuno para hacer que me librara de Darek. Eso sí, sus palabras no dejaron de retumbar en mi cabeza, tanto que no podía escuchar ni ver al resto del mundo.

Me quedé en el suelo, abrazando mis rodillas, deseando desaparecer.

—Naia… —Escuché la voz de Brenan, que estaba llamándome desde el cuarto de baño, pero lo ignoré. No quería, no podía.

Las lágrimas inundaron mis ojos al sentirme más perdida que nunca. «Este fin de semana viene el Ruso», me repetí. Tenía que largarme cuanto antes, pero no podía fallar; si lo hacía y me pillaban, estaba muerta. Un escalofrío recorrió cada una de mis terminaciones nerviosas solo con pensarlo.

—Naia, sé que estás ahí. Te estoy oyendo —insistió, preocupado—. ¿Estás bien?

Limpié el sendero húmedo de las lágrimas con el dorso de mi mano y me incorporé para mover la cajonera. Sus ojos castaños y alarmados se encontraron con los míos a través de ese agujero.

—¿Estás bien? —Asentí—. ¿Seguro? —Forcé una media sonrisa—. Tranquila, saldremos de aquí.

Extendió su mano para que la estrechara y la agarré tras unos segundos de duda, lo que me provocó una sensación de confianza y seguridad. Porque así, sin esperarlo, con un simple «saldremos de aquí» que me incluía en sus planes, ese chico me había devuelto la fe en la humanidad, acompañada de un ligero cosquilleo por todo mi cuerpo. Acarició mi mano con suavidad, tranquilizándome, mientras nos mirábamos en silencio y así, sin saberlo, con las palabras adecuadas, una mirada cargada de preocupación y unas caricias repletas de cariño, reconstruyó en un instante algo que ni siquiera sabía que estaba roto, algo que llevaba destrozado toda una vida. A mí…



Capítulo 9

Daniella

No había podido pegar ojo. ¿A quién quería engañar? Ni siquiera me había tumbado en la cama, a pesar de que me andaba durmiendo por las esquinas. Desde que me había enterado de mi embarazo, el agotamiento se había apoderado de mí. Era un koala en un cuerpo de persona, pero no podía dormir. No podía perder un valioso tiempo que no teníamos.

Nada más llegar al pazo, tras una nueva e intensa noche en el Dark Soul, me dirigí a la habitación de Brenan. Quería comprobar de primera mano que no hubiera algún nombre o alguna pista que nos indicara su paradero. Revolví cajones, ojeé papeles, saqué la ropa hasta del último cajón del armario e incluso encendí su portátil, pero no encontré nada.

Me senté en la cama, agobiada, cuando una oleada de miedos se apoderó de mí. Y lo peor de todo era que esos temores no estaban injustificados; había vivido casos similares en varias ocasiones y conocía el final. Varios carraspeos trataron de captar mi

atención desde el umbral de la puerta, pero mi mente seguía aún valorando nuestras posibles opciones. Alcé la vista y me encontré con esa mirada de hielo que seguía derritiéndome cada vez que me cruzaba con ella.

—Lo siento —dijo con rostro culpable—. Lo siento de verdad, Dani, pero si no te lo había contado era porque no quería preocuparte.

—Ya estoy preocupada, Connor —contesté con sinceridad—. ¿Cómo no voy a estarlo? Brenan ha desaparecido sin dejar rastro y las únicas pistas que tenemos sobre él no son muy esperanzadoras… —añadí, pensativa—. ¿Dónde está esa caja? Tengo un conocido en la científica que podría analizarla por si hubiera alguna huella.

—¿Ves? —Me señaló con una media sonrisa forzada—. Eso es a lo que me refiero. Sabía que en cuanto te enterases, querrías hacer algo y me da pánico no estar ahí para protegerte. Para protegeros —rectificó.

—Ya va siendo hora de que te des cuenta de que no puedes protegernos a todos siempre. Además, puedes estar tranquilo; estaremos bien. Te lo prometo… Las dos estaremos bien.

Connor arrugó el entrecejo, confuso.

—¿Las dos?

—Tengo un presentimiento. —Sonrió con ternura—. Y no solo eso. Además, intuyo otras cosas.

—Ah, ¿sí? ¿El qué?

—Que va a volverte loco en cuanto la tengas en brazos —le provoqué, levantándome para darle un ligero beso en los labios.

—¿Más loco que tú? —cuestionó gamberro—. Eso es imposible.

Me devolvió el beso con más intensidad, provocando que cada centímetro de mi piel recibiera un intenso calambrazo.

—Voy a la comisaría; intentaré echar un ojo a las grabaciones de los interrogatorios y a los expedientes. No sé… A ver si encontramos algo por donde tirar.

—Ten cuidado. —Se despidió con ese gesto pícaro que aceleraba los latidos de mi corazón.

—Lo tendré.

Conduje hasta la comisaría de O´Beiros, ese viejo edificio por el que llevaba días sin pasarme, y aparqué el coche en la puerta. Caminé hasta su interior con paso firme y en cuanto mis antiguos compañeros me vieron, se acercaron para saludarme.

—¡Dani! ¿Qué tal? ¿Qué haces tú por aquí? —me preguntó Laura, una chica cuya mesa estaba cerca de la mía, al darme el último abrazo, mientras casi todos los demás regresaban a sus puestos.

—Pues ya ves… He venido a haceros una visita y a recoger algunas cosas que me dejé en la taquilla —mentí—. ¿Qué tal por aquí? ¿Mucho jaleo?

—Pues la verdad es que llevamos unos días sorprendentemente tranquilos.

—No sé si esto durará mucho —añadió Vázquez.

—No lo creo. —Sonreímos con complicidad—. ¿Os apetece que tomemos luego un café? Así me contáis cómo van las cosas.

—¡Claro! Avísanos cuando termines.

—¿Están el inspector o el comisario por aquí? Me gustaría saludarles. Ya que he venido…

—Oliveira está en su despacho. El comisario aún no ha llegado.

—¿Escobar no está? —Ambos negaron con la cabeza—. ¡Qué pena! Me habría encantado despedirme. Pasaré a ver a Oliveira, entonces.

Me dirigí hacia los vestuarios, disimulando, con la intención de pasar desapercibida, y cuando comprobé que todos mis compañeros devolvían la atención a sus tareas y a las pantallas de sus ordenadores, salí de la sala para encaminarme hacia el despacho del comisario Escobar. Supuse que tendría la grabación de los interrogatorios en el servidor digital, al que se podía acceder desde su portátil, lo que no esperaba era que tuviera la contraseña de inicio de sesión activada. ¡¿Cómo no?! Me di una palmada mental en la frente, sintiéndome una verdadera novata, pero tenía que intentarlo.

Dejé todo como estaba, abrí el primer cajón del escritorio, donde el comisario tenía guardada la llave de los archivos, y me

levanté del butacón de un salto para encaminarme hacia allí. Sin embargo, cuando iba a dejar el despacho atrás, me encontré de frente con quien menos esperaba.

—¡Vaya! ¡Castro! —exclamó Oliveira, sorprendido—. No pensaba que volvería a verte por aquí tan pronto.

—Pues ya ves… Os echaba de menos.

—No lo dudo. ¿A qué debemos tu visita? —Me sonrió con amabilidad; demasiada para ser él. Imaginé que se debía al éxito de su operativo contra el narcotráfico en Galicia, la mayor obsesión de su carrera y de su vida debido al asesinato de su hija.

—He quedado con Laura y con Vázquez para tomar un café. Ya te lo he dicho, os echaba de menos.

—¿Y qué? ¿Todo bien, Castro?

—Todo fenomenal.

—Me alegro. Tengo que dejarte —me informó con su característica seriedad—. Debo regresar al trabajo, pero vuelve cuando quieras.

—Lo haré.

Tan pronto como desapareció de mi vista, me dirigí hacia esa sala que se encontraba ubicada en la parte trasera del edificio. Miré a mi alrededor para comprobar que nadie me viera entrar allí y cuando metí la llave en la cerradura, me sentí como una verdadera delincuente. Aunque con las cosas que había tenido que hacer a esas alturas, echar un vistazo rápido al expediente del Lince sería como quitarle el caramelo a un niño. Resoplé al recordar los líos en los que me había metido desde que conocía a los Ulloa y cerré la puerta a mis espaldas.

Busqué entre los miles de papeles que se encontraban allí, ordenados alfabéticamente, y en cuanto localicé lo que buscaba, lo ojeé a toda velocidad, pero los resultados no eran lo que esperaba. Nada. Varios nombres de los detenidos durante el operativo, las direcciones de los lugares que registramos tras su muerte, un informe repleto de datos innecesarios que no me servían para nada. No había ni un solo hilo del que tirar. Y, entonces, como si fuera un destello que iluminó mi mente, un nombre se cruzó por mi cabeza. La última vez que vi al Lince con vida, justo cuando quería huir del

club Infinity, ese momento en el que un Maserati oscuro sin matrícula le dejó tirado en la estacada, y él gritó el nombre del tipo que lo conducía: Santana. Aquel hombre era el que se escapó bien protegido durante la noche del alijo en la playa, el mismo que había visto junto a Ramos en su coche. Pero no tenía de dónde tirar; no lo teníamos fichado en nuestra base de datos. Era un tipo fantasma.

Salí de los archivos, más desconcertada de lo que había entrado, y volví a cerrar la sala con llave. Caminé con la mente en otro sitio hacia la mesa de mis compañeros y antes de que dejara el pasillo atrás, prácticamente me choqué de frente con el que había sido mi jefe.

—Perdone, comisario, iba distraída —me disculpé cuando vi que me analizaba de arriba abajo con una sonrisa, como si no me esperase allí en absoluto.

Palpé las llaves en el bolsillo de mis vaqueros, donde las acababa de guardar, comprobando que estuvieran allí y que no se cayeran al suelo en el momento más inoportuno, delatándome.

—¡Castro! Qué alegría verte por aquí. ¿Cuándo has venido?

—Hace diez minutos. He quedado con Laura y Vázquez para tomar un café. Ya sabe, para despedirnos —repetí la misma excusa.

—Claro. Aunque ya sabes que esa despedida no me hace demasiada gracia. Aún espero una llamada tuya, que me alegre la mañana, para decirme que regresas.

El comisario Escobar era un hombre agradable que rondaría los sesenta años y se encontraba al borde de la jubilación. Desde que pedí mi traslado a la comisaría de O´Beiros, me recibió con los brazos abiertos. Siempre me tuvo en cuenta para todos los operativos y me trató como a una más desde el primer día. Es más, en cuanto me ofrecí para seguir de cerca los movimientos de los Ulloa en su club, me apoyó y se preocupó continuamente por el caso. Ya había organizado varios operativos para dar caza a mis hermanos, tras algunos chivatazos; sin ningún resultado, claro. Pero siempre estuvo ahí para mí. Y en el fondo, me daba pena dejarlo atrás.

—No lo creo, comisario.

—Puesss… es una pena; eres una gran policía, Daniella. —Me llamó por mi nombre, algo que nunca solía hacer, para acercarse a mí, en todos los sentidos—. Primero, perdemos a Saúl… —Mi corazón sufrió un doloroso pinchazo al recordar a mi compañero—. Y ahora a ti.

—Gracias, comisario, pero creo que después de lo ocurrido, me vendrá bien alejarme de este mundo durante un tiempo. —Dudé unos segundos antes de buscar la excusa perfecta—. Estoy embarazada y necesito distanciarme de todo esto.

¿Qué iba a decirle?, ¿que me había pasado al bando de los narcos?

Era la primera persona de la comisaría a la que se lo contaba y su gesto se cargó de sorpresa de forma instantánea.

—¡¿Qué me dices?! ¡Enhorabuena, Castro! —exclamó, estrechándome entre sus brazos con cariño—. Me alegro mucho por ti. Si vas a ser madre, no puedo insistirte… ¡Mírame a mí! Parece que solo hace unos años que fui padre y ya tengo cuatro nietos. Me he convertido en abuelo sin verlo venir —bromeó, haciéndome sonreír.

—Por lo menos, es un abuelo moderno —le seguí la broma y el que rio fue él.

—Sí, eso sí. Me alegro de verte, Daniella. Ya sabes que esta es tu casa. Puedes volver cuando quieras.

Me dio una palmada en el hombro como despedida y desapareció tras la puerta de su despacho, haciendo que pudiera respirar aliviada al fin. Toqué la llave de los archivos en mi bolsillo, comprobando que siguiera allí, y suspiré como si palmarla hubiera resuelto la mayoría de mis problemas. Ilusa… No podría devolverla a su sitio mientras el comisario estuviera en su despacho, pero en un lugar como aquel, se perdían cosas a diario, así que pensé que no pasaría nada si me la quedaba. Después de todo, quizá tenía que volver por allí antes de lo que esperaba…

Regresé con mis compañeros y fuimos a una cafetería cercana para tomar un café rápido; en mi caso, un descafeinado. Estuvimos hablando sobre las últimas semanas y sobre temas triviales a los que no les presté la suficiente atención; mis

pensamientos seguían con mi hermano Brenan. Y creo que Laura se dio cuenta de ello.

—¿En qué piensas? —quiso saber al verme distraída.

—Bufff, perdonadme, chicos; llevo unos días de locos. Y tengo que marcharme ya. —Miré el reloj y el agobio por estar perdiendo el tiempo volvió, lo que me llevó a querer preguntarles—: Por cierto, vosotros… ¿conocéis a un tal Santana?

—¿Santana? —cuestionó Vázquez, frunciendo el ceño.

—Ni idea. ¿Por qué?, ¿quién es?

«Un fantasma» me habría encantado contestar. Porque seguía tan perdida como al principio, pero, al menos, había recordado un nombre del que tirar. No sabía por qué, pero presentía que ese nombre iba a quitarnos el sueño. Y se convertiría en el protagonista de nuestras pesadillas…



Capítulo 10

Eric

Resoplé con la vista fija en la carretera, dejando caer mi cabeza hacia atrás, tratando de mantenerme despierto hasta alcanzar Finisterre. No me hacía gracia dejar solos a Connor y a Kellan en esos momentos, en los peores, pero debíamos hacerlo así; nos habíamos repartido el territorio y los contactos para seguir con la búsqueda de Brenan. Aunque aquello era como encontrar una aguja en un pajar.

Mientras iba en el coche, con la música a todo volumen para espabilarme, intenté contactar con Guille, nuestro distribuidor en la zona norte. Le incluimos en el equipo cuando Connor se quedó al mando para afianzar nuestro mercado en el terreno del Lince, tras varias de sus amenazas y provocaciones, y pensé que sería una buena idea hablar con él para que me diera los nombres de la banda rival que hubiesen quedado en activo tras la muerte de su jefe. Si es que quedaba alguno…

Le llamé en varias ocasiones a lo largo del viaje, pero su teléfono no estaba disponible, así que conduje, sin pensarlo demasiado, hacia la casa desde la que dirigían todas las operaciones. Una pequeña vivienda ubicada en una zona estratégica,

en Corcubión; un municipio ubicado en la más alta de las Rías Baixas, pero que ya formaba parte de la conocida Costa da Morte. El punto ideal para llevar a cabo la distribución de nuestra droga en territorio enemigo.

Aparqué en la misma puerta y me bajé del coche para pulsar el timbre varias veces, con impaciencia; sin embargo, allí no había nadie. Miré a través de las ventanas, que tenían las persianas bajadas casi en su totalidad, y pude ver las salas vacías y oscuras de su interior, donde no había nada extraño que me hiciera sospechar. Aunque, en realidad, que no hubiera nadie ya era raro de por sí. Siempre había alguien allí coordinando la distribución y encargándose de las ventas menores. Y fue ahí, justo en ese instante, cuando un pequeño pinchazo en el pecho me hizo sospechar que algo no iba bien.

Conduje hasta la casa de mi amigo, ubicada en un pueblo cercano, donde esperaba encontrarle; un lugar que había visitado en infinidad de ocasiones, ya que nuestra amistad se remontaba a muchos años atrás. Golpeé la puerta con los nudillos, esperando que su voz grave contestara desde dentro, pero la respuesta no llegó. Lo intenté una vez más, con el mismo resultado, y abrí la puerta despacio, echando un vistazo en su interior. En los pueblos de la zona, las puertas de las casas siempre estaban abiertas, la gente tenía plena confianza en el resto, por lo que encontrármela así no me extrañó en absoluto. En su interior, todo estaba normal: había cacharros sucios en el fregadero, ropa encima del sofá, zapatos junto a la escalera… lo que me confirmó que Guille no se había ido a ningún sitio. Aunque sabía que no lo habría hecho sin avisarme.

Me dirigí a su habitación para comprobar que su ropa siguiera en el armario y antes de que me diera tiempo a mirarlo, la puerta principal se cerró de un portazo. Alguien había entrado. Me apoyé contra la pared, sobresaltado, esperando escuchar alguna voz conocida, pero lo único que oí fueron varios pasos firmes caminando por el salón. Mi mano agarró la culata de la pistola de forma instantánea y fui hasta el salón, lo más sigiloso posible. Al llegar a la puerta que me separaba de este, empuñé el arma al frente, con un paso decidido que pilló desprevenido a quien se encontraba allí de

pie. Un grito salió de su garganta, desde lo más profundo de su pecho, y sus ojos vidriosos cargados de terror se cruzaron con los míos justo cuando bajé la pistola, arrepentido.

—¡Joder, Carmela! Casi me matas de un susto… —exclamé, guardando el arma en la cintura de mi pantalón y acercándome a ella.

Carmela era la madre de Guille y en cuanto vi su rostro, desencajado, supe que algo había ocurrido. No estaba así por el susto.

—Eric, ¿qué haces tú aquí? —preguntó sorprendida, limpiando las lágrimas de sus mejillas con el dorso de la mano.

—Llevo varios días llamando a Guille y no me cogía el teléfono, así que he venido a buscarle.

Tragó saliva, rota de dolor, y sus ojos se inundaron antes de que se lanzara a mis brazos y se agarrara a mi cuerpo con fuerza.

—Me lo han matado —dijo de forma casi inaudible—. Me lo han matado…

Mi estómago se dobló por la mitad y su dolor se transformó en el mío cuando nuestros ojos se fundieron.

—¿Qué? —No podía creerlo. Ni siquiera podía moverme; estaba paralizado—. ¿Quién?

—No lo sé —sollozó en mi pecho—. No lo sé… —Pareció pensárselo y se separó de mí, despacio, como si se avergonzara de haberme abrazado de esa manera—. La policía está investigando el caso. Su cuerpo apareció tirado en un vertedero… —Sorbió por la nariz—. Mi niño… —Siguió llorando—. Como si fuera basura…

—Tranquila, Carmela.

Puse mi mano en su hombro con cariño, apretando la mandíbula para no desmoronarme y ponerme a destrozar cosas allí mismo. Debía mantenerme fuerte. Por ella.

—Lo han matado, Eric. Lo han matado… —repitió como si no pudiera creerlo—. Tú le conocías bien; era un buen chico. ¿Quién crees que ha podido hacer esto?

—No lo sé.

Lo normal habría sido que mintiera al contestar una pregunta como aquella, pero no tenía ni idea. Estaba completamente perdido,

aunque lo averiguaría.

—¿Quién ha podido hacerle esto? ¡¿Quién?! —Se derrumbó, dejándose caer en una silla, abatida—. Tiraron a un vertedero a mi hijo y le cortaron varios dedos de las manos y una oreja. ¿Qué clase de animal es capaz de hacer algo así?

«¡¿Qué?!».

Sus lágrimas se convirtieron en un llanto desconsolado que ocultó en sus manos y me senté a su lado para consolarla.

—Tranquila, Carmela. Encontraré al que ha hecho esto. Te lo prometo.

Mi estómago dejó de doblarse por la mitad para partirse en dos. O se había desintegrado… ¡¿Qué sé yo?!

¡¿Qué cojones significaba aquello?! ¿Varios dedos de las manos y una oreja? Demasiadas coincidencias. O los regalos que habíamos recibido no pertenecían a Brenan o estaban jugando con nosotros, pero… ¿quiénes? No tenía ni idea, pero si algo tenía claro era que no pensaba parar hasta encontrarlos y hacerles pagar por todo lo que habían hecho.

No sé cuánto tiempo estuve allí, consolando a la madre de mi amigo, que se encontraba descompuesta por tanto dolor, rota en mil pedazos, tantos que serían imposibles de volver a unir, por mucho que lo intentara. Sin poder evitarlo, me imaginé a mi madre en su lugar, recibiendo la noticia de mi asesinato o tratando de superar la pérdida. Y, entonces, sin saber por qué, la imagen de Lía llegó a mi mente, sin poder esquivarla, como una dolorosa bala que me atravesaba por dentro, recordándome que estaba en el camino correcto, porque cuanto más lejos estuviera de la gente que quería, más seguros estarían. Sin mí. Por mucho que tuvieran que superar mi muerte algún día.

Cuando regresé a O´Beiros ya era de noche. No solo había estado intentando consolar a Carmela, sino que perdí la noción del tiempo en el mirador de Finisterre, un lugar que solía visitar a menudo cuando era adolescente. Me senté en una de las rocas, con los pies colgando sobre el Atlántico y una panorámica que quitaba el aliento frente a mí. Debería sentirme orgulloso por poder contemplar una estampa como aquella, pero la culpa era una dura compañera

de vida. Si Guille había muerto, a saber de qué horrible manera, era por mí. Porque fui yo quien le metió en nuestros asuntos, el que le empujó a gestionar nuestra distribución en una zona peligrosa y a meterse de lleno en la boca del lobo.

«O no…»; mi mente quiso librarse de la culpabilidad, pensando en que no tenía ni idea de los chanchullos en los que andaba metido Guille, pero no lo logró. En aquellas horas muertas sobre un acantilado, lo único que consiguió mi cabeza fue convencerme de que era el único responsable de aquello y debía mantenerme alejado de mi madre y de Lía, las dos personas en las que pensaba cuando todo lo demás se derrumbaba, justo como en esos instantes.

Entré por la puerta del DS cabizbajo, exhausto tras otro día horrible sin resultados; eché un vistazo rápido entre la multitud para ver si localizaba a Kellan o a Connor y, al no verlos, me dirigí hacia el despacho sin detenerme.

Mis ojos, rebeldes como ellos solos, se enfocaron en aquella barra lateral que me volvía loco, en sus curvas, en su melena rubia y en esa sonrisa perfecta con la que atendía a nuestros clientes. No obstante, mi mente me puso en jaque mate, torturándome con la imagen que se adueñaría de mis pesadillas al recordar a mi amigo sin vida y poner a Lía en su lugar. Mi corazón se removió, nervioso, y la poca cordura que me quedaba me obligó a alejarme de allí cuanto antes.

Entré en la oficina, derrotado, me serví una copa de *whisky* y me derrumbé en el sofá, sintiéndome la mayor mierda del mundo. Allí no había nadie y lo prefería así; Connor y Kellan debían de estar en plena búsqueda.

No había pasado ni un minuto cuando la puerta se abrió y apareció ella; la persona que más necesitaba, pero a la que menos quería ver.

—Hola.

—Hola —respondí seco.

—¿Todo bien?

—Perfectamente. —Elevé la copa en el aire sin mirarla, como si ese fuera motivo de sobra para estar feliz.

—¿Sabemos algo nuevo sobre Brenan? —Lía cambió de tema al ver que no iba a hablar sobre ello.

—No —contesté, manteniéndome distante.

¿Qué iba a decirle?, ¿que habían matado a Guille?, ¿que le habían cortado los dedos de las manos y la oreja, como a Brenan, o que los restos que nos habían enviado eran suyos y no del pequeño de los Ulloa?, ¿que el que mató a Guille sería la misma persona que tendría a Brenan? ¿Qué iba a decir? No podía contarle eso.

—¿Seguro?

—Claro.

—No sé, llámame incrédula, pero estoy segura de que me ocultas algo.

Fruncí el ceño, molesto por su insistencia o, más bien, sobrepasado por tener que luchar continuamente contra mis instintos más primitivos. Porque cuando ella estaba cerca, mi cuerpo gritaba que me acercara, que me perdiera en ella de todas las formas posibles y la hiciera mía, pero mi cabeza me recordaba que esa era la peor de las decisiones. Sobre todo, para Lía.

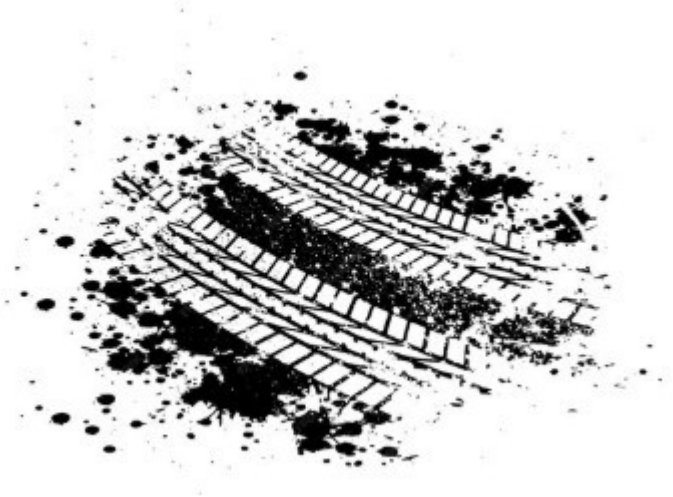
—En serio, el club está hasta arriba… ¿No hay nadie más ahí abajo a quien tengas que molestar?

Su mirada se entrecerró y puso los brazos en jarra antes de darme una respuesta; la que merecía.

—No estoy aquí por gusto, Eric. Ni por ti. Estoy aquí porque has sido el primero en llegar y necesitaba saber si había noticias sobre Brenan. Puedes estar tranquilo, ya me preocupé por ti en una ocasión y escarmenté. No volveré a hacerlo. —Abrió la puerta con rabia y la cerró con un fuerte portazo después de murmurar—: Imbécil.

Di otro trago y me acomodé en el sofá, sintiéndome la peor persona del mundo. Porque si hay algo peor que no estar con la persona que quieres es echarla de tu vida y comportarte como un auténtico gilipollas con ella para que ni siquiera se acerque a ti. Lo que creía que era la mejor opción en aquel instante y acabó convirtiéndose en la decisión más dura de mi existencia.

Y en la peor…



Capítulo 11
Brenan

Recordaba aquel día como uno de los más trascendentales de mi existencia. Y eso que no me moví de aquel cuarto de baño. En cuanto me encontré con sus ojos vidriosos a través de aquel maldito agujero, no pude hacer otra cosa más que estar ahí para ella. Y eso lo cambió todo. Necesitaba abrazarla, decirle que todo saldría bien, prometerle que saldríamos de allí. Juntos…

Siempre había sido el pequeño, ese niño al que mis hermanos se esforzaron por proteger de su propio padre; Kellan y Connor siempre estuvieron ahí para sacarme las castañas del fuego y evitar que la vida pudiera conmigo, pero ahora estaba solo y si tenía que enfrentarme a una organización criminal para escapar de allí, lo haría. Lo supe en cuanto vi esa mirada aterrada a través de la pared e intenté calmarla con un simple apretón de manos. Habría dado cualquier cosa por cruzar al otro lado y estrecharla entre mis brazos; sabía que lo necesitaba, había estado en su pellejo en muchas ocasiones. Porque, aunque la situación fuera distinta, ahora veía en Naia a ese niño asustado que temía que su padre llegara a casa borracho.

Agarré su mano con dulzura y acaricié su dorso con mi pulgar, sintiendo un ligero cosquilleo que deshizo el nudo que se agarraba a mi pecho y me permitió respirar de nuevo. Estuvimos allí sentados, espalda con espalda, hablando durante horas sobre cualquier tema trivial que nos permitiera abandonar aquella habitación, aunque solo fuera en nuestras conversaciones.

—¿Estás bien? —me preocupé tras un intenso silencio en el que nos giramos para mirarnos.

—Sí.

Su media sonrisa se volvió a encontrar con la mía en esa mirada fugaz y mi corazón se saltó un latido. Esa chica era un rayo de luz en plena oscuridad; la prueba de que hasta de la peor situación del mundo, podía salir algo bueno.

—¿Por qué eres así? —Tuve que preguntar llegado el momento, admirándola. Porque yo había tenido una infancia complicada, pero no me recordaba afrontándola con una sonrisa, como ella, sino más bien sobreviviendo resignado las cartas que me había repartido el destino.

—Así, ¿cómo?

—Así… No lo sé. Vives aquí, en un lugar horrible, con esta gente y siempre tienes una sonrisa en la cara.

—Qué va. Al salir de esta habitación, las cosas son muy distintas. No pienses que voy sonriendo por ahí fuera.

—¿Y por qué aquí sí?

—Porque estás tú —contestó con sinceridad, haciéndome sentir importante, provocando que el hormigueo inicial se hiciera más intenso—. Eres distinto a los demás; distinto a todos los chicos que he conocido.

Sin saber cómo ni por qué, me sentí íntimamente ligado a ella, porque la vida nos había conectado de alguna manera. Aunque solo fuera por los momentos de mierda que nos había tocado vivir.

No recordaba el momento exacto en el que nos quedamos dormidos, apoyados en la frialdad de esos azulejos, pero sintiéndonos cerca, acompañados de algún modo. La puerta de la habitación se abrió y me desperté de golpe; me levanté de un salto

y salí del cuarto de baño, olvidándome, por completo, de ocultar el boquete de la pared. Mierda…

—¿Qué pasa, Ulloa? ¿Qué tal te están tratando en el todo incluido? —se cachondeó el que parecía el líder de ese lugar, caminando hacia mí con la pistola en sus manos.

—He estado en moteles de carretera mejores, la verdad.

Di dos pasos hacia la cama, alejándome del baño para desviar su atención y que no viera el agujero.

—Bueno, este lugar siempre será especial por ser el último que visitaste, no te preocupes. —Amplió su sonrisa maligna y le ignoré por completo—. ¿Sabes? Tus hermanos están desesperados. ¡Tendrías que verlos! —Rio—. Casi mueren de un infarto al ver parte de tu cuerpo en una caja sangrienta… ¡Ha sido desternillante!

Sus palabras me revolvieron por dentro y mis agallas salieron a flote sin poder evitarlo.

—Ni se te ocurra hacerles daño.

—¡Oh, venga ya, Brenan! ¿Aún no te has dado cuenta de que no estás en posición de exigir nada? Estoy deseando ver la cara de Kellan cuando vea el vídeo que te grabamos, pero el Ruso tiene otros planes para ti antes, este fin de semana.

—Deja a Kellan en paz. —Y lo que antes había sonado a amenaza, ahora sonó a ruego. Haría cualquier cosa para que mis hermanos no sufrieran por mí; ya lo habían hecho durante años.

—Tranquilo, le estoy vigilando de cerca —murmuró con una inocencia exagerada—. Para que no le pase nada… Hasta que yo lo decida. Por cierto, para que no te quejes, te he traído algo de comer —me informó cuando esa mueca falsa volvió a aparecer en su rostro —. ¡Darek, tráeme la comida para Brenan!

El aludido, que estaba custodiando la puerta, entró en la habitación con un plato de arroz blanco en sus manos y se lo entregó antes de regresar a su puesto.

—Toma. —Este me tendió el plato, pero lo ignoré. Sabía que no era trigo limpio y así lo demostró al dejar caer la comida al suelo con una reacción exagerada, provocando que los granos se esparcieran por toda la habitación—. ¡Vaya! ¡Qué torpe! Lo siento

mucho —dijo al mismo tiempo que estampó su puño en mi mandíbula, haciendo que esta ardiera al instante.

Se marchó y el sabor metálico de la sangre llegó hasta mi garganta. Cuando comprobé que ya no había peligro, regresé al baño y me senté en el suelo, en ese rincón en el que había pasado el noventa y nueve por ciento del tiempo.

—Naia —susurré al ver que había desaparecido, pero sus ojos azules regresaron e inundaron esa pequeña habitación con la intensidad de su mirada. Porque había visto muchos ojos de ese color, sin ir más lejos, los de Connor, pero los de Naia eran distintos. Era un azul grisáceo claro tan penetrante que conseguía quitarte el aliento solo con cruzarse con ellos.

—¿Qué te ha pasado? —desvió su vista hacia mis labios y pasé mi pulgar por ellos para limpiar la herida.

—Estoy bien.

—Era Santana, ¿no? —Asentí.

—Supongo. No sé cómo se llaman…

—Debes tener cuidado con ese tipo, aunque no es el peor de todos. Hace poco llegó un andaluz, el que estaba con él, el otro día, que parece haber perdido la cabeza.

—Tenemos que irnos de aquí —dije, sin más. Había llegado el momento.

—No podemos.

—Claro que podemos. Tenemos que intentarlo.

—Hazme caso, Brenan. Es imposible. Nat lo intentó, mi madre lo intentó... —Su mirada bajó hasta el suelo; supuse que superada por los recuerdos.

—¿Tu madre? —Asintió—. Ella… ¿Ella también estaba aquí?

—Dicen que regresó a su país cuando yo cumplí doce años, pero sé que es mentira. Ella nunca se habría marchado sin mí. Estoy segura de que se deshicieron de ella, como lo hicieron con Nat y otras tantas —dijo con tristeza.

—Lo siento. —Nos miramos a los ojos, acercando el pequeño, pero inquebrantable, espacio que nos separaba—. Mi madre murió cuando yo solo era un niño.

—Yo también lo siento. Aunque tú, al menos, tendrías un padre que cuidaría de ti…

Solté el aire por la nariz en forma de risilla escéptica.

—¿Y tu padre? —pregunté después de otro de esos silencios, que habían aumentado la complicidad entre ambos—. Esos tipos dijeron que…

—Era uno de ellos.

—¿En serio? —Asintió.

—Yo no tengo nada que ver con ese hombre —añadió como si temiera que esa información fuese a cambiar la impresión que tenía sobre ella. Pero yo nunca, jamás, juzgaría a alguien por la forma de actuar de sus padres. No sería justo. ¿Qué habría ocurrido si lo hubieran hecho conmigo?

—Lo sé. —Sonreí con confianza.

—Él también ha desaparecido. Lleva semanas sin estar por aquí.

—¿Por qué no te sacó de este lugar?

—Solo tendrías que conocerle para saber que él nunca haría nada por nadie. Nada bueno, al menos. Además, jamás me trató como si fuera su hija; para él, solo era un estorbo al que alimentó a cambio de trabajo y de no molestar. Solo eso.

—Tenemos que irnos de aquí, Naia. —Me observó con desconfianza—. No podemos esperar a que decidan matarnos a nosotros también. Y si no es así, no querrás estar toda tu vida aquí encerrada, con el futuro que esos tipos amenazan con darte.

—Brenan, no…

—Vamos a irnos. Juntos —sentencié con determinación, como si tuviera poder suficiente para elegir por los dos, pero no pensaba dejarla allí—. Saldremos de aquí, te lo prometo.

El silencio empezó a vibrar entre nosotros y por segunda vez en muy poco tiempo, me dio pena no poder estar a su lado para abrazarla. Lo necesitaba. Y sentía que ella también… Me devolvió una pequeña sonrisa, como si confiara en mis palabras, y apoyó su espalda en la pared, relajándose.

—Cuéntame todo lo que necesite saber.

—¿Saber de qué?

—¿Cuántos tipos hay?, ¿dónde?

—Ya te lo dije, son unos veinte. Aunque por las noches, hay más gente; vienen clientes procedentes de toda Galicia, e incluso de fuera, para estar con las chicas.

—¿Y ellos?

—Ellos suelen repartirse para atenderlos, pero la salida está vigilada por varios hombres armados. Siempre.

—¿Qué tienes que hacer tú? Por las noches, quiero decir.

—Recibo a los clientes y los atiendo hasta que eligen a la chica con la que quieren pasar el rato o la noche, me encargo de la barra, obedezco a lo que me piden… Un poco de todo.

—¿Cuántos pisos tiene esto?

—Tres. Y el sótano. Por la puerta principal es imposible salir, ya te digo que está vigilada siempre.

—¿Alguna ventana?

—Aunque desde ahí no lo parezca, es un edificio de lujo. Hay varias, en todos los pisos. En mi habitación hay una.

—¿Puedes sacarme de aquí? Quiero decir, ¿sabes dónde encontrar la llave de esta habitación?

—Las llaves están en la habitación de Santana.

—Necesitamos esas llaves —dije sin pensar, pero en cuanto me di cuenta de lo que le había pedido, el nudo en mi estómago volvió y se hizo más fuerte. No quería que le pasara nada por mi culpa.

Y aunque no fuera por mi culpa, tampoco. No quería que nadie le tocara ni un pelo a esa chica. No lo permitiría.



Capítulo 12

Lía

Mi relación con Eric había tocado fondo. Y no me refería a un fondo fácil de superar para regresar a la superficie, no; estábamos en el peor de los abismos, en una oscuridad absoluta.

Desde que nos conocimos, supe que sería alguien especial en mi vida; lo que nunca imaginé era que tuviera ese final. Habíamos pasado por todos los niveles: fuimos dos desconocidos que se encontraron en una entrevista de trabajo, Eric me pareció el tipo más atractivo del planeta y poco después, tuvimos el mejor sexo de toda mi vida; habíamos sido conocidos, amigos, amantes, pareja… Y, durante unas semanas, pensé que se convertiría en el mejor padre que mis hijos podrían tener, aunque la ilusión, desgraciadamente, duró poco.

Cuando me enteré de que había perdido al bebé que estaba esperando, mi mundo se desmoronó. Quise convencerme de que había tenido un aborto, pero, en cambio, había ganado una vida, porque ese tipo podría haber acabado conmigo también. Quise convencerme de ello, de que Eric y yo, juntos, saldríamos adelante, pero una experiencia así te marca para siempre.

Durante años estuve preguntándome cómo sería ese bebé, cuándo habría nacido, cuánto habría crecido e incluso nos imaginé siendo una familia feliz en miles de ocasiones. Pero solo eran ilusiones… Ilusiones que había normalizado y a las que había cogido cierto cariño. Tanto como a él, porque era fácil encariñarse con alguien como Eric.

No solo era el tío más guapo que había visto nunca, sino que además desprendía ese halo de tipo duro, serio y protector que quemaría el mundo por la gente que quería. Por todos ellos. Por eso, no entendía cómo demonios había podido convertirse en un capullo sin corazón, capaz de destrozarte con sus comentarios mordaces y su actitud pasota cargada de desprecio. Pero el colmo, esa situación que terminó con todo lo que había existido entre nosotros, fue en aquella nave, cuando dejé mi orgullo de lado al saber que estaba a punto de morir, y decidí que debía ir a verle. Tenía que hacerlo; Eric era una persona importante para mí y no podía dejarle solo en un momento como aquel, pero me arrepentí al instante, en cuanto su mirada azul sorprendida y llena de aversión se encontró con la mía. Y no fue lo que dijo, a pesar de tener un pie en el otro barrio, sino cómo me miró, como si fuera la última persona del mundo a la que querría ver en esa habitación, como si fuera una mujer de la que querría mantenerse alejado por encima de todo.

Me sentó tan mal su actitud que me prometí dar un paso adelante en aquella situación, dejar a Eric atrás y seguir como si lo nuestro nunca hubiera existido. Y así lo haría… Era una puerta que había cerrado; de un portazo, además. Por lo que le trataría exactamente igual que al resto de mis compañeros. Tendríamos una relación cordial y profesional como cualquier otra. Sin más.

Cada noche, la tensión en el Dark Soul era más que palpable. Desde que nos enteramos de que el Lince había fallecido, creímos que empezaba una etapa de tranquilidad por el club, pero nada más lejos de la realidad. No sabíamos nada sobre Brenan, cada segundo que pasaba jugaba en nuestra contra y multiplicaba el peligro en el que supuse que se encontraba. Llevaba el tiempo suficiente trabajando en aquel club como para saber cómo podían terminar los

negocios turbios de Iago Ulloa. Porque estaba claro que aquella situación no acababa de empezar.

Llegué a mi puesto de trabajo antes que el resto de mis compañeros, como de costumbre. Me encantaba disfrutar a solas, durante unos minutos, de aquel espacio que, normalmente, solía estar repleto de gente. Era tan distinto cuando se encontraba sin ningún alma entre sus paredes que impresionaba e incluso, me daba cierto respeto estar allí sola. Puede que fuera por lo que pasó en su día, por el atraco, pero me negaba a que mis miedos lograran vencerme y cambiaran mi vida por completo. Aunque ya lo habían hecho, después de todo.

Cano no tardó mucho en llegar y ocupar su puesto, en la entrada, y a continuación fueron apareciendo los demás. Aún no habíamos abierto las puertas del local, pero el ambiente ya estaba tan cargado que un ligero hormigueo recorrió todo mi cuerpo al comprobar que los ánimos seguían igual.

—¡¡Joder!! —gritó Connor cuando llegó a la barra, golpeando su superficie con los puños—. Mierda… —murmuró, agotado, y se frotó el rostro con las manos con la intención de despejarse. Se le veía cansado, consecuencia de que llevaba varias noches sin dormir, como los demás, pero seguía igual de guapo que siempre. Era el encanto de los Ulloa; podría pasarles una apisonadora por encima y, aun así, seguirían siendo atractivos.

Me uní al grupo para enterarme de las novedades, aunque me negué a preguntar; vi en sus gestos que no había noticias. Eric notó que estaba ausente, viviendo en mis pensamientos, y nuestras miradas se cruzaron de forma fugaz, provocando un escalofrío que quise evitar, igual que esquivé sus ojos.

—Lo encontraremos —le apoyó Daniella, situada a su lado, con la misma cara de cansancio—. He estado preguntando a varios de mis compañeros, pero nadie tiene ni idea de quién es el tal Santana.

—Los chicos de Guille se han disuelto —dijo Eric al poner su codo en la barra, acercándose demasiado al lugar donde estaba yo, lo que me hizo girarme para evitarle—. He estado recorriendo la zona norte, pero no hay forma de localizarlos.

—¿Creéis que lo que había en el paquete pertenecía a Guille? —se interesó Afri.

¿Paquete?, ¿qué paquete?

—Seguramente. Lo que está claro es que la persona que mató a Guille está jugando con nosotros. Y tiene a Brenan. Al menos, sabemos por dónde seguir buscando —añadió Kellan, preocupado, tensando cada músculo de su mandíbula—. Voy a ver al Colombiano; puede que él sepa algo del tal Santana.

¡¿Qué?!, ¡¿habían matado a Guille?! ¡¿Quién?!

—Voy contigo —dijo Afri.

—Yo también —se apuntó Connor.

—No. Tú quédate aquí. Llevamos noches sin atender a los clientes; además, tienes que descansar un rato. No podemos estar veinticuatro horas dando vueltas con el coche, sin rumbo —exageró.

—Lo sé, pero no puedo quedarme aquí de brazos cruzados, Kellan. Le prometí que no le pasaría nada. —Miró a su hermano a los ojos, olvidándose de los demás, a punto de romperse—. Se lo prometí, ¡joder! No pienso quedarme aquí —sentenció, como si le importara una mierda la opinión de los demás.

—Está bien, como quieras.

—¿Y yo?, ¿qué hago? —cuestionó una voz ubicada en un extremo.

Ni siquiera me había fijado en su presencia. Un joven, aproximadamente de mi edad, se encontraba al lado de Connor, esperando una respuesta. Tenía un pelo rebelde, cuyos mechones se dirigían en todas las direcciones y cuyo flequillo caía sobre una mirada oscura y penetrante que era capaz de desnudarte de una sola pasada. En todos los sentidos. Su actitud era firme y segura, lo que me hizo sospechar que conocía a los hermanos, aunque no le había visto por allí antes.

—Vuelve al puerto e interroga a la gente —respondió Kellan —. Puede que alguien haya visto algo.

—¿Comprobasteis las cámaras? —se interesó el joven.

—No hay ni una cámara en el lugar donde está aparcado el coche de Brenan. —En ese caso, fue Connor el que contestó—.

Vuelve al puerto; luego hablamos —le dijo al chico, antes de referirse a su hermano—: ¡Vámonos!

Desaparecieron tan rápido como habían llegado, lo que no me extrañó en absoluto. Llevaba varias noches viéndolos lo estrictamente necesario; es decir, casi nada. África y Daniella habían tomado los mandos de la nave, aunque en cuanto podían, también se escaqueaban para buscar por su parte. Llevábamos una semana de caos absoluto.

—¿Queréis algo? —pregunté a los que se quedaron para relajar el ambiente.

Eric y Daniella negaron con la cabeza.

—No tengo ganas de nada. —Resopló esta, cansada.

—Yo sí. —El chico desconocido se acercó con una amplia sonrisa forzada—. Ponme una Coca-Cola. —Arqueé las cejas, escéptica—. Por favor.

—¿Una Coca-Cola?

—Bueno, tengo que pasarme la noche buscando a mi amigo. No sería recomendable que me pusiera ciego, ¿no crees?

Mi mueca de incredulidad aumentó. Más aún.

—A tu amigo…

Le serví su refresco y le acerqué la copa sobre la barra. Aprovechó ese instante para coger mi mano y besar el dorso con un gesto seductor.

—A mi amigo —repitió, zalamero, alargando el contacto de sus labios con mi piel más tiempo del necesario—. Axel. Encantado.

Mis ojos se desviaron hacia Eric con disimulo, sin poder evitarlo, y vi cómo los suyos se achicaban, enigmático.

—Tú eres… —susurró el tal Axel cuando recuperé mi mano.

—La camarera —contesté con una sonrisa tan exagerada como forzada, provocando que los labios de Eric se apretaran de forma instantánea por mi respuesta, lo que me obligó a añadir—: Lía para ti.

Su gesto se transformó, iluminándose en la oscuridad de la sala principal, y el de Eric se torció automáticamente. Ese amago de sonrisa que vi en sus labios unos segundos atrás terminó, pero estos

siguieron apretándose, al igual que su cuerpo, que se tensó con solo tres palabras.

—Encantado, Lía —dijo Axel con una mueca conquistadora al coger su refresco y dar un trago—. Nos veremos por aquí, seguro. Porque me encanta cómo ha sonado eso de… «Lía para ti» —repitió con un tono que me removió por dentro—. Para mí…

Me removió, sí, pero solo podía pensar en una cosa. Vi cómo Eric se alejó de nosotros para encaminarse hacia la barra del fondo, la de Iker, y me observó desde allí con un gesto que me costó descifrar. No apartó la vista ni un solo instante. Ni uno solo…

«¿Quieres jugar, Eric? Pues… juguemos».



Capítulo 13

Naia

Llevábamos horas hablando o, más bien, ideando nuestro plan de huida. Brenan me había convencido de que teníamos que escaparnos. Yo no lo tenía tan claro, sobre todo, cuando recordaba el final de mi madre y de Nat, pero él tenía razón en algo: aquello no era vivir. Aunque solo con pensar que esa misma noche era la fiesta, que las chicas desfilarían delante de una panda de desalmados, que las elegirían como si fueran un trozo de carne con el que satisfacer sus deseos sexuales y que el Ruso estaría allí para iniciarme en ese estilo de vida, necesitaba escapar de allí. Lo necesitaba.

En lugar de salir al jardín junto al resto de las chicas, como nos permitían hacer durante el día, siempre que obedeciéramos, me quedé en ese cuarto de baño, con él, fingiendo que estaba enferma. Y se lo creyeron… Supongo que pensaron que era mi excusa para no pasar la noche con el Ruso, pero me daba igual porque a esas horas, yo ya no estaría allí. O eso esperaba.

El plan era fácil, pero en situaciones como aquella, las cosas siempre se complican. Y a nosotros se nos torcieron antes, incluso, de empezar.

Había vivido muchas fiestas de ese estilo. Al Lux llegaban decenas de clientes, que eran atendidos a cuerpo de rey, sin que les faltara el más mínimo detalle, mientras esperaban en la sala principal. A continuación, las chicas desfilaban por una pasarela y todos los ojos se centraban en ellas, hasta que eran vendidas al mejor postor. Al menos, durante una noche.

Crecí viviendo en aquel mundo, en un lugar de mierda donde el dinero de los ricos podía comprar a los pobres a su antojo. Algo tan fácil y sencillo como comprar una vida a golpe de talonario. Injusticias que solo unos pocos desafortunados como yo éramos capaces de vivir. O de soportar, más bien. Aunque me quedaba poco por aguantar; de eso quise convencerme.

—Naia… —susurró Brenan desde el otro lado de la pared. Nuestros ojos se encontraron en ese hueco que nos mantuvo unidos durante días—. Todo saldrá bien. —Acercó su mano hasta mí y la apreté con fuerza mientras él acariciaba la mía con cariño—. No pienso irme de aquí sin ti, ¿vale? —Asentí cuando el miedo se agarró a mi garganta. Iba en serio; íbamos a marcharnos—. Te lo prometo.

El nudo de mi estómago se aflojó al sentir cómo sus palabras me abrazaban con un solo roce. Sonreí como respuesta y cuando iba a hablar, la puerta de mi habitación se abrió, pillándonos por sorpresa. Me levanté de un brinco, salí corriendo, cerrando el cuarto de baño a mis espaldas, y me encontré con el rostro impaciente de Darek.

—¿Qué hacías ahí? —cuestionó, dejando un vestido sobre la cama y unos zapatos junto a él.

—No me encuentro bien —seguí con mi coartada.

—Genial —murmuró con sarcasmo—. Pues tienes diez minutos para estar perfecta, te encuentres bien o no. El Ruso está a punto de llegar y no quiero contratiempos.

—No tardaré.

—Más te vale. —Se giró para marcharse, pero se detuvo justo antes de salir de la habitación—. Cuando estés lista, ve a la sala principal. Hoy no recibirás a los clientes; quédate junto al resto de las chicas.

Mierda…

En mi puesto, en la recepción, era más fácil escaquearme para llevar a cabo nuestro plan, pero allí, junto a las demás, estaríamos vigiladas cada segundo. Con ajetreo y la entrada de coches en el terreno, en una noche como esa, teníamos prohibido salir al exterior, así que mi mente empezó a idear una vía de escape paralela. Una que se adaptara a mi plan. Porque no le había contado

a Brenan toda la verdad; era mejor así y sería más fácil que me adentrase en el sótano, mi primer destino, yo sola. Él llamaría la atención en cualquier rincón en cuanto saliera de su habitación. Y es que, en la planta subterránea del edificio, protegidas bajo llave y escondidas en un armario con un falso fondo, se encontraban decenas de armas, municiones y explosivos de todo tipo. Porque esos hombres, además de dedicarse al tráfico de personas, dominaban también el comercio de armas, uno de los más extendidos y lucrativos del mundo. Y yo… sentía que no lograríamos salir de allí si no era con una pistola en las manos.

Me puse lo que me había traído Darek, un precioso vestido negro de satén con un escote, con picos, palabra de honor y una abertura en su parte inferior que me llegaba hasta el muslo. Me miré en el espejo del cuarto de baño y una pequeña sonrisa se dibujó en mis labios al comprobar cómo la prenda se adaptaba a mi cuerpo a la perfección, pero esa mínima curvatura se transformó en una mueca triste al recordar el objetivo por el que me habían dado ese vestido de gala.

—Brenan, me voy —dije, aunque ya había cubierto el agujero con la pequeña cajonera. Esperaba que estuviera ahí; le necesitaba —. Intentaré volver cuanto antes. Prepárate.

—Nos veremos al otro lado de la puerta. —Sonreí con solo imaginarlo—. Ten cuidado. —Fue lo último que escuché; lo suficiente para que me removiera por dentro al darme cuenta de que aquello seguía adelante. Ya no había marcha atrás.

Me puse los tacones y dudé unos segundos antes de salir, agarrando la manilla de la puerta con fuerza y buscando la fortaleza necesaria para afrontar esa noche. Algo en mi interior me susurraba que el final estaba cerca; solo esperaba que ese final no fuera el mío.

Caminé por los pasillos del Lux y me dirigí hacia la habitación de una de las chicas. Tenía muy buena relación con todas ellas, me había criado a su lado, pero desde que Nat se marchó, con la que más hablaba era con Alina, una joven rumana tan solo cinco años mayor que yo.

Llamé a su puerta y su voz suave sonó al otro lado.

—Un segundo. —Abrió poco después—. Naia, ¿qué haces aquí?

—Alina, tienes que cubrirme —dije con rapidez, adentrándome en su habitación y cerrando a mis espaldas, pensando hasta dónde debía contarle.

—¿Cubrirte en qué?

—Llevo toda la mañana vomitando —mentí—. Me encuentro fatal. —Eso no era del todo mentira; estaba tan nerviosa que mi corazón latía lo más rápido posible y parecía saltarse latidos, jugando a pararse en cualquier momento.

—¿Estás bien? —Puso el dorso de su mano en mi frente para comprobar la temperatura—. No tienes fiebre.

—Lo sé, pero no creo que aguante toda la noche. Necesito que me cubras con Santana y Darek. Bajaré a la presentación, pero si preguntan por mí…

—Tranquila, les diré que has ido al cuarto de baño a vomitar la cena.

No podía contarle la verdad, pero necesitaba que, dado el caso, alguien me cubriera durante unos minutos, los justos para colarme en la habitación de Santana. Solo con pensarlo, un sudor frío me recorrió como un latigazo.

Bajé con ella hasta la sala principal, un amplio espacio moderno, decorado con un toque minimalista que, gracias a la luz tenue que reinaba en el ambiente, lo hacía parecer más grande aún. Sus sillones y escaso mobiliario, de colores blancos y plateados, le daban ese aspecto distinguido y elegante. Me coloqué en la pasarela, donde ya estaban repartidas las chicas, charlando indiferentes, acostumbradas, totalmente, a noches como esa y, desde mi posición, pude ver a Santana vigilando la puerta, esperando a los clientes, mientras que el andaluz, Salva y Darek se encontraban sentados en una de las mesas, al fondo de la sala.

Me camuflé en el grupo y hablé con el resto de las chicas hasta que, unos minutos más tarde, encontré el momento perfecto para salir de allí. Santana estaba de espaldas a nosotras y los otros, lo suficientemente distraídos como para no percatarse de mi

ausencia. Era ahora o nunca. En cuanto llegaran los primeros clientes, escapar sería imposible.

—Alina. —La cogí del brazo para captar su atención—. Necesito… Es una urgencia.

Puse los brazos en mi estómago, dándole a entender que estaba a punto de montar el espectáculo allí mismo.

—Ve, corre. Eso sí, intenta estar aquí antes de que lleguen.

—Lo intentaré.

No me gustaba mentirle; no quería. Pero no podíamos escaparnos todas… Era ella o yo y en una situación como esa, de vida o muerte, solo había una elección posible. Di un paso al frente, decepcionada conmigo misma, jurándome que si conseguía salir de allí, volvería a por ella. A por todas ellas.

Me colé por un pasillo lateral, al que se accedía desde la plataforma, y aligeré el paso hasta que llegué a las escaleras, donde me crucé con uno de los hombres de Santana.

—¿Qué haces tú aquí? —gruñó—. ¿No deberías estar en la recepción?

—No —contesté segura de mí misma—. Tu jefe está ocupando mi puesto hoy, ¿no te has enterado? ¿O crees que me visto así todos los días? —Entrecerró la mirada, escéptico—. Y si no me dejas pasar, voy a vomitarte encima. O, peor aún, en este precioso y caro vestido.

—Te quiero abajo en cinco minutos. Ni uno más. O subiré a por ti… —Al escuchar cómo pronunció esas palabras, mi cuerpo se estremeció y las náuseas se hicieron reales.

Subí las escaleras todo lo rápido que dieron de sí los tacones y el vestido. Nunca había corrido sobre unas agujas de más de diez centímetros, pero si parecía complicado, era aún más difícil. No me detuve en el primer piso, sino que me dirigí hacia el superior, donde se encontraban las oficinas y las habitaciones de los jefes. Pasé por la puerta de la que era la habitación del hombre que me engendró; las ganas de entrar y curiosear casi pudieron conmigo, pero no tenía tiempo. No podía detenerme solo para confirmar la escoria de persona que era, así que me encaminé hacia la habitación de Santana. Abrí la puerta despacio, temiendo lo que pudiera

encontrarme en su interior, a pesar de que sabía que él estaba en la recepción, y cerré a mis espaldas. Nunca había entrado, pero la había visto desde la puerta en alguna ocasión. ¿Dónde podría guardar un tipo como él las llaves del sitio más valioso y protegido de todo el edificio?

Miré rápidamente en los cajones del escritorio, que había bajo la ventana, abrí el armario y estudié cada rincón, palpé el fondo de las mesillas… Nada. Cuando estaba a punto de desistir, una voz grave y conocida hizo que las náuseas se agudizaran y tuviera que esconderme debajo de la cama a toda velocidad.

Mierda. Mierda. Mierda.

Me tapé la boca con ambas manos, con fuerza, al oír cómo Santana abría la puerta y supliqué que no me descubriera.

—Sí —dijo, contestando a quien estuviera al otro lado del teléfono que llevaba pegado a su oreja—. No. El Ruso está a punto de llegar; no es momento para cambiar los planes. —Hizo otra larga pausa en la que supuse que estaba escuchando a su interlocutor—. ¡Claro que haremos lo que él diga! Lucho acaba de llegar, aún no tiene ni voz ni voto, por mucho que se lo crea. Además, ¿quién es la mano derecha del jefe? Yo. No hay más que hablar.

Elevé la vista desde mi escondite justo en el momento en que Santana quitó un espejo, que estaba colocado en la pared, y lo puso en el suelo, dejando a la vista una pequeña caja fuerte. Mi cuerpo se agitó y tembló, desbordante de nervios, por miedo a que me descubriera allí tumbada, y me eché ligeramente hacia atrás, lo justo para poder ver cómo marcaba los números de la combinación secreta. Nueve, siete, tres, cinco. Cogió la pistola que llevaba guardada en la cintura, provocando que mi piel se erizase por completo, la dejó dentro y volvió a cerrar, colocando todo como estaba.

—Perfecto. Que empiece la fiesta —dijo con voz maliciosa al colgar la llamada, antes de guardar el móvil en el bolsillo trasero de su pantalón y abandonar la habitación.

Exhalé todo el aire que estaba conteniendo en mi interior y respiré, aliviada. Nunca en mi vida había pasado tanto miedo… Aunque aún no sabía lo que me quedaba por vivir esa misma noche.

Me deslicé por el suelo sin hacer ruido y salí de debajo de la cama, incorporándome para repetir la misma operación que había hecho él. Quité el espejo con cierta dificultad, dado su pesado tamaño, y tecleé la contraseña con rapidez. Nueve, siete, tres, cinco. El pitido que hizo la máquina al aceptar la numeración me sonó a gloria, como si fuera un paso más hacia mi libertad. La pequeña puerta de acero se abrió para dejar frente a mí la pistola que ese tipo acababa de poner en su interior, un enorme fajo de billetes y varios juegos de llaves. Ante la duda, cogí todos ellos y aunque mis ojos se desviaron hacia el dinero en dos ocasiones, lo dejé allí; no lo necesitaba, solo soñaba con escapar. Sin embargo, sí me adueñé de la pistola. La observé en mis manos, temiendo que se disparase por accidente, ya que, hasta ese momento, jamás había cogido una y me intimidó el poder que sentí al tocarla. Fue entonces cuando decidí que había llegado el momento; ni siquiera me molesté en volver a colocar todo en su sitio, salí de la habitación tan despacio como había entrado, pegando mi espalda a la pared y vigilando los pasillos con antelación, apuntando el arma al frente para protegerme de cualquier imprevisto.

Escuché unos pasos procedentes de la escalera, que me llevaron a esconderme en el pasillo que se perdía hacia la parte derecha del edificio, y mi corazón se quejó, enloquecido, dando varios latidos desbocados por los que intentó saltar a través de mi garganta.

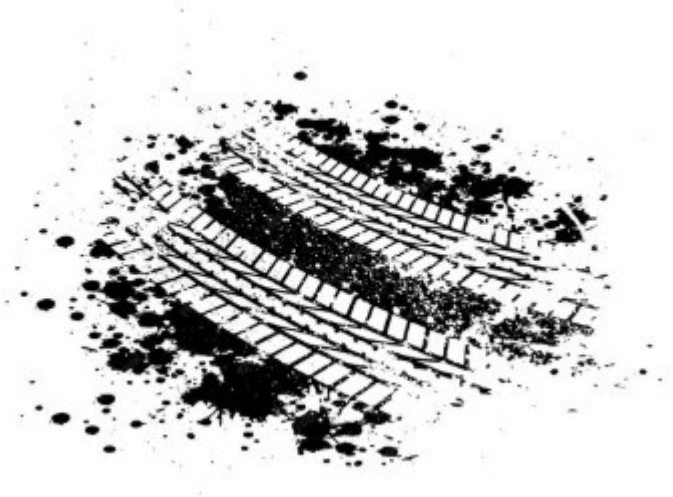
Al escuchar que los pasos se alejaban, me dirigí hacia la escalera y bajé los escalones a toda velocidad hasta el primer piso, donde se encontraban nuestras habitaciones. Y la de Brenan… Supuse que ya habría empezado el evento porque allí no había nadie, pero no tardarían demasiado en ir a buscarme.

En un primer momento, iba a dirigirme hacia el sótano para coger dos armas con las que defendernos, pero la suerte parecía estar de nuestra parte y esperaba que fuera suficiente con la pistola de Santana. Debíamos intentarlo y no arriesgar demasiado.

Caminé lo más sigilosa posible hasta su puerta y empecé a probar cada una de las veinte llaves que tenía en las manos hasta que una entró y giró, dándome vía libre. No tardé ni un solo

segundo en colarme en su interior y cerrar con mi espalda apoyada en la puerta, aliviada y feliz por haber logrado ese primer objetivo. Pero cuando me encontré de frente con su casi metro noventa de altura, su cuerpo fibroso, su torso desnudo y su mirada segura de sí misma, la realidad, tan aplastante como intimidante, me golpeó de lleno. Porque él parecía el águila imperial, un ave impresionante y libre a la que habían intentado enjaular, a pesar de sus enormes alas. Y yo… un pequeño pajarillo que había nacido encerrado, después de todo.

Quise convencerme de eso para negar que me afectó su forma de mirarme; esos profundos ojos castaños que me examinaban como si no hubieran visto a alguien como yo en la vida o ese cuerpo musculado al que me entraron ganas de abrazarme y acurrucarme como nunca. Porque ese chico me había transmitido una sensación de confianza, seguridad, complicidad y protección desde el primer momento, desde que escuché su voz a través de la pared que nos separaba, y la realidad, la mía, empezó a tener un nuevo sentido que no había tenido tiempo de asimilar. Aún.



Capítulo 14
Brenan

Había perdido la cuenta de las horas que llevaba allí, pero mi estómago, que rugía constantemente, y el cansancio acumulado me avisaban de que eran demasiadas. Demasiadas como para contarlas y soportarlas.

Quise mantenerme firme y entero, aguantar esos largos minutos de desconcierto en los que Naia comenzó con nuestro plan de huida, pero saber que estaba por ahí fuera, arriesgándose para sacarme de allí, hizo que los nervios se intensificaran y se anudaran en la boca de mi estómago y ese sentimiento protector se multiplicara, imparable. Imaginé que era el mismo sentimiento que mis hermanos habían sufrido conmigo durante toda mi vida, porque yo… tenía que sacar a Naia de allí y liberarla de esa mierda de vida que la rodeaba.

En cuanto entró en la habitación y se quedó de pie frente a mí, con una pistola en sus manos, observándome, con su pecho subiendo y bajando frenético, tratando de relajarse, por fin, mis labios se curvaron en una sonrisa mínima. Mi torso quiso imitar al suyo, agitándose por momentos, y mis piernas se movieron, rebeldes, dando dos pasos al frente, acercándose hacia ella. Me

moría de ganas de estrecharla entre mis brazos y abrazarla con todas mis fuerzas, pero no teníamos tiempo para presentaciones oficiales. «Debes sacarla de aquí», me recordó mi yo interior, metiéndome prisa.

—¿Estás bien? —Asintió y agarré su mano con suavidad—. Vámonos de aquí.

Antes de salir por la puerta, cogí la pistola con cuidado, alargando el roce con su piel durante más tiempo del necesario, mientras nuestros ojos se fundían sin poder evitarlo, atrapados por el temor y la incertidumbre.

—Vamos.

Tiré de ella hasta la puerta y la solté para abrir, empuñando el arma como Kellan me había enseñado. Odiaba las armas, siempre las había odiado; al contrario que mis hermanos, que sentían una extraña afición hacia todo aquello que tuviera munición. Y en esos instantes agradecí aquella tarde en la que, siendo poco más que un adolescente, mi hermano se empeñó en que fuéramos a un descampado para disparar y reventar unas latas de refresco.

Antes de cruzar el umbral de aquella puerta, miré a Naia una vez más y una de las últimas conversaciones que había tenido con Kellan se reprodujo en mi mente, provocando un eco intimidatorio que me marcó.

Acababa de llegar al pazo tras un largo e intenso día de trabajo en el taller. Desde la muerte de nuestro padre, había intentado mantenerme alejado de todos sus negocios y trapicheos, incluido el Dark Soul, pero, por lo visto, ese mundo oscuro, tan peligroso como adictivo, acaba absorbiendo todo a su alrededor sin remedio. Estaba en la cocina, preparándome un sándwich, con los cascos puestos y la música retumbando en mis oídos, cuando alguien puso la mano en mi hombro. Me giré y me encontré con la mirada dura y preocupada de Kellan, que me observaba con un rostro indescifrable; me quité los cascos y le saludé con una media sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó como saludo al verme dar un bocado.

Me senté en la encimera de un salto.

—¿Quieres? —Le ofrecí, pero negó con la cabeza.

—Casi no hemos tenido tiempo para hablar —soltó como si nada, como si no tuviera esa conversación más que preparada.

—Para hablar… ¿de qué?

—De todo. —Se encogió de hombros—. ¿Cómo van las cosas por el taller?

—Como siempre. No doy abasto, la verdad, pero bien, supongo.

—¿Y con…?

—¿Con Su? —terminé la frase por él; le conocía demasiado. Asintió.

—¿Habéis hablado últimamente?

—No. No hay nada de lo que hablar —repetí esa frase que había pronunciado en infinidad de ocasiones durante esas últimas semanas.

—Me ha dicho Connor que has vuelto a salir por el puerto. No te estarás metiendo en rollos raros, ¿verdad?

Alcé las cejas, poniendo los ojos en blanco.

—¿A qué te refieres con rollos raros? —Imité su tono.

—Ya sabes…

—¿A los mismos en los que os andáis metiendo vosotros? —Apretó los labios para no reírse—. No, papá, no me estoy metiendo en rollos raros —dramaticé por su papel extraprotector y di otro bocado.

—Solo quiero saber que estás bien.

—Lo sé. —Nos miramos a los ojos y sonreí—. Estoy bien. De verdad —insistí y nos observamos en silencio durante unos segundos —. Estoy bien, pero es raro. Llevábamos juntos mucho tiempo y pensaba que…

—Que era la correcta. —En ese caso fue él quien terminó la frase por mí y asentí.

—Lo creía, pero ahora me he dado cuenta de que estábamos saliendo por costumbre, por la rutina, porque no conocíamos otra cosa —me expliqué—. Me estaba perdiendo demasiadas historias por vivir, ¿sabes? —Frunció el ceño, como si le preocupasen mis palabras e intenté cambiar la dirección de la conversación cuando vi que

África pasaba por la puerta de la cocina y se dedicaban una mirada que me removió por dentro—. ¿Cómo supiste que Afri era la correcta? —repetí sus palabras.

Ni siquiera lo pensó.

—Porque me salvó la vida. —Mi gesto se relajó, aunque no me esperaba esa respuesta—. Y no me refiero a que se interpusiera entre una bala y mi cuerpo.

Me guiñó un ojo, se acercó a mí para quitarme el sándwich y darle un bocado y me dejó allí sentado, analizando sus palabras. Esas palabras que resonaban en mi memoria con cada uno de los latidos acelerados que dio mi corazón cuando crucé la puerta de esa habitación y miré a Naia por última vez.

...

No supe si era su corazón o el mío el que retumbaba frenético en aquel pasillo. Llevaba días sin salir de aquella habitación, no sabía cuántos, y cuando puse un pie fuera de aquellas cuatro paredes, la sed de venganza dominó mi cuerpo y se apropió de mi forma de actuar. Y lo peor de todo era el motivo por el que quería vengarme, porque no quería hacerlo por encerrarme, por los golpes o las amenazas, sino por cómo habían tratado a Naia durante toda su vida. Logré controlarme dedicándole varias miradas fugaces a ella, que caminaba detrás de mí, para comprobar que estaba bien, mientras mi mente no dejaba de repetirme ese «debes sacarla de aquí» que se había convertido en mi principal objetivo, dejándome a mí en un segundo y apartado lugar.

Solo teníamos que atravesar unos seis metros del largo y oscuro pasillo, tratando de hacer el menor ruido posible con nuestras espaldas pegadas a la pared. Vi que nos acercábamos a la puerta de su habitación y una sonrisa se dibujó en mi rostro al ser consciente de lo que significaba, pero no sabía, aún, todo lo que nos quedaba por vivir esa misma noche.

Cuando parecía que casi lo habíamos logrado y puse mi mano en la manilla para abrir la puerta, unos pasos firmes, que se acercaban subiendo por la escalera, nos pillaron por sorpresa. Naia me miró asustada y nos adentramos en su habitación con rapidez.

—¡Eh, vosotros! —exclamó un hombre justo antes de que cerrara la puerta con un portazo—. ¿Qué coño hacéis?

Teníamos dos opciones. Uno: bloquear la puerta con cualquier mueble e impedir que pasara, lo que significaba que daría el aviso de nuestra huida en cuanto tuviera oportunidad. Y dos: dejarle entrar y usar la pistola.

Parecía muy fácil, pero solo con pensar en quitarle la vida a alguien, el nudo del estómago, con el que llevaba días conviviendo, se hizo más intenso. Intenté convencerme de que se lo merecía y no me detuve demasiado en pensar. No teníamos tiempo.

—Naia, vete. Márchate —le ordené, pero la mirada que me regaló me avisó de que no pensaba irse sin mí—. Ahora voy; vete.

—¡Abrid! —gritó el tipo, haciendo fuerza desde el otro lado, mientras bloqueaba la puerta con mi propio cuerpo—. ¡Abrid de una puta vez!

—Vete ya. —Mi voz se volvió grave y Naia no lo pensó, se quitó los tacones, los tiró al suelo y ató las sábanas, que ya tenía preparadas, al cabecero de la cama, enganchándolo de mala manera.

Solo cuando vi que ponía un pie al otro lado de la ventana para comenzar a bajar, me aparté de la puerta para que el hombre entrase en la habitación. No pensaba darle tiempo ni espacio para que actuara; me quedé detrás de la puerta y en cuanto dio un paso al frente, le noqueé con un golpe tremendo con la culata de la pistola en la cabeza. Cayó desplomado a mis pies al instante y volví a cerrar la puerta, así nadie se enteraría de lo que había ocurrido allí dentro; al menos, de momento.

Miré por la ventana y vi que Naia ya estaba casi a medio camino; me dedicó una media sonrisa en cuanto me vio, observándola desde arriba, y sujeté la tela hasta que puso un pie en el césped. Iba a imitarla y a comenzar con mi camino de descenso, pero vi unas deportivas junto a la cama y las cogí para lanzárselas y que cayeran a su lado justo antes que yo.

—Gracias —susurró cuando me vio bajar esos últimos metros de un salto y caer junto a ella, mientras se ponía las zapatillas sin

desatarlas, con un único y rápido movimiento—. Lo has conseguido…

—¿Lo dudabas? —cuestioné burlón con una media sonrisa que me recordó a mi hermano Connor—. Venga, tenemos que irnos.

—Por aquí.

Me guio por el camino, bordeando el enorme chalé que se alzaba sobre nuestras cabezas, para dirigirnos hacia la zona delantera. Pensaba que sería más fácil, pero había decenas de hombres armados repartidos por el jardín, vigilando y recibiendo a los clientes que llegaban en sus lujosos coches para el evento.

Conseguimos llegar, ocultos entre los árboles y las sombras de la noche. Los muros que rodeaban la casa eran tan altos que parecía imposible saltarlos, por lo que nuestra única vía de escape se reducía a la enorme puerta de entrada, por la que seguían llegando vehículos oscuros con los cristales tintados.

—Tenemos que dividirnos —dije en un susurro casi inaudible —. Con todo el despliegue que tienen montado, es lo mejor.

—¿Qué? ¡No!

—No podemos salir los dos juntos, Naia. Nos atraparían enseguida. Toma, quédatela tú. Úsala en cuanto la necesites. —Le di la pistola y la cogió sin dudar.

—No es buena idea, Brenan. Yo no… no he disparado nunca.

—Es fácil; lo harás bien. Solo tienes que coger el arma con las dos manos. Así. —Me puse detrás de ella, pegando mi torso a su espalda y empuñando la pistola al frente, sintiendo la calidez de sus manos debajo de las mías—. Tienes que deslizar la corredera hacia atrás para cargarla, apuntar y apretar el gatillo con el dedo índice.

Giró su rostro y me miró con desconfianza, como si no se sintiera capaz. Nuestras mejillas estaban tan cerca que prácticamente se rozaban, pero en cuanto sentí cómo temblaba entre mis brazos, no pude pensar en nada más.

—Todo saldrá bien. Lo harás bien… Yo distraeré a los tipos de la puerta y tú aprovecharás para escapar. Si lo necesitas, dispara. Aunque no les des, los intimidarás. Eso sí, intenta no darme a mí. Creo que soy el único que va sin camiseta —bromeé, señalándome,

para relajar el ambiente y una mínima sonrisa se esbozó en sus labios.

Respiró profundamente para tranquilizarse y me separé de ella, agarrando su mano por última vez para acariciarla.

—Saldremos de aquí. —No sé si quise convencerla a ella o a mí porque la verdad es que cada vez lo veía más difícil—. Dirígete hacia esos árboles y escóndete allí hasta que veas la oportunidad.

—Vale.

Corrió sin hacer ruido hacia los árboles que le había señalado, unos frondosos pinos que se encontraban junto al muro, y seguí bordeando el chalé hasta la esquina delantera. Desde allí podía ver a dos tipos que custodiaban la puerta, uno a cada lado. A pesar de la distancia que nos separaba, pude distinguir las pistolas que llevaban en las cinturas de sus pantalones mientras charlaban sin miedo a que la noche se torciera. Un nuevo Mercedes oscuro se acercó a ellos, uno de los dos habló con el conductor y le permitió el paso, sin más. Supuse que se trataría de alguien importante porque de lo contrario, imaginaba que los trámites de presentación hubiesen sido más largos.

El más alto de los dos empezó a andar detrás del coche y aproveché ese golpe de suerte que me había ofrecido el destino para salir de mi escondite y correr, de la forma más silenciosa posible, hacia los arbustos que se encontraban al otro lado de la casa, justo hacia el extremo opuesto. El gorila estaba de espaldas a mí, por lo que si me acercaba a él sin hacer ruido, podría intentar aprovecharme también de esa ligera ventaja. Caminé hasta él como si fuera un león acechando a su presa y cuando estaba a unos centímetros de su cuerpo, me abalancé sobre él para rodear su cuello con mi brazo y dejarle sin respiración. Apreté con todas las fuerzas que me quedaban, pero no fueron suficientes; el tipo hundió su codo en mi estómago y me obligó a soltarle al quedarme sin aliento.

En ese breve, pero intenso, espacio de tiempo, su puño acabó estampado en mi rostro y el mío, en su mentón. Y lo que empezó como un plan de escape rápido acabó convirtiéndose en una pelea a vida o muerte en la que los golpes iban y venían en ambas

direcciones. Fueron solo unos segundos, los suficientes como para que nadie se hubiera percatado aún de la escena y para que el gorila fuera consciente de que tenía un punto de ventaja: la pistola. La sacó y antes de que le diera tiempo a disparar, la silueta de Naia apareció entre las sombras, solo a unos metros, empuñando su arma con firmeza y apretando el gatillo una sola vez. No sé si fue cuestión del destino o que la suerte estaba de nuestra parte, pero el tipo cayó al suelo, removiéndose y quejándose tras el balazo, y aquel lugar, silencioso hasta ese momento, se convirtió en un campo de batalla repleto de gritos y disparos.

—¡Vamos!

Fue puro instinto o una cuestión de supervivencia, pero ambos echamos a correr hacia la salida. Estaba ahí, casi podíamos tocarla, y mientras cruzaba el umbral que separaba la pesadilla de la libertad, solo podía pensar en que estábamos a punto de conseguirlo. A punto… Sentí las balas volando a mi alrededor, casi rozando mi piel, cortándome la respiración y solo cuando salí de allí y me escondí en la espesura del bosque, pude respirar aliviado.

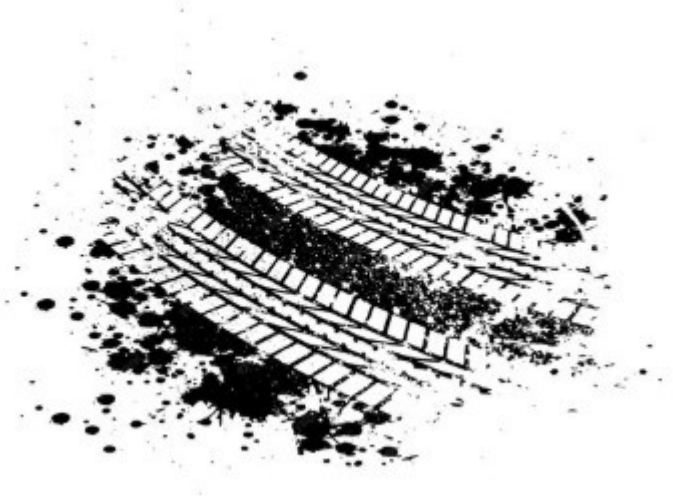
Los disparos dejaron de sonar, pero los gritos aún retumbaban en el ambiente, que se había convertido en un verdadero caos.

Miré a mi alrededor y no vi nada más que sombras; la oscuridad de la noche no me lo ponía nada fácil para localizarla.

—Naia… —susurré casi para mis adentros—. Naia, ¿dónde estás?

Como respuesta, los gritos en la distancia, pero a mi alrededor, el silencio más absoluto. Un silencio ensordecedor que trajo consigo la peor de las sospechas, el peor de los miedos: no había ni rastro de Naia.

Joder…



Capítulo 15
Brenan

Eché un vistazo rápido a mi alrededor con la esperanza de encontrarla por allí agazapada, pero no había nadie. Ni un solo movimiento.

—Naia… —repetí por si estaba escondida para que no la encontrasen.

Como temía, no hubo respuesta, pero, en cambio, escuché desde la distancia:

—¡Salid a buscarle y encontradle! ¡Ya!

Identifiqué la voz de ese andaluz al instante; la llevaba grabada muy dentro. Supuse que hablaban de mí y no vi otra elección. Podría salir corriendo, pero me localizarían en un santiamén y no iba a marcharme sin ella; se lo había prometido. Aunque era más que una promesa; no podía escaparme y dejarla allí. No podía. Así que opté por la mejor opción: trepé por las ramas del árbol más cercano, como había hecho en miles de ocasiones cuando era niño, y me escondí en su frondosa copa, camuflándome. No me inmuté, ni siquiera me moví cuando vi que varios hombres, algunos cargados con fusiles de asalto y otros, con semiautomáticas, pasaban por

debajo de mí, buscando mi rastro, analizando cada centímetro de terreno con rapidez para no dejarme escapar.

—¿Algo? —preguntó uno de los tipos que corría hacia la carretera más cercana, a varios metros de mi escondite.

—Nada por aquí.

—Por aquí tampoco. ¡Encontradle!

Salieron disparados en dirección contraria, justo hacia esa carretera por la que cualquier persona normal habría salido huyendo en busca de ayuda. Pero yo no… Yo me había convertido en Connor, en un verdadero kamikaze sin cabeza que iba a regresar a esa pesadilla, a la verdadera boca del lobo, con una única intención: salvarla.

Cuando vi que esos hombres se alejaban, me moví, por fin, para estudiar el edificio, desde mi posición aventajada, y entonces, la vi. Un tipo se llevaba a Naia a la fuerza al interior de la casa, mientras dos de ellos ayudaban al herido a incorporarse. Parecía que la calma había vuelto a ese jardín; tanto que incluso los vigilantes de la puerta habían desaparecido. Uno de ellos abatido por Naia y el otro supuse que era uno de los que se habían marchado a buscarme.

No le di más vueltas a lo que tenía en mente, me bajé del árbol de un salto y corrí de nuevo hacia el muro, maldiciendo en mi interior. No sabía qué coño estaba haciendo ni qué iba a hacer, pero era mi deber. Fui zigzagueando entre las sombras, buscando la forma de ocultarme para llegar hasta el edificio sin ser visto, aunque por el exterior parecía que no había nadie. En cuanto crucé la verja metálica de la entrada, mis ojos se desviaron hacia una pequeña ventana situada a ras del suelo en la fachada principal. Me dirigí hacia allí, corriendo, cogí una enorme piedra y golpeé el cristal hasta que este estalló en mil pedazos para colarme en el interior, dejándome caer hasta el sótano.

Abrí los ojos al máximo, sorprendido por lo que me encontré allí dentro, un arsenal de armas de todo tipo: pistolas, revólveres, rifles, escopetas, táseres, fusiles, ametralladoras, explosivos… Había varias cajas y armarios cerrados con llave, en los que ni siquiera me centré; cogí algunas armas con cuidado, observándolas en mis

manos durante unos minutos, sintiéndome el mismísimo Aladín al encontrar la lámpara mágica, un tipo con suerte a punto de cumplir todos sus deseos. Elegí un táser y una pistola y al intentar abrir la puerta para salir de esa sala, me di cuenta de que estaba cerrada, por lo que reventé la cerradura de un balazo.

Esperaba que, por el estruendo, esos tipos no tardaran en llegar, por lo que me escondí detrás de una de las cajas de madera más pesadas y en cuanto apareció uno de ellos, unos segundos después, le disparé con la pistola táser hasta que se desplomó y salí de allí pasando, prácticamente, por encima de su cuerpo.

Al verme en ese oscuro pasillo, la música de la planta baja se coló en mis oídos y no supe hacia dónde dirigirme. Supuse que habían subido el volumen para evitar que sus distinguidos clientes escucharan los tiros que se habían producido en el exterior y esperaba que la música también hubiera amortiguado el ruido del sótano. Lo esperaba… Según me había contado Naia, en ese piso estaba la recepción, la pista de baile donde las chicas conocían a sus clientes y las habitaciones exclusivas donde se producían los encuentros. No sabía por dónde empezar, pero en cuanto puse el pie en el último escalón y me apoyé en la esquina para analizar lo que había a ambos lados, vi cómo un tipo, al fondo el pasillo, se llevaba a Naia con fuerza, empujándola con rabia.

—¡¿Qué pensabas?! ¿Te creías que te ibas a largar, así, sin más? ¡No vas a jodernos la noche, niñata! El Ruso te está esperando.

—¡Suéltame! —Se revolvió en sus brazos, mientras él la arrastraba por el pasillo.

Me dieron ganas de salir y de reventarle allí mismo por cómo la estaba tratando, pero justo cuando iba a hacerlo, dos tipos armados se reunieron con ellos.

—No hay ni rastro de Ulloa, Darek —le informó uno de ellos.

—Buscadle. No puede andar muy lejos… Le necesitamos para acabar con todo esto.

—Cogeremos los coches —dijo el otro.

—Haced lo que os dé la gana, pero no volváis por aquí hasta que le encontréis. No quiero que el Ruso se entere de lo que ha

ocurrido, así que debemos mantener la calma. Tiene que aparecer antes de que se marche; ahora… estará entretenido durante unas horas.

La mirada que le dedicó a Naia antes de que los tres empezaran a reírse me alarmó. Mierda…

Los últimos en llegar desaparecieron y Darek continuó empujando a Naia por el pasillo hasta que les perdí de vista. Salí de mi escondite para seguirlos por esa casa desconocida para mí, temiendo que me encontraran y acabasen con nosotros sin pensárselo dos veces, aunque la oscuridad del ambiente, iluminado únicamente por varias luces tenues, ubicadas cada ciertos metros, me daban una ligera ventaja para lograrlo. Mantuve mi espalda pegada a la pared en todo momento, como si así fuera más difícil verme, empuñando la pistola para usarla en caso de que fuera necesario y cuando vi que se detuvieron frente a una habitación, me colé en una sala cuya puerta estaba abierta para observarlos desde allí.

—Pasa —le ordenó Darek con voz grave.

—No pienso hacerlo —contestó ella con firmeza.

—¿Crees que te lo estoy pidiendo? —Sacó una pistola y apuntó directamente a su cabeza, casi rozando su sien—. Pasa y sé amable, si no quieres terminar como tu amiguita. O como tus padres… —añadió con cierto odio, provocando que el rostro de Naia cambiara por completo.

Vi cómo entró en esa habitación y juro que pude sentir cómo su cuerpo empezó a temblar mientras el mío se revolvía, provocando que la rabia, el miedo y el asco hacia esa gente se mezclaran en mi organismo y que la sed de venganza se multiplicara.

—Pásalo bien —susurró con un tono que me animó a salir de mi escondite, pulsar el gatillo y esperar a que sus sesos acabaran esparcidos por ese maldito edificio.

Respiré en profundidad para no hacerlo y esperé a que se marchase de allí. La calma regresó a esa planta principal, cuyas puertas estaban casi todas cerradas, lo que me llevó a actuar con rapidez por si llegaban las personas que ocuparían las salas vacías. Caminé dubitativo hacia la habitación en la que había entrado Naia,

intentando decidir cómo actuar, pero esos últimos comentarios de Darek me borraron el raciocinio. Solo quería sacarla de allí. Cuanto antes.

Abrí la puerta sin dudar justo en el momento en que escuché varios pasos acercándose desde la pista principal, situada a pocos metros por el volumen de la música. Cuando entré y cerré a mis espaldas, me quedé paralizado; solo pude reaccionar para dirigir el cañón de mi pistola hacia la escena que tenía delante de mí. Un hombre de unos sesenta años, corpulento y escaso de pelo, estaba frente a Naia, a pocos centímetros de su rostro. Casi no le había dado tiempo a tocarla, pero estaba tan cerca de ella que sentí la rabia brotando en mi mirada, mientras mi pecho subía y bajaba profundamente, tratando de controlarme. Si me ponía a pegar tiros allí mismo, en menos de un minuto tendríamos a varios hombres en esa habitación para acabar con nosotros, por lo que debía tener la mente fría.

Ese ser despreciable tenía la mano sobre el hombro descubierto de Naia y estaba deslizando sus dedos por su piel aterciopelada, aunque detuvo sus movimientos para observarme con curiosidad, sin alterarse lo más mínimo.

—Apártate de ella —le ordené con un tono de voz que llegó a intimidarme a mí mismo.

—¿Qué coño quieres, chico? ¿Dinero?, ¿trabajo? Pide por esa boca y mañana mismo lo tendrás.

—Quiero que la sueltes. Ya.

—¿Qué dices? Estarás bromeando… —Rio—. Creo que no sabes con quien estás hablando.

—Tú tampoco —sentencié con dureza.

—¿Eso crees, Iván? —Mi rostro se desencajó al escucharle llamándome por el nombre que me pusieron cuando nací—. O Brenan, como quieras llamarte. Un Ulloa, al fin y al cabo. —Me quedé en silencio, buscando su rostro en mi memoria, tratando de localizarle entre mis recuerdos—. Deja esa pistola en el suelo antes de que llame a mis hombres.

—Suéltala. Ya.

Cargué la pistola para que viese que iba en serio y di un paso al frente, hacia ellos.

—¿Vas a joder la fiesta? Puedo buscarte un bombón como este en menos de un minuto. —Miró a Naia con una mirada lasciva que me dio ganas de vomitar—. ¿Sabes lo difícil que es encontrar un juguetito sin usar como este? ¡En serio! No sabes lo que podría hacer una de estas chicas contigo…

—No voy a volver a repetirlo.

—¡No me digas que la quieres para ti! —exclamó, socarrón, soltando una sonora carcajada—. ¿Es eso? ¡Chico listo, Ulloa! ¡Chico listo!

No podía disparar. Eso significaría nuestro fin, pero lo estaba deseando. Más de lo que había deseado cualquier cosa nunca.

Se separó de Naia ligeramente y levantó las manos, rindiéndose.

—Vale, está bien. Tranquilo. Toda tuya —dijo, empujándola hacia mí.

Rodeé su cintura con el brazo que tenía libre y la guie hacia la ventana, cubriendo su cuerpo con el mío.

—Vete —le pedí a Naia sin apartar la mirada de ese desgraciado. No protestó; sabía que no era momento. Puso su pie en el alféizar y saltó al exterior sin dificultad.

—¿Crees que has ganado? —cuestionó con sarcasmo el hombre, observándome sin inmutarse—. ¿Sabes cuánto me costará acabar contigo si no me matas ahora? ¡Nada! Antes de que crucéis el muro, tendréis una bala incrustada en el cráneo —me provocó, pero hice caso omiso a sus comentarios. Solo quería irme de allí. Con ella.

—No te muevas —dije, apuntándole a la cabeza, cambiando mi gesto por otro que le avisaba de que era capaz de apretar ese gatillo.

—Tranquilo, puedes marcharte. Eso sí, no conseguiréis salir de aquí. Y si lo haces, que no lo creo, no tardarás en descubrir cuál es el precio de tu libertad. Estás avisado, Iván.

Nadie me había llamado así desde hacía años; es más, había perdido la cuenta del tiempo que llevaba sin escuchar ese nombre.

Demasiado tiempo, pero yo ya no era ese niño. Me senté en la ventana sin dejar de apuntarle y crucé mi pierna al otro lado, dejándola colgada sobre el vacío. Estábamos en la planta principal, por lo que me separaban dos metros escasos del suelo y no me costó nada dejarme caer en el jardín. Aterricé junto a Naia, que me estaba esperando, agarré su mano y nos perdimos entre las sombras justo cuando oímos a ese tipo dando gritos en la habitación, avisando de nuestra huida.

Teníamos unos segundos para largarnos antes de que todo se llenara de gente armada hasta los dientes, por lo que hicimos lo único que podíamos hacer. Corrimos hasta la zona delantera de la casa, donde estaban aparcados los coches de los clientes, y nos subimos en uno de los vehículos sin dudar. La llave estaba puesta y no lo pensé ni un instante, la giré para arrancarlo y pisé el pedal del acelerador a fondo en el momento justo en el que aquello se llenó de hombres, de gritos y de balas en todas las direcciones.

—¡Agáchate! —le grité a Naia cuando atravesamos el jardín y nos cruzamos en el camino de los tiros.

—¡Para, Ulloa! —Escuché sin detenerme.

Uno de los tipos se puso delante del vehículo, pero no frené; su cuerpo chocó contra el capó, destrozó la luna y rodó por la parte superior del coche hasta que cayó a nuestras espaldas. No pude ver si se movía, ya que la oscuridad y la nube de tierra que se levantó tras el acelerón, me lo impidió, pero no me importaba. Eran ellos o nosotros y no iba a dudar en ningún momento.

Por unos instantes, creí que lo habíamos logrado; es más, durante unos segundos, una sonrisa victoriosa se dibujó en mis labios, pero antes de que atravesáramos la puerta corredera, que aún permanecía abierta, uno de los tipos que estaban junto a ella nos disparó desde pocos metros de distancia. El tiempo se ralentizó y pude ver la bala acercándose a nosotros a cámara lenta; me encogí para evitar que me alcanzara, aunque no lo logré. Al menos, no del todo. Sentí la quemazón en el hombro, pero no podía parar. Ahora no.

—¡Joder! —me quejé.

—¿Estás bien? —se preocupó Naia, que seguía cubriendo su cabeza con los brazos, entre las piernas.

—Estoy bien.

—¡¡Cerrad la puerta!! ¡¡Ya!! —gritaron un segundo antes de que la corredera empezara a moverse, justo cuando la estábamos atravesando. El hierro de esta se incrustó en el lateral derecho del coche, rasgándolo como si se tratara de un papel, pero nos permitió salir de aquella pesadilla. Por los pelos…

Habría gritado por la adrenalina que me hizo creer que lo habíamos conseguido; sin embargo, vi, en la oscuridad, a través del retrovisor, cómo los focos del resto de vehículos se encendían para seguirnos. Que hubieran cerrado el portón nos daría unos segundos de ventaja para alejarnos, pero no reduje mi fuerza sobre el pedal en ningún momento. Llevaba toda una vida metido entre coches, subido sobre dos y cuatro ruedas y era la hora de demostrarlo. No iban a cogernos.

—¿Lo hemos conseguido? —preguntó Naia, incorporándose, con un brillo en los ojos que encendió también los míos.

—De momento.

Aceleré como nunca y nos perdimos entre caminos desconocidos a los que nos llevaban las sombras, entre aquella maleza de un lugar perdido en medio de la montaña. Hice varios giros inesperados para salir del sendero y ocultarnos entre los árboles y cuando parecía que estábamos a salvo, apagué el motor para que las luces de los focos no desvelaran nuestra posición.

No sabía qué hacer, estaba completamente perdido, en todos los aspectos. Me bajé del coche y me apoyé en la carrocería, respirando, aliviado, cuando el dolor del hombro se hizo más intenso y pude comprobar que me habían dado. Apreté la herida con la mano y mis dedos se cubrieron con la calidez de mi propia sangre.

Mierda…

—¿Estás bien? —se interesó Naia, bajándose del coche y colocándose de pie frente a mí, solo a unos centímetros.

Era la primera vez, desde que nos conocimos, que pudimos estar uno delante del otro, mirándonos, sin preocupaciones, aunque no pudiéramos vernos del todo. Estábamos inmersos en la oscuridad

más absoluta, iluminada ligeramente por esa leve claridad que nos regalaba la luna creciente que se alzaba sobre nosotros, entre las copas de los árboles. Sin embargo, no me hacía falta ver más; el cosquilleo que recorrió mi cuerpo me avisó de que estaba frente a una verdadera preciosidad. Su melena castaña cubría sus hombros descubiertos y ese ligero brillo de la luna centelleaba en el azul de sus ojos.

—Estoy bien —repetí para tranquilizarla—. ¿Tú estás bien?

Puse mi mano limpia en su hombro, escaneándola de arriba abajo, comprobando que se encontrara en perfecto estado, buscando el más mínimo rasguño en su piel. No parecía estar herida; al menos, no por fuera.

Asintió lentamente y puso sus manos en la herida de bala que sangraba en mi brazo.

—¡Te han dado! —exclamó, sorprendida por mi entereza.

—No es nada.

—Joder, claro que lo es…

Rasgó un trozo de la falda de su vestido y lo anudó en mi hombro con fuerza, creando un torniquete improvisado.

—Así mejor —dijo con una sonrisa que iluminó aquella noche.

—Siento no haber llegado antes, pero te prometí que no iba a dejarte allí.

—Has llegado justo a tiempo. Gracias.

—No tienes por qué dármelas —murmuré, perdido en el azul de sus ojos, que se encontraba anclado en los míos—. Por cierto, felicidades, Naia.

Su sonrisa se amplió, como si fuera la primera vez en mucho tiempo que alguien pronunciaba esas palabras o como si no esperara que recordase su día, después de todo.

No lo vi venir…

No sé qué pasó ni cómo sucedió, solo sé que su cuerpo reaccionó a esa frase encajando su boca con la mía con suavidad. Me pilló desprevenido, totalmente por sorpresa, pero cuando su calidez me arrolló, mis labios se abrieron para recibirla como si llevara toda la vida esperándola.

Creí morir cuando nuestras lenguas se rozaron varias veces seguidas y no por la herida de bala que ardía en mi brazo, precisamente. Porque en esos instantes un huracán de calor desmedido azotó mi cuerpo, sin control, al adueñarme de su sabor. Nuestras lenguas se enredaron en un beso tan dulce como ansiado porque ella… lo necesitaba. Y yo también, aunque aún no lo supiera. La necesitaba tanto como respirar. Y es que hay ciertos episodios de la vida, como el que nos había tocado vivir, que unen a las personas para siempre de una forma inquebrantable, de una manera tan necesaria como intimidante.

La poca cordura que me quedaba estaba a punto de partirse en mil pedazos. Y lo peor de todo era que me sentía incapaz de dejar de besarla. Era adictiva; demasiado para mí. Y más aún, después de una noche como aquella, en la que lo único que quería, y necesitábamos, era que ambos nos sintiéramos vivos.

Puse mis manos en su cintura para atraerla a mí y profundizar el beso, dejando que su sabor arrasara con cada una de mis neuronas.

—Muchas felicidades, Naia —repitió mis palabras con una sonrisa pícara, volviendo a besarme.

Y así, sin esperarlo, aquella pesadilla acabó convirtiéndose en una especie de sueño del que no tardaríamos en despertar. Por mucho que lo evitáramos.



Capítulo 16

Eric

Por primera vez desde que Brenan había desaparecido recibimos noticias. Aunque no fueran muy alentadoras…

Kellan, Connor y yo decidimos ir a visitar al Colombiano; si alguien de la zona podría saber algo sobre el tal Santana, era él, así que esa misma tarde, antes de abrir el Dark Soul, nos dirigimos hacia su nave. Nos estábamos tomando muy en serio nuestro nuevo papel de jinetes del apocalipsis; siempre íbamos los tres juntos, con ese paso firme, esas miradas de tipos duros a los que ya todo les daba igual y esa actitud amenazante que podría hacer temblar a cualquiera. Por eso, cuando llegamos a nuestro destino y los seguratas de la puerta nos cachearon, ni siquiera nos inmutamos; no nos hacían falta armas para acabar con todo lo que latía a nuestro alrededor.

—¡Vaya! No esperaba volver a veros por aquí… —dijo el Colombiano, estrechando nuestras manos, de uno en uno, con una seguridad pasmosa—. ¿Y tú?, ¿cómo estás, amigo? Te veo totalmente recuperado. ¡Menudo susto nos diste! Pensábamos que te quedarías en esa camilla —añadió cuando llegó mi turno.

—Estoy bien. No es tan fácil acabar conmigo… —Rio por mi comentario.

—¿Tenemos noticias sobre Brenan?

—No —contestó Kellan—. No, exactamente.

—¿Entonces?, ¿cuál es el motivo de vuestra visita? Hasta donde yo sé, estamos en paz.

—Lo estamos. —Kellan siguió ejerciendo de portavoz del grupo; después de todo, era el jefe—. Hemos venido para preguntarte si conoces a Santana.

—¿Santana? —El Colombiano dio varios pasos a nuestro alrededor, dubitativo—. No, no conozco a nadie que se llame así. —Por su forma de contestar, supe que no nos estaba diciendo la verdad. No del todo… Y Kellan también se dio cuenta—. ¿Por qué?

—El día de la redada en el Infinity, un tal Santana consiguió escapar de la policía. Es lo único que tenemos…

—Ajá.

—También sabemos que la misma persona que tiene a mi hermano, acabó con uno de nuestros socios, que distribuía más allá de Finisterre —comentó Connor.

—No tengo ni idea. No puedo ayudaros en esto, lo siento.

El Colombiano se giró para dejarnos allí plantados, pero Kellan se interpuso en su camino a tiempo, justo para detenerle.

—Vamos a recibir un gran cargamento; cocaína con el cien por cien de pureza, procedente de la mismísima Colombia. Si nos ayudas a encontrar a Brenan, la mitad de la mercancía es tuya.

—¿La mitad? —El Colombiano le observó, sorprendido.

—Puedes quedarte con toda esa mierda —cambión de opinión sin pensar—. Solo quiero encontrar a mi hermano.

Me froté la frente, pellizcándome el puente de la nariz, saturado. ¿Qué demonios estaba haciendo Kellan? ¿Acaso no sabía el dineral que había en ese submarino? Me habría encarado con él, cuestionando su comportamiento, preguntándole si había perdido la cabeza, pero debíamos mantenernos inquebrantables, los tres. Además, ¿qué iba a echarle en cara?, ¿que quisiera proteger a los suyos? ¿No se suponía que era lo mismo que estaba haciendo yo? ¿A qué precio? Dejé mis pensamientos y mis teorías de lado para

centrarme en la conversación; no podía perderme detalle si no quería que la cagara con el Colombiano después de toda una vida trabajando juntos.

—¿Qué quieres que haga exactamente? —le preguntó, interesado.

—Ayúdame a encontrarlo. Solo eso.

—No puedo ayudarte con eso, Kellan —contestó displicente.

—¿Quién es Santana? —preguntó Connor. Él también se había percatado de que no nos estaba diciendo la verdad—. Lo conoces.

—No, no lo conozco. Pero… he oído hablar sobre él.

—¿Quién es? —En esa ocasión, fui yo el que insistió.

—¿Dónde podemos encontrarle? —Connor dio un paso al frente y su voz se volvió grave, casi tanto como se endureció su gesto.

—Solo sé que trabajan en la zona norte.

—¿Trabajaba para el Lince? —El ceño de Kellan se frunció, extrañado. Solo ese tipo, su mayor competencia en el negocio, trabajaba en esa zona.

—Más bien, el Lince trabajaba para él. —Los tres nos miramos, sorprendidos—. Esa gente no se dedica al narcotráfico. O no solamente a eso… Su poder va más allá.

¿Más allá? ¿De qué estaba hablando?

—¿Dónde podemos encontrarle? —insistió Connor.

—No lo sé. De verdad que no lo sé, pero es mejor que no provoquéis a esa gente.

—Voy a ir a por Brenan —sentenció Connor, kamikaze.

—Ni siquiera tu padre trató nunca con ellos. —Miró a Kellan—. Nuestros negocios se complementan, pero es mejor que nunca se mezclen. Es algo que siempre he tenido claro. —Su vista se desvió hacia Connor.

—¿Qué quieres decir?, ¿que todo esto es por el nuevo uso de los palcos? —Su rostro se tensó y pasó del desconcierto al arrepentimiento más absoluto.

—No lo sé. En estos negocios, lo mejor es que cada uno tengamos los pies en nuestros asuntos y no nos metamos en el fango.

—Vámonos —dijo Connor de pronto, dándose la vuelta para emprender su camino hacia la salida, con un gesto muy distinto a ese con el que había entrado, el de la culpabilidad.

—Kellan —le llamó el Colombiano cuando vio nuestra intención de marcharnos—. Nunca acabarás con la mala hierba del todo. En cuanto la eliminas, al poco tiempo, sale más.

Mi mano derecha y yo nos miramos desconcertados, tratando de entender esas palabras. Supuse que se refería a que en aquel mundo, en el nuestro, siempre había mierda por todos lados y si intentabas acabar con ella, te salpicaba de la peor forma posible. O lo que era lo mismo… No podíamos acabar con esa interminable cadena porque en cuanto uno de sus eslabones desaparecía o era eliminado, había otro más poderoso y fuerte que ocupaba su lugar. Lo mismo que ocurrió tras la muerte de Iago; ahí estuvo Kellan para sustituirlo.

Cuando regresamos al coche, Connor ya estaba al volante, decidido a exterminar todo cuanto había a su alrededor. Lo vi en su mirada.

—Larguémonos de aquí —dijo convencido.

—¿Larguémonos dónde? Si puede saberse… —pregunté, dejándome caer en los asientos traseros.

—A buscar a Brenan. ¿No pensarás que voy a quedarme en el club de brazos cruzados? —cuestionó socarrón.

—¿Tú?, ¿de brazos cruzados? En absoluto —contesté con sarcasmo.

—Vamos al DS —dijo Kellan al ocupar su lugar como copiloto —. ¿No querrás que le busquemos nosotros tres solos en más de quince mil kilómetros cuadrados? Es como buscar una aguja en un pajar. Organizaremos un operativo con los chicos esta misma noche.

No pude ver la mueca que hizo Connor, pero me la imaginé.

Cuando llegamos al club, Cano ya estaba en su puesto, en la puerta, preparado para una nueva noche de locura y desenfreno y las chicas, varios de los camareros y algunos de nuestros hombres se encontraban repartidos por el interior. Connor y Kellan ni siquiera se molestaron en subir al despacho, supuse que no querían entretenerse demasiado; se acomodaron en una de las mesas del

fondo, junto a África y Daniella, que les estaban esperando, y yo me dirigí hacia mi barra preferida para pedir algo de beber para el grupo.

En cuanto me vio aparecer, Lía me ignoró durante unos segundos y siguió a lo suyo, como solía hacer siempre, hasta que carraspeé de forma exagerada y se acercó a mí con su sonrisa más forzada; una que me habría encantado morder y devorar hasta la saciedad.

—¿Qué quieres?

—Lo de siempre.

Apoyé el codo en la barra y me quedé allí embobado, observando cómo cogía tres copas, las llenaba de cubitos de hielo y se giraba para buscar una botella concreta.

—Puedes irte a la mesa. Ahora os las acerco —dijo sin mirarme.

—Tranquila, no tengo nada mejor que hacer —murmuré con retintín, ganándome un mohín que me merecía.

—Tranquilo, es mi trabajo.

No lo alargué más y me fui de allí sin volver a mirarla. Porque una cosa era mantenerme alejado de ella para protegerla y otra, muy distinta, comportarme como un verdadero capullo para alejarla por la fuerza y que me odiara con todas sus ganas.

Regresé a la mesa junto a los demás, que se encontraban hablando sobre las últimas novedades.

—Quizá sea el momento de hablar con la policía… —propuso Daniella, recibiendo todas las miradas.

—No podemos ir a la policía —sentenció Kellan—. Nosotros nos encargaremos.

—Voy a quemar esta puta ciudad —dijo Connor resignado, con la cabeza entre sus manos, mientras Dani acariciaba su espalda.

—Lo encontraremos —le tranquilizó esta.

—¿Sabemos algo nuevo? —se interesó Lía cuando llegó con la bandeja en sus manos, dejándola sobre la mesa.

—Nada —contestó África por el resto.

—Dime —dijo Connor, poniéndose la mano en el oído para escuchar a través del auricular de seguridad que solíamos llevar, al

menos, uno de nosotros desde los últimos acontecimientos—. Sí, sí. Déjales pasar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kellan, preocupado.

—Axel. Y Susana…

Ambos arrugaron el entrecejo al oír el nombre de la exnovia de Brenan. Yo lo hice al escuchar el de Axel.

—¡Connor! —gritó la joven al aparecer en la pista principal, lanzándose a los brazos del aludido como si tuvieran toda la confianza del mundo, pero, por la mirada que le echó este, descubrí que no era así—. Axel me ha contado lo que ha pasado. ¿Es verdad? —cuestionó a punto del llanto.

—¿El qué?

—Que os han enviado un paquete con una oreja y un dedo de Brenan, ¿es cierto? —Connor miró con furia a Axel, que se encogió de hombros, inocente. Ese tipo de inocente tenía lo mismo que yo.

—Sí. Bueno, no. No lo sabemos —contestó sin saber qué decir —. El paquete ha llegado, pero no sabemos si es de…

—¡Tenemos que ir a la policía! —exclamó, incluyéndose en el grupo.

—No. No podemos ir a la policía —respondió Kellan por el resto.

—¡¿Qué?! ¿Por qué? ¿Brenan está en peligro y vosotros estáis aquí, bebiendo una copa, sin preocuparos?

—Créeme, Susana —murmuró Connor con inquina—. No hay nadie más preocupado por nuestro hermano que nosotros, pero si se enteran de que hemos ido a la policía, solo le pondríamos en peligro. Más aún.

—¿Y cuál es vuestro plan?, ¿emborracharos hasta perder el conocimiento como si no pasara nada? —El sarcasmo se manifestó en su voz y yo tuve que centrarme en otra cosa para no contestar de malas maneras.

Debía centrarme en otra cosa, pero no en ellos… No en ellos.

Axel estaba sentado en el respaldo del sofá con una postura chulesca y Lía estaba de pie frente a él, cerca, muy cerca de su cuerpo, con una mueca que conocía bien; esa que me había vuelto loco.

—No podía perder la oportunidad de volver a verte. —Leí en los labios de él.

—Pues me alegro de la visita, la verdad —contestó, zalamera, y una mirada fugaz se cruzó con la mía—. ¿Quieres algo?

—¿De ti? Muchas cosas.

Puse los ojos en blanco y carraspeé para digerir la amarga sensación que se atravesó en mi garganta.

—De beber. —Sonrió con dulzura—. ¿Quieres algo de beber?

Él le devolvió la mueca. Y aunque dos sonrisas pueden parecer solamente eso, dos sonrisas, aquellas eran muy diferentes. Totalmente distintas. En la de él había una doble intención que me aplastó, me destrozó por dentro y me obligó a largarme de allí y perderme en la barra. Necesitaba respirar. Pero lo que parecía un oasis en medio del desierto empezó a ahogarme, sintiendo el agua hasta el cuello, cuando la vi aparecer pocos minutos después. No me dijo nada, ni siquiera me miró, pero pude sentirla, olerla y captar esa inevitable atracción que nos unió desde el primer día.

—Sabes que Brenan está en peligro, ¿verdad? Y que cada segundo que pasa corre en nuestra contra para encontrarlo con vida.

No sé por qué dije eso, pero lo hice. Puede que fuera la única vía que encontré para detener lo que parecía un choque entre trenes inminente.

—¿Y qué se supone que debería hacer yo? Porque te recuerdo que soy una simple camarera —soltó sin mirarme. Ni una sola vez.

¿Una simple camarera? ¡Ojalá lo fuera!

—No lo sé, pero te veo muy relajada. Demasiado, tal vez.

—¿Relajada? —Entonces, sí se giró y me regaló un gesto irónico que no pude dejar de contemplar—. Pues… yo a ti te veo muy celoso. Demasiado, tal vez —repitió mis palabras.

Sus ojos se engancharon en los míos y empezó una verdadera batalla de miradas en la que nos dijimos de todo sin articular palabra durante unos breves, pero intensos, segundos.

—¿Celoso yo? —Reí guasón, como si fuera la idea más disparatada del mundo. No, no estaba celoso; estaba muerto de celos.

—Celoso o no, puedes irte a la mierda.

Cortó esa batalla que estaban librando nuestros ojos cuando empezaba a convertirse en una verdadera guerra a vida o muerte, justo en el mismo instante en el que escuché cómo un cristal estallaba contra el suelo y se rompía en mil pedazos.

—¡¡Joder!! —gritó Connor.

Corrí hasta ellos, sobresaltado, temiéndome lo peor al ver que había sido él quien había estampado la botella en el suelo y las caras de los demás me revelaron que algo había ocurrido.

—¿Qué ha pasado?

—Acaba de llegar un vídeo.

¡¿QUÉ?!



Capítulo 17

Connor

Solo con ver ese DVD en las manos de Cano, mis peores y más temidos presagios se hicieron realidad. Y no pude contenerme… Juro que lo intenté, pero solo con pensar en las imágenes que podía contener ese maldito vídeo, las ganas de arrasar con el planeta Tierra se hicieron irrefrenables.

—¡¡Joder!! —grité, cogiendo la botella que tenía delante de mí y estampándola contra el suelo—. ¡¿Quién te ha traído esto?! —Cogí a Cano por la pechera, pagando toda mi furia con él. Me arrepentí al instante, pero en esos momentos solo quería adornar la pared con la cabeza del culpable—. ¡¿Quién coño ha sido?!

—No lo sé. Lo ha traído el mismo coche que en la anterior ocasión; iba encapuchado. Ha sido imposible verle la cara.

—Mierda —gruñí por lo bajo.

—¡Suéltalo, joder! —Kellan me dio un manotazo en el hombro para hacerme entrar en razón.

—Connor… —susurró Dani a mis espaldas—. Connor, mírame. —Su voz sonó a ruego y solo entonces, fui capaz de soltar a nuestro miembro del equipo de seguridad para centrarme en ella—. Vamos a ver ese vídeo, ¿vale? En situaciones como esta, se suele pedir algo a cambio de su liberación; si no, no nos habrían enviado nada. De eso podemos estar seguros…

Escuché cómo intentaba tranquilizarme porque si alguien sabía sobre temas de secuestros era ella. Asentí, conforme, recordando por qué estaba locamente enamorado de ella.

Y es que podría haber superado la muerte de nuestra madre, la muerte de mi verdadero padre y el engaño que supuso durante toda mi vida, pero nunca podría superar la pérdida de Brenan, de ese niño al que había intentado proteger durante toda mi existencia por encima de cualquier cosa.

—Lo siento, Cano, es que… —quise disculparme.

—No te preocupes.

Nunca habíamos subido tan rápido al despacho. Pude sentir cómo mi corazón retumbaba en mi pecho, cómo cada latido golpeaba mi cuerpo desde dentro con fuerza, a punto de pararse en cualquier momento. Era un puto infierno. Creo que nunca le había tenido tanto miedo a nada como a ese vídeo; ni siquiera al desgraciado de Iago cuando pagaba sus frustraciones con nuestros pequeños cuerpos.

Una imagen en negro se coló en el ordenador y cuando mi hermano pulsó la tecla que daba paso a la reproducción, mi estómago se llenó de un inmenso vacío. Sin más. Brenan apareció en la pantalla con un aspecto muy distinto, con rostro cansado y esa barba de varios días que le habría dicho que se afeitase en miles de ocasiones. Era mi hermano pequeño, pero no lo parecía; su gesto era diferente, más adulto, más fiero, uno capaz de afrontar sin ayuda la situación que estaba viviendo. Y eso, unido al hecho de verle con vida, me ayudó a respirar. Por fin. No obstante, cuando me fijé en su rostro magullado y en su ceja, que estaba sangrando, el

mundo se congeló. Iba a acabar con esta gente… Se arrepentirían de habernos conocido.

—Joder… —susurró Kellan al verle.

—Brenan… —añadió Dani con nostalgia, lo que me llevó a agarrar su mano y acariciarla con dulzura.

Estaba sentado en una silla a la que tenía las manos y las piernas atadas y mientras todos observábamos esa pantalla que nos unía a él durante unos breves minutos, unos tipos entraron en escena. No se les vio la cara en ningún momento; mejor para ellos, porque no quise ni imaginar su final de haber ocurrido lo contrario. Se acercaron a Brenan armados con rifles y me centré en seguir respirando para soportar lo que estaba por venir.

—Saluda a tus hermanos —dijo uno de los tipos, apuntándole con un fusil.

—Kellan… —murmuró Brenan, mirando hacia el objetivo, diciendo más cosas con su mirada que con sus palabras. El vídeo se cortó y empezó una sucesión de imágenes en las que nuestro hermano hablaba mientras le golpeaban—. No les hagáis caso en nada, no hagáis lo que os pidan. Estoy bien. —Puñetazo—. Y una mierda —añadió antes de que le partieran el labio de un golpe y empezara a escupir sangre.

Kellan tensó la mandíbula, apretándola a punto de romperse y yo… no sé cómo soporté aquello. Nunca había podido ver cómo pegaban a mi hermano; es más, jamás lo aguanté, por eso le defendía e interponía mi cuerpo entre el suyo y el de Iago, pero ahora… No podía hacer nada.

—¡¡Joder!! —grité, golpeando el escritorio con el puño.

—Kellan… Connor… —susurró Brenan, derrotado—. No vengáis a buscarme.

Quise apartar la mirada del ordenador, pero no pude. Quería recordarlo todo para hacer que esos tipos pagaran cada vez que habían rozado a mi hermano. Golpes, puñetazos, más golpes con los rifles… hasta que, en la imagen final, Brenan aparecía tirado en el suelo, inconsciente. O eso esperaba, que solo estuviera inconsciente.

—Madre mía… —Lía se tapó la boca con ambas manos, impresionada. Eric la miró y negó con la cabeza, pensando quién

sabe qué, como yo. Porque por mi mente pasaban miles de cosas, pero solo una de ellas se repetía:

Iba a acabar con ellos. Con todos ellos.

—Vámonos. Vámonos de aquí —gruñó Kellan.

—Tranquilo, Kellan. Estará bien —le apoyó Afri.

—¡No me lo puedo creer! —Escuché su voz, sollozando, aunque casi me había olvidado de su presencia; Susana—. ¡Van a matarle! Van a matarle y… ¡¿no queréis ir a la policía?! ¡No me lo puedo creer!

—Marchaos —me dijo Dani—. Afri y yo nos encargaremos de llamar a los chicos, hacer grupos y repartirlos por la zona. Id a buscarle.

Estaba rota, tanto como yo, pero la estreché entre mis brazos con fuerza y noté cómo nos recomponíamos mutuamente. Besé sus labios con dulzura, con un toque rápido, al mismo tiempo que África y Kellan se despedían y Eric se nos adelantaba, haciendo una mueca heroica, como si fuera a salvar el mundo. Aunque, de algún modo, así era. Al menos, el mío.

Al incorporarme, todo empezó a dar vueltas a mi alrededor; solo podía ver a Brenan herido, tumbado inconsciente en el suelo, recibiendo golpes sin parar y las ganas de acabar con todo se hicieron tan intensas que tuve que abandonar el despacho para dejar de pensar.

Sin embargo, lo que me encontré al otro lado de la puerta acabó con ese instinto de kamikaze asesino que me dominaba y con el nudo de mi estómago de un suspiro.

Él. Mi hermano. Brenan.

—Brenan… —dije en un susurro, como si se tratara de un espejismo que mis palabras podrían hacer desaparecer.

Ver a mi hermano ahí de pie, delante de mí, a pocos metros de distancia, me hizo dudar de todo, incluso de mi propio nombre. No sabía si ese vídeo me había afectado tanto que empezaba a ver fantasmas.

—¡Joder! ¡Menos mal! —exclamó Kellan a mis espaldas, corriendo hacia nuestro hermano, alcanzándolo en dos zancadas y abrazándolo con fuerza. Era real.

La reacción de Kellan me sacó de ese estado de petrificación en el que me encontraba. Me costó reaccionar, pero al ver su rostro magullado, el corte de su ceja o una herida que aún sangraba en el brazo, me uní a ese abrazo triple, dejando que mis pulmones se llenaran de aire, por fin, agradeciéndole al universo que trajera a mi hermano de vuelta, sano y salvo, y nos devolviera la calma que tanto necesitábamos. Porque parecía que la pesadilla había acabado, aunque no hubiese hecho nada más que empezar…



Capítulo 18

Naia

No me lo podía creer. Estábamos fuera de aquel infierno. Lo habíamos conseguido. Me sentía igual que la mismísima Rapunzel al poner los pies sobre el césped, por primera vez, fuera de aquella horrible torre en la que vivía retenida. Era un sueño cumplido, una aventura por descubrir y me moría de ganas de que llegara el momento de empezarla.

Llevaba prácticamente cuatro años sin salir del Lux para nada, sin pisar el suelo fuera de aquel terreno ajardinado, pero tampoco podía quejarme. O no quería, más bien. No conocía otra cosa y las amigas que había hecho allí dentro me contaban historias terribles de su pasado; no podía quejarme después de conocer sus historias. Y al estar allí fuera, sin peligro, una vez que despistamos a los hombres de Santana y respiramos aliviados al salir de ese coche que tomamos prestado, me dieron ganas de correr en cualquier dirección, con los brazos en alto y gritándole al viento que era libre. Libre. Porque solo quien ha sido prisionero de la ambición y la maldad humana es capaz de valorar el que es —o debería ser— uno de los grandes privilegios del ser humano: la libertad.

Esa adrenalina que sentía, unida a la felicidad por conseguirlo, me llevó a besar a Brenan. ¡¿A quién quería engañar?! Brenan era un chico guapísimo, alto, con un cuerpo musculado y marcado, señal de que hacía ejercicio, y una sonrisa segura que te prometía el mundo entero. Lo prometió y lo cumplió; eso era lo mejor de todo. Y no solo sentía por él una atracción propia de nuestra edad, sino que desde que le había conocido, nos unió una

conexión y una complicidad distintas, me trató como si fuera alguien importante para él y volvió a por mí después de haber escapado. ¿Cómo no iba a gustarme? Era el chico más especial que había conocido nunca y al tenerle allí, frente a mí, después de todo lo que había hecho por sacarme de aquel horror, no pude contenerme. La plenitud estalló en mi pecho tan de repente que me cortó la respiración y besé sus labios con una necesidad y admiración absolutas porque estaba allí y estaba viva por él. Solo por él.

—Gracias —volví a susurrar sobre su boca, negándome a separarme tras un nuevo beso que inició él—. Muchas gracias, de verdad.

No iba a tener vida suficiente para agradecerle todo lo que había hecho por mí.

—Somos un buen equipo —murmuró sonriente.

—Sí, sí que lo somos.

El tiempo se detuvo en aquellas palabras, mientras nuestros ojos se fundían despertando un cosquilleo intenso que no había sentido jamás.

—¿Nos vamos? —me preguntó con una media sonrisa que me cautivó.

Asentí sin pensar en ello. Cuanto antes nos alejásemos de la zona, mejor; por si a esos tipos se les ocurría hacer una batida y nos encontraban allí, en una zona cercana, como si no tuviéramos nada mejor que hacer en mi primer día de libertad. Primer día de libertad de toda mi vida.

Me subí al coche y me acomodé en el asiento del copiloto antes de que Brenan pisara el acelerador a fondo y se perdiera en la profundidad del bosque en el que estábamos inmersos.

—¿Dónde vamos? —quise saber. Porque estaba segura de que él tendría miles de lugares a los que acudir, pero yo… no.

—A casa.

Ahí estaba de nuevo, esa sonrisa de confianza, seguridad y complicidad extrema que había crecido con el paso de los días, gracias a la dura situación que habíamos vivido juntos. Y sin verlo venir, algo en mi interior se encogió o se hizo inmenso al ver cómo me incluía en sus planes. Y también en su vida. Porque nunca,

jamás, nadie me había tratado así… Ni se habían acordado de mi cumpleaños desde que mi madre desapareció.

—Mi madre… —murmuré en un susurro mientras él conducía, como si le debiera algún tipo de explicación—. Bueno, ya te conté que mi madre se acostó con uno de esos tipos y se quedó embarazada. —Brenan me dedicó una mirada fugaz y asintió; supuse que lo último que imaginaba era que fuese a contarle mi vida en esos instantes—. Creo que desde que ese hombre desapareció, todos los que vivían en el Lux quisieron pagar su odio hacia él conmigo. —Hice una pausa, pensativa—. Si te digo la verdad, estoy segura de que le mataron. Era una de las personas más odiosas que he conocido nunca. Le llamaban el Lince.

—¿Tu padre era el Lince? —Abrió los ojos, sorprendido por la declaración.

—Bueno… No era mi padre.

—Quiero decir… —rectificó, ligeramente avergonzado.

—Sé lo que quieres decir, tranquilo. ¿Le conocías?

—No, yo no, pero mis hermanos sí. Demasiado, por lo visto. —Pensó muy bien sus palabras, con la vista en la carretera—. Nos puso una bomba en el local. Creo que no eran muy buenos amigos —bromeó, intentando hacerme sonreír, aunque no lo logró.

—Yo no tengo nada que ver con él.

—Tranquila, mi padre también dejaba mucho que desear.

—Era un tipo horrible, pero que viviera allí me mantuvo a salvo durante estos años. Nadie me ponía un dedo encima por ser hija de quien era. —Me encogí de hombros como si hasta entonces no hubiera pensado en esa posibilidad—. Me preguntaste por qué no me iba de allí… No me veía capaz; me daba miedo acabar como Nat o como mi madre. No me veía capaz hasta que apareciste tú. —En esa ocasión, la que le sonrió fui yo y él sí me devolvió el mohín, poniendo una mano sobre mi muslo, acariciándome con cariño.

—¿No has salido de ese sitio en toda tu vida?

—Alguna vez sí. Cuando era pequeña, la cosa era distinta, pero en cuanto crecí, las salidas se redujeron. O desaparecieron… Supongo que les daba miedo que hablase.

Volvió a mirarme con un gesto que no supe descifrar, tras un silencio intenso en el que me limité a mirar por la ventana, admirando el paisaje, teñido de oscuridad, que se apreciaba una vez que alcanzamos la autovía.

Estuvimos charlando durante todo el camino; Brenan me habló sobre su infancia, sobre su trabajo, sus amigos y sus hermanos, los pilares fundamentales de su existencia. No pude evitar la sonrisa cargada de añoranza que se esbozó en mi rostro al escuchar cómo hablaba sobre ellos, incluida su reciente hermana. Aunque… suponía que no se podía añorar aquello que no has conocido nunca, eso mismo con lo que soñaba desde que era una niña.

El viaje se me pasó volando entre confesiones, metidos en aquel coche y antes de lo que esperaba, llegamos a O´Beiros. Brenan aparcó en la puerta de un local con una larga fila de personas bien vestidas en la puerta y un rótulo con el nombre Dark Soul sobre ella.

—¿Qué hacemos aquí? —No sé por qué lo pregunté. Imagino que no tenía ganas de fiesta ni de meterme en locales que me recordaran lo vivido, pero en cuanto sus ojos castaños me sonrieron, me tranquilicé.

—Es el club de mis hermanos.

—¿De tus hermanos? Supongo que también será tuyo.

—No. Yo no tengo nada que ver con esto.

Brenan se bajó del coche y al ver que aún dudaba, abrió la puerta del copiloto para que bajara.

—¿Vamos? —Me ofreció su mano, que cogí sin darle más vueltas, y me bajé del vehículo para caminar a su lado. Ni siquiera pensé en lo que podría encontrarme allí dentro; confiaba plenamente en él. Era extraño y difícil de explicar, lo sé, pero lo que habíamos vivido nos había unido de una manera inimaginable. Para siempre.

Al acercarnos a la puerta, todas las miradas se dirigieron hacia nosotros. Supongo que no estaban muy acostumbradas a ver llegar a una chica con un vestido de gala rasgado y deportivas y un

joven con el torso al aire y una herida de bala en el hombro. La verdad es que desentonábamos, mirasen por donde mirasen.

—¡¡Brenan!! —gritó el chico que estaba en la puerta, controlando quién entraba y quién no—. ¡¿Estás bien?! —Corrió hacia nosotros y puso las manos en sus brazos para analizarle de arriba abajo, comprobándolo—. ¿Dónde demonios estabas? ¿Qué ha pasado? Has desatado la locura… Tienes a toda la gente desesperada buscándote.

El pecho se me llenó al escuchar esas palabras porque a él le buscaban su familia y sus amigos, pero yo no tenía a nadie. A nadie. Como si me hubiera leído la mente, Brenan me lanzó una mirada breve, pero intensa, que me removió por dentro.

—Necesitaba unas vacaciones, ya sabes —contestó con un tono bromista para evitar dar la verdadera respuesta.

—Pasa. Pasad —rectificó al mirarme—. Alguien se va a llevar una gran sorpresa.

Hicimos lo que nos pidió y en cuanto cruzamos la puerta del Dark Soul, sus luces moradas y su mobiliario plateado hicieron que me viera inmersa de lleno en aquel mundo.

—Guau… —murmuré, atónita, observando cada rincón que nos rodeaba.

—¿Te gusta? —Brenan me miró con una media sonrisa y asentí—. Sí, supongo que no está mal.

Caminé a su lado y subimos por una amplia escalera que nos dirigía al piso superior, que giraba en torno a un largo pasillo en el que había varias salas privadas cerradas con cortinas oscuras. Al verlo, mi estómago se encogió de repente y el miedo de haber escapado de un mundo horrible para meterme en otro similar me arrolló sin remedio. Creo que Brenan se percató de que empecé a dudar, porque cogió mi mano con dulzura y con un apretón, al que acompañó un guiño de ojo seductor, me guio por el oscuro pasillo.

No habíamos recorrido ni la mitad, cuando varias personas salieron de una habitación y se encontraron con nosotros allí en medio. Por el gesto que pusieron al vernos, supe que conocían a Brenan. Y no tardé en comprobarlo.

Uno de ellos se lanzó a abrazarlo y otro, que tardó un poco más en reaccionar, lo hizo a continuación. A partir de entonces, aquellos minutos se convirtieron en un murmullo incesante de preguntas y exclamaciones de sorpresa y alegría por tenerle de vuelta. Aunque no supe quién dijo qué.

—¡¿Estás bien?!

—¿Dónde estabas? ¡Menos mal!

—¿Qué ha pasado?

—¿Cómo has salido de allí?, ¿te han hecho algo?

Una de las chicas se abrió un hueco entre los hermanos y se agarró al cuerpo de Brenan, abrazándolo con fuerza.

—¡Menudo susto nos has dado! ¿Estás bien? —preguntó, preocupada, sin soltarle.

—Tranquila, hermanita, estoy bien. —Sonrió él, orgulloso.

Miré a mi alrededor, incómoda, porque no sabía qué hacer, si debía presentarme o era mejor que me largara, sin más, pero algo en mi interior me pidió que me quedase.

—¡¡Brenan!! —exclamó otra joven, situada al fondo del grupo, abriéndose paso entre el resto para darle un abrazo—. ¡Dios mío, Brenan! ¿Estás bien? —Sollozó—. Pensaba que… ¡Joder! Pensaba que te habían matado. Después de ver ese vídeo…

La chica miró hacia arriba y se encontró con la mirada desconcertada de Brenan, que puso sus brazos alrededor de ella para devolverle el abrazo.

—¿Qué haces aquí, Su? —cuestionó, tan confundido como asombrado.

—¿Cómo que qué hago aquí? ¡Estaba preocupada por ti! ¡Joder! Creía que… pensaba que… —lloriqueó, pero no terminó la frase; Brenan lo hizo por ella.

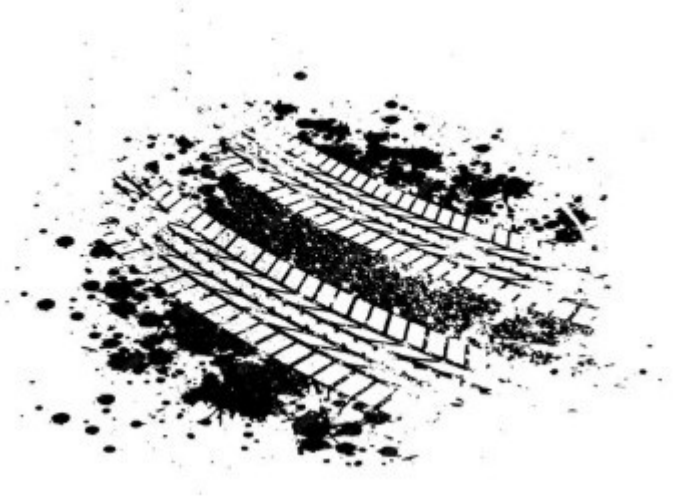
—Estoy bien.

Se miraron un instante a los ojos. Él, confundido; ella, sobresaltada. Y sin pensarlo más, la tal Su estampó sus labios en los de Brenan. Fueron escasos segundos, pero sentí cómo mi corazón se quejó al contemplar aquella imagen.

«¿Qué esperabas?, ¿que un chico como él iba a estar soltero?, ¿que iba a estar esperando a alguien como tú?», me

reprochó mi mente por hacerme demasiadas ilusiones.

Porque sí, había sido demasiado bueno para ser real. La suerte nunca, jamás, había estado de mi parte. Y no iba a empezar a estarlo ahora…



Capítulo 19
Brenan

No podía creerlo; estaba de vuelta, en casa, por fin. Aún no nos había dado tiempo a volver al pazo, pero mi hogar estaba allí, con ellos, estuvieran donde estuvieran. En cuanto Kellan y Connor se lanzaron a abrazarme, y Daniella les siguió, me abordó esa inigualable calidez que solo se siente con la familia y todo lo demás pasó a un segundo plano, casi inexistente.

El beso de Su me pilló por sorpresa y no supe reaccionar. Pero… ¿qué quería? No me lo esperaba; ni siquiera habría imaginado que ella estaría allí, preocupada por mí. ¿Qué había cambiado en mi ausencia? Porque, para mí, todo era diferente; ahora veía la vida con otros ojos, unos muy distintos capaces de aceptar, y afrontar, toda esa oscuridad que antes se difuminaba a mi alrededor, pero… ¿qué había cambiado para Susana? Estaba desconcertado, tan sobrepasado por el recibimiento que, durante unos minutos, me olvidé de Naia. Y es que lo que sentí en esos instantes solo era comparable a la vuelta de Kellan a casa después de pasar tres largos años en aquel internado; el verdadero reencuentro con lo único que necesitábamos para estar bien.

Tenía la cabeza en mil sitios a la vez, intentaba escuchar las preguntas que me hacían, pero cientos de pensamientos se acumulaban en mi interior.

África y Lía me abrazaron con fuerza y, entonces, mis ojos se encontraron con esos otros, gamberros, que conocía muy bien.

—¿Qué pasa, tío?, ¿cómo estás? —Axel me dio un golpe en el hombro sano como saludo—. Eres un malqueda, lo sabes, ¿no? —Entrecerré la mirada, confundido—. Todavía podría estar esperándote en el puerto… ¡Me dejaste tirado! Peor que a una bolsa de basura… —dramatizó para hacerme sonreír.

—Bueno, ya sabes, me salieron planes mejores —seguí su broma.

—Vamos al despacho, te dejaré algo de ropa —dijo Kellan antes de fijarse en la herida de mi brazo; creo que, hasta ese momento, ni se había dado cuenta—. ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, tranquilo, es solo un roce.

No sabía si era un roce o un agujero del tamaño de mi puño, ya que no habíamos tenido tiempo de examinarlo con calma, pero no quería preocuparle.

—Vamos.

Mi hermano mayor me animó para que le siguiera, pero me detuve en seco. Ella regresó a mis pensamientos. Naia. Caminé hasta ella, que se encontraba a mis espaldas, a varios metros de distancia, manteniéndose al margen de la escena y cogí su mano con cariño para integrarla en el grupo.

—Chicos, esta es Naia. —La estudiaron a fondo—. Si estoy aquí es gracias a ella.

—Bueno, yo no… —Quiso protestar, pero no le salieron las palabras—. Encantada.

—¿Has salvado a mi hermano? —le preguntó Kellan con una media sonrisa y ella asintió con timidez.

—Nos hemos salvado mutuamente.

Las sonrisas de Kellan y de Connor se ampliaron.

—Entonces, ya eres parte de la familia —sentenció este último, besando sus mejillas con un agradecimiento infinito.

En ese instante, las palabras «ella me salvó la vida» de Kellan, que me dijo cuando le pregunte cómo sabía que África era la persona correcta para él, retumbaron en mi memoria y una sonrisa instantánea se dibujó en mi rostro al mirarla.

—¡Hola, Naia! Yo soy Lía —se presentó la primera, dándole dos besos—. Ven conmigo; tengo algo de ropa en el vestuario. Seguro que te vale. —Tiró de ella, soltándola de mi mano, y me miró con burla—. Tranquilo, te la devolveré sana y salva.

Vi el gesto de disgusto que puso Susana al escuchar aquello, pero no me preocupó en absoluto.

—Vamos —insistió Kellan.

Naia me observó con cierta duda en el rostro, pero asentí para animarla y que fuera con las chicas al piso inferior para cambiarse de ropa. Imagino que no le daba demasiada confianza alejarse de mí para marcharse con tres desconocidas que no estaban muy bien de la cabeza; todo hay que decirlo. Pensé que ese era el motivo… No obstante, a mí me desbordó esa misma sensación: tampoco quería alejarme de ella, pero, simplemente, lo dejé estar y seguí a mis hermanos y a Eric hasta la oficina.

—¡Ey, tío! —exclamó Axel—. Ahora que sé que estás bien, me marcho; tendréis mucho de lo que hablar.

—Vale. Gracias por… estar aquí. —Le abracé, dando dos fuertes palmadas en su espalda.

—Llámame. —Hizo el gesto de un teléfono con los dedos, llevándoselos a la oreja.

—Claro.

—Yo… yo también me voy —murmuró Susana antes de que volviera a emprender mi camino—. Así me acercas a casa. —Miró a Axel—. Me alegro de que hayas vuelto…

Su se acercó a mí, besó mis labios con un toque rápido y ligero y se despidió con un movimiento de cabeza antes de unirse a Axel para encaminarse hacia las escaleras.

—¡Su! —grité cuando nos alejamos, provocando que ambos se giraran por última vez—. Chicos, gracias por venir —repetí.

Ambos hicieron un gesto de pasotismo, como si no les debiera nada, y siguieron su camino.

Entramos en el despacho y mis hermanos volvieron a centrarse en mí por completo.

—¿Quién te ha hecho eso? —Connor señaló mi brazo.

—¿Dónde estabas?, ¿quiénes eran? —preguntó Kellan.

—¿Estás bien? —se interesó Eric—. Cuéntanoslo todo.

—Avisa a los chicos —le pidió mi hermano a este último—. Quiero que Brenan y Naia tengan vigilancia las veinticuatro horas. Los siete días de la semana —insistió Kellan.

—Ahora mismo. —Eric cogió el teléfono para hacer lo que le había pedido.

—Cuéntanos, ¿qué ha pasado?

Nos sentamos en torno a la mesa que presidía la sala y dudé durante unos segundos, recordando todo lo que había ocurrido en los últimos días.

—¿Cuántos días he estado fuera? —cuestioné, confundido.

—¡Casi una semana!

—Joder… —Me froté la frente para intentar aclarar mis ideas —. Allí todos los días eran iguales. Me encerraron en una habitación sin ventanas, así que no podía saber cuánto tiempo pasaba. Fueron varios tipos —dije, de pronto—. Gente que trabajaba con el Lince, supongo —les informé, ahorrándome el detalle de que este era el padre de Naia; no quería que tuvieran una idea preconcebida de ella por ese motivo—. Había varios tipos, todos ellos armados hasta los dientes. Tenían varias chicas encerradas a las que prostituían en un chalé de lujo cerca de Dumbría.

—¿Naia era una de ellas? —se preocupó Eric cuando acabó con el móvil, tras enviar varios mensajes.

—No —contesté sin dar más explicaciones—. Pero pensaban incluirla en el equipo y tuve que sacarla de allí. ¡Tiene dieciocho años! Los ha cumplido hoy…

—¡Joder! Es una cría —murmuró Kellan, tensando cada uno de los músculos de su cuerpo.

—Eran… Eran varios hombres; no supe cuántos. Los únicos nombres que pude escuchar fueron Santana, Darek y un tal Ruso, pero quizá Naia sepa alguno más. Trabajaban con gente de nivel,

personas con mucho dinero —recalqué— que llegaban allí en unos cochazos increíbles para pasar un rato con las chicas.

—¿Darek? —Connor arrugó el gesto, como si ese nombre no le sonará de nada, y Eric y Kellan negaron con la cabeza.

—Santana. Lo sabíamos… —dijo Kellan, pensativo.

—¿Le conocéis? ¿Quién coño es?, ¿qué quiere?

—No tengo ni idea.

—Solo sabemos que trabajaba con el Lince —me informó Connor. Al escuchar ese nombre, sentí un escalofrío. No quería ocultarles a mis hermanos que ese desgraciado era el padre de Naia, pero, al mismo tiempo, solo me salía protegerla—. Estuvo el día del operativo en el Infinity, logró escapar y Daniella le vio reunido con Ramos unas horas antes, pero ambos murieron esa noche, así que no sabíamos dónde buscarte.

—¿Dónde estabas?, ¿sabrías volver? —Kellan se incorporó para acercarse a mí, nervioso.

—Kellan… —dijo Eric con un tono de advertencia.

—No sé si es lo mejor —contesté—. Esa gente es peligrosa, tienen un arsenal de fusiles y explosivos, creo que se dedican al tráfico de armas, y han matado a varias chicas. Son peligrosos, en serio.

—Nosotros también —sentenció Connor con una voz que me impresionó hasta a mí. Le había visto así en muchas ocasiones, sobre todo, cuando nos quedamos solos, siendo dos niños, y quiso protegerme de nuestro padre.

—Hablaremos con los chicos y organizaremos un asalto a ese sitio —pronunció Eric, convencido—. Sacaremos a todas las chicas de allí y acabaremos con ellos, pero no podemos llegar a un lugar desconocido y ponernos a dar tiros sin ton ni son. Tenemos las de perder.

—Tienes razón. —Kellan se dirigió al cuarto de baño para coger el botiquín y sacó una camiseta de uno de los armarios, del *staff* del Dark Soul, para lanzármela—. Reúne a todos, que vengan cuanto antes. No se toca a la familia. Y menos, a la mía…

Me quité el trozo de tela del vestido de Naia que cubría la herida de mi hombro y observé el balazo que tenía en mi piel.

Milagrosamente, era poco más que un rasguño; una herida profunda que había dejado la bala al pasar justo a mi lado, rozando mi piel a la velocidad de un rayo, quemando la zona y llevándose por delante todo lo que tenía a su paso. Era solo un rasguño, comparado con lo que podría haber sido.

Entré al baño para darme una larga y más que merecida ducha y Eric me ayudó a curarme, como si fuera un verdadero especialista en el tema, antes de volver a cubrir la herida y de vestirme con esa camiseta negra con el logo del club en un tono plateado.

—Por cierto, antes de que vuelvan las chicas… —interrumpí a mis hermanos, que ya estaban ideando miles de posibilidades para adentrarse en el Lux cuanto antes—. Naia…

—Os habéis liado —masculló Connor, sin mirarme, dándolo por hecho.

—¡¿Qué?! ¡No! —Bueno, sí, pero eso no era lo que quería decir—. ¿Siempre estás pensando en lo mismo?

—Casi siempre. —Se encogió de hombros, indiferente.

—Lo que quería decir es que Naia no tiene a nadie, ha vivido toda su vida allí encerrada, no tiene familia ni amigos, excepto a esas chicas…

—Las sacaremos de allí. —En esa ocasión, fue Kellan el que habló con firmeza, seguro de ello.

—Voy a pedirle que se quede en el pazo con nosotros. No tiene donde ir.

—¡Claro! ¿Por qué no? —respondió Connor, fanfarrón, y su mirada se dirigió hacia Kellan con cierta complicidad justo cuando ambos esbozaron una media sonrisa.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada. —Connor alzó las palmas de las manos, mostrándose inocente y, entonces, fui yo el que se rio. Porque si había alguien que no fuese inocente nunca era justamente él.

—¿Crees que podrías hacernos un mapa del terreno y del edificio? —Kellan cambió de tema.

—¿Y tú crees que podrías relajarte hasta que organicemos una reunión con todos nuestros hombres? ¡Brenan ya está aquí! —

exclamó Eric, señalándome—. Lo mejor es que hagamos las cosas bien.

—No creo que pueda hacer ningún mapa. Solo he salido de esa habitación esta noche y no he podido ver demasiado, pero Naia podría ayudarte. Eso sí, ella no va a volver allí —impuse como si fuera decisión mía.

Eric resopló y los tres se miraron, preocupados, buscando la mejor forma de actuar.

—El submarino llega en una semana. Quiero que para entonces, tengamos todo esto solucionado —dijo Kellan, aunque más que un comentario, se trató de una orden.

—¿Submarino?, ¿qué submarino? —Arrugué el entrecejo, más confundido que nunca.

¡¿Quién iba a meterse en un puto submarino?!

—Cuanto menos sepas sobre eso, mejor. —Kellan avisó a los demás con la mirada para que no me dieran explicaciones.

—¿No creéis que ya sé demasiado? Han estado a punto de matarme por toda esta mierda.

—Tienes razón, pero tranquilo, la semana que viene le pondremos fin a todo esto. Lo primero es lo primero y para mí, lo sois vosotros. —Nos señaló—. Así que… nos bajamos del barco. Se acabó.

Kellan fue hasta la estantería, cogió una botella y sirvió varias copas sin decir ni una sola palabra más, mientras Connor y Eric le observaban asombrados, como si esperaran cualquier cosa de él; cualquier cosa, excepto aquello. Iban a discutir esa decisión, pude verlo en sus ojos, pero no les dio tiempo; África, Daniella y Naia entraron en el despacho sin llamar a la puerta.

—¿Qué tal?, ¿cómo está el hijo pródigo? —cuestionó Afri con un rostro muy distinto al de nuestro encuentro, unos minutos antes. Por lo visto, al comprobar que estaba bien, todos se habían relajado.

No contesté, ni siquiera presté mucha atención a las palabras que pronunciaron a continuación. Todos mis sentidos estaban puestos en Naia, que me observaba desde la puerta con una sonrisa que no había visto hasta ese momento; una mueca deslumbrante, inigualable a cualquier otra. Ella tampoco se inmutó, me estudió

desde la puerta igual que hice yo, como si tenerla allí delante y comprobar que estaba bien, después de todo lo ocurrido, fuera lo único que necesitaba para seguir respirando, para continuar con vida. Y sin esperarlo, sin verlo venir, ocurrió. Dos corazones que colisionaron y se fundieron en una sola mirada.



Capítulo 20

Naia

No podría explicar lo que sentí cuando puse los pies en el Dark Soul por primera vez. No puedo negar que existió un miedo inicial a que aquel lugar se convirtiera en la misma pesadilla que había vivido hasta ese mismo instante, pero en cuanto me adentré en sus profundidades y conocí a la gente que trabajaba allí dentro, una sensación indescriptible me sacudió por dentro, lo más parecido al significado de hogar que había conocido en toda mi vida.

Cuando llegó el momento de separarme de Brenan para seguir a esas chicas, unas completas desconocidas para mí, me costó decidirme y dudé durante unos segundos, pero parecían agradables y por cómo me miró él, asintiendo para convencerme, supuse que serían de fiar.

—¿Estás bien? —Se interesó la que parecía más risueña; Daniella—. Podemos traerte lo que necesites.

—Estoy bien, gracias. Solo un poco… cansada.

—¿Quieres llamar a alguien? —África sacó un móvil del bolsillo trasero de su pantalón y me lo ofreció.

—No. No… —Creo que vieron en mi rostro que no supe cómo continuar ni cómo explicarles que no tenía nadie a quien llamar.

—Bueno, tranquila. Ven por aquí. —Lía cogió mi mano y me adentró en un amplio vestuario, situado en la planta inferior—. Puedo dejarte unos vaqueros y una camiseta del DS. Estoy segura de que usamos la misma talla. —Nos miró a las dos, una y otra vez, antes de sonreír—. Sí, seguro que te valen.

—Si lo necesitas, puedes darte una ducha —me informó Afri, señalando la zona apropiada para ello, oculta tras una pared de azulejos—. En este armario tienes todas las cosas de aseo necesarias. Coge lo que quieras.

—Gracias. —Volví a sonreír.

Me dejaron mi espacio. No se fueron del vestuario en ningún momento para no dejarme sola, supongo que por seguridad, pero se mantuvieron al margen y se sentaron en uno de los bancos para charlar mientras yo me daba una ducha. Se notaba que se llevaban bien.

Cuando salí de debajo del chorro de agua caliente, ya más relajada, me puse la ropa que me había dado Lía, me até el pelo en una coleta y me miré en uno de los espejos; como me avisó, usábamos la misma talla.

—Gracias… Otra vez.

—¡Te lo dije! ¡Te queda perfecta! —exclamó Lía, animándome.

—¿Quieres algo de beber?, ¿tienes hambre? —Solté una risilla nasal al escuchar la insistencia de Daniella.

—Estoy bien. Me gustaría más descansar, la verdad. Ha sido una noche… intensa.

—Ya me imagino —dijo África, pero ninguna de las tres se atrevió a preguntar nada más y lo agradecí—. Volvamos con los chicos antes de que se metan en más problemas.

Me hicieron sonreír con ese comentario y regresamos al despacho, conversando sobre temas banales en los que intentaron incluirme.

En cuanto cruzamos la puerta de esa oficina, me choqué de lleno con los ojos de Brenan, que me analizaban con un brillo en ellos que no había visto nunca. Perdí hasta la noción del espacio al enterrarme en los tonos ocres y dorados que se mezclaban en su mirada; por eso, no me enteré de que estaban hablando de mí.

—¿Qué opinas, Naia? —me preguntó Brenan, trayéndome de vuelta a la realidad.

—¿Sobre qué?

—Mi hermano Kellan quiere saber si podrías hacerles un croquis del Lux y del jardín. —Según fue pronunciando esas

palabras, mi rostro cambió.

—¿Pensáis ir allí? —cuestioné cuando el miedo se anudó en mi garganta, pero no le dejé que me ganara la batalla; tenía que volver a buscar a todas las chicas. Se lo debía. Kellan asintió y, sin pensar, le contesté—: Podría hacerlo, pero solo si voy con vosotros.

—¡¿Qué?! ¡Ni hablar! —exclamó Brenan, sorprendido—. Ni se te ocurra, Kellan. —Elevó el dedo índice en dirección a este, amenazador.

—Es mejor que no vengas con…

—Tengo que ir —sentencié—. Tengo que sacarlas de allí. Se lo debo.

La imagen del rostro de cada una de las chicas que seguían allí dentro, retenidas, se clavó de una forma dolorosa en mi interior y mi gesto se transformó, cargándose de una pesada losa de culpabilidad acumulada.

—Lo mejor es que te quedes aquí, a salvo. Nosotros las sacaremos de allí. —Me prometió Brenan con la mirada, como tantas veces hizo a través del agujero que nos separó durante días.

—¿Nosotros? —cuestionó Connor, incrédulo—. ¡Ja! ¡Y una mierda!

—No te estoy pidiendo permiso, Connor. Voy a ir. Te guste o no.

—Bueno, ya hablareis de eso más tarde, ¿no creéis? —dijo Daniella para evitar que aquella conversación acabara en palabras mayores.

Las miradas desafiantes que se lanzaron los hermanos me dejaron fuera de juego. La noche estaba siendo interminable y, a esas horas, ya solo quería dejarme caer en cualquier superficie horizontal y descansar. Estaba muerta… Me senté en el sofá, acomodándome y encogiendo las piernas para hacerme un ovillo, y cuando estaba a punto de quedarme dormida, mientras ellos seguían planeando la forma de asaltar el Lux, volvieron a centrarse en mí.

—¿Cuántas chicas hay allí dentro, Naia? —me preguntó Eric, provocando que reaccionara.

—Catorce.

—¿Y vigilancia?, ¿solo en la puerta? —cuestionó, marcando la entrada en un dibujo que debió de hacer Brenan. Asentí, casi en el limbo.

—¿Estás cansada?, ¿quieres que nos vayamos? —Me encogí de hombros, sin saber muy bien a qué se refería.

¿Irnos?, ¿dónde? Lo único que tenía, y lo mejor, para descansar era ese mullido sofá que me absorbía por momentos.

—Estoy agotada.

Todos nos miraron, expectantes, y Kellan acabó con esos segundos de duda.

—Eric, llévalos al pazo. Y no los dejes solos ni un solo segundo. En cuanto vengan los chicos, los mandaré para allá y organizaremos los turnos para que tengáis siempre vigilancia.

—¿Es necesario? —me preocupé.

Realmente, era la única que conocía a esos tipos y sabía de lo que eran capaces, pero siempre imaginé que si alguna vez lograba escapar, tendría una vida muy distinta y sería libre; no una en la que vigilaran cada uno de mis movimientos.

—Es lo mejor —contestó Brenan por ellos—. Si nos encuentran, no creo que nos dejaran escapar de nuevo —comentó, dándome a entender el peor de los finales.

Eric se levantó de su asiento, se dirigió hacia una especie de armario, que estaba en la pared más alejada de la puerta, junto al cuarto de baño, y lo abrió, dejando a la vista una caja fuerte de grandes dimensiones. Introdujo un código en su panel y sacó una pistola, que guardó en su cintura antes de volver con nosotros.

—¿Nos vamos?

Durante todo el camino fui en silencio, sentada en el asiento trasero del coche de Eric, escuchando la conversación que tenían los dos chicos delante de mí; una sobre sus métodos de seguridad, infalibles, y sus resultados, que me llevaron a poner los ojos en blanco en más de una ocasión.

Llegamos hasta una finca, situada a las afueras de O´Beiros, bordeada por un gran muro de piedra, a la que accedimos cuando Eric abrió la puerta de la entrada con un mando. Me incorporé, apoyándome en el respaldo de los asientos delanteros, para no

perderme detalle y alcé los ojos al mismo tiempo que mi boca se abría por la sorpresa.

—¿Esta es vuestra casa? —cuestioné, incrédula.

—Eso creo —respondió Brenan, burlón.

Eric condujo por el camino hasta la parte exterior de un garaje, donde aparcó el coche, y nos bajamos para caminar por el jardín hacia la casa. El edificio era enorme, pero sus alrededores eran increíbles; el césped verde que rodeaba el pazo se extendía hasta donde alcanzaba mi vista y las luces de la piscina, que hacían un precioso juego con las ondas del agua, le proporcionaban un toque mágico al entorno.

—Guau…

Subimos por una enorme escalinata hasta la entrada, pero cuando íbamos a poner un pie en el interior, Eric se nos adelantó.

—Quedaos aquí. Voy a echar un ojo antes.

Sacó el arma de su cintura y se adentró en el pazo.

—¿No crees que estás exagerando? —murmuró Brenan—. Como se despierte Rosa, le va a dar un infarto.

—¿Quién es Rosa?

—La jefa. —Vi en su rostro que bromeaba para hacerme sonreír y lo consiguió—. Rosa es una de las personas que trabajan aquí para ayudarnos con todo esto. Sin ella no… —No terminó la frase. O le interrumpí, más bien.

—¿Cuánta gente vive aquí?

—Emmm… —Pensó—. Kellan y Afri, Dani y Connor, Rosa y Claudio, su marido, y yo. Bueno, y Eric, que está danzando por aquí todo el día, aunque no se quede a dormir —añadió cuando le vio aparecer, provocando que este le mirara con mala cara.

—Podéis entrar; está limpio. Yo me quedaré aquí fuera, haciendo guardia, hasta que vengan Germán y Toño.

—Vale. Gracias, Eric.

—No tienes por qué darlas —contestó con una mueca amable.

Seguí a Brenan hasta una de las puertas, donde se detuvo.

—Puedes dormir aquí. —La abrió para mostrarme la gran habitación que ocultaba. Un lugar cuidado al detalle que

cuadruplicaba en tamaño a esa en la que había vivido siempre—. Tiene cuarto de baño con un montón de cosas de aseo y en el armario hay mantas, por si tienes frío. Mañana le pediré a mi hermana algo de ropa para ti y luego podemos ir de compras, si te apetece.

—Brenan, no… —le corté—. No tienes por qué hacer esto, de verdad. Esto… esto es demasiado.

—¿Hacer qué? —Me guiñó un ojo, gamberro—. No estoy haciendo nada que no te merezcas, Naia. Ahora descansa… Si necesitas algo, mi habitación es la de al lado. Para no perder la costumbre —volvió a bromear, provocando un pellizco en mi corazón al tratarme de esa manera, al hacerme sentir importante como solo él había hecho en toda mi vida.

—Brenan… —Le detuve antes de que se marchara—. Gracias.

—Ahora te dejo una camiseta mía, por si quieres ponértela para dormir. Estarás más cómoda.

Sonrió como despedida y no volvió a decir nada más, ni siquiera cuando me dejó la camiseta que me había prometido. Únicamente, me dedicó una mueca, que escondía un «que descanses» en ella, y le devolví una parecida.

En cuanto salió de la habitación, me dejé caer en la cama, exhausta. Había sido el día más largo de toda mi existencia y estaba deseando ponerle fin. Me quité la ropa como pude, sin levantarme, y me puse la prenda de Brenan, cuyo olor estaba impregnado en ella. Aspiré para olerla antes de tumbarme y dejé que el aroma de su colonia me acompañara en esa cama *king size.* Pensaba que iba a dormirme al instante, pero cambiar mi pequeña cama de ochenta por esa otra, enorme, hizo que me pusiera a dar vueltas de un lado para otro, notando la soledad, que se hizo más que presente aún.

No sé qué me llevó a levantarme, de forma impulsiva, para ir a su cuarto.

—Brenan —susurré desde la puerta, golpeándola con los nudillos antes de entrar—. ¿Puedo…?

Su habitación estaba en la oscuridad más absoluta y no pude ver su rostro, pero levantó el edredón para hacerme un hueco a su lado sin decir nada.

—Esa cama es enorme y no… —Me hice un ovillo, de espaldas a él.

Brenan se acercó a mí y me abrazó por detrás, pegando su torso a mi cuerpo, rodeándome con sus brazos.

—Descansa, Naia… —Fue lo último que escuché antes de caer sumida en un profundo sueño. Un sueño tan deseado como real, que casi podía tocar, y del que siempre me habría negado a despertar.



Capítulo 21

Naia

Los rayos de sol que se colaban tímidamente por las lamas de las persianas me deslumbraron, molestándome y forzándome a abrir los ojos con dificultad. Me los froté para adaptarme a la claridad de la habitación y me costó reconocer dónde me encontraba, ya que nunca había visto ese cuarto antes. Me sobresalté al palpar el colchón y comprobar que Brenan ya no estaba a mi lado y me levanté, perezosa, aunque de un brinco, para estudiar cada fotografía que colgaba de sus paredes, cada uno de los objetos que se encontraban sobre las mesillas y la cómoda. Una vieja cámara de fotos, un reloj, varias imágenes de Brenan con sus amigos, otra con Susana, algunas con sus hermanos, un despertador y poco más. Cogí una de ellas con cuidado, una vieja fotografía de un niño con una mujer; imaginé que eran Brenan y su madre. Pude ver el brillo de su mirada en los ojos de ese niño…

Recordé cómo me había colado en su cama esa noche, cómo me abrazó con cariño hasta que caí rendida. Ni siquiera sabía cuántas horas había dormido, pero, con total seguridad, había sido el mejor sueño de toda mi vida; descansé como si fuera una niña tras una agotadora jornada de juegos sin fin. Recordé cómo me sentí cuando puso sus brazos alrededor de mi cuerpo y me estrechó contra él, haciéndome sentir importante e incluso… ¿querida?

Miré el despertador que había sobre la mesilla y me sorprendí al ver que ya eran las cinco de la tarde. ¡Madre mía! ¡Llevaba casi doce horas durmiendo! Abrí la puerta de la habitación, echando un ojo desde mi posición para comprobar que no hubiera nadie por el

pasillo, y me dirigí hasta el cuarto que Brenan me había asignado. Quería arreglarme o, por lo menos, vestirme antes de salir de allí; aún llevaba su camiseta y me quedaba tan amplia que el cuello de esta se deslizaba por la piel de mi hombro sin poder evitarlo.

Me di una ducha rápida, me puse la ropa que me había dejado Lía y salí de la habitación sin saber dónde ir exactamente. Recorrí el pasillo, echando un vistazo en cada sala, buscando cualquier movimiento o cualquier rostro conocido y me detuve en la cocina, donde vi una mujer cocinando junto a un enorme ventanal.

—Buenos días. Buenas tardes —rectifiqué al darme cuenta de la hora, pero solo quería ser amable.

—Buenas tardes, señorita. Supongo que usted será Naia.

¿Usted?, ¿en serio? Era la primera vez en mi vida que alguien me trataba así y creo que lo vio en mi gesto. Con Brenan ya había tenido muchas primeras veces, aunque creo que nunca me cansaría de ninguna de ellas. Todo era nuevo con él.

—Sí, soy yo —contesté con cierta timidez.

—Encantada, yo soy Rosa. Si necesita cualquier cosa, estoy aquí para ayudarla.

—Gracias.

—Por cierto, Brenan y los demás están en el jardín. La están esperando.

¿Brenan y los demás?, ¿esperándome a mí?

Regresé al pasillo principal y lo atravesé para encaminarme a la entrada, que localicé porque la puerta estaba abierta y la claridad del día iluminaba el interior del pazo. Llegué hasta el porche, desde donde se podía ver la parte delantera del jardín, y lo que vi allí me dejó de piedra. La zona de la piscina estaba decorada con unos farolillos blancos que se alzaban a su alrededor, otorgándole un aspecto idílico; además, había varios globos repartidos por el terreno, en concreto uno de mayor tamaño con el número dieciocho en color dorado, lo que me hizo sospechar que eso… ¿era para mí? Una media sonrisa, tan ilusionada como tímida, se dibujó en mis labios. En la mesa de piedra, situada junto a la piscina, había comida y bebida repartida por toda su superficie y un altavoz con música, colocado junto a la barbacoa, ambientaba la fiesta. Había varias

personas, las mismas que había conocido esa noche, excepto Susana, y lo agradecí, la verdad.

Bajé la escalinata principal hasta el césped, mientras todas las miradas se dirigían hacia mí, y cuando llegué hasta ellos, me vitorearon entre felicitaciones.

—¡Felicidades, Naia! —gritó Daniella, antes de abrazarme.

—Muchísimas felicidades, preciosa —le imitó Connor.

—¡¡Felicidades!!

Fueron pasando por mí uno por uno hasta que llegó el turno de Brenan, cuya mirada se quedó enganchada a la mía durante unos segundos, antes de que diera un paso al frente para estrecharme entre sus brazos con fuerza y susurrar un «felicidades» en el lóbulo de mi oreja que me hizo estremecer.

—¿Qué es todo esto? ¿Por qué…? —titubeé al separarnos, sintiendo cómo mis ojos vibraban, a punto de desbordarse de la emoción—. Gracias.

—Bueno, es tu cumpleaños, habrá que celebrarlo, ¿no?

Fue un día para no olvidar. Por primera vez, sentí que la vida me estaba dando la oportunidad que me merecía, esa familia con la que siempre había soñado y a la que me gustaría pertenecer, esos amigos que están ahí para las buenas, para las celebraciones, pero sobre todo para las malas y esa tranquilidad que llevaba años buscando. La vida en el Lux era horrible, una auténtica pesadilla y cada segundo que permanecías allí dentro, esa sensación de que todo podía acabar en cuestión de segundos te dificultaba la respiración. Porque era cuestión de no actuar como ellos querían o decir la palabra equivocada en el momento menos indicado y se acabó; una bala podía terminar con todo. Así, sin más.

Sin embargo, durante mi cumpleaños conseguí dejar de lado todo lo vivido hasta entonces, excepto cuando veía a varios tipos armados merodeando por la entrada y por los alrededores con la intención de protegernos. Esa imagen no me traía buenos recuerdos, pero jamás había tenido una fiesta sorpresa —ni ningún tipo de celebración—, así que quería disfrutarla al máximo.

Fue una tarde estupenda en la que acabamos en la piscina, con ropa incluida, en medio del jolgorio. Por no hablar de la comida

que Rosa y Claudio habían cocinado con cariño y que estaba de muerte, de las brochetas que Eric hizo en la barbacoa o de los extraños cócteles de colores que Lía y Connor decidieron preparar.

—Ya eres mayor de edad, así que… cuidado con lo que bebes. —Connor me dio una de las copas que había servido—. Y con lo que haces… —Me guiñó un ojo, bromista, haciéndome sonreír.

Eran geniales… Todos. Ellos, unos gamberros y unos seductores rompecorazones de manual y ellas, increíbles, ya que me incluyeron en todas sus conversaciones y planes de aquí al día del juicio final. Consiguieron que me sintiera en casa, por fin, y eso, para mí, era algo inexplicable.

Cuando llegó la hora de abrir el Dark Soul, el grupo empezó a dispersarse por el pazo para prepararse para ir a trabajar.

—¿Quieres que vayamos al club con ellos? Podemos ir o quedarnos aquí, lo que prefieras —me propuso Brenan con cierta precaución.

—No —respondió Kellan por mí—. Lo mejor es que os quedéis aquí hasta que se arreglen las cosas. —Supe a lo que se refería en cuanto lo dijo—. Esta mañana hemos tenido una reunión y mañana asaltaremos el Lux. Necesito que luego nos hagas un mapa con todos los detalles que recuerdes. —Me miró y asentí, conforme, aunque seguía pensando que lo mejor era que fuese con ellos. Así, iríamos sobre seguro.

—Yo me apunto —sentenció Brenan.

—Deberías quedarte aquí con Naia.

Sé que lo dijo por protegerle y Brenan lo percibió igual que yo.

—Creo que ya te he demostrado más que de sobra que sé cuidarme solo, hermano. He conseguido escapar de esa gente una vez. Y volveré a conseguirlo… Con vosotros.

No contestó, se alejó con un «me lo pensaré» escrito en el rostro que dejó sonriendo a Brenan, sintiéndose victorioso.

—¿Tienes sueño? ¿Vemos una peli?

—Nada de sueño.

—¿Qué te apetece ver?

—No lo sé. En el Lux no solíamos ver películas, la verdad —dije, bromeando—. Así que lo que quieras.

Fuimos al salón y nos acomodamos en el sofá, sentándonos uno en cada extremo para estirar las piernas y relajarnos.

—¿Te gusta este tipo de pelis? —me interesé cuando puso una llamada *A todo gas.*

—Me gustan los coches. —Sonreí como respuesta.

Estuvimos viendo la película en silencio, sin decir ni una sola palabra; ya lo hacían nuestros ojos por nosotros, que se cruzaban de forma fugaz después de determinadas escenas, y mantenían una conversación secreta que nosotros no nos atrevíamos a tener.

No sé cómo ocurrió, solo sé que pasó. Uno de esos cruces de miradas se alargó en el tiempo y un ligero hormigueo en mi bajo vientre acabó transformándose en una irresistible tensión que tiraba de mi cuerpo hacia el suyo. Tampoco sé cómo pasamos de cada uno de los extremos del sofá a estar pegados en el centro de este, tan cerca el uno del otro que nos robábamos el oxígeno. Brenan deslizó su mirada hasta mis labios y se mordió los suyos, conteniéndose, aunque no supe por qué lo hizo. Yo quería besarle, me gustaba besarle. Coloqué mis brazos alrededor de su cuello antes de poner mi boca sobre la suya y adueñarme de ella lentamente, muy lentamente, saboreando el momento y dedicándonos ese tiempo que aún no habíamos tenido. Su sabor me creó cierta adicción, su destreza me impresionó, por sus movimientos expertos, y esa seguridad que desprendía con cada roce, con cada respiración, me enloqueció. Tanto como para acabar sentada a horcajadas sobre su cuerpo, buscando el beso perfecto con la intención de hacer desaparecer esa necesidad que me abordaba. Brenan sujetó mi rostro entre sus manos y mordió mi labio inferior con delicadeza, haciendo una pausa para respirar mi propio aire, antes de que el ritmo de los besos aumentara y nuestras lenguas se enredaran sin detenerse, ansiosas.

Escondió su cara en el hueco de mi cuello y en cuanto sentí sus labios rozando mi piel, un intenso escalofrío recorrió mi espalda, lo más parecido a una descarga eléctrica que había sentido en toda mi vida.

No sabía qué estaba haciendo, ni siquiera sabía cómo, ya que era la primera vez que sentía algo así por alguien y estaba dispuesta a ir más allá. A darlo *todo*. Por eso, no dudé; sabía lo que quería, sin más, e iba a por ello.

—Brenan… —susurré sobre su boca—. Yo no… No…

Mis palabras se perdieron en la intensidad del momento y se quedaron atascadas en mi garganta. Quería explicarle que era virgen, pero no sabía cómo decírselo y creo que, una vez más, mis ojos lo hicieron por mí.

Se separó unos centímetros, lo justo para que nuestras frentes siguieran apoyadas la una sobre la otra y me estudió mientras la necesidad y la duda batallaban dentro de él.

—Ven. —Cogió mi mano, incorporándose y levantándome a mí con él—. Tengo algo para ti.

—¿Para mí? —cuestioné confundida.

Hizo una mueca cargada de suficiencia, como si viviera para sorprenderme, y me guio hasta su habitación. Por un momento, deseé que ese *algo,* que tenía para mí, fuera seguir allí tumbados, en su cama, besándonos y rozándonos de todas las formas posibles, pero que abriera el cajón de la cómoda y me entregara una pequeña caja envuelta en papel de regalo, me trajo de vuelta de mis pensamientos.

—¿Y esto?

—Llámame ingenuo, pero creo que en los cumpleaños se hacen regalos.

Apreté los labios, evitando reírme por su respuesta, sintiendo cómo seguían ardiendo por ese beso.

—No tenías por qué hacerlo.

—Lo sé.

Rasgué el papel con cuidado, intentando no romperlo, y cuando me deshice de él, abrí la cajita plateada que ocultaba, mostrando la incredulidad en mi gesto, al mismo tiempo que se cargaba de sorpresa y de ilusión al ver una preciosa pulsera plateada con el símbolo del infinito. No pude evitar que las comisuras de mis labios se curvasen y le abracé con fuerza, emocionada.

—Gracias —murmuré, enterrando mi cara en su torso—. Muchísimas gracias, Brenan.

Me estrechó entre sus brazos con cariño, feliz porque me gustara su regalo, y añadió sobre mi pelo, sin soltarme:

—Hay muchas cosas que no puedo prometerte, Naia, pero quiero que sepas que siempre —recalcó— estaré aquí para ti. Siempre que me necesites…

Elevé la mirada y me encontré con esos ojos castaños que seducían, que paralizaban, abrazaban y desnudaban a partes iguales. En esa ocasión, fue él quien encajó su boca con la mía en un beso corto, pero intenso.

—Lo sé.

No sabía por qué, pero desde el primer instante en el que nuestros ojos conectaron a través de un agujero en la pared, supe que Brenan era una de esas personas que habían llegado a mi vida para quedarse, uno de esos leales, que no fallan, que apuestan y van a por todas. Y no podía estar más feliz por haberle encontrado.

—Es hora de que nos vayamos a dormir —dijo cuando vio el agotamiento manifestándose en mi rostro.

—Sí —contesté decepcionada al imaginarme un final de fiesta muy diferente para esa noche—. Mañana será otro día. —Sonrió—. Muchas gracias por la fiesta, por el regalo, por dejar que me quede en tu casa… Por todo en general.

—Deja de darme las gracias, por favor. No estoy haciendo nada —añadió sin perder esa mueca granuja.

—Vale. —Me encogí de hombros—. Puesss… gracias por no hacer nada.

Nos contagiamos la sonrisa y me lo tomé como una despedida; al menos, durante unos instantes. Regresé a la habitación de al lado, esa que me habían prestado, y me quité la ropa para ponerme la camiseta de Brenan. En cuanto aspiré el olor de la prenda y su aroma se repartió por todo mi organismo, las sensaciones que me habían provocado sus besos regresaron sin esperarlo. Acaricié mis labios, recordando cada segundo que habían estado unidos a los suyos, y dudé durante unos minutos si debía regresar a su cama, aunque finalmente descarté esa opción. Me

tumbé en mi colchón, ese de tamaño extragrande que me sobraba por todos lados, y rodé de lado a lado sintiéndome vacía, sola; mucho más que la noche anterior.

Fue un último segundo de duda, que estuvo ahí, pero no le di importancia; me levanté de un brinco y recorrí los metros que me separaban de su cuarto. Llamé a la puerta, susurrando su nombre, justo como había hecho la noche anterior, y me colé en su cama cuando vi que elevaba el edredón para hacerme un hueco entre sus brazos. Podría decir que se repitieron los mismos pasos que horas atrás, pero no… Esa noche me quedé dormida con una sensación distinta, con ese sentimiento inigualable de pertenecer a un lugar, de tener mi sitio en el mundo; sintiendo su respiración en mi cuello y cómo cada poro de mi piel reaccionaba a su calidez. Una noche distinta que cambiaría mi forma de ver la vida solo unas horas después.



Capítulo 22

Naia

Me desperté sobresaltada y asustada por un fuerte ruido procedente del pasillo y me giré en la cama para despertar a Brenan.

—Brenan… —dije en un susurro casi inaudible que se quedó atascado en mis cuerdas vocales—. Brenan… —Lo intenté de nuevo, sacudiéndole, pero no funcionó.

Un nuevo golpe me pilló totalmente desprevenida y me levanté, desconcertada. Caminé por el pasillo, inmersa en una neblina, somnolienta, y en la más profunda oscuridad hasta la puerta de entrada, que se encontraba ligeramente abierta. Observé el exterior a través de la rendija, pero no vi nada extraño hasta que unos ojos aterradores aparecieron al otro lado y su sola presencia me hizo estremecer. Darek.

—Vaya, vaya… ¿Cómo está la princesa? —Empujó la puerta con una de sus manos ensangrentada—. ¿Qué pensabas?, ¿que lograrías escapar de nosotros?, ¿que con esos mierdas en la puerta conseguiríais estar a salvo? ¡Tú te lo has buscado!

Golpeó mi cuerpo, provocando que mi espalda chocara con la pared y cayera al suelo del impulso.

—Conmigo las cosas no se hacen así. Y mucho menos, se quedan a medias. —Fue pronunciar esas palabras y el Ruso entró en el pazo con una media sonrisa que no pude olvidar. Había estado con él en aquella habitación solo unos minutos, hasta que Brenan apareció para sacarnos de allí, pero fueron los suficientes como para

conocer sus intenciones y saber que había vuelto para cumplirlas—. ¿Verdad, jefe?

—Estaba deseando volver a verte, pequeña. —Me acarició con una mirada cargada de lujuria—. Tiene razón Darek; eso no se hace. Me dejaste con la miel en los labios…

La angustia se adueñó de mi estómago cuando presentí mi final y solo una imagen me sacó de aquel estado de parálisis. Eric.

—¡Soltadla! —gritó con su pistola al frente—. ¡Soltadla! ¡Ya!

Pero no le dio tiempo a actuar. Darek, que fue más rápido que él, apretó el gatillo y la bala se hundió en su frente, provocando que Eric cayera al suelo al instante, inerte.

—¡¡Nooo!! —grité, cubriendo mi boca con la mano, cuando mis ojos empezaron a desbordarse de lágrimas—. Nooo… —ahogué un chillido.

Eric no se merecía ese final. No por mí.

—Tranquila, preciosa… Esto es solo el principio. Vamos a ver qué hace tu amigo. —Darek tiró de mí, obligándome a levantarme, y me puso delante de él, empujándome con una de sus manos y poniendo el cañón de su pistola en mi cabeza con la otra.

Me negaba a andar, pero mis pies lo hicieron por mí al temer que esa bala tuviera mi nombre, al igual que había ocurrido con Eric, y cuando entramos en la habitación de Brenan, otros dos tipos le estaban apuntando mientras él seguía durmiendo, ajeno a todo lo que estaba ocurriendo.

Quería chillar, gritarle para que se despertara y saliera corriendo de allí o quitarle la pistola a Darek y acabar con todos antes de que ese grito saliera de mi garganta, pero no podía articular palabra, no podía moverme. Estaba paralizada, totalmente inmóvil por el pánico.

—Espero que vuestra huida haya merecido la pena —susurró con una sonrisa maligna—. Ahora aprenderás que hay juegos de mayores en los que es mejor no meterse.

No fue lo que dijo, sino cómo lo hizo. Esas palabras provocaron que cada poro de mi piel se erizara y el miedo doblara mi estómago por la mitad antes de que esos dos tipos, que

custodiaban la habitación de Brenan, dispararan una ráfaga de balas y el edredón blanco se cubriera de sangre.

—¡¡Nooo!! ¡¡No, por favor!!

Me dejé caer al suelo, derrotada, desconsolada, abatida, sintiendo cómo el dolor se agarraba a mi pecho y me hacía hundirme en la más temible de las tinieblas.

...

—Naia… —Sacudieron mi cuerpo con fuerza para hacerme reaccionar—. Naia, despierta, vamos…

Abrí los ojos, sintiendo cómo la congoja se apropiaba de cada centímetro de mi cuerpo y cómo mi mirada se nublaba por momentos al encontrarme a Brenan frente a mí, observándome asustado. Vivo.

—Estoy aquí. —Me estrechó entre sus brazos—. Estoy aquí. Solo ha sido una pesadilla.

Mis ojos amenazaron con lágrimas, pero intenté calmarlos abrazándome a él, escondiendo mi rostro en su torso para darme cuenta de que estaba ahí, de que estaba bien. Mi respiración seguía tan agitada como mis latidos y por unos segundos, dudé que me fuera a dar un infarto. Nunca en mi vida me había sentido así.

Elevé la mirada para encontrarme con la suya, preocupada, justo cuando varias lágrimas rebeldes resbalaron por mis mejillas. Brenan sostuvo mi rostro entre sus manos para limpiar el sendero húmedo con sus pulgares.

—Tranquila…

Una sensación extraña me arrolló cuando vi cómo esa angustia que me atormentaba se reflejaba en su mirada, al preocuparse por mí, y aproveché ese momento de conexión para encajar nuestras bocas con una necesidad que me superaba. Me aferré a él con fuerza, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba al no esperar esa reacción, ese beso y menos aún, esa necesidad imperiosa que se adueñó de mi forma de actuar.

Su respiración se aceleró, como la mía, y disfruté al máximo del simple hecho de que nuestras lenguas se enredaran sin control y dispararan el calor abrasador de nuestros cuerpos. Porque no solo

necesitaba saber que estaba vivo y saber que estábamos bien. Le necesitaba a él, en todos los sentidos.

—Naia… —dijo con un tono de súplica que me encendió. Más aún.

Vi el ejercicio de contención tan brutal que hizo durante unos instantes, unos breves segundos antes de que sus manos se deslizaran por debajo de la camiseta que me había prestado y se encontraran con la suavidad de mi piel, que estaba ansiosa por recibirle. Mi cuerpo percibió un intenso latigazo con ese primer contacto, con ese roce castigador que puso en alerta cada una de mis terminaciones nerviosas.

Su lengua rozaba la mía con una experiencia que me hizo temblar de anticipación. Porque puede que yo fuera una novata en esos aspectos, pero me moría de ganas de aprender con él. De aprenderlo *todo.*

Su mano descendió con decisión hasta mi muslo, quedándose a escasos centímetros de mi ropa interior, provocando que ese deseo latiera en mi entrepierna y un jadeo ahogado se escapara entre nuestros labios.

—Naia… —murmuró como un ruego.

Vi cómo trató de contenerse, otra vez, pero sus labios iban por libre y no dejaban de besarme; es más, se hizo con el control de la situación y profundizó el beso con un dominio brutal. Su mano se detuvo antes de llegar a su objetivo y puse la mía sobre ella para dirigirle hacia donde más le necesitaba.

—Por favor, Brenan. —El quejido que solté se perdió en sus labios—. Te necesito…

Tal vez, me aproveché de ese «estaré aquí para ti, siempre que me necesites», de esa promesa que acababa de hacerme, pero la necesidad era real; pude sentirla. Vi un halo de duda en sus ojos, que duró solo unos segundos, justo antes de que nuestros labios chocaran con pasión y se buscaran tanto como nosotros, negándose a dejar de compartir su sabor.

Pude notar los nervios rebotando en cada latido estremecedor de mi desbocado corazón cuando su mano acarició con una lentitud tortuosa mi deseo, con un roce suave que podría hacerme

enloquecer. Mi boca se abrió en un gemido mudo que atrapó en un beso y se convirtió en pura pasión.

—Brenan… —susurré con cierta timidez.

Me dedicó una media sonrisa, tan pícara como tranquilizadora, acarició mi rostro con su otra mano y la dejó ahí, enredando sus dedos en mi pelo mientras el beso se volvía más demandante.

Perdí la noción del tiempo entre sus besos y caricias sin hacer otra cosa más que rozarnos con una pasión desmedida. Nunca había conocido nada tan intenso, nunca había sentido nada tan especial. Justo lo que era Brenan… Intenso y especial a partes iguales.

Había pensado en ese momento en miles de ocasiones y siempre me dio cierto temor, pero en aquellos instantes, miedo era lo que menos sentía. Brenan se esforzó tanto por hacerlo especial que sería imposible intimidarse con alguien como él. No dejó de acariciarme ni de besarme; es más, no se separó de mí ni un solo segundo.

Llevó las manos hasta mi espalda y las deslizó, con una leve caricia, casi sin tocarme, hacia mis pechos, provocando que mi piel se erizara con su tacto. Brenan me sentó a horcajadas sobre él, con un impulso, y arrastró mi camiseta sobre mi cabeza para deshacerse de ella, dejándome casi desnuda, únicamente con el tanga. Observó mis pechos con deseo y dibujó un sendero de besos sobre ellos, provocando que arqueara la espalda para sentirle lo más cerca posible cuando una tensión dolorosa se centró en mi bajo vientre.

Con un movimiento rápido, Brenan me bajó de su cuerpo y me tumbó en la cama, dejándome totalmente expuesta. Se deshizo de su camiseta y de sus calzoncillos, la ropa con la que dormía, con total seguridad, y regresó a mi lado para calmarme. Las caricias regresaron y con ellas, los besos, que se hicieron más intensos, más profundos, si es que era posible.

Cogió un preservativo del cajón de la mesilla y rasgó su envoltorio con los dientes, provocando que un temblor repleto de nervios se adueñara de mi cuerpo. Se colocó el preservativo con una facilidad asombrosa y volvió a su posición para acariciarme con

devoción, deslizando sus dedos por mi pecho, por mi ombligo, por el interior de mis muslos hasta llegar a mi deseo.

Brenan se incorporó sobre mí y nuestros ojos conectaron durante unos segundos; vi cómo esperaba una respuesta, una confirmación que no tardó en llegar en forma de un beso lento y profundo que podría haberme deshecho entre sus brazos.

Sentí cómo sus músculos se tensaron sobre mí y cerré los ojos con fuerza, ocultando mi rostro en su cuello, cuando se hundió en mi interior por primera vez. No se movió e incluso pude notar cómo aguantó la respiración, capturando mi gesto, intentando estudiar mi reacción.

—¿Estás bien? —se preocupó con una mirada desbordante de brillo que no había visto hasta entonces.

—Sí… —murmuré, esperando que mi cuerpo se adaptara al suyo, aunque parecíamos encajar a la perfección.

Brenan dejó caer su peso en uno de sus brazos y utilizó la mano libre para acariciar mi rostro, tranquilizándome, mientras sus ojos les pedían a los míos que no perdieran esa conexión en ningún momento.

Mantuvo el ritmo durante las primeras embestidas, hasta que la presión que sentía en mi interior se desvaneció, y su pecho retumbó al soltar un gemido ronco que se deshizo en mis labios. Sus movimientos se aligeraron, haciéndose más profundos, provocando que sintiera el efecto de cada vaivén en forma de una descarga eléctrica que me recorría de arriba abajo y que me obligó a arquear las caderas para buscar más contacto, más profundidad. Aumentó la velocidad de las acometidas sin dejar de acariciarme, sin abandonar mi mirada, hasta que esa pasión desbordante nos superó y el primer orgasmo de mi vida me sacudió como un huracán que arrasó con todo a su alrededor, provocando que cayera desmadejada sobre ese colchón gigante al que ahora le sobraban todos sus metros.

Brenan se tumbó a mi lado sin dejar de deslizar las yemas de sus dedos por mi piel, sin parar de besarme, mientras intentábamos recuperar el estado natural de nuestros cuerpos, cuyos corazones seguían tronando en esa habitación y cuyas respiraciones aún continuaban agitadas.

No dijimos nada; supuse que no nos atrevimos para no estropear ese instante o que sobraban las palabras, al fin y al cabo. Simplemente, permanecimos así, en silencio, abrazándonos como si todo lo que necesitásemos estuviese allí, en esos metros cuadrados, en esos brazos que se agarraban a los sueños, en esas miradas que aún brillaban de ilusión y de pasión. No pronunciamos ni una sola palabra porque no hacía falta, lo teníamos *todo;* esas primeras veces con las que tanto había fantaseado, esa primera vez que ya habíamos convertido en eterna. En infinita… como esa pulsera.



Capítulo 23

Eric

Después de todo lo que había ocurrido durante los últimos meses, no sabía cómo aún era capaz de creer que las cosas no podían ir a peor. Siempre, *siempre* podían empeorar. Y solo me hicieron falta dos días para comprobarlo y ser consciente de ello.

Todo empezó en el cumpleaños de Naia. Brenan se empeñó en hacerle una fiesta sorpresa, con la que teníamos liada… Pero no le costó demasiado convencernos cuando nos comentó que nunca había celebrado su cumpleaños y nos recordó la vida horrible que le había tocado. Éramos unos blandos y aunque parecía que no teníamos corazón, ahí dentro había algo que latía. ¡¿Qué demonios?! Además, la chica era un encanto y solo tenía dieciocho años; ¡casi podría ser mi hija! Un sentimiento amargo me inundó al pensarlo, al imaginar que un hijo mío tuviera que pasar por lo que ella había tenido que vivir. Y no pude decir que no.

Esa misma mañana habíamos tenido una reunión con todo el equipo. La idea era sencilla: íbamos a asaltar el Lux en tal solo veinticuatro horas. Pensábamos disparar a todo lo que se moviera, sin presiones, sin amenazas; acabar con esos tipos de un disparo y liberar a las chicas.

Brenan nos hizo un mapa sencillo de lo que recordaba del chalé, croquis que íbamos a comprobar con Naia más tarde, y analizamos las posibles entradas, cada una de las vías de escape, los puntos fuertes y débiles de ese operativo que nos iba a llevar directos a la tumba.

Puede que ese fuera el verdadero motivo por el que esa mañana, tras la reunión, conduje hasta mi antigua casa, esa en la que aún vivía mi madre. Quería verla, lo necesitaba, por si no volvía a hacerlo nunca. Mi viejo hogar, ese en el que crecí, consistía en un edificio de una sola planta con un pequeño y cuidado jardín, con decenas de plantas, junto a un huerto. Aparqué el coche en la calle de enfrente, en la esquina, y desde allí, a varios metros de distancia, la observé. Siempre sin acercarme… No demasiado. Debía seguir manteniendo las distancias para no ponerla en peligro.

Me apoyé en el volante y estudié cada uno de sus movimientos, cómo su melena castaña, con algún mechón blanquecino, por la edad, caía sobre su rostro y ella lo apartaba, colocándolo detrás de su oreja; cómo regaba cada una de las plantas con un mimo extremo, como hacía siempre; cómo miraba al vacío, perdida en sus pensamientos. La imaginé buscando un motivo, miles de explicaciones para mi ausencia que se traducían en una simple razón: era mejor así.

Vacié mis pulmones de aire, tratando de deshacerme, también, de ese sentimiento de culpa que me abordaba cada vez que le hacía una visita exprés como aquella y conduje hacia el pazo a toda velocidad, intentando quemar los recuerdos pisando a fondo el acelerador.

Al adentrarme en el jardín, aparqué el coche frente al garaje, en la explanada donde solíamos estacionar a menudo, me dirigí hacia la zona de la piscina, donde estaban todos reunidos, excepto la protagonista que, por lo visto, aún no se había despertado.

Ayudé a inflar globos, repartiéndolos por los alrededores, y me puse mano a mano con Connor a los mandos de la barbacoa.

—¿Qué pasa, jefe?, ¿necesitas ayuda? —le pregunté cuando me puse a su lado, dándole un golpe en el hombro como saludo.

—¿Ayuda? —cuestionó fanfarrón—. ¿Sabes que soy el rey de las barbacoas?

—Eso he oído, sí —le di la razón—. Aunque, sinceramente, aún no lo he visto. ¿La última vez creo que cenamos carbón? —me cachondeé, haciendo que entrecerrara la mirada para escrutarme.

—Y hoy vas a repetir —sentenció chulito—. ¿Qué?, ¿preparado para lo de mañana? —me preguntó tras unos segundos de silencio, buscando conversación.

—¿Para lanzarnos de cabeza en una misión suicida? —El sarcasmo se hizo más que evidente en mi tono de voz—. ¡Siempre!

Me dedicó una mueca cargada de complicidad como respuesta.

—Sujeta esto. —Me dio las pinzas de la barbacoa para que me encargara—. Voy a por las verduras. ¡Que no se te quemen las brochetas! —gritó cuando se alejó lo suficiente.

Le devolví el mohín, que él me había dedicado unos segundos atrás, y cuando iba a regresar a mi posición, mi mirada se cruzó con la de Lía a medio camino. Fue fugaz, pero duró lo necesario para que esa electricidad que me transmitía me recorriera de extremo a extremo. No pude evitarlo; me giré una vez más para buscarla en el grupo y cuando la localicé, me observó arrugando el gesto, como si no supiera a qué se debía el interés. Quería mantenerme alejado de ella, sí, pero saber que estaba allí, cerca, me transmitía la seguridad que necesitaba para seguir respirando. Solo eso… Seguir respirando gracias a ella.

—¿Qué? —cuestionaron a mis espaldas, pillándome desprevenido—. ¿Por qué no os dejáis ya de jueguecitos y habláis en serio de una vez?

Daniella me estudió a fondo, como si fuera un libro abierto que pudiera descifrar.

—No sé de qué me estás hablando, pequeña delincuente.

—Lía me lo ha contado todo. —Puso sus brazos en jarras con una posición que quiso resultar intimidatoria, pero que me habría sacado una sonrisa si no fuera por ese tema de conversación.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es lo que te ha contado exactamente?

—Que estabais juntos y la dejaste sin más, sin ninguna explicación.

—Perdóname, pero no sabía que follar con alguien significara tener una relación que mereciese explicaciones… —Puso los ojos en blanco al escucharme; me sentía el capullo número uno.

—No hace falta que te comportes como un gilipollas conmigo —murmuró con retintín—. Para mí, siempre lo eres, pero no sé por qué actúas así con ella, de verdad.

—No actúo de ninguna manera, pero no hay ninguna diferencia entre ella y el resto.

—¿A quién intentas convencer?, ¿a ti o a mí? ¿No te das cuenta de cómo la miras?

—¿Cómo la miro? —Arqueé una ceja, esperando que me sorprendiera.

—Como si fuera todo tu mundo.

—Ya…

—Por eso te digo que sí veo cierta diferencia con los demás. Es más, no solo veo diferencia en cómo la miras, sino también en cómo tu cuerpo se tensa cuando está cerca de ti o en cómo los celos te superan cuando algún chico anda cerca.

Alcé las cejas, escéptico.

—¿Celos?, ¿yo? No sabes lo que dices.

—Lo que tú digas, Eric, pero… ¿sabes? Algún día, y no tardando, te arrepentirás del tiempo perdido con ella. O, lo que es aún peor, cuando encuentre a alguien, te darás cuenta de que no habría estado con nadie mejor que contigo. Ella lo sabe.

Sus palabras se clavaron como una dolorosa daga ardiendo en mi interior.

—Lo que tú digas —la imité.

—Es que… —dudó— pensaba que habíamos dado un paso adelante contigo. Siempre estás aquí, dando la vida por todos nosotros… —dijo con un tono heroico—. Y a Lía eres capaz de darle la espalda a la mínima de cambio, aunque te necesite.

Fue su forma de pronunciarlo la que me hizo reaccionar. ¿Dándole la espalda cuando me necesitaba?, ¿yo? Vacié mis

pulmones de aire en un suspiro como respuesta y creo que le dio la contestación que esperaba.

—Sé que no es típico de ti y me imagino que habrá un motivo detrás de tu forma de actuar, pero… No sé si ese motivo tendrá el suficiente peso como para vivir alejado de la persona a la que quieres. No lo creo.

Maldita delincuente. Se marchó como había llegado, sin que apenas me diera cuenta, pero me dejó allí reflexionando sobre su monólogo y cuando me giré para observar a Lía, dudando si de verdad la estaba cagando tanto como decía Daniella, la vi con ese moscardón acechándola de cerca. ¡¿Qué cojones hacía ese tipo allí?! Axel. Parecía que se había incrustado en el grupo y no nos lo quitábamos de encima ni con agua caliente. Sobre todo, ella.

Vi cómo le dijo algo al oído y ella le respondió con esa mueca que me volvía loco, justo antes de que nuestras miradas se cruzaran y viera los celos ardiendo en mis ojos. Porque sí, estaba celoso y, además, no me gustaba ese chico para ella. No me gustaba ningún hombre para ella, pero Lía era especial y cualquiera lo vería nada más conocerla.

Me giré para evitar seguir mirando a esos dos justo cuando volvía Connor y la cumpleañera hizo acto de presencia. A partir de entonces, todo giró en torno a Naia; su sonrisa, orgullosa y feliz, nos demostró que la fiesta había merecido la pena solo por eso, por verla sonreír.

La tarde fue genial y lo pasamos bien, aunque habría sido mejor si ese tipo no hubiera venido. Entendía que Axel fuera amigo de Brenan y que tras su desaparición, le tuviéramos rondando constantemente por allí, pero lo que no podía soportar era su relación con Lía, que empeoró cuando cruzamos las puertas del DS.

Al llegar al club, nos reunimos con parte de nuestros hombres en el despacho. Naia nos había dibujado y explicado un croquis con los puntos clave del Lux, así como la localización exacta de las armas y las habitaciones de sus líderes; queríamos darle una última vuelta al asunto para que saliera todo rodado y no hubiera fallos, por lo que nos centramos en repartirnos las zonas y, sobre todo, en estudiar las vías de entrada de cada uno.

—Tiene que salir bien —se convenció Kellan—. Acabaremos con esos desgraciados y cuando recibamos la carga del submarino, nos despediremos de todo esto.

—¿Qué quieres decir? —me interesé.

—Que se acabó. Nunca debería haber entrado en el juego de Iago; me apostaría un brazo a que esto es justo lo que quería, ver a sus hijos sufriendo, después de su muerte, por sus negocios de mierda.

—¿Se acabó? —cuestionó Connor—. Creo que esto es cosa de los tres, ¿no?

—No, no lo es. La primera regla de este mundo es que no se toca a la familia y esa gente se ha pasado los límites por el forro. Primero ha sido Brenan y no voy a esperar aquí sentado para ver quién es el siguiente y que no pueda escapar. Lo siento, pero no. En cuanto terminemos con lo que tenemos en marcha, se acabó; lo dejamos.

—Pero…

—Si pudiera dar marcha atrás, lo haría ahora mismo, pero ese submarino está en medio del Atlántico, a punto de llegar a nuestras costas. Y esos hijos de puta van a pagar por haberle puesto un dedo encima a Brenan.

—Bueno, ya hablaremos sobre eso. —Me levanté de repente —. Voy a por unas cuantas botellas de agua, que la noche va a ser larga.

No sé por qué bajé a esa barra en concreto, pero lo hice. Bueno… ¡¿qué demonios?! ¡Claro que lo sabía! Pero nunca lo reconocería. Al menos, no en voz alta. Me planté allí, cruzado de brazos, esperando a que Lía terminara de atender a un grupo de actores, cuando alguien me dio un manotazo en la espalda para hacerme reaccionar.

—¿Qué pasa, tío? ¿Cómo vas? —me saludó Axel con amabilidad, aunque cuando puso su brazo en mi hombro noté cierta exaltación de la amistad. No sabía cuántas copas llevaba, pero durante la fiesta de Naia ya se había bebido varios cócteles.

—Ey —contesté, tratando de ser amable.

—¿Cómo va la noche?

—Entretenida, ¿y la tuya? ¿Os están tratando bien?

—¡Como reyes! —exclamó, emocionado—. ¡Rubia! —Elevó la voz en dirección a Lía, que le sonrió, coqueta—. ¡Rubia, ponme otra ronda, por favor!

Ella se acercó a nosotros en cuanto terminó con el otro grupo y apoyó sus codos en la barra, dedicándonos toda su atención.

—¿Qué quieren estos chicos?

—Sabes de sobra lo que quiero, preciosa —murmuró Axel con un tono que no me gustó ni un pelo—. Otra ronda.

—Otra ronda para el rompecorazones. —Le sonrió con complicidad—. ¿Y tú?, ¿qué quieres? —me preguntó sin mirarme. Supe que estaba hablando conmigo por el tono con el que lo dijo.

—Cinco botellas de agua. Frías. Y de las grandes —contesté, seco.

—¿Rompecorazones, yo? —Axel se acercó a ella. Demasiado. Agradecí que les separara la barra—. Sabes que no es así, rubia, pero si quieres, podemos ir a un reservado para que te demuestre cómo soy de verdad.

Me habría encantado poner los ojos en blanco por su comentario o soltar un «¡venga ya!» por sus métodos de conquista, pero mi mandíbula se apretó, de forma automática, mis músculos se tensaron y mi mirada se entrecerró, amenazante.

—Estoy trabajando, pero cuando termine, podemos valorar esa propuesta a fondo… —murmuró, acercándose más aún, dedicándome una mirada fugaz.

Lo habría mandado todo a la mierda y le habría sacado de allí a golpes, pero se suponía que yo era el que debía mantener la calma y la seguridad en el local, así que intenté controlarme, pero en cuanto Lía se giró para servir las bebidas, me centré en el amigo de Brenan.

—Tú —pronuncié con dureza—. Lía está trabajando, así que deja tus gilipolleces para otro momento, ¿entendido?

—¡Eh, Eric! Relájate; estamos de fiesta.

—No, no estamos de fiesta. Estamos trabajando —le repetí, como si esa fuera la mejor excusa que encontré—. Relájate tú y vete a dar una vuelta lejos de aquí y de la rubia —repetí esa última

palabra con su mismo tono—, si no quieres ver mi puño tatuado en tu cara.

No pude contenerme; era superior a mí. Como ya me advirtió Daniella. Y llevaba toda la tarde aguantando sus gilipolleces; había llegado a mi límite. Sin embargo, no contaba con que Lía ya se encontrara frente a nosotros con las copas de Axel y nuestras botellas.

—Muchas gracias, preciosa. Luego nos vemos —se despidió él, moviendo las cejas, señalando en mi dirección, como si yo fuera el verdadero motivo por el que se marchaba y Lía apretó los labios para no ponerse a insultarme allí mismo. Lo vi en sus ojos.

—¿Qué coño haces, Eric?

—No, ¿qué coño estás haciendo tú?

—¡¿Yo?! ¡Atender a los clientes! ¿No me ves?

—¿Y desde cuándo entras tú en el catálogo de lo que pueden pedir? —cuestioné con dureza, provocando que el odio que desprendía hacia mí me atravesara.

—Vete a la mierda, Eric —prorrumpió—. No te creas que puedes decidir con quien me acuesto o dejo de acostarme. Desde que me dejaste tirada, no puedes opinar al respecto.

—No es cuestión de opinar, es que no pienso dejar que te hagan daño y menos aún, un tipo como Axel.

—¿Y qué tipo se supone que es Axel?

—¿Un baboso de mierda? —susurré con retintín, como si fuera algo evidente.

—Tranquilo, que no me va a hacer daño; de eso ya te encargaste tú solito. Y lo sigues haciendo. A menudo.

Se giró para dejarme con la palabra en la boca, pero agarré su brazo por encima de la barra para detenerla.

—Sé que fui un gilipollas, Lía. Y que lo soy a menudo —añadí, repitiendo lo que acababa de decir—. Pero… ¡te mereces algo mejor que ese tío! —Elevé la voz y las palmas de las manos, como si esa fuera la única razón—. ¿No podemos hablar como personas adultas y tener una relación normal, como con el resto del equipo?

—¿Una relación?, ¿tú y yo? —Rio de forma exagerada—. ¡Antes tendría que alcanzarme un rayo!

Se soltó de mi agarre para alejarse hacia las estanterías.

—Perfecto, entonces. A mí ya me ha alcanzado. —Señalé el collar que colgaba de su cuello y le guiñé el ojo, tratando de izar la bandera blanca.

No quería darle la razón a Daniella ni ser un gilipollas que trataba bien a todo el mundo, excepto a Lía. Y supuse que era lo mejor, esa tregua en medio de la batalla; firmar la paz de algún modo. Lo que no sabía aún era que la verdadera guerra, esa que acabaría con nosotros y nos destrozaría, en todos los sentidos, estaba a punto de estallar.



Capítulo 24

Eric

Fue una noche intensa, tanto como para verme inmerso en una espiral de autodestrucción cada vez que nuestras miradas se cruzaban en la distancia. Porque los ojos nunca mienten y los suyos… me provocaban desde lejos, mientras los míos le rogaban que parase de hacerlo. Y lo peor de todo no era eso, sino tener que luchar conmigo mismo para no arrinconarla en el pasillo de los trabajadores y arrasar con su boca como deseaba. Las palabras de Daniella me habían tocado la fibra, al fin y al cabo, pero las de Brenan me habían descolocado.

El pequeño de los Ulloa me pilló por sorpresa esa misma tarde, después de la fiesta de Naia. Me colé en el despacho de Iago para comprobar las cuentas del último mes en el ordenador, ya que me habían avisado de que el hotel nuevo estaba dando tantos beneficios como esperábamos. Me puse las gafas de luz azul, que solía usar para trabajar en la oficina, y me coloqué tras la pantalla para analizar la cuenta de resultados, pero Brenan no tardó en aparecer.

—No creía que fueras un intelectual —murmuró con cachondeo.

—¿Qué quieres Brenan? —No aparté la vista del ordenador.

—Saber qué coño te pasa con Axel. Es mi amigo.

—¿Qué dices? —Me hice el loco—. A mí no me pasa nada con él. Con él ni con nadie —añadí, dejando las cosas claras.

—Ah, ¿no? ¿Sueles dedicarles a todos esas miradas asesinas? Porque le miras como si le estuvieras perdonando la vida.

Y así era. Alcé las cejas, incrédulo, y me tragué un suspiro.

—Es parte de mi encanto. ¿Quieres un poco?

—No, gracias. Creo que podré sobrevivir sin él —añadió con un gesto que me desveló que sabía que estaba esquivando la conversación. Por eso, contestó como lo hizo—: Pero… ¿sabes? Ese encanto del que hablas… mejor que se lo dejes para Lía. —Entorné los ojos para observarle por encima de la pantalla.

—¿Daniella y tú os habéis compinchado hoy? ¿Qué es esto?, ¿un plan de los hermanos para joderme la tarde?

—La miras como yo miro a Naia.

—¿Y cómo es eso? —Cerré el ordenador para prestarle mi atención, aunque lo hice con cierto sarcasmo en mi rostro.

—Tú sabrás. Yo estaba dispuesto a morir por esa chica y no la conocía… ¿Qué estarías dispuesto a hacer tú por alguien a quien conoces y quieres? —Jodido Brenan—. Aunque te esfuerces por convencerte de lo contrario, siempre será mejor morir habiendo vivido algo real que esconderte por miedo a perderlo.

Me dejó allí con la palabra en la boca y la mandíbula tensa, al tener que ahorrarme la respuesta, pero si de algo estaba seguro era de que esos dos se habían aliado para sacarme el temita y clavar la daga ardiendo en una herida que aún seguía sangrando.

Consiguieron que me pasara la noche dándole vueltas a sus palabras y que dudara, incluso, de si estaba haciendo lo correcto con ella. Por eso, cada vez que nuestros ojos conectaban, a pesar de la multitud que nos rodeaba, la tentación de acercarme a ella y arrastrarla al peor de los errores me dominaba por completo. Aunque logré controlarla. O eso parecía…

Eso creía hasta que la vi en medio de la pista, bailando con Axel, pegada a su cuerpo. Ella tenía los brazos sobre los hombros de él, cruzados tras su cuello, y él, las manos en la cintura de ella para

guiar sus movimientos. Los observé durante unos segundos, los suficientes para sentir un ardor insoportable que subió por mis piernas y acabó en mi pecho, a punto de detener los latidos de mi corazón. Solo tenía dos opciones: incrustarle mi puño en la cara a ese tío, como le había prometido, y seguir quedando como un verdadero gilipollas delante de Lía o largarme y dejar de torturarme. Y eso hice… Me dirigí con paso firme hacia los vestuarios, cerré la puerta a mis espaldas y estampé el puño en los azulejos para acabar con la rabia que me controlaba; no sabía si por ellos o por mí. Por haber llegado a ese extremo. O haberlo permitido, después de todo.

La puerta se abrió unos minutos después, cuando ya me había sentado en uno de los bancos de madera y hundido la cabeza entre mis manos, y Lía entró en la sala, volviendo a cerrar a sus espaldas. Nos miramos a los ojos unos segundos y me quedé en silencio hasta que ella dio el paso; no tenía mucho que decirle.

—¿Vas a dejar de perseguirme? —cuestionó con los brazos cruzados sobre su pecho.

—¿Te recuerdo que eres tú la que ha venido aquí?

—¡Ya sabes a lo que me refiero, Eric! Te he visto en la pista, mirándonos. ¿Vas a dejar de perseguirme de una puta vez?

—¿Y tú vas a dejar de provocar que lo haga?

—Déjame en paz, Eric —dijo con dureza, tan seria como no la había visto nunca—. ¡Lo digo en serio! —gritó, moviendo los brazos al empezar a hacer aspavientos—. Nos enamoramos, nos quisimos, vale; íbamos a ser padres y cuando más te necesitaba, me dejaste tirada. No lo entiendo, pero no te he pedido explicaciones. Nunca.

—Lo sé.

—¿No me querías? Perfecto. Pero, entonces, sé un hombre, madura y olvídame de una puta vez para que pueda rehacer mi vida.

—No puedo. —Dejé caer la mirada hasta el suelo, avergonzado por estar pronunciando esas palabras que no debería haber dicho nunca.

—¿Que no puedes? ¡¿Por qué?!

—Sé que no lo entiendes, Lía, pero no, no puedo.

Miré hacia un lado, evitando que nuestras miradas se encontrasen o perdería el poco control que me quedaba; ese que ni

siquiera era capaz de dominar las palabras que salían de mi boca.

—¡¿Qué es lo que te pasa, Eric?! ¿Estás perdiendo la cabeza? —chilló—. ¿A qué le tienes tanto miedo?

—A ti, ¡joder! —exclamé, resignado, poniéndome de pie frente a ella, solo a unos centímetros—. A ti…

Esas palabras se desvanecieron entre mis labios y se perdieron en los suyos justo un instante antes de que estampara mi boca contra la suya sin control alguno. Su lengua, tremendamente decidida, se coló hasta el fondo para reencontrarse con la mía y la intensa descarga que recibí con ese primer roce, me devolvió a la vida. La arrinconé entre mi cuerpo y la pared para pegarme a ella y sentir la calidez de su piel, que ardía bajo la mía. Lía se agarró a mi cuello para impedir que me separase y profundizó el beso, haciéndome enloquecer. Sé que no debía hacerlo, que debía parar a tiempo, pero no podía. No podía. Sobre todo, cuando deslizó sus manos por mi torso y desabrochó mi camisa con tal sensualidad que podría haber provocado que explotara sin tocarme. Estaba perdido.

Recorrió mi piel con las yemas de sus dedos, haciendo que mi camisa se deslizase y cayera al suelo, desatando a la bestia para que mis instintos más salvajes salieran a la luz. No sé cuánto tiempo permanecimos así, besándonos como adolescentes, rozándonos justo donde más lo necesitábamos. No dejamos de hacerlo ni un solo segundo, la pasión no nos lo permitía, y no sé cómo conseguimos llegar hasta una de las duchas y cerrar la cortina para concedernos cierta intimidad. Aunque a esas alturas todo me daba igual… Solo deseaba hundirme y perderme en ella de todas las formas posibles.

Lía desabrochó mis pantalones, que cayeron al suelo, y yo hice lo mismo con los suyos, mientras nuestras lenguas seguían manteniendo la batalla que habían desatado y se negaban a abandonar. Enredó sus piernas alrededor de mi cintura y hundí mis dedos en la piel de sus muslos para sujetarla, aunque por la presión que hacía mi cuerpo sobre el suyo, podría haberla sujetado contra la pared sin apenas tocarla.

Subí mi mano para desabrochar su top negro, que se deslizó hasta su cintura y dejó al aire esos pechos firmes y perfectos. Los

acaricié sin poner fin a ese fogoso beso mientras ella enredaba sus dedos en mi pelo. No era dueño de mí mismo, ni de mis palabras, ni de mis acciones; el deseo me había consumido de tal manera que se había apoderado de mi razón. Lía liberó mi erección y yo aparté su tanga con destreza para colocarme en su entrada y ser consciente de su humedad. Un gruñido ronco se escapó de mi garganta y se perdió en su boca al darme cuenta de que lo deseaba tanto como yo y cuando arqueó sus caderas contra las mías para que me hundiera en su interior, sentí cómo mis piernas temblaban de pura anticipación, de la necesidad más primitiva que había sentido en toda mi vida, esa que se adueñó de nuestro control y desató una furia de titanes en aquel metro cuadrado.

Nuestros besos hambrientos provocaron que, con cada uno de sus movimientos, una intensa descarga recorriera de forma dolorosa mi entrepierna porque podría haberme lanzado al orgasmo de cabeza con aquella primera acometida.

Con cada contoneo de su cuerpo, me hacía enloquecer un poco más y cada vez que empujaba su deseo contra el mío para alcanzar mayor profundidad, lograba que un huracán de placer incalculable arrasara conmigo. Tuve que cerrar los ojos con fuerza para soportar esa sensación y atrapé su labio inferior entre mis dientes en el mayor ejercicio de contención que había hecho en toda mi vida. Jamás me había sentido así, dejando que la pasión dominara cada poro de mi piel, dejando el control y la razón en un segundo lugar, al margen, totalmente apartados y bloqueados.

Aumenté el ritmo de las embestidas, guiado por el vaivén de su cuerpo, hipnotizado por su sabor adictivo y superado por esas miradas que me dedicaba cada vez que me hundía en ella para alcanzar esa profundidad que ambos necesitábamos, en todos los sentidos. Porque nada era suficiente… Llevaba demasiado tiempo deseándola, muchos meses soñando con un instante como aquel y cada segundo que pasaba dentro de ella suponía un verdadero duelo interno entre dejarme ir y rendirme o aguantar y disfrutar de cada uno de los latigazos placenteros que recibía mi cuerpo al fundirse con el suyo.

Sus gemidos retumbaron en mi interior en forma de sollozo, de súplica, y sin apenas darnos cuenta, un estallido de placer se adueñó de nosotros, obligándonos a abandonarnos a esa pasión incontenible que se apoderó de cada centímetro de ese jodido vestuario, cuando el orgasmo me sacudió de manera fulminante, como nunca.

Apoyé mi frente en la suya, con los ojos cerrados, respirando su mismo oxígeno, negándome a abrirlos para no tener que enfrentarme a la realidad, porque sabía lo que había ocurrido y lo que eso significaba. Lo que no esperaba era que la realidad, aplastante, me destrozara antes de que mi corazón recuperara el ritmo normal de sus latidos. Abrí los ojos, resignado, y me encontré a Lía en la misma situación, apretando sus párpados con fuerza. No supe el verdadero motivo, si se arrepentía de lo que había ocurrido o sentía que aquello no tenía ningún sentido, pero tampoco me esperaba una explicación tan rápida. No en esos momentos.

Sus ojos se fundieron con los míos y les dieron una dolorosa explicación que jamás me habría gustado escuchar.

—Eric, no… —titubeó, volviendo a cerrarlos durante unos instantes cuando estos empezaron a vibrar y a humedecerse—. Esto no puede volver a pasar —dijo en un susurro—. No puedo seguir viviendo así. No me lo merezco, no quiero…

Se bajó de mi cuerpo, que aún la sostenía en el aire, provocando que saliera de su interior de golpe, dejándome vacío en todos los sentidos. Recogió sus pantalones del suelo y salió de esa ducha sin volver a mirar atrás.

—Adiós, Eric.

Esas palabras no solo atravesaron las cortinas, también cruzaron mi pecho de lado a lado, y no me hizo falta verla para saber que estaba como yo, tan decepcionada como perdida. Era un sinsentido. Porque no quería que eso ocurriera, pero lo deseaba y lo necesitaba tanto que no podía evitarlo. Y por mucho que lo negara, los ojos nunca mienten y en esa ducha, los míos le gritaron que no se marchara, que se quedara un rato más. Solo un rato más… Antes de que la realidad nos golpeara.



Capítulo 25

Naia

Fue una noche perfecta, la mejor de toda mi existencia. No recordaba haberme sentido así, tan especial e importante, nunca. Había pensado en esa primera vez en miles de ocasiones y siempre, en todas ellas, temí que sucediera en el Lux; lo que jamás habría imaginado es que ocurriría con un chico importante para mí, alguien con quien había vivido cosas irrepetibles, que nos habían unido para siempre; un joven atractivo, guapo e inteligente por el que sentía cosas que se me empezaban a ir de las manos. Pasamos toda la noche enredados, de todas las formas posibles, perdiéndome entre sus brazos, en sus caricias, en cada roce de su piel, olvidándome de cada segundo de encierro, disfrutando de la vida al máximo. Sintiendo, al fin y al cabo.

Cuando me desperté, sin saber qué hora era, palpé el colchón, a mi alrededor, tratando de localizar a Brenan. No sabía en qué momento exacto me había quedado dormida y me había alejado de sus brazos, pero necesitaba recuperar ese contacto. Giré de un lado al otro de la cama, sin abrir los ojos aún, para buscarle, pero él no estaba allí. Me levanté con toda la pereza del mundo, deslicé los dedos por mi melena para peinarla un poco y salí de la habitación, desperezándome. Me dirigí hacia la cocina para prepararme un café doble que me despertara, ya que las horas de sueño habían sido escasas, y justo antes de llegar, escuché esa conversación que nunca habría querido oír.

—¿Y qué quieres que te diga, Su? —preguntó Brenan con tono molesto.

Me quedé allí, junto al umbral de la puerta, donde no podían verme. Sin embargo, yo podía verlos a ellos en el reflejo del cristal. Susana se encontraba cerca de Brenan, con los brazos cruzados, en posición defensiva, como si buscara alguna explicación que no estaba recibiendo.

—Dime la verdad. Es lo único que te pido… ¿Tú sabes cómo me sentí cuando me enteré de que te habían secuestrado?

—Lo siento.

—Casi me vuelvo loca. Pero… ¿sabes? Entonces, me di cuenta de que no tendríamos que habernos separado. Así, nunca te habrías metido en esto. —Señaló a su alrededor—. No, no… No lo sé. —Movió los brazos, confusa—. Te he echado mucho de menos y creo que deberíamos darnos otra oportunidad. Cuando desapareciste, me di cuenta de lo importante que eres para mí.

—Su…

—No, Su no, Brenan. No has contestado a mi pregunta.

—¿A qué pregunta?

—Si podremos volver a intentarlo. —Se acercó a él. Demasiado.

Brenan resopló y bajó la mirada.

—No lo creo. No.

—¿Es por esa chica?, ¿por esa tal Naia?

—No, no es por ella. Ella no tiene nada que ver en esto.

—Brenan, escúchame. Para ti… ¿Todos estos años de relación han sido importantes?, ¿he sido alguien especial en tu vida?

—Claro —contestó como si fuera más que evidente.

—Entonces, pasa tiempo conmigo. Solo te pido eso, pasemos tiempo juntos. Te echo de menos…

Susana se acercó más a él, si es que eso era posible, y encajó su boca en la de Brenan. No sé cuánto duró ese beso porque no pude quedarme a verlo; en cuanto le vi allí, petrificado, sintiendo la boca de esa chica en sus labios, mis piernas se movieron de forma automática y decidieron que lo mejor era largarse.

Era la primera vez en mi vida que sentía algo así. Y no me refería solo a esa ilusión que me desbordaba por dentro, a ese sentimiento que crecía con cada segundo que pasábamos juntos,

sino a esa decepción abrumadora que me abordó en cuanto escuché cómo mi corazón se rompía en mil pedazos. Porque pasé de estar rozando el cielo con las puntas de los dedos a verme inmersa en un pozo profundo sin luz ni salida.

Habría quedado genial, o me habría parecido distinto, si hubiera ido a la habitación para recoger mis cosas y marcharme del pazo, pero no tenía nada que llevarme. ¡Ni siquiera la ropa que llevaba era mía! Así que fui hacia la salida, donde se encontraba uno de los hombres de Kellan, custodiándola; ese tal Toño estaba allí, armado, vigilando que nadie accediera al interior. Aunque no dijeron nada de que no se pudiera salir… Aun así, dramaticé para parecer sobresaltada antes de hablar; lo que menos quería era un cuestionario o prohibiciones en esos momentos. Podría haberlos mandado a todos a la mierda.

—¡Toño! —exclamé cuando llegué hasta él a paso ligero—. ¡Tienes que entrar! Ha ocurrido algo, ¡te necesitan!

No dijo nada, ni siquiera preguntó; simplemente, salió corriendo hacia el pazo como si se tratara de una orden, cuestión de vida o muerte, y me dejó vía libre para largarme. Así, sin más.

No sabía qué hacer ni dónde ir, así que me limité a caminar por el monte, siguiendo el trayecto de la carretera y los carteles que me guiaban hacia O´Beiros. Pensé que estaría bien sentarme junto al mar para ver si este tenía las respuestas a las preguntas que colapsaban mi mente.

Llegué hasta el puerto y me senté en el muelle, con mis pies colgando sobre el agua, para observar los barcos que salían y los que atracaban a mi alrededor. Perdí la noción del tiempo allí sentada, dándole vueltas a todo lo que había ocurrido en las últimas semanas y, sobre todo, a lo que había pasado en esas cuarenta y ocho horas que lo cambiaron todo. No me arrepentía de nada, es más, me alegraba de haber podido sentir algo como aquello, tan desbordante que parecía que mi pecho iba a estallar en cualquier momento, pero me habría encantado poder evitar ese dolor que me acongojaba por dentro.

No sabía cuántas horas habían pasado, pero los pesqueros ya estaban de vuelta, por lo que me levanté para dar un paseo y estirar

las piernas y cuando emprendí el trayecto de vuelta, me encontré con quien menos me esperaba; Axel.

—¡Ey! —Me saludó desde lejos, acercándose hasta mí—. ¿Qué tal? ¿Qué haces tú por aquí?

—Puesss… ya ves. He venido a dar una vuelta.

—¿Hasta aquí? —cuestionó incrédulo y asentí—. ¿No ha venido Brenan contigo? —Negué con la cabeza—. ¡Vaya! Pensaba que estaría por aquí; las fiestas en el puerto son legendarias.

—No tenía ni idea.

—Si quieres… Bueno, aún queda un rato para que anochezca, pero si quieres puedo invitarte a algo.

—No, gracias. Tengo que irme.

—¿No irás a volver andando hasta el pazo? —se preocupó—. Hay mucho camino desde aquí… Además, después de lo que le ocurrió a Brenan en este sitio, es mejor que no te vayas sola.

¿A Brenan?, ¿fue allí donde le secuestraron? Me entraron ganas de preguntarle, pero me ahorré el sufrimiento gratuito.

—¿Quieres un café? —insistió—. Te vendrá bien si llevas mucho rato ahí viendo los barcos. —Sonrió con amabilidad.

No podía negarme; me había levantado tarde, pero ni siquiera había desayunado y mi estómago llevaba rugiendo un par de horas.

—Gracias.

Entramos en uno de los locales del puerto, donde Axel era conocido, ya que todos sus trabajadores le saludaron con emoción, y pidió dos cafés con leche. Me senté en una de las mesas cercanas para esperarle, mientras veía cómo saludaba a varias chicas y atendía algunas llamadas. ¡Estaba más que solicitado! Aunque no tardó en regresar a mi lado y se lo agradecí porque, a esas alturas de la tarde, ya me había quedado helada con la brisa marina.

—Gracias —repetí cuando me dio la taza caliente y la sostuve entre mis manos para entrar en calor.

—¿Qué hacías ahí sola, Naia? ¿No se supone que Kellan os ha puesto guardaespaldas o algo así?

—Algo así, sí.

—¿Entonces?

—Bueno, llevo toda mi vida encerrada, lo que menos me apetecía era seguir estándolo, ¿sabes? Prefiero vivir a mi aire, aunque solo sean unos días.

—¿Qué quieres decir? —se preocupó, dando un sorbo de su taza—. ¿Dónde vas a ir?

—De momento, he venido al puerto. —Sonreí con tristeza—. Más tarde, ya veremos.

—Sabes que puedes volver al pazo, ¿verdad? Creo que allí siempre tendrás las puertas abiertas.

—Lo sé, pero no…

—Y si no, puedes quedarte en mi apartamento los días que necesites. —Le miré asombrada—. ¡Vamos! No pensarías que iba a dejarte durmiendo ahí, en el muelle. ¡Donde caben dos, caben tres! Aunque tendrías que compartir sofá con Rulo…

—¿Rulo? —Arrugué el entrecejo.

—Mi perro.

—Te lo agradezco, Axel, pero creo que podré manejarme…

¡Y una mierda! ¡No tenía ni idea de por dónde empezar! Aunque imaginaba que lo primero sería encontrar trabajo… Y eso pensaba hacer, pero en los siguientes minutos, mi destino volvió a cambiar sin verlo venir. Tenía que aprender a desconfiar de la gente o me iría muy mal en la vida, ¡peor de lo que ya me había ido!

Axel se levantó para ir a la barra y pedir una botella de agua y su mirada se cruzó, cómplice, con la de alguien que entraba por la puerta; Brenan. Me levanté de un respingo, con la intención de salir de allí cuanto antes, pero sus ojos me rogaron que no lo hiciera, así que aguanté unos segundos, justo hasta que llegó a mi lado y me estrechó entre sus brazos.

«¡Maldito traidor!» le grité a Axel, sin decir nada, con la mueca que le dediqué.

—¡Joder, Naia! —Me abrazó con fuerza—. ¡¿Dónde estabas?! ¡No vuelvas a hacerme esto nunca!

—Brenan…

—¿Dónde estabas? —Sostuvo mi rostro entre sus manos y vi la desesperación en sus ojos—. Llevo todo el día buscándote. Todo el día…

—No quiero… No puedo… —titubeé.

—¿Estás bien? —Asentí, pero me estudió de arriba abajo antes de volver a abrazarme—. Joder… ¿Por qué te has ido? ¡No puedes marcharte así!

Busqué miles de razones en mis pensamientos, pero solo pude decirle una.

—Te he visto con Susana esta mañana.

—Que has visto… ¿qué? —Su gesto se transformó al comprender lo que le estaba diciendo—. Mierda…

—Yo no quiero meterme entre vosotros, Brenan.

—No hay un nosotros entre Susana y yo, Naia. No lo hay.

—Debería… Debería haber pensado que tenías a alguien fuera; debería haberlo imaginado, pero no quería creerlo. No tendría que haberme hecho ilusiones con nosotros.

—¿Qué? No digas eso… —Cogió una de mis manos y la acarició con ternura—. Susana no significa nada para mí. Es parte de mi pasado, solo eso.

—Y yo solo soy la chica de la habitación de al lado —musité haciéndome diminuta.

—Por favor, pase lo que pase, nunca pienses eso, Naia. Tú eres más, muchísimo más… —Nuestras miradas se engancharon en un silencio en el que pude escuchar mi corazón, latiendo con fuerza, rebotando contra mi pecho—. Susana me ha besado y me ha pillado por sorpresa, pero ya le he explicado que lo nuestro se acabó. Quería que pasáramos más tiempo juntos y le he dicho que no tendría ningún problema en hacerlo, pero eso no cambiaría nada; ella y yo ya no… No hay vuelta atrás.

Quiso convencerme, pero esa imagen tenía más peso que sus palabras y seguía doliendo tanto como unas horas atrás.

—No tendría que haberme hecho ilusiones; apenas te conozco…

—¿Que no me conoces? ¡Claro que me conoces! Este soy yo. —Se señaló—. Hemos vivido encerrados y hemos estado hablando durante días, nos hemos contado toda nuestra vida, nuestros sueños y nuestros miedos, nos hemos escapado juntos de un lugar horrible y me has convertido en un Brenan que ni siquiera yo sabía que

existía. Diste la vida por mí y yo la di por ti; me conoces de sobra, Naia, y sabes que nunca te haría daño. Este soy yo…

—No, no lo eres. —Intenté convencerme para dejar de sufrir —. El pazo, gente que trabaja para ti, empresas, un club nocturno… ¡Es una locura! Es demasiado… Demasiado para mí. Esa es tu vida, no la mía.

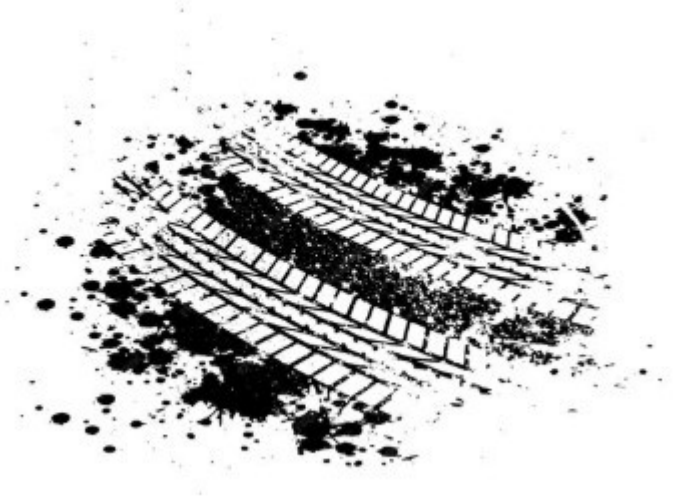
Rio, escéptico.

—Yo no tengo ninguna de esas cosas. Bueno, vivo en el pazo donde me crie, sí, pero lo mío es ese taller de mala muerte que me da para vivir y que aún no he podido ni enseñarte. Esa es mi vida… Y podría ser la tuya, si tú quieres.

—Brenan…

—Sé que todo ha ido muy rápido, pero las cosas son así. Yo tampoco esperaba enamorarme de ti hasta perder la cabeza por no encontrarte y casi me da un maldito infarto al darme cuenta de que te habías marchado —bromeó. Creo—. Y también sé que esto da mucho vértigo, pero es real, Naia… Te lo juro. No he sentido ni he tenido nada más real en toda mi vida. Por eso, sé que eres tú, sé que es contigo. Porque me salvas cada vez que apareces. En todos los sentidos…

El miedo se echó a un lado para que ese tornado incontenible que Brenan me provocaba se abriera paso sin remedio e incrustara mi boca sobre la suya. Le besé con tanta intensidad como lo había hecho toda la noche, recibiendo su calidez como un chute de oxitocina inesperado. Porque si de algo estaba segura era de lo que sentía por ese chico y de que nadie más que yo se merecía a alguien como él a su lado. Aunque solo fuera por unas horas… Porque la vida no pensaba darnos tregua alguna.



Capítulo 26
Brenan

Nunca podría explicar lo que sentí durante la primera noche que dormí con ella. Era algo que estaba fuera del alcance en cuanto a sentimientos y emociones se trataba, pero podría decir que jamás había experimentado algo como aquello. En cuanto la vi entrar en mi habitación, le hice un hueco en mi cama y la estreché entre mis brazos, su olor inundó mi organismo y me hizo sentir en casa. Puede que pareciera una locura, pero lo que sentía con y por Naia era muy difícil de entender si no se ha vivido nada similar a lo nuestro. Con ella todo era nuevo, distinto y especial y había conseguido sacar a la luz a un Brenan del que me sentía orgulloso, uno que era capaz de enfrentarse a todo el mundo y que no le tenía miedo a nada. A nada, excepto a ella… Porque cuando vi que había desaparecido del pazo, mi mundo se desmoronó por completo. Lo primero que pensé fue que alguien se la había llevado y todo dejó de tener sentido; me juré a mí mismo que regresaría al Lux y mataría a esos tipos con mis propias manos, uno a uno. Sin embargo, cuando Toño me explicó lo que había ocurrido y me dijo que había salido por su propio pie, un miedo atroz se anudó en la boca de mi estómago. Debía encontrarla

antes de que fuera demasiado tarde… Y cuando Axel me llamó para contarme que estaba allí, en el puerto, con él, no pude creerlo.

Salí de casa derrapando, acelerando el coche al máximo para evitar perderla de nuevo. No pude evitar que Germán se subiera al coche, pero le pedí que se quedara en la puerta del local para concedernos algo de intimidad. En cuanto sus labios rozaron los míos, supe que estaba justo donde debía estar, donde deseaba, en el lugar exacto.

Y eso por no hablar de la noche que habíamos pasado juntos. Al verla despertándose alterada, asustada y casi sin respiración en medio de la oscuridad, me preocupé, pero cuando su boca atrapó la mía sin esperarlo, con esa desesperación palpable, una neblina desconcertante se apoderó de mi autocontrol. Juro que intenté apartarme, que deseé que su primera vez no fuera así, ya que Naia se merecía algo mejor, pero al comprobar que lo necesitaba tanto como yo, no pude hacer otra cosa más que abandonarme al sentimiento que me desbordaba, el mismo que convirtió esa noche en la mejor de mi existencia. Por eso, al encontrarla en el puerto, después de estar buscándola con angustia durante horas, todo recobró sentido y recuperó el lugar que ocupaba en el universo.

Mis hermanos habían quedado con sus hombres en el Dark Soul para dirigirse al Lux; lo sabía porque intenté no perderme ninguna de sus reuniones, aunque siempre trataron de organizarlas a mis espaldas. Pero yo era tan tenaz como ellos y no pensaba dejarles solos en unos momentos tan difíciles como aquellos. Me necesitarían, lo tenía claro.

Por eso, después de agradecerle a Axel su ayuda, Germán, Naia y yo fuimos al club. Habíamos quedado en que ella se quedaría allí con Lía, África y Daniella, aunque no dejó de intentar que cambiara de opinión durante todo el trayecto.

—Podría ayudaros… —insistió Naia desde el asiento del copiloto, mientras yo conducía hasta nuestro destino.

—Lo sé, pero no quiero que te pongas en peligro.

—¡Venga ya, Brenan! —Se giró en su sitio para mirarme—. Conozco ese lugar como la palma de mi mano; ¡he crecido allí! Puedo ayudaros.

—Lo sé. —Puse mi mano derecha en su pierna—. Pero si tú estás con nosotros, no podré estar pendiente de ayudar a mis hermanos y de que estés a salvo. De verdad, prefiero que estés en el club. Estaré más tranquilo si sé que estás bien.

—No tendrías que mantenerme a salvo —replicó con una mueca, fingiendo molestia—. Puede que seas tú el que necesite que alguien como yo le salve… —me provocó.

—Ya lo haces a todas horas. Solo con estar a mi lado y respirar. Por eso, necesito que sigas haciéndolo.

Me sonrió con cariño y aceleré a fondo; necesitaba llegar cuanto antes para seguir besándola. Quería aprovechar cada segundo a su lado por si la noche no terminaba como esperábamos y nuestro tiempo juntos estaba a punto de acabar, incluso antes de haber empezado.

Lo primero que hice nada más aparcar el coche en el garaje del DS fue sellar su boca con la mía en un intenso y acalorado beso que me recordó que todo aquello, esa misión kamikaze en la que estábamos a punto de meternos, merecía la pena. Por ella, por lo que le habían hecho sufrir. Iban a pagarlo con creces.

Las caras que pusieron Kellan y Connor cuando nos vieron aparecer en el despacho fueron un cuadro, algo digno de admirar y recordar para la posteridad.

—¿Qué haces tú aquí? —gruñó el más mayor de mis hermanos—. Pensaba que había quedado claro que no vas a venir con nosotros.

—Y yo pensaba que había quedado claro que no os vais a librar de mí, así que cuanto antes lo asumáis, mejor para todos.

—Yo solo he venido para saber si necesitáis algo —dijo Naia condescendiente—. Algún dato más, alguna pregunta sobre el Lux…

—Gracias, Naia —contestó Connor con su sonrisa más amable —. Pero está todo listo. Nos vamos.

Kellan sacó varias pistolas y cargadores de la caja fuerte y los repartió entre nosotros.

—Si tienes que usarla, no lo dudes —me pidió cuando me dio la mía.

—No lo haré. —Comprobé que estuviera cargada, con el seguro puesto y la guardé en la cintura del pantalón.

No quise alargar la despedida. De hecho, mis hermanos hicieron lo mismo; desde siempre habíamos odiado decir adiós. Además, teníamos pensado volver, por lo que besé los labios de Naia con suavidad antes de salir del despacho y abracé a mi hermana con cariño cuando se separó de Connor.

—Connor, Brenan, conmigo —sentenció Kellan cuando llegamos al aparcamiento—. Eric, con Germán y Toño. Fran, tú con Manu y Loren. Seguidnos, nosotros iremos delante; Brenan nos irá guiando.

Nos repartimos en los vehículos, según nos asignó Kellan, y en cuanto nos metimos en el coche y me senté de copiloto, el silencio se adueñó de ese pequeño espacio. Pasamos la mayor parte del trayecto sin decir nada, sintiendo cómo la tensión retumbaba en el interior de la carrocería.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —me preguntó Connor cuando vio que nos adentrábamos en una carretera secundaria que parecía tener su destino perdido en medio de la nada.

—Eso creo. —Miré a mi alrededor, pero la oscuridad no estaba de mi parte—. No es fácil reconocer en plena noche sitios en los que no habías estado nunca, ¿sabes?

—¿Entonces no es por aquí? —insistió.

—No lo sé, no pude aprenderme los caminos de memoria; estaba demasiado concentrado en que no me mataran —respondí con ironía—. ¡Gira a la derecha!

—¿Por aquí? —Kellan me miró desconcertado.

—Creo que sí.

Dimos alguna vuelta de más, pero aquellos caminos parecían todos iguales. Esa montaña se convirtió en un verdadero laberinto que resolver en la oscuridad más absoluta.

—Apaga las luces —le ordené a Kellan cuando reconocí uno de los caminos que ascendían por la ladera.

Nos adentramos en él lentamente para no llamar la atención y cuando vi el muro de piedra que bordeaba el Lux, una sonrisa orgullosa hizo el amago de aparecer en mi rostro.

—Es mejor que dejemos por aquí los coches —decidió Kellan antes de acercarnos demasiado.

Les hicimos un gesto a nuestros compañeros, que nos seguían desde cerca, y aparcamos los coches a un lado del camino, ligeramente escondidos tras unos árboles.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —sentenció Connor cuando nos bajamos de los vehículos.

—Cada uno a su puesto.

Caminamos en posición defensiva, pegando nuestras espaldas a cada uno de los troncos que íbamos alcanzando, con las pistolas al frente, temiendo que nos estuvieran esperando, que era lo más probable. Y cuando llegamos a la verja y la encontramos abierta, lo confirmamos: sabían que llegaríamos en cualquier momento. ¿Por qué otro motivo iba a estar abierta, si no, esa puerta que siempre permanecía cerrada y vigilada?

—Id con los ojos bien abiertos —susurró Kellan cuando nos separamos del resto.

Al ver que no había nadie por el jardín, cada grupo salió corriendo, a toda velocidad, hacia cada uno de los extremos del edificio, mientras que Kellan, Connor y yo nos dirigíamos a la puerta principal. Era extraño; no había luces, ni un solo coche, ni un alma que vigilara el exterior del Lux. Aunque lo más raro de todo fue que la puerta del chalé también estuviera abierta.

—¡¿Qué demonios?! —Kellan frunció el ceño, desconcertado, cuando cruzamos el umbral—. Tened cuidado. Los dos detrás de mí —nos ordenó cuando Connor intentó sacar su vena impulsiva para ponerse a su lado.

Moví la cabeza hacia la derecha, de forma exagerada, para que fueran en esa dirección y entráramos en la sala principal, donde se encontraba la pasarela y se hacía la presentación de las chicas. También estaba vacía; había copas y botellas sobre las mesas, como si hubieran salido corriendo y hubiesen dejado las cosas tal cual estaban por cualquier motivo, pero… ¿por qué? ¿Por nosotros?, ¿acaso alguien podría haberles dado un chivatazo?

El susto que nos llevamos cuando nos cruzamos con Germán, Eric y Toño en el interior de la casa hizo que mi corazón se saltara

varios latidos. Negaron con la cabeza, dándonos a entender que no había nadie por el otro lado del edificio, y Kellan les hizo un gesto con las manos, sin decir ni una sola palabra, que significaba un «vosotros id al sótano; nosotros iremos arriba».

Entramos en cada una de las habitaciones para comprobar que no quedara ninguna de las chicas y cuando llegué a ese cuarto en el que había crecido Naia, un doloroso pinchazo me causó el efecto contrario, agitando mis latidos. Me detuve unos segundos antes de entrar para echar un ojo rápido. La ropa del armario estaba por el suelo, junto a los cajones de las mesillas, y habían desarmado la habitación por completo buscando algo; supuse que alguna pista sobre su posible paradero. Solo con pensarlo, un sudor frío nubló mi vista. No debería haberla dejado sola…

Una imagen tirada entre la ropa captó toda mi atención. Me agaché para recogerla y sostuve entre mis manos esa vieja fotografía en la que aparecía una mujer con una niña en sus brazos. Una pequeña sonrisa se esbozó en mis labios al reconocerla; esos ojos azules, cargados de vida e ilusión, eran inconfundibles. Imaginé que la mujer era su madre, ya que había algo en ella que me recordaba a la Naia que había conocido.

—Brenan, vamos —susurró Connor, asomándose a la puerta para avisarme.

Había varias habitaciones completamente vacías, que habían limpiado al detalle para evitar pruebas que pudieran incriminarlos y otras, como las de las chicas, que seguían tal cual las habrían dejado, con la ropa y los productos de aseo en su sitio. Era un sinsentido…

Regresamos a la planta principal justo cuando lo hacían los demás.

—¿Algo? —cuestionó Connor al encontrarnos de frente con Eric.

—Nada. —Se encogió de hombros.

—¿Las armas? —me interesé.

—Ni rastro…

—Esto es raro de narices —comenté.

—No, no lo es. Sabían que vendríamos —dijo Eric—. Alguien les ha dado el chivatazo y han salido por patas.

—¿Y las chicas? —No sabía si hacer esa pregunta, pero la hice por ella, por Naia.

—Lo más probable es que se hayan deshecho de ellas.

Al escuchar las palabras de Kellan, no pude hacer otra cosa más que resoplar mientras mascullaba:

—Hijos de puta…

—Lo de ahí fuera está limpio —nos informó Fran al acceder al interior—. ¿Habéis encontrado algo? —Negamos con la cabeza.

—Echad un último vistazo antes de irnos, por si se nos ha escapado algo —nos pidió Kellan.

Cada uno nos centramos en registrar una zona concreta de la casa, pero allí no quedaba nada: ni drogas ni chicas ni armas. No tardamos demasiado en realizar esa última inspección, que tuvo el mismo resultado, lo que nos llevó a abandonar el lugar más relajados, como si no hubiera peligro alguno. Y no sabíamos lo equivocados que estábamos…

Justo cuando atravesábamos el jardín, hablando sobre el posible motivo del desalojo del Lux, un disparo rompió con la tranquilidad más absoluta en medio de la noche. Fue un segundo, un solo segundo de duda, en el que nos miramos, alterados, tratando de localizar el origen del disparo antes de que un nuevo estruendo nos confirmase la peor de las sospechas: nos estaban esperando.

—¡¡Cubríos!! —gritó Kellan cuando sacamos nuestras armas para devolver los tiros a la oscuridad.

Tuvimos que correr hacia la zona del muro, donde se encontraban los únicos árboles del terreno, ya que por el jardín, que rodeaba la casa, solo había plantas y arbustos de pequeña altura. Me cubrí tras un tronco de gran grosor y empecé a devolver los disparos, sin reconocer de dónde procedían.

—¡¡Connor, Brenan, ¿estáis bien?!! —Escuché la voz de Kellan.

—¡Estoy bien! —chillé.

—¡Bien! —añadió nuestro hermano.

—¿El resto? —voceó Eric desde su ubicación, que no logré descubrir.

—¡Sí! —Sonó una afirmación general que tampoco conseguí ubicar.

Fueron solo unos minutos del desconcierto más absoluto, en el que los tiros y los gritos se adueñaron de la calma del lugar. Vi el cuerpo de Fran, que yacía inerte en el césped, y al comprobar que no le había dado tiempo a llegar hasta un sitio seguro, miré a mi alrededor para localizar a mis hermanos. Connor estaba a unos árboles de distancia, cubriéndose como yo, y Kellan se encontraba escondido tras la mesa de piedra del jardín, en cuclillas para evitar que le vieran. Ambos disparaban con una postura digna de la mejor película de acción, con una seguridad asombrosa, centrados en su objetivo: una sombra situada en el tejado del chalé. Disparé en esa dirección, como hacían ellos, resguardándome tras apretar el gatillo, hasta que vi cómo esa sombra se convertía en un cuerpo humano que cayó al vacío.

Mierda…

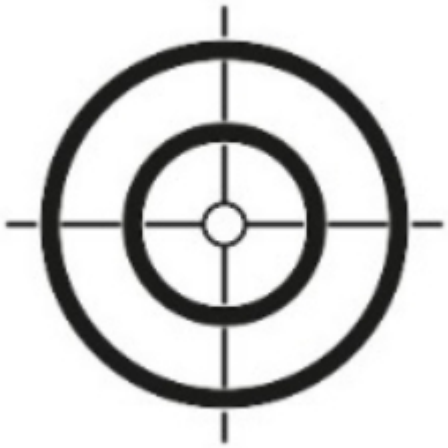
Solo cuando vi que no se movía, pude respirar de nuevo. Permanecimos ocultos unos minutos más, en los que nos comunicamos por susurros y gestos, y salimos del terreno ocultos entre las sombras, por si quedaba alguna nueva amenaza que aún no hubiéramos visto. U oído…

—¡¿Qué cojones ha sido eso?! —exclamó Connor cuando llegamos a los coches—. Han matado a Fran…

Nos miramos a los ojos, lamentando la pérdida de nuestro compañero, tan paralizados como sorprendidos por haber encontrado el Lux totalmente vacío, con ese hombre armado, situado en el tejado, que había intentado matarnos.

—Lo que ya sabíamos —contestó Kellan—. Estaban seguros de que vendríamos esta noche. Alguien les ha avisado.

Porque no sabíamos quiénes eran esos tipos ni qué querían, en realidad, pero habíamos recibido la peor de las noticias: teníamos al enemigo metido en casa.



Capítulo 27

Lucho

«La venganza se sirve en plato frío»; esa era la regla que movía un mundo como el nuestro. Porque si esos Ulloa pensaban que el tema se había acabado, estaban muy equivocados; la verdadera batalla no había hecho nada más que empezar. Desde que llevaba dedicándome al narcotráfico, que era prácticamente toda una vida, había aprendido que la mejor forma para vengarte de alguien era tomándote tu tiempo, planeando con calma esa estrategia para herir a tu enemigo desde las raíces, sin posibilidad de reparación, destrozándole por completo. Y me había funcionado, siempre, por lo que, en esa ocasión, no iba a ser menos.

Desde que nos avisaron de que esa misma noche los hermanos Ulloa y sus hombres tenían pensado entrar en el Lux, supimos que debíamos actuar. Y rápido… Santana decidió que lo mejor era trasladarnos a otro de nuestros refugios, una nave cercana a la costa donde solíamos guardar nuestra mercancía, debido a su proximidad a la ría. Si les esperábamos en el Lux, aquello acabaría convertido en un verdadero reguero de sangre y aunque ese final llegaría, lo primero era lograr nuestro objetivo:

hacernos con ese submarino que estaba cruzando el Atlántico. Lo de sacar a Kellan y su panda del negocio y matarlos, era secundario… No podríamos lograr lo primero sin ellos, así que debíamos esperar; todo a su debido tiempo. Además, el Ruso ya nos había avisado: no quería contratiempo alguno. Si perdía a otra de sus chicas, un solo gramo de mercancía o una sola bala de su arsenal de armas, estábamos muertos. Con eso, no había discusión posible porque todo lo que giraba alrededor de él se centraba en el dinero y en el poder. Tanto poder como para hacer que los narcotraficantes pareciéramos tipos de cuarta o quinta categoría, tanta autoridad como para intimidar a alguien como yo. Una sonrisa escéptica se ampliaba en mi interior solo con pensar en esa idea, pero era real. Parecía imposible que hubiera alguien con más poder que el Ruso, pero ese imperio de oscuridad y destrucción, del que me encantaba formar parte, no tenía fin.

La noche en la que se escaparon Brenan y Naia, casi mato a alguien. ¡¿Qué cojones?! ¡Casi los mato a todos! ¿Cómo podían ser tan incompetentes? Solo tenían que hacer una cosa bien y fallaron. Y para más inri, la cagaron justo el día de la visita del Ruso, así que quedamos como verdaderos ineptos. Eso sí, iba a demostrarle que yo no era así. Iba a seguir escalando puestos en esa infinita cadena de mando, saltándome a Santana, directamente.

Sabía que Brenan y Naia estaban vigilados. Habría sido fácil adentrarnos en el pazo, disparar a todos los que estuvieran dentro y sacarlos de allí para conseguir nuestro propósito, pero teníamos que hacer las cosas bien y actuar como se nos había ordenado. No era momento para volver a cometer un error. Por eso, me había pasado las veinticuatro horas previas buscándolos por O´Beiros, deseando que bajaran la guardia y se dejaran ver por los alrededores y cuando había perdido toda la esperanza… ¡Bingo! La suerte estaba de nuestra parte.

Había amanecido hace unas horas y decidí pasarme, junto a Darek, por las calles cercanas al Dark Soul. Aunque íbamos en un coche cedido por el mismísimo Ruso, de alta gama y con los cristales tintados, creímos que lo mejor era vigilar el club desde la distancia, sin acercarnos demasiado para pasar desapercibidos. Y cuando

parecía que la noche había terminado y uno de los hombres de Ulloa se estaba encargando de cerrar el local, vi un ángel conduciendo un Mercedes. No pensé que se tratara de un ángel porque fuera una preciosidad al volante, que también, sino porque para mí, hasta donde yo sabía, esa mujer de armas tomar había muerto, hundiéndose en las profundidades del Atlántico. Recordé el momento exacto en el que la conocí, cada vez que me hundí entre sus piernas, cada día que cruzamos el Estrecho cabalgando sobre las olas. No podía creérmelo. África estaba allí, a unos metros de mí, parada en un semáforo. Y lo vi claro, la suerte estaba con nosotros por primera vez y no pensaba desaprovechar la ocasión.

El instante en el que apreté el gatillo, acerté de lleno en su cuerpo y la vi hundirse en el océano se reprodujo en mi mente al detalle. Esa mezcla de satisfacción al lograr mi objetivo, por fin, y de orgullo al golpear a Kellan donde más le dolía me abordó con fuerza, pero no fue real; ¡estaba viva! Eso o era un jodido fantasma…

Hice un giro brusco, de ciento ochenta grados, y apreté el pedal del acelerador a fondo cuando vi que el semáforo se ponía en verde y seguía con su camino.

—¡¿Qué coño haces?! —cuestionó Darek al verme quemar rueda—. ¿Dónde vamos?

—Cambio de planes.

—¿Sabes que al Ruso no le gustan los cambios de planes? —cuestionó con cierto escepticismo en su voz.

—Este le encantará, te lo aseguro.

Señalé con la vista hacia el coche que iba delante, a una distancia prudencial como para no darse cuenta de que le estábamos siguiendo.

—¿Quién es?

—África.

—¿África? —me observó, extrañado.

—África, mi ex; África, la amiguita de Kellan. Creía que estaba muerta…

—¿Por qué iba a estarlo?

—Porque yo mismo la disparé y la vi hundirse en el mar.

—¡No jodas! —Sonrió—. Pues ahí la tienes, pero… ¿qué más nos da? Ese Ulloa tendrá cientos de chicas; solo es una más.

—No, no lo es. Kellan haría lo que fuera por ella. Estoy seguro de que vendería a sus hermanos por salvarla.

—¿Seguro? —Amplió la sonrisa—. Puesss… parece que el viento cambia de dirección.

—Y sopla a nuestro favor.

—¿Y quién es la otra? —En esa ocasión, el que frunció el ceño fui yo. Me había quedado tan perplejo al ver a Afri, que no me había dado cuenta de que iba acompañada y otra persona se encontraba sentada en el asiento del copiloto.

—Ni idea. ¿Es una chica?

—Eso parece.

—Entonces, nos lo pasaremos bien. Tenemos nuevos juguetes en casa.

Conduje detrás de ella durante varios minutos hasta que se detuvo en la puerta de una casa y la chica rubia que iba a su lado se bajó y caminó hasta la puerta.

—Encárgate tú de ella. Ya voy yo a por mi amiga.

Darek cumplió órdenes y se acercó a la joven con la pistola en la mano, encañonándola por la espalda, justo a la altura de los riñones, sin que le diera tiempo a reaccionar.

—Hola, preciosa, ¿estás sola? —preguntó con su voz más gamberra, cargada de lujuria.

No presté atención a lo que contestó ni a cómo actuó a continuación, ya que estaba totalmente centrado en mi presa. Me asomé a la ventanilla del conductor, donde estaba África, esperando a su amiga, e introduje la pistola en el vehículo, colocando el cañón justo en su sien, mientras que con mi mano libre apagaba el motor y me adueñaba de las llaves de su coche.

—Hola, niña. —El escalofrío que me recorrió al volver a pronunciar ese nombre, como solía llamarla cuando estábamos juntos, hizo que mi piel se erizase por todo lo que significaba. Cómo se transformó su gesto me demostró que el terror se adueñó de ella. La conocía demasiado bien—. ¡Menuda sorpresa encontrarte por aquí! —murmuré con sarcasmo—. Con vida…

Su rostro se tensó tanto que ni siquiera se movió, se quedó completamente paralizada, con la vista al frente, pero no le hizo falta mirarme para saber que era yo. Ella también me conocía demasiado.

—Lu… Lucho… —titubeó pasados unos segundos.

—Espero que me hayas echado de menos…

Abrí la puerta y tiré de su brazo con fuerza para obligarla a salir, sin dejar de apuntar a su cabeza; sabía de lo que era capaz. No solo era la mejor piloto de planeadoras que había conocido, sino que era una mujer valiente, fuerte y tenaz, con las ideas muy claras y capaz de jugarse la vida por los suyos, por lo que estaba seguro de que no se resignaría a que la atrapase, sin más.

La llevé hasta nuestro coche, donde ya estaba amordazada la otra chica, y la empujé al interior para que Darek se encargara de ella.

—Lía, ¿estás bien? —La rubia asintió—. ¡Soltadla! Ella no tiene nada que ver con esto.

—Así que Lía, ¿eh? —Sonreí con lascivia, acariciando la mejilla de su amiga—. Mejor nos la quedamos; lo pasaremos mejor entre los cuatro.

—¡No! ¡¿Qué coño queréis?! ¿Qué quieres, Lucho?, ¿dinero? —gritó antes de que Darek le tapara la boca con una mordaza—. ¡¿Eh?! —Siguió emitiendo ruidos incomprensibles.

—No te resistas. Todos sabíamos que esto iba a ocurrir… ¿o qué pensabas?, ¿que Kellan había acabado conmigo y se saldría con la suya? ¡No sabes lo que me voy a divertir cuando sepa que has vuelto a mi lado! En todos los aspectos…

Vi cómo su gesto se descompuso. Y eso me volvió loco, más aún, en el mejor de los sentidos. Era una traidora, sí, pero una traidora preciosa. Deslicé las yemas de mis dedos por la piel aterciopelada de su brazo, mientras se removía, nerviosa, para deshacerse de mi tacto.

—No te resistas… Esto ocurrirá. Todos lo sabemos —pronuncié esas últimas palabras con retintín—. Larguémonos de aquí antes de que vengan a buscarlas —le dije a Darek, que seguía centrado en inmovilizar los brazos de mi amiga a sus espaldas—. Átalas bien, que es una gatita muy fiera… Y con mucha fuerza.

Cuando Darek terminó, se sentó en el asiento del copiloto sin dejar de apuntar con su arma a África. Su amiga, esa tal Lía, parecía más relajada… o estaba tan asustada que ni siquiera podía moverse. Me puse al volante, para marcharnos de allí cuanto antes, y conduje hacia nuestro nuevo destino, tras pegar un acelerón que dejó una enorme nube de polvo a nuestras espaldas. Nos adentramos en esas carreteras serpenteantes que ya empezaba a conocer de memoria y me dirigí hacia esa nave, cercana a la costa, en Lires, que habíamos convertido en nuestra guardería. Y no porque hubiéramos llevado allí a las chicas, que también, sino porque ese era el término que usábamos para referirnos a los almacenes donde guardábamos la mercancía, las planeadoras y la gasolina para los petaqueros. Era el lugar idóneo para escondernos durante unos días, mientras las cosas se tranquilizaban; además, había sido decisión del Ruso y ante eso, no había otra opción posible.

Cuando aparcamos en la parte trasera del almacén, abrí la puerta del coche y arrastré a África hasta el exterior, ya que se negaba a salir. La empujé para que caminara delante de mí, ante su negativa a moverse, y tuve que sacar la pistola de nuevo para ser más convincente y que empezara a dar un paso tras otro, lentamente. Saludamos a los tipos de seguridad, que se encontraban armados en la entrada, y nos encaminamos hacia el interior, donde nos esperaba Santana.

—¿Qué es esto? —Miró a las chicas con un desprecio inicial que acabó transformándose en un deseo latente en sus ojos—. Vais en busca de Brenan y Naia y me traéis dos preciosidades más para el equipo. ¡Buen trabajo! Aunque… me habría encantado darle su merecido al pequeño Ulloa.

—Tranquilo, volveremos a buscarle —le informé—. Esto no se va a quedar así, pero… nos hemos encontrado con una oportunidad mejor por el camino y no podíamos desaprovecharla. —El deseo de los ojos de Santana se convirtió en incertidumbre por descubrir quiénes eran esas chicas—. Esta es África. Kellan nos cedería todo su imperio sin pestañear solo por salvarla.

—Ah, ¿sí? —Sonrió al ver los cambios de planes—. ¿Más que por su hermano?

—Te aseguro que no permitiría que le tocásemos ni un pelo. Será interesante ver cómo enloquece. —Las comisuras de mis labios se curvaron sin poder evitarlo y África me dedicó una mirada que podría haberme atravesado—. Tranquila, niña, hay tiempo para todo. Y también lo tendremos para nosotros.

Santana le arrancó la mordaza que cubría su boca para que pudiera hablar e hizo lo mismo con su amiga. Allí no tenían opción de escapar y preferíamos escuchar sus súplicas y lamentos; eran música para nuestros oídos.

—Por favor, os darán lo que les pidáis, pero no nos hagáis daño… —empezó Lía.

—Deja en paz a Kellan, Lucho. Él no tiene nada que ver. Todo esto es cosa nuestra.

—¡¿Cosa nuestra?! —Escupí con asco—. ¡¿Cosa nuestra?! —grité al ser consciente de lo que significaban esas palabras—. ¡¡Era cosa nuestra!! Justo antes de que tú te convirtieras en la mayor trepa y traidora de la historia y me dejaras tirado. Era cosa nuestra —repetí con inquina y sin poder contenerme, golpeé su mejilla con fuerza, con toda la rabia acumulada, con esas ganas que se multiplicaron durante semanas, mientras la imaginaba acostándose con Ulloa—. Pero no te preocupes, niña, que volverá a ser cosa nuestra.

Me alejé de ellos con paso firme, sin volver a mirar atrás, escuchando los gritos de su amiga a mis espaldas. Tenía que tranquilizarme y no dejarme llevar por el odio acumulado o, de lo contrario, rompería mi nuevo juguete antes de tiempo. Y no podía consentirlo porque el juego no había hecho nada más que empezar…



Capítulo 28

Eric

Podríamos decir que había sido el peor operativo de la historia. No solo habíamos perdido a uno de nuestros hombres, sino que nos habíamos jugado el pellejo para nada. El Lux estaba vacío, aunque varios indicios nos avisaban de que habían salido corriendo de allí, seguramente por nuestra visita. Eso sí, de las chicas, la droga y las armas no había ni rastro.

Cuando regresamos, el club ya debía de estar cerrando sus puertas, si no lo había hecho ya, por lo que Kellan, Connor, Brenan y yo decidimos ir directos hacia el pazo para una reunión de última hora. Por no hablar de la insistencia del pequeño de los Ulloa en regresar cuanto antes para estar con Naia, a la que habíamos dejado custodiada por dos de nuestros hombres. Brenan estaba pillado hasta las trancas y le entendía… ¿Cómo no iba a hacerlo? Pero solo podía pensar en que esa chica estaba en peligro y juntarse con nosotros no le había facilitado las cosas, ¡al contrario!, así que debíamos protegerla a toda costa.

—Voy a ver a Naia —nos dijo en cuanto cruzamos la puerta del pazo, como esperábamos—. Ahora voy al despacho.

—Tranquilo, puedes quedarte con ella. Nosotros nos apañaremos —le contestó Kellan, intentando sacarle de la ecuación.

—Ahora voy —repitió Brenan, tan testarudo como sus hermanos.

Casi no nos había dado tiempo a entrar en la oficina de Iago, cuando Kellan ya estaba sirviendo tres copas de *whisky*.

—Casi que prefería un café —bromeé para relajar el ambiente.

—Te necesito despierto —sentenció él con firmeza—. Muy despierto. ¡¿Qué cojones significa esto?! —Se dejó caer en el butacón y apoyó los codos en el escritorio, mirándome fijamente, como si yo pudiera resolver todos los problemas. O debería… Se suponía que ese era mi trabajo.

—Que tenemos un topo entre los nuestros.

—Eso ya ha quedado claro, pero… ¡¡quién cojones?! ¡¿Cómo…?! ¿Cómo se nos ha podido pasar por alto?

—¿Te extraña? —cuestionó Connor, resignado, sentándose en el sofá que había bajo la ventana—. ¡Apenas conocemos a esta gente y estamos poniendo nuestras vidas en sus manos! Lo mejor es que vayamos nosotros tres solos y acabemos con todo esto —añadió en su modo kamikaze.

—¡Tranquilo, Robin! Lo mejor sería que a ti te dejáramos en la Batcueva. Así nos ahorraríamos sustos —le provoqué, ganándome un mal gesto de su parte—. Llevo un tiempo pensándolo —dije, de repente, consiguiendo que me miraran con cierto desconcierto al no saber a qué me refería—. Lo del topo. Ya van varias ocasiones en las que he dudado sobre ello… ¿Te acuerdas del desembarco en la playa, Connor? Cuando aparecieron los tipos del Lince y la policía… —Este asintió—. Pensé que podría haber sido un chivatazo de Ramos, pero… ¿cómo se enteró él? Y ahora que Ramos está muerto, ¿quién coño ha avisado a la gente del tal Santana de que íbamos a hacerles una visita? Porque podrían haberse imaginado que iríamos, pero… ¿justo esta noche? Demasiadas casualidades.

—Yo no creo en las casualidades. —Kellan dio un trago de su copa—. ¿Sospechas de alguien?

—Todos son hombres de confianza. Llevaban trabajando para tu padre toda la vida.

—Yo no soy Iago.

—Lo sé, quiero decir… Se supone que nunca le han fallado.

—No me gusta cómo suena eso de *se supone* —recalcó Connor con retintín.

—Yo solo era un segundón.

—Y lo sigues siendo —bromeó este último, provocando que entornara los ojos para mirarle con cierto odio fingido. Connor era un buen tipo; a esas alturas, ya les había cogido cariño y sin verlo venir, ambos se habían convertido en mi familia, en una que me negaba a perder.

—Muy gracioso. Me refiero a que no estaba muy pendiente de si nos traicionaban o no; Iago tenía gente que se dedicaba a eso y si había algún chivatazo, no se repetía. Le ponían fin rápidamente.

—¿Quién podría ser? —preguntó Kellan tras unos segundos en silencio, pensativo—. ¿Hay alguien por quien pondrías la mano en el fuego?

—Por mí —dije con total seguridad y curvó sus labios sin poder evitarlo.

—Lo sé —añadió con complicidad—. Pero… ¿hay alguien de quien no te sorprenderías si nos hiciera algo así?

—Podría ser cualquiera —respondí con sinceridad—. Si algo he aprendido en todos estos años es que hay pocas personas leales, de esas que no se venden a la mínima de cambio.

—Y si algo he aprendido yo durante estos meses es que el dinero no compra y cambia a las personas, solo les ayuda a ser lo que realmente son.

Ambos asentimos, de acuerdo con sus palabras, y mientras estábamos allí pensando en quién podría ser la rata que primero abandonaría el barco, después de haber roído el casco para ver cómo nos hundíamos sin remedio, Brenan regresó de la habitación.

—¿Cómo estaba Naia? —se interesó Kellan.

—Bien, está dormida. ¿De qué hablabais?

—Estábamos intentando resolver los problemas del mundo. —Connor quiso evitar que su hermano siguiera metiéndose en

nuestros asuntos, pero era demasiado tarde; tras su secuestro, estaba metido casi hasta el cuello.

—¿Tú? ¡Me extraña! ¿Quién creéis que ha podido dar el chivatazo?, ¿alguna idea? —Brenan me miró y apreté los labios para no sonreír. Era igual que Kellan, una versión joven de su hermano; en concreto, seis años menor que él.

Iba a contestar, pero el teléfono de Kellan empezó a vibrar sobre la madera del escritorio, provocando que esta retumbara, emitiendo un molesto sonido.

—Número oculto —murmuró al mirar la pantalla y pulsó la tecla verde sin dudar—. Sí —dijo con voz grave al llevarse el aparato a la oreja.

Fui consciente del segundo exacto en el que su gesto se transformó, su rostro se desencajó y su piel perdió todo el color que la llenaba de vida, palideciendo de golpe. No sabía qué había pasado, pero algo gordo. Eso seguro.

Me levanté, como si se tratara de un acto reflejo, y me acerqué al escritorio en cuanto puso el teléfono, de nuevo, sobre él, activando el manos libres. Sentía que debía protegerle de ese pequeño aparato, pero no… Debía protegernos de todo lo que estaba por llegar.

—¿Me estás oyendo, Kellan? ¿O es que no me reconoces? —Al escuchar ese acento andaluz a través del altavoz, mis peores presagios se hicieron realidad.

Miré a mi alrededor, haciendo un recuento rápido; estábamos los cuatro. ¿Y África?, ¿y Daniella?, ¿y Lía? Mierda… Mis piernas me obligaron a salir corriendo hacia el Dark Soul, pero mi mente me pidió que me quedara para escuchar lo que quería ese hijo de puta.

—¿Qué quieres, Lucho? —preguntó Kellan, después de unos segundos en silencio, pensando qué responder.

—No esperabas volver a escucharme, ¿verdad?

—No esperaba volver a escucharte, no. Creía que estabas pudriéndote en medio del Atlántico, haciendo algo bueno por la biodiversidad marina.

—¡Eso es lo que te hubiera gustado! —exclamó—. Pero… ¿sabes? Hay errores que no deberíamos volver a cometer.

—¿Qué cojones quieres?

—Lo que te decía, hay errores que es mejor no volver a cometer. Tú deberías haber confirmado que yo estaba muerto y yo… debería haber comprobado que ella estaba alimentando a esos animales marinos que tanto te preocupan.

«¿Ella? Mierda…».

Kellan se levantó nada más escuchar esas palabras, tensando su mandíbula a punto de estallar, y me susurró un «llama a Afri» casi inaudible, pero no dijo nada más. No podía.

—¡Ha sido una sorpresa, ¿sabes?! Es como… Bueno, ¡¿qué voy a decirte, Kellan?! —dramatizó Lucho—. ¡Reencontrarme con un viejo amor que daba por muerto! ¡Imagínate la emoción del momento! ¡Y las ganas…!

Marqué el número de África lo más rápido que pude, pero no hubo respuesta. El teléfono estaba apagado o fuera de cobertura, por lo que negué con la cabeza y el gesto de mi amigo acabó por descomponerse del todo.

—¡¿Qué es lo que quieres, maldito hijo de puta?! —voceó cuando los nervios se apoderaron de él.

—¡Oye! Tengámonos un respeto, amigo… Por todo lo que nos une —se cachondeó—. Yo te estoy respetando; al menos, de momento. —Se escuchó ruido de fondo, de roces, golpes y cadenas, y los cuatro nos miramos, inmóviles—. ¡Habla!

—Ke… Kellan… —titubeó África al otro lado del teléfono y pude ver la furia ardiendo en los ojos del primogénito—. ¡No vengas, Kellan! ¡No le hagáis caso!

Kellan dio un manotazo a todo lo que tenía a su alrededor, lanzando el portátil hasta el otro lado de la sala, provocando que la pantalla se separara del teclado por el golpe.

—¡¡JODER!! —gritó sin poder controlarse—. África… —murmuró, intentando calmarla—. Tranquila. ¿Estás bien?

—Sí, sí… Estoy…

Un nuevo golpe seguido de un grito aterrador hizo que cada centímetro de mi piel se erizase.

—Escúchame, hijo de puta —pronunció Kellan con dureza, cogiendo el aparato con fuerza, y llevándoselo a los labios, como si

así pudiera escucharlo mejor o llegar a intimidarle—. Como le toques un pelo, te encontraré y haré que desees estar muerto, ¡¿me entiendes?!

—Kellan… Creo que soy yo —recalcó— el que pone las normas del juego. Pero no te preocupes, que no tenía pensado tocarle un pelo, exactamente. —Vi cómo todos los músculos de mi amigo se tensaban y puse una mano en su hombro para calmarle, justo cuando Connor hizo lo mismo, al temer por su vida.

—¡Escúchame! ¡Más te vale…! —gritó, roto por dentro, tratando de mantenerse firme.

—¡Escúchame tú! —le interrumpió—. Dame ese submarino y te devolveré a África. Eso sí, no te prometo que no vaya a entretenerme con ella hasta entonces… Ya sabes, por los viejos tiempos.

En esa ocasión, Kellan lanzó la copa al suelo, provocando que miles de pequeños cristales salieran disparados en todas las direcciones.

—¿Cómo sabes lo del submarino? —preguntó sin poder evitarlo.

—Parece mentira que, a estas alturas, no sepáis que yo tengo ojos y oídos en todas partes. Tenéis cuarenta y ocho horas.

—¿Cuarenta y ocho horas?

—¡Menos de cuarenta y ocho horas, en realidad! Justo cuando recibís la mercancía… ¡Qué casualidad, ¿no?! —murmuró con sarcasmo—. En cuanto ese submarino esté aquí, me traerás toda su carga. No quiero que falte ni un solo gramo, ¿me oís?

—Si quieres ese submarino, no se te ocurra tocar a África. ¡Suéltala y será todo tuyo! ¡Ahora mismo! Te diré las coordenadas, pero suéltala… —De la exigencia pasó al ruego y su tono se fue desinflando poco a poco.

—Kellan, Kellan… —Suspiró—. Ya te he dicho que no estás en situación para dar órdenes. Tráeme el submarino y os devolveré a las chicas. Hasta entonces me distraeré con estos nuevos juguetitos que el norte me ha dado…

¿Chicas?, ¿juguetitos? Mi corazón recibió un intenso pinchazo en forma de presentimiento.

—Te llamaré unas horas antes para darte la dirección donde haremos el intercambio. Ven tú solo o no habrá trato. Me das la mercancía y tú te quedarás conmigo por ellas.

—¿Por ellas? —preguntó Kellan, confundido.

—Dos por uno, es un buen trato, ¿no crees? Eso sí, no tardes demasiado… —Escuchamos ruido a su alrededor, seguido de un estruendo y varios gritos.

—¡¡Kellan!! —chilló África.

—Kellan…

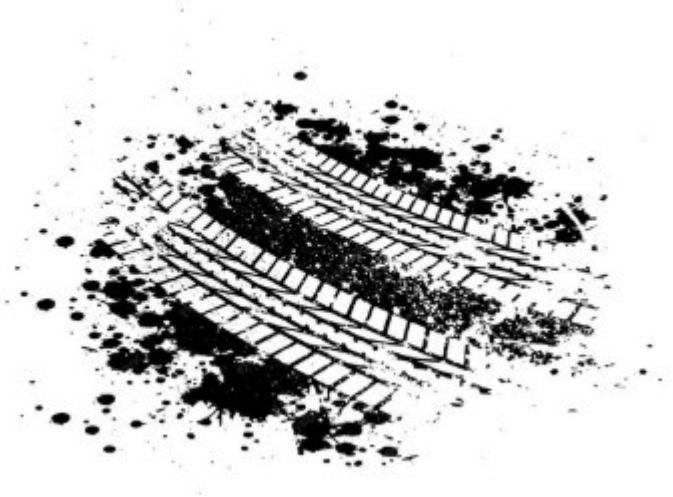
Esa última palabra sonó como un sollozo, pero la identifiqué inmediatamente. Sabía quién era; la persona que menos esperaba y que menos desearía que se encontrara en un lugar como aquel. Lía.

La llamada se cortó, ese último ruego se clavó de forma dolorosa en mi pecho y ralentizó el ritmo de mis latidos, casi hasta pararlos.

Lía…

Connor, Brenan, Kellan y yo nos miramos desconcertados, sin saber qué hacer, hasta que el mayor de los Ulloa empezó a golpear todo cuanto se encontraba a su alrededor. Unas ganas irrefrenables de destrozar cosas y acabar con todo hirvieron en mi interior. ¡¿Qué demonios hacía Lía allí?! Los viejos fantasmas del pasado golpearon con fuerza la puerta y se colaron hasta el fondo, sin pedir permiso, provocando que unas náuseas incontrolables se adueñaran de la boca de mi estómago.

Tenía que sacarla de allí; debía salvarla. Nunca tendría que haberme separado de ella… Respiré profundamente, intentando controlarme, manteniendo la calma porque mientras ellos se desmoronaban, alguien debía seguir al mando. Aunque mi universo acabara de derrumbarse por completo.



Capítulo 29
Brenan

Joder.

No me lo podía creer. Lo último que pensaba era que la pesadilla se repetiría tan pronto y menos aún que, en esa ocasión, les tocaría a África y a Lía vivirla porque solo con imaginarlas en la misma situación que había vivido yo, una presión dolorosa se alojó en mi pecho.

—Era Lía… —murmuró Eric con un gesto que no había visto jamás. Nunca le había visto tan afectado por algo y en ese instante, por su forma de comportarse, supe que esa chica le importaba demasiado.

—¡¿Y Daniella?! —gritó Connor. Sentí cómo su rostro se transformaba al pensar en esa posibilidad, mientras la presión de mi pecho se convertía en una especie de infarto—. ¿No estaría con ellas?

—¿Con quién tengo que estar? —preguntó la aludida al entrar en el despacho—. ¿Qué son esos gritos? ¿Se puede saber qué ha pasado ahora?

—¡Joder, Dani! —exclamó Connor, dando dos zancadas hasta ella para estrecharla entre sus brazos—. ¡Menudo susto me has

dado!

Pude imaginarme su angustia; ese pensamiento que había durado dos segundos escasos, pero que paralizó su mundo ante la mínima posibilidad de que Daniella estuviera también con Lucho. Porque, en cierto modo, yo sentí algo parecido. No podía perder a mi hermana; no ahora que la había conocido.

Connor le dio un profundo beso mientras los demás seguíamos con los nervios a flor de piel.

—Lucho tiene a África y a Lía —dijo Eric mucho más pálido que antes; creo que fue consciente de lo que significaban sus palabras al verbalizarlas.

—¿Lucho?, ¿el ex de Afri? —Daniella también imaginó lo que eso significaba al pronunciarlo. Lo vi en su cara y asentí, temiéndome el peor de los finales por la reacción de mi familia.

—¿Qué hacías tú aquí? ¿Dónde estaban ellas? ¿Cuándo…? —empezó a preguntar Eric, tan nervioso que no sabía lo que decía.

—No… No tengo ni idea —contestó mi hermana—. He vuelto con Naia antes a casa para no dejarla sola. Joaquín y Tino han venido con nosotras; están fuera, vigilando. Creo que… África iba a ir con Lía a su casa, a por ropa, y se iba a quedar aquí esta noche, por si se torcían las cosas en el operativo. Para estar más seguras… —Bajó la mirada al suelo.

—¡¡Joder!! —gritó Kellan, destrozado, haciéndose a la idea de las últimas novedades. Ahora que empezaba a vivir, su historia se derrumbaba como un castillo de naipes tirado por el viento.

—¿Cómo lo sabéis? ¿Quién os lo ha dicho?

—Lucho. Acaba de llamar —le informé—. Él… ¡Él era el andaluz que estaba en el Lux! El que me secuestró junto a Santana —dije atando cabos.

No pude reconocerle porque no le había visto nunca. Es más, creo que tampoco había oído hablar sobre él hasta esa noche, gracias a la obsesión de mis hermanos por mantenerme al margen de sus chanchullos. Pero fue escuchar su acento andaluz a través del manos libres y reconocer su voz.

—¿Y qué quería? Porque me imagino que habrá pedido algo a cambio.

Connor y Kellan se dedicaron una mirada cómplice, en la que el primero le pedía al segundo que no hablara, pero este no pudo dejarlo pasar.

—El cargamento que estamos a punto de recibir. Un submarino hasta arriba de la mejor cocaína del mundo, directo desde Colombia —dijo Kellan, resignado.

—Y a Kellan —añadí al ver que él no se lo contaba.

—¡¿Qué?! No puedes ceder, Kellan —le pidió Daniella—. Sabes que no habrá trato, ¿verdad? —Nos quedamos en silencio, pensando en esa opción—. He visto esto en decenas de ocasiones. En cuanto tengan la droga, os matarán. A los tres.

—No tengo opción.

—Sí, sí que la tienes —dijo ella con dureza—. Tenemos que ir a la policía.

—Si vamos a la policía, las matarán, Dani —murmuró Kellan con una mirada que nunca había visto. Ni siquiera cuando Iago pagaba sus frustraciones a golpes con nosotros.

—Las matarán igualmente si no hacemos algo.

—No podemos ir a la policía. Yo mismo solucionaré esto. Me entregaré y las dejarán libres. —Se autoconvenció, recuperando la compostura y ese papel de líder que le caracterizaba—. Hasta que no las suelten, no les daré el cargamento. Todo saldrá bien.

—¿Cómo cojones va a salir bien si se supone que tienes que ir solo? Estoy de acuerdo con Dani; en cuanto tengan lo que quieren, acabarán con vosotros. Yo no pienso dejarte solo, Kellan —sentenció Connor.

—Ni yo —le apoyó Eric.

—Yo también voy —me uní al grupo.

—¿No lo entendéis? Tengo que ir solo. Si me ven acompañado, las chicas no tendrán la menor oportunidad.

Sabíamos que tenía razón, aunque nos negásemos a aceptarlo, pero seguro que había otra alternativa, otra dirección que tomar, aunque aún no pudiéramos verla.

Daniella alzó las cejas mientras me miraba, de forma disimulada, y me pidió con un gesto que saliéramos del despacho. Allí los ánimos estaban a punto de explotar.

—¿Qué pasa? —pregunté en un susurro cuando cerramos la puerta al salir.

—¿Vienes conmigo?

—¿Dónde? —me interesé como si me estuviera proponiendo un plan que no pudiera rechazar.

—A comisaría. Si hablamos con el inspector Oliveira, seguro que es capaz de organizar un operativo para salvar a las chicas. O para intentarlo, al menos. Me niego a perder a Kellan así; ¡es una misión suicida!

El estómago se me revolvió solo con pensarlo, pero era cierto, esa gente no se andaba con tonterías; disparaban antes de preguntar.

—¿Cuándo vamos?

—Ahora. Mejor no pensarlo mucho; de lo contrario, podríamos arrepentirnos…

Asentí y salimos del pazo sin hacer ruido. Cuando vi a Daniella guardando una pistola en la guantera del coche, recordé su profesión; se me solía olvidar que antes formaba parte de ellos, de la policía. Una media sonrisa se dibujó en mis labios al ser consciente de que así, sin esperarlo, ya estaba metido de lleno en un bando. Porque era verdad que la adrenalina que había vivido en las últimas semanas no la habría conocido jamás viviendo entre motores y aceite.

—Esta vena kamikaze que te ha salido, ¿a qué se debe? Connor es una mala influencia —deduje sin darle tiempo a contestar.

—¡Qué va! Son las hormonas del embarazo, que me llevan por mal camino… —Sonrió con picardía—. Tenemos que salvarlas —dijo, entonces, borrando esa mueca que se dibujó en sus labios, como si hubiera olvidado por unos segundos dónde estaban África y Lía—. Seguro que Oliveira tiene información sobre los escondites de Santana… ¡Tiene que saber algo!

Llegamos a la comisaría en menos de diez minutos, pero durante el trayecto me dio tiempo a ponerla al día sobre todo lo ocurrido en el operativo que habíamos organizado para desmantelar el Lux. Detuvimos el coche en el aparcamiento, que se encontraba en el exterior del recinto vallado de la comisaría, y cuando elevé la

mirada, sentí tal impacto que bien podría tratarse de un meteorito al golpear contra la Tierra. Era él. Él. Estaba delante de mí, a tan solo unos metros de distancia, saliendo de la comisaría con paso firme. Me quedé paralizado, tanto que ni siquiera podía pestañear o articular palabra; tan solo pude seguir sus movimientos hasta un coche cercano.

—¿Qué pasa, Brenan? —se preocupó mi hermana al verme.

—Es él. Él. —Le señalé.

—¿Quién?, ¿el comisario Escobar? —Frunció el ceño.

—¿El comisario Escobar? ¡Es el Ruso!

Daniella abrió los ojos al máximo, casi hasta que sus cejas alcanzaron la línea frontal de su pelo, sorprendida; perpleja, más bien. Aunque no lo estaba tanto como yo. Era imposible… Porque mientras veía a ese hombre, al supuesto comisario Escobar, que rondaba los sesenta años, solo podía pensar en la noche que escapamos del Lux, cuando rescaté a Naia de esa habitación donde se encontraban ambos y en aquel momento en el que él, ignorando mi presencia, deslizaba sus sucios dedos por la suave piel de ella. Recordé cada mueca de desprecio que hizo, cómo la lujuria iluminaba su mirada y ahora, que había descubierto su profesión, solo podía pensar en que ese hombre, que debería velar por la seguridad de las personas, quiso sobrepasarse con Naia, en todos los sentidos de la palabra.

—¡Eh, Brenan! —Dani elevó la voz para llamar mi atención, ya que seguía bloqueado—. ¿Estás seguro?

—Es él, Dani. Es él —repetí, sin creérmelo todavía.

—Vale.

Confió en mí al cien por cien. Me lo demostró en cuanto volvió a arrancar para salir disparada detrás del coche del comisario, del maldito Ruso, cuando vio que este abandonaba el recinto.

—Si me dices que Escobar forma parte de ellos, no podemos fiarnos de nadie. No sabemos hasta dónde puede llegar esto…

Vi el miedo en su rostro, que se reflejó en el mío. ¡¿Cómo demonios iba a estar un comisario implicado en una trama de tráfico de personas, drogas y armas?! Parecía una película de ciencia

ficción, pero era tan real que intimidaba. ¿Dónde coño estábamos metidos?

—¿Le viste? —preguntó cuando empezó a circular detrás del coche del Ruso, dejando varios vehículos entre nosotros para no captar su atención—. Quiero decir, ¿viste a Escobar mientras estuviste allí retenido?

—Es el jefe, Dani. Él es el cabecilla de todo esto y fue él a quien tuve que enfrentarme para rescatar a Naia. Estaba con ella en una habitación…

No quise darle más explicaciones al respecto, pero su mirada me reveló que sabía lo que quería decir porque su rostro tenía escrito un «¡¿Escobar?!» incrédulo en él.

—No me lo puedo creer —murmuró, negando con la cabeza.

—Yo tampoco.

Observé, en silencio, cómo conducía y se adentraba en una carretera secundaria rumbo al norte.

—¿Dónde crees que va?

—No tengo ni idea, pero lo descubriremos.

Pude sentir la tensión con cada latido de mi corazón. No sabíamos dónde nos estábamos metiendo, pero debíamos descubrirlo. Por África, por Lía, por Naia…

Cuando dejamos atrás Finisterre, el coche del Ruso empezó a hacer movimientos sospechosos que nos hicieron temer que se hubiera percatado de nuestra presencia: hizo varios giros a la derecha que terminaron en la posición inicial y se adentró en una gasolinera sin hacer parada alguna. Sabía que le estábamos siguiendo…

—Tenemos que largarnos. —La voz de Dani se perdió en aquellos metros cuadrados, como si el Ruso pudiera oírnos.

No nos dio tiempo a abandonar nuestro objetivo. Cuando pensábamos pasar de largo, ante aquella parada inesperada en la gasolinera, un coche con todos los cristales tintados salió de la misma y se colocó detrás de nosotros. En un primer momento, nos resultó raro, pero cuando vimos que no le perdíamos, comprendimos lo que estaba ocurriendo; acabábamos de convertirnos en el ratón en esa nueva persecución del gato.

Mierda…

—¿Los reconoces? —Miré hacia atrás, pero, debido al efecto tintado de la luna, solo se apreciaban dos siluetas en los asientos delanteros.

—No los veo bien —contesté.

—¡Joder! ¿Qué querrán ahora?

—Ni idea. Acelera, Dani.

Mi hermana me hizo caso y apretó el pedal al máximo, pero no conseguíamos sacarles la suficiente distancia como para dejarlos por el camino. Y cuando parecía que empezaban a alejarse, uno de los tipos se asomó por la ventanilla del copiloto, sacó una pistola y nos disparó, dándonos de lleno en el maletero.

—¡Mierda, Dani! ¡Acelera!

Las curvas nos dificultaban el camino y, aun así, ella apuró cada centímetro de carretera como si llevara toda la vida recorriéndolas.

—¡Coge la pistola de la guantera, Brenan! Pero no saques el cuerpo; saca solo el brazo para intimidarlos.

Hice lo que me pidió y devolví los disparos hacia atrás. Varios de ellos se perdieron por las curvas, pero uno, en concreto, impactó en la luna. No sé si les di, pero ralentizaron el ritmo, aunque siguieron disparando.

La persecución se alargó durante varios kilómetros, justo hasta que una de sus balas reventó nuestra rueda trasera y perdimos el control, dando varios bandazos, de lado a lado de la carretera. Daniella sujetó el volante con firmeza y logró dominar el vehículo, parándolo de forma brusca en el arcén.

—¡¡Joder!!

Empuñé el arma al frente, creyendo que pararían para rematarnos, pero el coche nos adelantó y se perdió en el horizonte, frente a nosotros.

—¿Qué cojones acaba de pasar?

—Alguien quería intimidarnos. Para que sepamos lo que puede suceder —contestó Daniella.

—Sabemos de sobra lo que puede suceder —añadí, consciente de las consecuencias que tenía ese mundo, ya que llegué

a perder la cuenta de los días que estuve encerrado en esa habitación.

—No, no lo sabemos, Brenan. Si esta trama llega hasta el comisario, no sabemos quién más podría estar involucrado —me explicó, pensativa—. Vámonos; tenemos que contárselo a Kellan.

—No, antes debemos cambiar una rueda.

Nos bajamos del coche aún con el miedo en el cuerpo, sintiendo que esa gente podía volver en cualquier momento, por lo que Dani no soltó la pistola mientras me dedicaba a cambiar la rueda.

Cuando regresamos al pazo, no había ni rastro de ninguno de nuestros hermanos por el exterior, así que nos dirigimos al salón, donde les oímos hablar en un tono elevado, como de costumbre.

—¡¿Dónde estabais?! —exclamó Kellan con dureza cuando nos vio aparecer—. ¿No habréis ido donde creo que habéis ido?

Naia, que se encontraba con ellos, se acercó a mí y la estreché entre mis brazos con fuerza, dándole un beso suave que me trajo de vuelta a la realidad.

—Sabemos quién es el Ruso —les informé para evitar el tema y esquivar el enfado de mis hermanos.

—¿El Ruso? —repitió Naia con cierto agobio, lo que hizo que la acariciara con ternura para tranquilizarla.

—Es el comisario Escobar.

—¡¿Qué?!

—¡¿Cómo?!

—No puede ser…

Las expresiones y rostros de asombro no tardaron en llegar, pero no nos extrañó en absoluto. Era una locura…

—¿Me estás diciendo que el puto comisario tiene retenidas a Lía y a África? —gruñó Eric—. Vamos a por él. Ahora mismo.

—¡Quieto, vaquero! —exclamó Daniella, poniéndose delante de él para detenerle—. ¿Qué piensas hacer?, ¿llegar allí y acusarle de algo de lo que no tienes pruebas?

—¿Te parece poca prueba esta? —Señalé a Naia—. ¿Y yo? ¡Joder! Los dos estuvimos con él en esa habitación.

—Es vuestra palabra contra la suya. Y creedme, a la hora de la verdad, la palabra de un comisario vale más que la de un grupo de narcos —nos explicó Daniella—. Que sepamos que Escobar tiene algo que ver en esto nos da un punto de ventaja, pero nada más. ¿Qué creéis que hará si vamos allí a incriminarle? Deshacerse de las pruebas. Y sabéis quiénes son las pruebas, ¿verdad? —Nos quedamos en silencio, negándonos a responder a esa pregunta.

—¿Y qué quieres que hagamos?, ¿quedarnos de brazos cruzados orgullosos de tener ese punto de ventaja? —cuestionó Kellan con sarcasmo—. Si tengo que acabar con todo el planeta para sacar a África de allí, lo haré; me da igual lo que esté en juego. Y si tengo que deshacerme de todo el jodido cuerpo de Policía, no dudaré en ir uno por uno.

Entendía su actitud y no podía cuestionarla. Después de todo, estaba en juego su relación, esa felicidad que llevaba toda una vida buscando.

—¿No tienes a nadie de confianza en esa comisaría? —preguntó Connor.

—Ya no —contestó ella con tristeza—. Además, no sabemos cuántas manzanas de la cesta están podridas, pero encontraremos la manera de sacarlas de allí.

—Ya la he encontrado —pronunció Kellan con esa seguridad típica de él—. Llegue o no llegue ese puto submarino.

No tenía ni idea de la hora que era, pero el sol ya brillaba en lo alto del cielo y después de una noche y una mañana intensas, cargadas de tiros, estaba agotado. Física y mentalmente. Además, esa conversación empezaba a convertirse en un bucle infinito al que no podíamos ponerle solución. Tan solo nos quedaba esperar a que se cumpliera el plazo, por mucho que nos doliera. Y la cuenta atrás ya había comenzado…



Capítulo 30

Naia

Me desperté sobresaltada por los gritos y me levanté de un brinco, con el corazón golpeando mi pecho con fuerza desde el interior. Me costó centrarme, reconocer dónde estaba, temiendo que hubiera vuelto, de cualquier forma inesperada, a ese horror que había sufrido durante toda una vida. Pero no… Estaba en el pazo, a salvo, aunque las voces que oía en el exterior parecieran justo lo contrario.

Caminé hacia la procedencia de los golpes, que acompañaban a los gritos, y acabé en el salón, donde estaban Connor, Kellan y Eric, con unas caras que me avisaban de las peores noticias.

—¿Estáis bien? —pregunté con cierta timidez.

No tenía confianza suficiente con ellos como para que me contaran sus problemas, pero… sentía que debía ayudarles. O que podría hacerlo, de alguna manera.

—¿Te hemos despertado? —Connor se acercó a mí, con gesto preocupado—. Lo siento. En esta casa no tenemos tono de interiores —susurró, haciéndome sonreír.

—¿Qué ha pasado?

Los tres se miraron con complicidad, con esa angustia latente en sus miradas, dudando si contarme la verdad o mantenerme al margen, aunque creo que pensaron que podría ayudarles. Y lo haría.

—Lucho ha secuestrado a África y a Lía.

—¿Qué? —Mi boca se abrió, tan sorprendida como asustada.

—¿Tienes alguna idea sobre dónde han podido llevarlas? —me preguntó Eric.

—No. Yo apenas salí del Lux. Os diría que al Infinity, pero creo que no queda mucho de ese sitio en pie.

—Nada —me informó Connor.

—Si se te ocurre algo… —añadió Kellan, pero no tuvo que decir nada más; solo asentí para que lo diera por hecho.

—¿Y el operativo de esta noche? ¿Pudisteis ver a las chicas? —me interesé al percatarme de que ni siquiera les había preguntado por el tema.

—Allí no había nadie, Naia… Ni un alma.

—¿Y Brenan?, ¿sabéis dónde está? —me preocupé al no verle entre ellos.

—¿Brenan? —cuestionó Kellan con sarcasmo—. Se ha ido de excursión con Daniella. Espero que le hayas visto lo suficiente, porque en cuanto vuelvan, pienso encadenarlos en el garaje. —Vi el enfado en sus ojos y no pude descubrir si lo decía en serio o estaba bromeando, aunque su gesto me decía que no tenía ganas de bromear en esos instantes.

No sé cuánto tiempo permanecí allí con ellos, hablando sobre las posibles formas de actuar o cómo organizar un posible rescate. Por lo visto, tenían menos de cuarenta y ocho horas para que Kellan se entregase, junto a la carga de un submarino que estaba de camino hacia la costa gallega, pero no todo era tan fácil como parecía. Y no tardamos mucho en descubrirlo.

—Tengo que llamar a De la Cruz. Necesitamos que ese submarino esté aquí pasado mañana, sin falta. —Kellan cogió el teléfono y buscó en la agenda su número antes de pulsar la tecla de llamada y salir de la oficina para hablar con él.

—¿Creéis que todo saldrá bien? —Mi voz se hizo pequeña al pronunciar esa frase, casi tanto como me sentía yo en esos instantes.

No me podía imaginar que las chicas estuvieran en la misma situación que había estado yo. Solo con pensarlo un molesto escalofrío recorrió mi columna vertebral.

—Eso espero —murmuró Eric, afectado.

Escuchamos a Kellan discutiendo con el tal De la Cruz al otro lado de la puerta y, unos segundos más tarde, volvió a entrar a la

oficina.

—Apáñatelas como puedas, pero tiene que estar aquí antes de cuarenta y ocho horas. —Se quedó callado un instante, escuchando la respuesta—. Por mí como si tiene que tirar parte de la carga al océano para llegar más rápido, ¡pero necesito ese submarino pasado mañana!

Colgó y nos observó, desencajado.

—¿Qué pasa? —Connor se acercó a su hermano y puso una mano en su hombro en forma de apoyo.

—No cree que pueda llegar a tiempo, pero me da igual. Si tengo que ir a buscarlo a las Azores, lo haré.

Pude sentir la tensión del momento reflejada en cada uno de los músculos del mayor de los Ulloa mientras un sentimiento inexplicable de culpa se adueñaba de mí. O no tan inexplicable… porque, después de todo, si no me hubiera escapado, probablemente, África y Lía seguirían en casa, con su vida normal. Bajé la mirada, casi avergonzada por esa idea que iba ganando peso en mi cabeza, y cuando Brenan entró por la puerta, me acerqué a él para abrazarme a su cuerpo y que me devolviera la calma que empezaba a faltarme.

Perdimos la noción del tiempo en esa oficina, poniéndonos al día sobre los últimos acontecimientos, que no hacían otra cosa más que complicarlo todo. ¿El Ruso era comisario de policía?, ¿cómo demonios un policía iba a traficar con mujeres y agredirlas sexualmente? Y con menores… ¿Y todas las chicas a las que habían matado?, ¿y mi madre? Las náuseas más intensas que había sentido en toda mi vida burbujearon en la boca de mi estómago con intensidad, tanto que me costó retenerlas. Creo que Brenan se dio cuenta de ello porque apretó mi mano con complicidad y susurró sobre mi oído:

—Ven, tengo algo para ti.

Tiró de mí y caminamos de la mano hasta la habitación, donde me estudió con detenimiento, como si fuera la primera vez que me miraba.

—¿Algo para mí?, ¿qué es? —La curiosidad podía conmigo.

—Bueno… He encontrado esto en el Lux. Imaginaba que querrías tenerla.

Brenan me dio una fotografía y en cuanto la vi, mi corazón se encogió sin remedio. Éramos mi madre y yo, cuando solo era una cría, con esa sonrisa inocente que ignoraba la mierda del mundo en el que vivía. Pero ahí estaba, feliz… Una niña feliz por tener todo cuanto necesitaba, feliz por tener a mi madre a mi lado.

—Gracias —susurré al sentir cómo mis ojos vibraban, amenazando con lágrimas—. Muchísimas gracias…

Me abracé a su cuerpo con fuerza, como si fuera un salvavidas en plena tormenta y es que, en cierto modo, Brenan era así, una bocanada de aire en medio de una maratón, un oasis en mitad del desierto, esa persona que desearías tener a tu lado en cualquier momento de tu vida. Y yo tenía la suerte de haberle encontrado… Solo por él, por conocerle, había merecido la pena todo lo que me había tocado vivir hasta ese momento.

—¿Qué tal ha ido?

—Estaba vacío. No quedaba nadie allí dentro… Pero nos estaban esperando. Había un tipo en el tejado; ha matado a uno de los hombres de mi hermano.

—¿Qué? —me preocupé.

—Bueno, eso no es nada. Llevo dos tiroteos en un solo día. Estoy batiendo récords. Creo que en cuanto rescatemos a África y a Lía, me tomaré un descanso y volveré al taller —bromeó para hacerme sonreír, pero no consiguió que se me pasara por alto ese detalle.

—¿Cómo que dos tiroteos en un día? —Arrugué la frente.

—Estábamos siguiendo al comisario para ver si nos conducía hasta las chicas, pero… Se han dado cuenta y han empezado los disparos.

—Espera… ¿Sabían que los estabais siguiendo y os han dejado con vida?, ¿después de descubrir que el comisario forma parte de todo esto? Qué raro, ¿no?

—Eso he pensado yo, pero Daniella cree que no tenemos pruebas contra él. Tendremos que hacerle caso; ella sabe sobre esto… Era policía.

—¿Daniella era policía? —exclamé, asombrada.

—Bueno, lo es, supongo. Además, el Ruso no sabe si os habríamos avisado ya con lo que habíamos descubierto. Matarnos solo le habría complicado las cosas. Y en la comisaría hay cámaras que nos habrán grabado saliendo detrás de su coche. Tiene tanta gente trabajando bajo sus órdenes que no quiere mancharse las manos. Ni le hace falta…

—Joder… ¿Tú estás bien?

—Ahora sí. —Su media sonrisa habló por él y no tardó ni un solo segundo en juntarla con la mía, dándome un beso que necesitaba tanto como respirar—. Llevo toda la noche deseando regresar aquí, contigo… No sabes cuánta falta me haces, Naia.

Un ligero cosquilleo subió por mis piernas y se coló por mi sistema nervioso.

—Brenan… —murmuré sobre sus labios, sintiendo la calidez de su lengua al enredarse con la mía, mientras sus manos acariciaban la piel de mi cintura con deleite.

Cada beso que nos dábamos aumentaba la intensidad, el deseo y la necesidad. Porque necesitaba sentirle cerca, seguir disfrutando de su sonrisa, perderme entre sus brazos para olvidarme del resto del mundo, de todo cuanto nos rodeaba. Y es que por muy mal que estuvieran las cosas, la vida siempre seguía su curso. Menos para ellas… Para África y para Lía.

Tenía que hacer algo. Debía hacer algo.

Se lo debía… A todos ellos.



Capítulo 31

Lía

Había tenido miles de pesadillas a lo largo de mi vida, pero ninguna como aquella. Era demasiado; algo difícil de soportar.

Cuando me asaltaron en el Dark Soul y perdí al bebé que estaba esperando, fue algo momentáneo; una situación traumática que dolió durante meses —y seguía haciéndolo—, pero pasó rápido y no me dio tiempo a digerirlo. En un visto y no visto. No como aquello que estábamos viviendo; una pesadilla en la que teníamos que enfrentarnos a la mirada despiadada e intimidante de nuestros captores constantemente, sin saber cuándo llegaría el final.

Desde que nos secuestraron y nos encerraron en esa nave, no pude dejar de pensar en la cantidad infinita de errores que había cometido a lo largo de los años, ya que uno de ellos pudo ser el que me llevó allí. Sin embargo, el peor de todos esos errores fue el último: follar con Eric en las duchas del DS. ¡¿A quién se le ocurre?! ¡¿Había perdido la cabeza?! No podía negar la atracción, más que evidente, que tiraba de nuestros cuerpos para unirlos cada vez que nos cruzábamos, pero de ahí a caer en el embrujo de su mirada azul de nuevo, había un largo camino. Un largo trayecto que me había saltado a lo loco para acabar sintiéndole una vez más. Una vez más,

pero la última. Eso decidí en cuanto salí de ese vestuario, que no volvería a tropezar con la misma piedra. Aunque fueron dos veces las que casi me comí el suelo por culpa de la maldita piedra, me juré a mí misma que acabaría con esa maldición de «no hay dos sin tres» que me torturó desde ese instante.

No podía negar que me atraía —un montón, además—, pero podría ocurrirle a cualquiera que le tuviese delante. Porque no solo era su gesto fruncido, por norma general, que escondía ese azul profundo de su mirada, sino su rostro serio y su forma de cruzar los brazos —marcando bíceps— cada vez que analizaba a alguien, su instinto protector que le ponía en peligro cada dos por tres o esa manera de jugarse la vida por los suyos, junto a esa lealtad innata que le caracterizaba. Era él, en general. Y esa forma de observarme, desde la distancia, como si fuera el jodido centro de su Vía Láctea, ese en torno al que giraba todo. Era increíble…

«Un capullo increíble que te abandonó cuando más le necesitabas», me recordó mi memoria, tratando de acabar con ese «no hay dos sin tres» que se repetía en mi mente. Y es que cuando Lucho llamó a Kellan para ofrecerle un trato, un submarino y él a cambio de nuestras vidas, deseé, por un momento, poder cometer ese error, del que se suponía que me arrepentía, una y otra vez. Deseé escuchar su voz en esa llamada, oír cómo amenazaba a los tipos que nos tenían retenidas y les juraba que acabaría con el mundo si nos ponían un dedo encima. Eso no sucedió, Eric ni siquiera se inmutó, pero sabía que estaba allí. Lo juro, pude sentirlo.

No sabía lo que había ocurrido, pero desde aquella llamada, no recordaba nada. Tal vez, nos drogaron o nos golpearon hasta que perdimos el conocimiento; al rebuscar entre mis recuerdos, no había nada. La neblina más densa que había experimentado nunca se coló en mi memoria hasta que abrí los ojos y me vi encerrada en una sala oscura y pequeña de aquella nave. Me imaginé que seguíamos en aquel almacén abandonado porque las ventanas sin cristales eran similares a las que había cuando llegamos y sus paredes agrietadas de hormigón eran las mismas. Sin embargo, en la habitación en la que nos encontrábamos, no había luz; por lo que vimos a través de esas ventanas, ya había oscurecido y la única iluminación era la que

entraba a través de la rendija de la puerta, que habían dejado ligeramente abierta. Estaba atada por las muñecas a una pesada cadena que colgaba del techo y apretaba mi piel con tanta fuerza que llegué a sentir cómo se incrustaba en ella.

—Joder… —murmuré, moviéndome, como si eso fuera a liberarme de ella.

—Lía, ¿estás bien? —se preocupó África. Solo cuando habló, me di cuenta de que seguía a mi lado. Estaba en la misma posición que yo, colgada por sus manos a la altura suficiente como para que sus pies rozaran el suelo, encontrándose casi de puntillas.

—¿Qué es esto, Afri?, ¿qué quiere esta gente?, ¿por qué han ido a por ti?, ¿de qué te conocen? —empecé a preguntar al ver que estábamos solas.

—Es… es una larga historia. —Se revolvió como yo, tratando de sacar las muñecas para liberarlas de la cadena—. Pero tranquila, no te harán nada.

—¿Que no me harán nada? ¿Tú has visto a esos tipos? —Viejos recuerdos se colaron en mi mente, provocando que tirara más fuerte de mis brazos.

—Tranquila, Lía. Todo saldrá bien. Kellan nos sacará de aquí.

Donde ella dijo «Kellan», yo escuché «Eric». No sabía por qué, en esos instantes, solo podía pensar en él. Y desear que apareciera…

—¿De qué los conoces? ¿Por qué a nosotras?

—Bueno… Lucho es un viejo conocido.

—¡¿Un viejo conocido?! —se quejó el tal Lucho al entrar en la sala y escuchar las palabras de mi amiga—. ¿Así es como me definirías? —Se carcajeó—. Pues verás, rubia… —se dirigió a mí—. No soy ningún conocido. Durante muchos años, lo fui todo para ella: su familia, su amigo, su jefe, su novio… —Dio vueltas a mi alrededor —. Planeamos un futuro juntos y… ¿sabes cómo me lo pagó? ¡Dejándome tirado por Ulloa!

—¡Deja de inventarte la historia! —gritó Afri—. Quisiste matarme cuando yo aún estaba trabajando con Iago, jugándome el pellejo por los dos.

—Cierto, lo intenté, pero esta vez, no fallaré. —Se acercó a ella.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté, esperando que cambiara de opinión—. ¿Dinero, droga, negocios? Kellan te dará lo que le pidas, pero suéltanos.

—¿Qué es lo que quiero? —cuestionó con sarcasmo, acercándose demasiado a África, provocando que me arrepintiera de esa pregunta al instante—. Lo único que quiero ahora mismo es volver a hundirme en ti tan fuerte y con tantas ganas que parezca que el mundo se va a acabar mañana… —murmuró con voz grave sobre la piel de mi amiga, haciendo que ella se apartara todo lo que le permitió la cadena—. Quizá, tengamos que grabarlo para que Kellan vea que no puede darme nada que no tenga ya. —Aspiró su olor y deslizó sus labios por el cuello de Afri.

No lo vi venir, pero esta elevó una de las piernas, como pudo, le dio un rodillazo en la entrepierna, provocando que Lucho se encorvase de dolor, y le escupió con una mezcla de asco y rabia que inundó el ambiente.

—Así que estas tenemos, ¿eh? —masculló enfadado cuando se incorporó.

La escaneó de arriba abajo durante unos segundos, con tanto deseo como desprecio en sus ojos, justo antes de que cogiera impulso y la golpeara con toda la fuerza que pudo. Vi cómo África intentó contener un grito de dolor mientras un hilo de sangre salía de sus labios, pero cuando un nuevo manotazo desplazó su cara en la dirección contraria, un alarido se escapó directamente desde su garganta.

—¡Nooo! ¡Déjala! —le rogué al sentir el sufrimiento de mi amiga.

—Tranquila, rubia. Esto no ha hecho nada más que empezar. Además, en unas horas, tendremos a vuestro amiguito por aquí. —Una sonrisa maliciosa se dibujó en sus labios al imaginarlo—. Y voy a dejarme lo mejor para entonces… Estoy seguro de que le encantará disfrutar de todo esto en directo.

En esa ocasión, el golpe fue para mí. El dorso de su mano chocó con dureza contra mi mejilla, provocándome un ardor

insoportable. Se alejó hacia una mesa, ubicada en una esquina, y sacó una jeringuilla. Mis ojos le siguieron con recelo, temiendo que fuera para nosotras, y África se removió en su sitio, nerviosa, tratando de evitar el pinchazo. Lucho la sujetó por el mentón con fuerza y clavó la aguja en su cuello, haciendo que quedara inconsciente en solo unos segundos.

—¡¿Qué es eso?! ¡¿Qué le has hecho?! ¡¡África!!

—Tranquila, preciosa, que hay suficiente para las dos. Así nos ahorraremos los sustos, que os entren las ganas de huir y tenga que mataros antes de tiempo. Sería una pena que Kellan se perdiera el espectáculo…

Recuerdo que me resistí, que intenté luchar contra su agarre, pero esa neblina espesa se volvió a colar en mi mente de forma incontenible. La calma más absoluta se adueñó de mi organismo y una paz fuera de lo normal me embriagó por completo hasta que él se abrió paso entre esa niebla con un paso heroico que acobardaría a cualquiera y con esa mirada capaz de arrasar con el mundo para mantenerme a salvo. Él.

Eric entró en la habitación y yo me revolví, angustiada, para liberarme de las cadenas y correr hacia él. Intenté hablar, pero no podía, aunque no hacía falta. Él se acercó a mí, sujetó mi rostro con su mano derecha y se adueñó de mi boca con decisión; toda la que a mí me faltaba. Su lengua se coló para enredarse con la mía con maestría y sus movimientos expertos me llevaron a la locura con un solo beso. Y es que la suavidad de un tipo fuerte como él a la hora de tratarme, como si fuera frágil y estuviera a punto de romperme o como si me considerara el mayor de los tesoros, era una de las cosas que más me gustaban de él. Necesitaba tocarle, sentir su piel dura y cálida, pero mis manos seguían atadas sobre mi cabeza y mi boca no podía articular palabra. Eric la dejó atrás, se deslizó por mi cuerpo, dejándose caer hasta el suelo para quedarse de rodillas a mis pies. Se deshizo de mi ropa, que cayó hasta mis tobillos, y su cabeza se hundió entre mis piernas con una determinación que me hizo caer directa al abismo… Solo como él sabía.

…

«Eric… Eric, ¿dónde estás?».



Capítulo 32

Naia

Los nervios estaban a flor de piel y con cada segundo que pasaba, se multiplicaban. Kellan estaba desencajado, pero seguía ejerciendo su papel de líder, a pesar del sufrimiento que llevaba por dentro y que no le dejaba pensar con claridad. En un primer momento, decidió que el Dark Soul no volvería a abrir hasta que la situación estuviera controlada, pero Connor logró convencerle, diciéndole que lo mejor era seguir con normalidad y organizar una reunión con todos sus hombres para llevar a cabo el operativo del submarino. Así que el club abrió sus puertas, pero la noche fue muy distinta a las demás. No hubo sonrisas ni buen rollo; al contrario, todos estaban en tensión, con los teléfonos móviles en las manos por si recibían noticias. Y Eric… andaba con la cabeza en otra parte, sin más, como si sus pensamientos estuvieran muy lejos de allí.

Yo no podía dejar de pensar en ellas. Sabía lo que era vivir con esa gente; me había tocado experimentarlo de primera mano durante años, por eso, dudaba que estuvieran bien. Además, sabía que Daniella tenía razón y en cuanto no les sirvieran para nada, acabarían con ellas. Y también con Kellan…

Esos pensamientos me torturaban por dentro y convirtieron a la culpa en una dura compañera de aventuras que me llevó a tomar una decisión precipitada; la misma que cambiaría nuestro destino. El de todos. Pero no había marcha atrás. Tenía que hacerlo; se lo debía. O de eso quiso convencerme mi mente durante toda la noche. Y más aún después de la pesadilla que había tenido.

Me acosté junto a Brenan, en su cama, como cada noche y después de enredar nuestros cuerpos de todas las maneras físicamente posibles, caí rendida entre sus brazos. No había nada como estar entre ellos: su aroma me abrazaba en la noche, nuestras almas encajaban como no lo habían hecho nunca y la protección que sentía a su lado me avisaba de que había encontrado mi lugar. Pero fue cerrar los ojos y volver la incertidumbre, los escalofríos, el terror…

Tenía unos diez años y estaba sentada en el borde de la piscina del Lux, chapoteando con los pies en el agua, sonriendo, ajena aún a la maldad que había a mi alrededor. Un coche oscuro entró en el jardín y se detuvo frente a la puerta, derrapando, justo antes de que dos tipos salieran de él. No los había visto nunca hasta entonces, pero a partir de aquel día se hicieron habituales por allí.

—¿Qué pasa? —Saludó uno de ellos a Santana con un apretón de manos—. ¿Tenemos todo organizado para esta tarde?

—Estamos en ello. En un par de horas estará todo listo. ¿Cuándo llegarán nuestros invitados?

—Hemos quedado con ellos a las ocho en punto —le informó el primero—. Ya sabes cómo son nuestros amigos mexicanos; no hacen negocios con cualquiera, así que necesitamos que todo esté perfecto.

—No te preocupes, lo estará. Yo mismo me ocuparé de ello.

Los recién llegados accedieron al interior del edificio y unos segundos más tarde, salió el Lince, ese que se suponía que era mi padre, aunque no me dedicara ni dos palabras seguidas a lo largo del día.

—¡Lince! —le gritó Santana desde la puerta—. A las ocho estarán aquí nuestros nuevos socios, así que saca de aquí a esa niña.

—Tranquilo, la dejaremos encerrada en su habitación. —Arrugué la nariz al oírle.

—¿Qué parte de sácala de aquí no entiendes? Arteaga se paseará por cada habitación del Lux como si esta fuera su casa. Lo que menos querrá es verla convertida en un patio de juegos. Ya te

dije que nos tendríamos que haber deshecho de ella y de su madre hace tiempo —dijo con dureza.

—No te preocupes; la dejaré en Lires.

En aquel momento, no supe a qué se refería ni qué era Lires, pero una hora más tarde, cuando me metió en el coche, enfadada y casi a la fuerza, vi un cartel en la carretera que anunciaba «playa de Lires» y mi rostro se iluminó. La inocencia, supongo. Pensé que me llevaría a jugar con la arena, a hacer castillos o a saltar las olas, como se suponía que hacían los niños con sus padres, y cuando se alejó de la costa y se adentró en la maleza, siguiendo la ría, supe que nunca lo haría. Creo que es algo que supe desde siempre, pero, como niña que era, tenía esa esperanza de que algún día me dedicara el tiempo que me merecía y se convirtiera en un padre ejemplar. O en un padre, al menos. Sin embargo, al llegar a una nave enorme, con aspecto de viejo astillero, abrió la puerta del coche, se bajó y me invitó a salir.

—Vamos —me ordenó sin mirarme. Podría apostar un brazo a que ni siquiera sabía de qué color eran mis ojos—. Hoy te quedarás aquí. Y no se te ocurra hacer ruido.

Abrió la puerta automática con un mando y antes de que se elevara sobre nosotros, insistió:

—No se te ocurra hacer ruido o vendremos a buscarte. Mañana volverás al Lux.

Me empujó dentro casi sin fuerza, con un toque que supuso el roce más delicado que me había dedicado nunca, y me lo tomé como una caricia por su parte, como si después de todo, me tuviera cierto aprecio. O eso quiso pensar mi mente inocente. No obstante, cuando la puerta se bajó y la oscuridad y la soledad regresaron a aquel viejo almacén, me convencí de que nunca, jamás, tendría ni querría un padre como aquel.

...

Me desperté sobresaltada, sintiendo que me encontraba aún en aquella nave solitaria en la que no dejé de escuchar ruidos durante toda la noche. Sin embargo, los brazos de Brenan me estrecharon contra su cuerpo y al sentir su torso firme moviéndose lentamente al respirar, pude tranquilizarme. Pero solo unos segundos

porque así, sin esperarlo, algo hizo clic. La ría de Lires… Tenía que probar allí.

Por ese motivo, esa noche me ofrecí para echar una mano en las barras del Dark Soul; era la única forma de quitarme la vigilancia de encima y llevar a cabo mi plan. Era ahora o nunca. Y debido a la ausencia de Lía y Afri, no pudieron negarse; me necesitaban.

Lo que no esperaba era que me movería como pez en el agua entre aquellas cuatro paredes. Y aunque estuve esperando el momento perfecto para largarme durante toda la noche, un sexto sentido me pedía que me replantease mi decisión. Ahora que por fin tenía una familia, no podía irme y perderlo todo.

«Por eso mismo; porque es tu familia, debes hacerlo…» me susurró mi mente.

Iba a salir de la barra, totalmente decidida, cuando sus ojos me saludaron desde la distancia mientras se acercaba a mí.

—¿Cómo va su primera noche de trabajo, señorita? —dijo como saludo.

—Genial… Este sitio es genial —murmuré casi sin poder articular palabra, con un nudo en la boca del estómago, temiendo que su presencia me echara para atrás en mi decisión—. ¿Qué tal todo por ahí arriba? ¿Cómo está Kellan?

—Fatal —sentenció sin pensar—. Está pensando en acabar con todo el Planeta para recuperar a África. —Se acercó a mis labios y susurró sobre ellos—: Ya le he dicho que no puede hacerlo. El mundo debe seguir girando solo para devolverte todas las sonrisas que te debe. —Mis comisuras se elevaron antes de que encajara su boca con la mía—. Así que tranquila, que no lo permitiré —bromeó sin separarse—. Solo venía para comprobar que estás bien… —Volvió a besarme, negándose a alejarse. Yo tampoco quería que se separara lo más mínimo; no estaba preparada para despedirme. Ni para darle el último beso.

—Estoy bien.

—Vale, puesss… Entonces, vuelvo arriba, con mis hermanos, pero nos iremos pronto a casa. Te lo prometo.

—Estoy deseándolo.

Me guiñó un ojo antes de regresar por donde había venido para volver al despacho del piso superior. Le observé mientras se marchaba y ese nudo de mi estómago se hizo tan intenso que me cortó la respiración. No estaba preparada, no, pero había llegado el momento.

Cogí una libreta y un bolígrafo de la barra y me dirigí a los vestuarios. Cerré la puerta para evitar que me vieran allí y mordí el final de la caña del boli, pensando qué escribir. Nunca había tenido que despedirme, ya que no me lo habían permitido, pero cuando me lo imaginaba, no me parecía tan difícil. Y fue una de las cosas más complicadas que había hecho nunca, casi tanto como entregarme.

Brenan,

Gracias. Gracias por llegar para salvarme, por enseñarme que la vida merece la pena, por dejarme conocer lo que es una familia y dejarme ser parte de la tuya, por quererme, enseñarme lo que es el amor y hacerme sentir la persona más especial y afortunada del planeta. Lo siento, pero tengo que hacer esto. Lía y África están así por mi culpa y necesito hacer algo… Sé que todo saldrá bien, pero si no es así, recuerda que te quiero. Tanto como para hacer esto.

Naia.

Dejé la libreta sobre el banco de madera del vestuario y salí de allí corriendo, temiendo que alguien me viese y me detuviera en mi objetivo. Me adentré en el pasillo que conducía a la salida de emergencia y cuando crucé la puerta y me vi en el callejón lateral del club, un escalofrío cargado de incertidumbre me recorrió de arriba abajo. Había dejado todo organizado en el pazo y cogí algo de dinero antes de salir, por lo que corrí hasta la calle principal y paré un taxi para dirigirme a mi nuevo destino.

—A Lires, por favor.

En otro momento, habría temido que el taxista fuera un conocido de Santana o de los suyos y que acabara retenida en cualquier otro lugar, pero ya no tenía nada que perder.

Permanecí todo el trayecto en silencio, observando por la ventana el oscuro paisaje que nos rodeaba, y cuando llegamos al lugar que le había indicado al conductor, le pagué y me bajé para caminar sin rumbo por la ría. Recordaba aquel sitio con el que había

soñado a la perfección; sobre todo, el miedo que pasé allí sola durante toda una noche, pero no sabía dónde se encontraba con exactitud. Por eso, le pedí al taxista que me dejara en la playa y empecé a seguir la dirección de la ría.

A pesar de la oscuridad, no tardé demasiado en localizar la nave, aunque no estaba igual que la recordaba. Su fachada estaba ligeramente oxidada y los árboles que la rodeaban, casi la cubrían en su totalidad por su espesor. Pero allí estaba…

Me acerqué con paso firme hacia la entrada, con una fingida seguridad, que no pude encontrar en ningún rincón escondido de mi organismo, pero debía demostrarles que sabía lo que estaba haciendo, aunque no lo supiera en absoluto.

Cuando llegué a la puerta, me encontré con un rostro conocido; uno de los hombres con los que había crecido estaba sentado en una roca, afilando un palo con una navaja y al verme allí, se levantó extrañado, estudiándome como si fuera un fantasma.

—¡Vaya, vaya! ¡¿A quién tenemos por aquí?! El jefe se alegrará mucho de tenerte de vuelta.

No contesté. No podía. Me quedé allí, de pie, esperando una reacción por su parte. El hombre abrió una puerta pequeña, situada junto a la grande automática, y echó un vistazo rápido en su interior.

—¡Santana! Eh, Santana, ven, ¡que tengo una sorpresa! —gritó antes de girarse hacia mí.

No pasó ni un minuto hasta que el aludido salió, se colocó frente a mí, tan cerca como para poder oler el aroma de su colonia, y con una mueca intimidante, acompañada de una sonrisa que podría poner a temblar a cualquiera, murmuró, asombrado:

—Bienvenida a casa, Naia. Bienvenida a casa…



Capítulo 33

Connor

Mantener el control de todo cuanto gira a tu alrededor, más tu propio autocontrol, cuando tu vida se desmorona, es prácticamente imposible, un objetivo difícil de conseguir. Y si encima tienes como responsable de ello a alguien como yo, tu existencia puede acabar convirtiéndose en un verdadero caos. Porque cuando pensábamos que todo estaba perdido y roto, nuestro mundo acabó desintegrándose casi por completo.

Nos pasamos toda la noche intentando convencer a Kellan de que no podía ir él solo en busca de ese submarino y mucho menos, entregarse a Lucho. Pero mi hermano era muy testarudo y pensaba cargar con toda la responsabilidad a sus espaldas, como siempre.

—¿No ves que es imposible que descargues tú solo ese submarino? —cuestionó Eric, molesto por su terquedad.

—No estaré solo. Los hombres de De la Cruz están ahí dentro, no lo olvides.

—Es imposible que descargues tú solo toda la mercancía en la orilla —le apoyé—. Imposible. Deja que te acompañemos hasta entonces. Luego encontraremos la manera de no perderte de vista.

—He dicho que no. Si aparecéis por allí y les pasa algo a las chicas, será culpa vuestra.

—Y si no aparecemos y os matan a los tres, también. Te recuerdo que África es mi hermana; no voy a permitir que la toquen. Así que prefiero arriesgarme —contesté fanfarrón.

—No me toques los huevos, Connor.

—Yo estoy con ellos —sentenció Brenan cuando regresó de su paseo por el club. Estaba seguro de que había ido a ver a Naia; estaban en ese momento de la relación en el que cada segundo separados era una verdadera tortura. Le entendía perfectamente—. No puedes ir solo.

No hicieron falta palabras, con la mirada que le dedicó, le respondió; aunque seguimos hablando sobre el tema e incluso llamando al mismísimo De la Cruz para comprobar si el submarino llegaría a tiempo. Por lo visto, en menos de veinticuatro horas, alcanzaría las Azores, lo que le dio a mi hermano cierta tranquilidad.

Apenas había colgado cuando su teléfono empezó a sonar sobre el escritorio. Miró la pantalla, pensando que sería De la Cruz para comentar algún detalle olvidado, y cuando vio ese número oculto en el aparato, su gesto se transformó.

—Sí —dijo al responder.

—¡Kellan! ¡Kellan, por favor! —gritó África y mi estómago se encogió. No quise imaginar lo que sintió él al escucharla.

—África… —susurró y Eric dio un paso al frente, acercándose al móvil para no perderse detalle de la conversación.

—Kellan, por favor, ven pronto. —Su voz sonó a ruego y pude sentir sus lágrimas cayendo por su rostro al pronunciar esas palabras.

—Ya voy. Ya voy, pequeña. Aguanta… —Kellan agarró el teléfono y lo puso frente a su rostro, como si así la tuviera más cerca.

—Tampoco tengas tanta prisa, ¿eh? Las estamos cuidando muy bien. Demasiado, diría yo —masculló Lucho con sarcasmo—. ¿Qué tal, Ulloa? ¿Tienes lo mío?

—Voy a acabar contigo, Lucho. Dalo por hecho —murmuró con furia, tensando su mandíbula al máximo.

—Si yo fuera tú, sería un poco más amable, ¿sabes? Porque aquí hay dos preciosidades que pueden pagar tus malas palabras.

Eric dio un paso al frente y se acercó a Kellan, mostrándole su apoyo.

—Aún no tengo el cargamento. Me diste cuarenta y ocho horas.

—Estás en el tiempo de descuento. Por eso te llamo…

—¿Qué quieres?

—Me imagino que tu padre tendría camiones; de esos en los que transportaba esa madera de calidad de la que tanto presumía… Guarda en uno de ellos la mercancía. Mañana por la noche, te llamaré para decirte el lugar del intercambio. Si vienes acompañado, las mato. Si me engañas, las mato. Si no me das toda la coca, adivina… —Hizo una pausa dramática—. Sí, las mato.

—No puedo hacer el desembarco yo solo. Son demasiadas toneladas para un hombre.

—Me importa una mierda como hagas el desembarco, Kellan. Me importa una mierda si te pones a pilotar tú ese maldito submarino y te metes en la costa. Como no vengas solo al punto acordado, están muertas. —Brenan, Eric y yo nos miramos con complicidad. No hacía falta decir nada—. ¿Entendido?

—Entendido.

—Mañana te llamaré para darte la ubicación. Espero, por el bien de África, que no me la juegues… Y no se te ocurra aparecer armado.

No le dio tiempo a contestar, Lucho colgó sin darle opción a decir nada más.

—Maldito hijo de puta… —Brenan negó con la cabeza, repasando la conversación.

—Iremos contigo —sentenció Eric—. Te ayudaremos a guardar la droga en uno de los camiones. Si lo que quiere es ese

cargamento, le daremos cada gramo, pero lo tuyo no es negociable, Kellan. Te matará en cuanto te entregues.

—No. No lo hará.

Por cómo lo pronunció, supe que Kellan tenía un plan en marcha. Le conocía demasiado bien como para saber que no se entregaría así como así, pero él también sabía que yo no le dejaría que lo hiciera. Así que estábamos en problemas; metidos de lleno en un rompecabezas que descubriríamos sobre la marcha, fruto de la improvisación. Él no me diría lo que tenía en mente, pero yo tampoco… No hasta llegado el momento.

Nos pasamos la noche allí reunidos, los cuatro, siguiendo los movimientos del submarino mediante una comunicación continua con De la Cruz. Desde que supimos que teníamos un topo en la banda, decidimos que lo mejor era trabajar solos, sin contar con ninguno de nuestros hombres. Sin embargo, los necesitaríamos para el operativo… O aquello se convertiría en una masacre en la que no tendríamos ninguna opción de sobrevivir.

En una de las continuas visitas de Brenan a Naia, este regresó exaltado; solo con verle aparecer, por su rostro, supe que algo había pasado. La vida no nos daba tregua alguna.

—Naia se ha largado —nos informó, enfadado, lanzando una libreta sobre el escritorio—. ¡Mierda! ¡Debería habérmelo imaginado! —exclamó.

—¿Cómo que se ha largado? ¿Adónde? —Kellan cogió las hojas y leyó una nota que estaba escrita en ellas—. Joder…

—¿Dónde ha ido? —me preocupé.

—Se siente culpable por lo de Afri y Lía. Ha vuelto con ellos para que las liberen. —Mi hermano pequeño dio vueltas por la oficina, analizando la situación—. ¡Joder! ¿Cómo puede pensar que las dejarán libres si ella vuelve? ¡Es de locos! Las retendrán a las tres o… A Naia la matarán. —Nos quedamos en silencio, mirándole, pensando en esa opción—. ¡Mierda! Tenemos que encontrarla antes de que llegue donde haya ido.

—Vamos. Voy contigo. —Eric le dio una palmada en el hombro para hacerle reaccionar.

Ambos salieron del despacho con paso rápido para no perder ni un segundo, mientras que Kellan y yo nos quedamos allí para seguir en contacto con De la Cruz y decidir cómo actuaríamos al día siguiente. Porque el tiempo se nos echaba encima y la cuenta atrás estaba a punto de terminar.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Tú? —Elevó la comisura derecha de sus labios en una media sonrisa cargada de suficiencia—. Mantenerte a salvo.

Lo sabía. Sabía que esa sería su respuesta porque ese fue su objetivo principal desde que Brenan y yo nacimos. O desde que nuestra madre falleció y nos quedamos solos en el mundo. Pero se había olvidado de una cosa: de que yo era impulsivo por naturaleza.

Y no pensaba ponérselo fácil. Nada fácil…



Capítulo 34

Eric

Si las cosas podían complicarse más aún, lo estaban haciendo. Cuando vi que Naia se había marchado, ni siquiera me lo pensé. Lo primero porque debíamos encontrarla; si Lucho lo hacía antes que nosotros, sería su final. Con total seguridad. Y lo segundo, por Brenan. Podía hacerme una idea de cómo se sentía al perder a la persona más especial de su vida y no quería que sintiera lo mismo que llevaba viviendo yo durante años. Esa angustia que te oprime el pecho y no te deja respirar o ese sinvivir constante de saber que tienes que convivir con la persona a la que quieres, pero debes seguir adelante sin ella. Por ella. No se lo recomiendo a nadie…

Por eso me lancé al vacío y me ofrecí a acompañarle, aunque estaba seguro de que no la encontraríamos, ya que no sabíamos cuándo se había marchado ni dónde.

—Mierda… —murmuró Brenan, tan resignado como preocupado, después de dar mil vueltas por los alrededores del Dark Soul e incluso de adentrarnos en algunos caminos cercanos—. ¿Cómo he podido permitir que se haya marchado?

—Porque no lo sabías.

—Si fuera como mis hermanos, lo habría sabido a tiempo y no lo hubiera permitido.

—¿Por qué dices eso? —Fruncí el ceño, confuso—. No tengo que recordarte dónde está África, ¿verdad? —Negó con la cabeza—. Y ahí tienes a Kellan. Al pie del cañón.

—Es Kellan —respondió como si solo por su nombre, se diera por hecho.

—Y tú eres Brenan. —Le dediqué una mirada fugaz cargada de complicidad, sin apartar demasiado la vista de la carretera—. Y no tienes nada que envidiar a tus hermanos. Es más, tienes lo mejor de ambos.

—¿A qué te refieres?

—A que te has quedado con la impulsividad y la sangre de kamikaze de Connor y, a la vez, la serenidad y la mente analítica de Kellan. Eres una bomba, Brenan. Por eso, tus hermanos no quieren que enciendas la mecha, porque toda tu vida podría saltar por los aires.

—Demasiado tarde para eso, ¿no crees?

Conduje por una autovía cercana, por si Naia había ido andando por ella, y llegamos hasta Finisterre, pero era imposible que le hubiera dado tiempo a ir hasta allí. Imposible si hubiera ido andando, claro. Por lo que regresamos al pazo antes de lo que esperábamos. Y con los ánimos bajo mínimos.

Las siguientes veinticuatro horas fueron intensas, por decirlo de algún modo. No pude dejar de pensar en Lía ni un solo segundo, dándole vueltas a si estaría bien, provocando que las ganas de verla, y de besarla, se multiplicasen más todavía. Si es que eso era posible… Tampoco pude olvidar mi última conversación con Daniella ni dejar de darle la razón. Necesitaba a Lía; la necesitaba más de lo que nunca habría podido soportar. Ahora que estaba lejos y era imposible verla, había descubierto que sin ella, no podía respirar.

Además, si de algo me había convencido en los últimos días era de que la única forma de que los míos estuvieran a salvo, era manteniéndolos a mi lado. Y creo que ese fue el motivo principal por el que prometí que si Lía lograba salir de aquel sitio, me esforzaría

cada día por recuperarla, para no separarme de ella ni un solo instante.

Fue un día difícil, aunque tratamos de mantener la calma. Sabíamos que nuestras vidas estaban en juego y que, con total seguridad, alguno de nosotros se quedaría por el camino, pero al mismo tiempo, necesitábamos que llegara el momento, descubrir dónde estaban las chicas y, sobre todo, sacarlas de allí. No había hablado con Connor, pero sabía que tenía algo en mente, un plan para evitar que Kellan se inmolara como un maldito kamikaze, justo lo mismo que habría hecho él, así que únicamente lo dejaría estar y me dedicaría a improvisar. Después de todo, ya no tenía nada que perder.

—Nos vamos —sentenció Kellan cuando llegó la hora, convencido, por fin, de que le acompañaríamos en la búsqueda de ese submarino.

—Tened cuidado. Por favor… —Daniella se acercó a Connor, se acurrucó entre sus brazos y besó sus labios con una admiración que me despertó cierta envidia. Aunque no supe si fue esa admiración hacia él o su relación, en general, la que me lo provocó.

—Tranquila, pienso volver. Tendrás que aguantarme durante muchos años —murmuró él, fanfarrón, sin separarse de sus labios, provocando que estos se curvaran en una mínima sonrisa—. Cuida de él hasta que vuelva. —Acarició su barriga con una ternura asombrosa y el gesto de Daniella se transformó en uno triste.

—No es él, es ella, pero estaremos bien. Tú céntrate en volver…

Nos costó mucho que Daniella aceptara quedarse en el DS, pero queríamos que estuviera a salvo, así que la convencimos diciéndole que alguien debía encargarse del club y estar allí, al pie del cañón, por si las cosas se torcían o necesitábamos ayuda fuera del operativo. Después de todo, era la primera vez, en toda mi carrera como mano derecha de los Ulloa, que no contábamos con la ayuda de nuestros hombres, pero no sabíamos en quién podíamos confiar.

—Deja que te ayuden —le pidió esta a Kellan cuando le dio un abrazo de despedida—. No seas cabezón; los necesitarás.

—No puedo —dijo él, con seguridad, estrechándola entre sus brazos con cariño—. Pero no te preocupes, ¿vale? Yo también volveré. —Sonrió, contagiándole la mueca.

El abrazo entre Brenan y Dani fue más largo; la complicidad entre esos dos era tal que parecían mellizos e incluso se susurraron algo que me habría encantado escuchar. No me fiaba ni un pelo de ellos y temía que esa pequeña delincuente apareciera en una goma en medio del mar, poniéndose en peligro. A ella y al bebé. Era así; empezaba a conocerla.

—Cuídales —me ordenó cuando se acercó a mí y me tomé sus palabras como una despedida, antes de que me diera un abrazo rápido, pero cargado de cariño.

—Cuenta con ello.

Siempre que salíamos del pazo, tenía la sensación de que no volveríamos, de que podría ser la última vez que pisáramos ese lugar, pero aquella noche mi intuición se puso en estado de alarma, avisándome de que esa descarga sería la más difícil que habíamos hecho nunca. O la más peligrosa, al menos, ya que no sabíamos hasta dónde llegaba el alcance de esa gente. Había visto, en varias ocasiones, policías, abogados, guardias civiles y gente de poder comprada a base de talonario, con cifras que incluían un sinfín de ceros entre sus números, pero que un comisario estuviera implicado de esa forma en un negocio tan turbio como aquel era algo nuevo. Al menos, para mí.

Llegamos hasta la nave industrial, cercana a la ría de Vigo, donde teníamos guardadas las planeadoras y cuando nos adentramos en el agua, sentí esa mezcla de libertad y de adrenalina que me removía por costumbre, unida a esa presión que me torturaba para que todo saliera bien. Siempre teníamos ese sentido de la responsabilidad que nos guiaba para hacer las cosas bien, recoger la carga en mar abierto, trasladarla hasta la costa y dejar que nuestro equipo descargara la droga, la llevara hasta los todoterrenos y la repartiera por los distintos almacenes. Pero esa noche estábamos solos… Y la vida de Lía dependía de mí. No podía fallar. No podía.

Bajamos por la ría en una calma absoluta, rodeados de una tranquilidad inquietante que traspasaba la piel, y nos adentramos en el mar para navegar sobre las olas, sintiendo bajo nuestros pies los saltos que pegaba la embarcación al romperlas y el impacto al volver a esa posición horizontal. Cada uno ocupamos nuestro puesto; Kellan se puso a los mandos, ejerciendo de piloto, y yo me coloqué a su lado como gepero o encargado del GPS para seguir las coordenadas que nos había facilitado De la Cruz. Podía parecer sencillo, pero orientarse en mar abierto a ciegas, con las luces apagadas para no ser detectados, era un trabajo tan minucioso como complicado. Y más en aquella ocasión, que buscábamos una embarcación sumergida que ni siquiera sabíamos si llegaría a tiempo. Por no hablar de que nos despertamos con la noticia de que habían interceptado, cerca de las Azores, un submarino cargado con más de seis toneladas de cocaína. Sin embargo, al no haber recibido noticias de De la Cruz al respecto, solo podíamos esperar que ese submarino no fuera el nuestro. Eso esperábamos… Porque no teníamos tiempo para descubrirlo.

Cuando llegamos a las coordenadas indicadas, apagamos los motores y el silencio más absoluto, roto únicamente por el murmullo incesante del océano, y la oscuridad más embriagadora nos abordaron por completo.

—¿Es aquí? —Connor se acercó a mí para echar un ojo al sistema de navegación por satélite.

—Sí.

—Ahora solo nos queda esperar —dijo Kellan al dejar los mandos y colocarse a nuestro lado.

—Esperemos que llegue a tiempo —añadió Brenan, mirando el reloj—. ¿Te ha enviado Lucho la ubicación para el intercambio?

—Sí, pero no vamos a hablar más del tema. No vais a venir conmigo. Ninguno. —Nos señaló—. Y por si os entra la tentación, la he borrado de mi teléfono móvil, así que no os molestéis en buscarla. —En esa ocasión, solo miró a Connor—. Esa ubicación ya solo está en mi cabeza, así que descarta todas tus ideas, hermano.

—Como quieras —murmuró este, resignado.

—De todas formas… Quería daros las gracias. A los tres —añadió el mayor de los Ulloa, incluyéndome—. Bueno, vosotros sois mis hermanos, pero tú, Eric… Gracias por estar aquí y por jugarte el pellejo por nosotros desde el primer día.

—Es un placer, Batman —murmuré con cierto sarcasmo. Aunque era verdad, había sido un orgullo para mí trabajar a su lado, sentirme parte de ese *todo* que habíamos formado juntos, de una familia indestructible, como la suya, que me acogió como a uno más sin pedir nada a cambio.

—Sé que esto es una locura —continuó—, pero necesito que lo entendáis. No podemos jugárnosla; no ahora con la vida de África y de Lía en peligro. —Ahí le daba la razón—. Iré yo solo y si… pasa algo, siempre estaréis vosotros ahí para seguir adelante. Si nos matan a todos nada más llegar, no habrá vuelta atrás.

Nos quedamos en silencio unos segundos, analizando sus palabras.

—¡Esto es una puta mierda! —exclamó Connor de repente, elevando la voz—. Este mundo que nos ha dejado Iago no merece la pena… En absoluto.

—Llámame ingenuo, pero creo que ya os lo advertí cuando os dije que no deberíamos acceder a su chantaje. No tendríamos que haber aceptado toda esta mierda, hemos tenido que pagar un precio muy alto.

—Nosotros y la gente que queremos… —murmuró Brenan, pensando en Naia.

—Pero en cuanto acabemos con esto y rescatemos a las chicas, se acabó —pronunció Kellan con firmeza—. El Dark Soul cerrará sus puertas para siempre.

Vi un «¡¿qué?!» enorme dibujado en el rostro de Connor. Y eso que la oscuridad de la noche no me dejaba verle bien, pero el reflejo de la luna hizo su trabajo para que pudiera apreciarlo. Fue eso o que ya le conocía lo suficiente como para imaginar la mueca que esbozó.

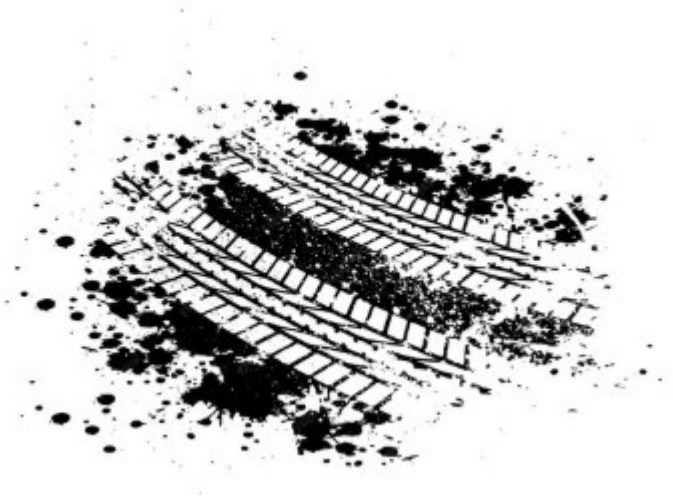
—No me gusta la idea, hermano, pero creo que, por una vez, tengo que darte la razón —murmuró tras un breve silencio—. Ahora que voy a ser padre, no podría ni llegar a imaginar que mi hijo

pudiera estar en peligro por las locuras de su padre. Así que… acabemos con esto. Pero acabemos de verdad, asegurándonos de que todos esos hijos de puta desaparezcan.

Mi estómago se revolvió al escucharle. Lo que dijo Connor y cómo lo dijo se clavó de una forma dolorosa en mi interior. Sabía de lo que estaba hablando, me había tocado vivirlo demasiado cerca, por desgracia, pero mi hijo no tuvo la posibilidad de salir adelante por todos esos hijos de puta de los que hablaba. Él, en cambio, estaba a tiempo de rectificar y de escoger el camino correcto para poder darle a ese bebé la vida que cualquier niño se merecía, la misma que no habíamos tenido ninguno de nosotros.

Creo que sus palabras nos marcaron demasiado a los tres, ya que no articulamos palabra y tuve que tragar con fuerza para eliminar la molesta sensación que se había quedado atascada en mi garganta.

En medio de aquel silencio sobrecogedor, una torreta se alzó al lado de nuestra lancha, unida a una enorme superficie oscura que emergió de pronto. El submarino había llegado; empezaba la acción.



Capítulo 35
Brenan

No podría describir lo que sentí cuando vi cómo ese sumergible aparecía allí, en medio de la nada, alzándose como una enorme sombra oscura que me devolvió una ligera esperanza, ya que esa droga era la única forma de recuperar a Naia, el clavo ardiendo al que me agarraría, sin dudar, para poder volver a verla.

—Kellan —dijo como saludo uno de los tres miembros de la tripulación cuando atravesó la escotilla y se situó en el casco. Por cómo lo pronunció, supuse que conocía a mi hermano, pero no quise preguntar—. Todo listo.

—Todo listo.

No había tiempo para conversaciones, ni siquiera para un «¿qué tal el viaje después de casi dos semanas metidos en ese agujero?» o un «habéis podido llegar a tiempo». Nada. Hicimos una especie de cadena humana y empezamos a trasladar fardos desde el submarino hasta la planeadora como si nos fuera la vida en ello. En cierto modo, así era… Por lo menos, para Kellan y para mí; él tenía que salvar a Afri y yo necesitaba sacar a Naia de allí. No podía permitir que su vida siguiera en manos de esa gente… Y por lo que había observado en las últimas semanas, entre Eric y Lía se cocía

algo a fuego lento, pero a altas presiones. Algo que estaba a punto de estallar, si no lo había hecho ya.

—Si os pillan, lanzad los fardos al agua —nos pidió el que parecía el responsable cuando estábamos a punto de terminar—. Están localizados por GPS y tienen un sistema de flotación que os permitiría recuperarlos más tarde con buzos.

—Tranquilo, no nos pillarán.

En cuanto se cerró la escotilla y el submarino desapareció, de nuevo, ante nuestros ojos, Kellan nos lanzó unos pasamontañas para que no lograran identificarnos, llegado el caso. Regresamos cada uno a nuestros puestos y antes de volver a ponerse al mando de la planeadora, nos ordenó:

—En cuanto lleguemos a la playa y la mercancía esté en el camión, os quiero fuera de aquí, ¿entendido?

No sé quién asintió ni quién contestó con un «sí» seco; esa información estaba clara desde varios días atrás, aunque no fuéramos a cumplirla. Sabía que Eric y Connor tenían algo en mente y yo no pensaba dejar a Naia sola; Lucho y el comisario eran mi única vía para encontrarla. Desde mi secuestro, me había convertido en un Brenan seguro de sí mismo, en uno valiente que no se achantaba con nada y que iba a volver a por ellos para ponerle fin a lo que esos tipos habían empezado.

Regresamos hacia la costa sobrevolando el Atlántico, prácticamente a la velocidad de la luz, sintiendo cómo la adrenalina latía en cada poro de mi piel. Porque si en una misión como aquella, el miedo es algo que va incluido, en aquel momento, el temor a que nos detuvieran y acabáramos entre rejas, se multiplicaba. Y no por nosotros, sino por ellas.

Cuando mi hermano se adentró con la lancha casi hasta la arena y paró los motores, empezamos a descargar cada bulto para trasladarlo, lo más rápido que podíamos, hasta el camión. Parecía un trabajo simple, pero era algo que solían hacer entre unas quince personas y éramos cuatro, por lo que nos llevó más tiempo del que esperábamos.

—¿Qué hacemos con la planeadora? —cuestionó Connor cuando estábamos a punto de acabar.

—Dejadla ahí. Ya os lo he dicho; esto se acaba aquí.

Eric, Connor y yo nos miramos sorprendidos por la serenidad y la determinación de Kellan.

—¿Que la dejemos aquí?

—Me importa una mierda la lancha. —Kellan se subió al camión tras meter el último fardo en la zona de carga y cerró la puerta del conductor de un portazo—. Me importa una mierda esa droga. Solo quiero traerlas de vuelta. —Nos dedicó una media sonrisa y arrancó—. Volved al DS. Hay mucho trabajo por hacer.

Nos guiñó un ojo, aceleró el camión y se perdió en la oscuridad. Solo había que conocerle un poco para saber que Kellan estaba seguro de que no le haríamos caso. ¿Mucho trabajo por hacer?, ¿en serio? ¿No se suponía que todo le daba igual?

Nos miramos desconcertados, sin saber muy bien qué hacer, hasta que Connor me arrancó la pistola de las manos y la guardó en su cintura.

—Vuelve al club, Brenan; Dani te necesitará. Y tened los móviles a mano; os iremos informando —me dijo, aunque ni siquiera le estaba prestando atención. Yo ya tenía mi plan en mente—. Vámonos, Eric. Kellan lo ha dicho: hay mucho trabajo por hacer…

La sonrisa gamberra que le dedicó no me gustó ni un pelo. Era un puto loco capaz de hacer explotar el mundo para lograr sus objetivos; por eso, tenía que recordarle que ahora tenía alguien más en quien pensar.

—Tened cuidado. Dani te estará esperando en el pazo y estoy seguro de que a ese bebé le gustaría conocerte. —Le di donde más le dolía.

—Cuídala por mí. —Me dio un fuerte y rápido abrazo y salió corriendo en dirección opuesta, hacia el coche, seguido por Eric.

—¿Dónde coño vamos? ¿Qué tienes en mente? —Escuché a este, que le preguntaba con curiosidad. O con miedo a lo que se le hubiera ocurrido.

No esperé a oír la respuesta; salí corriendo en la otra dirección, en busca del otro coche. Como siempre, por norma general, cuando había un operativo de ese estilo, solían llevar varios vehículos por si surgía cualquier problema de última hora. Y con

problema me refería a que apareciera la policía y que cada uno tuviera que huir hacia distintos lugares para despistarlos. Por eso, agradecí que, en esos instantes, tuviera otro coche en el que largarme para no perder tiempo.

Conduje hasta el pazo a toda velocidad, apretando el pedal del acelerador todo cuanto daba de sí, y cuando llegué al que había sido mi hogar durante, prácticamente, toda una vida, me dirigí hacia el despacho de mi padre. Metí la clave en el panel de la caja fuerte y cuando la puerta se abrió, cogí una de las pistolas que se encontraban en su interior. Comprobé que estuviera cargada y cogí algo de munición extra; seguro que me haría falta. Regresé sobre mis propios pasos hasta la puerta y cuando pasé por mi habitación, vi mi camiseta doblada sobre la silla, la misma que había usado Naia como pijama durante las últimas noches. No sé qué me llevó hasta allí, si fue un presentimiento, un sexto sentido o esa conexión que nos había unido a través de un agujero hecho en la pared, pero cogí la camiseta y la acerqué a mi rostro con cuidado para aspirar su aroma, como si ese simple gesto pudiera acercarme a ella de alguna forma. Y cuando prácticamente la estaba sintiendo a mi lado, gracias a su olor, dulce y afrutado, un papel, oculto en la prenda, se cayó, ondeándose de un lado al otro. Mi corazón dio un pequeño brinco al verlo y lo cogí casi antes de que llegara al suelo.

Viejo almacén, ría de Lires. Gracias por todo. Te quiero.

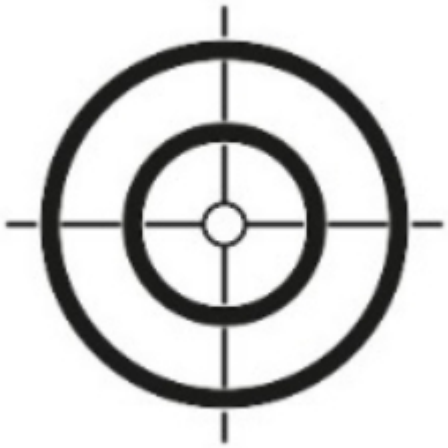
Mis ojos se quedaron anclados en esas dos últimas palabras. No era la primera vez que me las decían, ya que Su y yo nos las habíamos dicho en varias ocasiones a lo largo de los años, pero era la primera vez que las sentí. Las noté como un latido inesperado que se saltó mi corazón, como un pequeño chispazo que me recordaba todo lo que habíamos vivido; sin embargo, ella no estaba allí. No estaba allí para abrazarla, estrecharla entre mis brazos con fuerza, y con ganas, y besarla con tanta intensidad y necesidad como el primer día. Tenía que demostrarle lo importante que era para mí, que sería capaz de jugarme la vida, una y otra vez, por ella porque la quería como no había querido a nadie hasta entonces. Porque… si eso no era amor, ¿qué podía serlo?

«Ría de Lires», me repetí. Saqué el móvil del bolsillo trasero de mis vaqueros y marqué el único número que podía ayudarme en esos instantes. Un tono, dos, tres.

Esa voz que había traído de vuelta la ilusión y la alegría a nuestras vidas, con solo aparecer, respondió al otro lado y pude imaginarla sonriendo, achinando su mirada al contestar la llamada.

—Dime, Brenan.

—Dani, te necesito…



Capítulo 36

Lucho

—La venganza se sirve en plato frío —susurré al entrar en la habitación donde teníamos retenidas a las chicas—. No os hacéis una idea del tiempo que llevo esperando este momento.

Me acerqué a África, deslicé las yemas de mis dedos por la piel de su cuello y luego seguí con mis labios el sendero que había trazado con ellas. Las habíamos sedado; era la única forma de asegurarnos de que, en esa ocasión, no escaparían y podríamos hacer con ellas lo que quisiéramos. Era la única forma de no perder ese golpe de suerte que la vida nos había regalado. Porque cuando pensaba que no podíamos ser más afortunados por tener allí a África, el punto débil de Kellan, apareció Naia. ¡Y por su propio pie! Esa chica no debía de estar cuerda… ¿Quién demonios era capaz de adentrarse en el mismísimo infierno sin temer sus consecuencias? Aun habiéndolo conocido de antemano… Estaba loca. Aunque, siendo sinceros, para nosotros fue una gran suerte que apareciera, ya que al Ruso no le hizo ninguna gracia que perdiéramos ese juguetito que tantas ganas tenía de usar. Y había ganado bastantes puntos con él, apuntándome el tanto de haber recuperado a la niña.

—Tengo noticias —dije cuando respondió a mi llamada, segundos después de que Naia apareciera en nuestro almacén.

—Espero que no me llames para una gilipollez. Ya te he dicho que solo lo hagas para emergencias —protestó, seco. El papel de comisario mandón se le daba de maravilla, aunque era un buen líder; no podía negarlo.

—Tenemos a Naia.

—¿Naia?, ¿qué Naia?

—La hija del Lince. La tenemos, está aquí. Y no volverá a escaparse…

—¡¿Qué me dices?! —Se sorprendió—. Eso es una noticia estupenda. Una boca menos de la que preocuparnos; ahora ya no hablará. La verdad es que no apostaba ni un duro por ti, Lucho. Buen trabajo.

—Me subestimas, jefe. En el Estrecho nunca tuve ningún problema. Los problemas me los quitaba de en medio antes de que fueran a más, así que tranquilo, que aquí haré lo mismo.

—No —sentenció sin pensar—. No os deshagáis de ella. Tenemos una cita pendiente… —murmuró, lascivo.

—Pensaba aguantarla durante unas horas más. Mañana tengo una cita con Kellan. Y te entregaré su cabeza en una bandeja de plata. —Mis labios se curvaron solo con pensarlo.

—Buen chico. Mantenme informado, aunque me pasaré personalmente para ver mi regalo y disfrutar de mi premio.

No me dio tiempo a contestar; colgó y me dejó con la palabra en la boca, por lo que regresé junto a nuestra nueva huésped.

—El Ruso se alegra mucho de que hayas vuelto… —Di vueltas a su alrededor, observándola de arriba abajo. Sí, sería el mejor de los premios para nuestro cabecilla.

—No he vuelto así porque sí.

—Ah, ¿no? —Las comisuras de mis labios volvieron a elevarse y mostré cierto interés, como si me importara, lo más mínimo, el motivo de su regreso.

—No. He venido para intercambiarme por ellas.

—¿Por África y su amiga? —Asintió—. Y si no hay trato, ¿qué?, ¿crees que vamos a dejar que vuelvas a marcharte?

—Volveré al Lux si hace falta, pero ellas no tienen nada que ver en esto.

—Te equivocas —la interrumpí—. África tiene todo que ver en esto —pronuncié con dureza y con cierta inquina—. Ella me traicionó y ahora va a pagar por ello. Ella y Kellan se arrepentirán de haber jugado conmigo.

—¿Y Lía? ¿Por qué está ella aquí? Deja que se vaya —me suplicó—. Ella no te hace falta; deja que se marche. Yo me quedaré en su lugar.

—Así es la vida; ya lo descubrirás. Podría decirse que es un daño colateral, casi como tú. Estás aquí por quién era tu padre y te tocará pagar por sus errores.

—Ese desgraciado no era mi padre.

—En eso estamos de acuerdo. El Lince era un desgraciado, pero pagarás por ello igualmente.

En ese instante, uno de nuestros hombres se acercó a ella, la sujetó con fuerza, mientras se resistía a su agarre y, con la ayuda de otro, la ató para evitar que nos diera más problemas. Porque tenía claro que Naia iba a pagar por ellos, por todas las molestias ocasionadas y no solo por los fallos del Lince, pero todo a su debido tiempo. Antes tenía que conseguir la mejor cocaína que habíamos recibido nunca y acabar con el mayor de mis problemas: Kellan.

Santana y yo habíamos preparado un plan detallado, teniendo en cuenta cualquier posible contratiempo. Conocía a los Ulloa, habíamos estado estudiándolos durante años, y sabía que no se resignarían a su destino, así como así. Por ese motivo, nos subimos, con cuatro de nuestros hombres, a uno de nuestros furgones, que tenía los cristales tintados para una mayor discreción, y metimos en la zona de carga todo lo necesario para hacernos con la droga de ese submarino y con Kellan al mismo tiempo.

La idea era sencilla, había llamado al mayor de los Ulloa para darle la dirección del intercambio: un paraje ubicado cerca de la playa de Nemiña, un lugar aislado y solitario en medio de la nada donde poder solucionar nuestros problemas alejados de las miradas ajenas. Le había vuelto a ordenar, por última vez, que acudiera solo a nuestra cita, pero le conocía y sabía que podía haber sorpresas de

última hora. Lo que él no sabía era que yo tenía las mejores cartas de la baraja e iba a jugarlas muy, pero que muy bien.

—Aquí es —pronuncié cuando llegamos al punto acordado.

Santana paró el furgón en medio del camino de arena y le devolví su pistola, que le había sujetado mientras conducía. Di un golpe a la pared que nos separaba de la zona de carga para que nuestros compañeros se preparasen y bajamos del vehículo.

—Colocad a las chicas en el camino. Dejadlas sentadas en las sillas, como están, con las manos atadas y las cabezas tapadas —le ordené a uno de ellos, que ya tenía entre sus manos un fusil de asalto.

—¿Las despertamos?

—Están mejor así. De esta forma, no darán guerra ni nos molestarán mientras hacemos negocios —contestó Santana—. Además, no creo que lo consiguieras; ese sedante podría dormir a un elefante.

Todos nos reímos por su comentario. Preparamos el terreno para recibir a nuestro socio y poco antes de la hora acordada, un camión se adentró en el camino.

—Ya está aquí —murmuré, provocando que todos cogieran sus armas.

Kellan detuvo el vehículo a pocos metros de distancia, delante de las chicas, y se bajó a toda velocidad.

—¡África! —gritó, con la intención de acercarse a ella corriendo, pero le detuvimos a tiempo.

—¡Quieto! —exclamó Santana—. ¡No te muevas, Ulloa! Primero, nuestro trato. Además, no puede oírte. Están sedadas.

—¿Qué pensabas, Kellan? —cuestioné, fanfarrón—. Sé de sobra cómo es esta gatita y que saca las uñas a la primera de cambio. Pero está bien, puedes estar seguro. Muéstraselo —le pedí a uno de nuestros hombres.

Este se acercó a la primera y le dio varios golpes con el pie, haciendo que esta reaccionara y se moviera lentamente.

—¿Ves? ¡Están bien! —voceé con sarcasmo—. ¿Estás solo? ¿Y armado?

—He venido solo. Ese era el trato. Soltadlas. —Alzó las manos antes de levantarse la camiseta para mostrarnos que no tenía ninguna pistola escondida.

—¡Las piernas! —le exigí que se subiera los bajos del pantalón hasta la rodilla para asegurarnos de que no iba armado—. Buen chico… Comprobad que no haya nadie en la carga.

Mientras apuntábamos a Kellan, directo a la cabeza, uno de nuestros chicos caminó hasta la zona trasera del camión para analizarla a fondo. Abrió las puertas y se introdujo en su interior para comprobar si Ulloa estaba diciendo la verdad.

—¡No hay nadie! —voceó antes de bajarse de un salto—. ¡Está limpio!

—¿La droga?

—Parece que está todo.

—Está todo —sentenció Kellan—. He cumplido mi parte del trato; soltadlas.

—Soltadlas —les pedí.

Otro de los nuestros caminó hasta las chicas y deshizo los nudos que las ataban a las sillas, dejándolas en el suelo con cierta delicadeza. Era un tipo de dos por dos, todo músculo y con cara de pocos amigos, así que no se le podía pedir más.

—¡Afri! —insistió Kellan cuando las vio tumbadas en el suelo, solo a unos metros de él.

—Ni te muevas —le advertí cuando vi sus intenciones—. Tienes seis armas apuntándote a la cabeza; antes de que llegaras a ellas, tus sesos estarían repartidos por el suelo. Y no creo que quieras que sea eso lo primero que vea tu amiga cuando despierte…

—¿Qué quieres? —cuestionó.

—A ti.

—Aquí me tienes —contestó con una chulería que multiplicó la rabia que sentía hacia él.

—Pues que empiece el juego.



Capítulo 37

Eric

Dejamos el coche en un sitio cercano a la señal y nos adentramos en la maleza de la montaña, siguiendo la dirección del punto azul que parpadeaba en la pantalla del teléfono. ¡¿Cómo iba a imaginarme que Connor había puesto un maldito geolocalizador en uno de los fardos de cocaína?! Era un descerebrado, pero un descerebrado muy inteligente; aunque pareciera un sinsentido. Seguimos la señal del GPS por un sendero de arena y piedras, guiados únicamente por esta y por el brillo de la luna, que iluminaba con su luz tenue la espesura del bosque.

—Estamos llegando —susurró Connor, que caminaba delante de mí con su pistola al frente, temiendo la escena que nos encontraríamos al llegar.

—Échate a un lado —le ordené cuando oí voces a pocos metros de distancia—. Entre los árboles.

Recorrimos, escondidos entre los árboles, el camino que nos separaba de nuestro destino y cuando llegamos a él, lo que nos encontramos, nos heló la sangre.

Kellan estaba a nuestra derecha, delante del camión, y Lucho y los suyos, otros cinco hombres, a la izquierda. Estos estaban

apuntando con sus armas hacia la cabeza de mi amigo y entre ellos, había dos personas tiradas en el suelo. Dos chicas. Ellas. Mi corazón dejó de latir y me sobró todo el oxígeno que había en aquel lugar. Tenía que sacarla de allí; necesitaba hacerlo.

—Mierda… —murmuré, tratando de contener las ganas de salir corriendo y matar a esos hijos de puta.

Sin embargo, no me dio tiempo a moverme ni a pensar. Sonó un disparo, Kellan cayó al suelo, agarrándose la rodilla y retorciéndose de dolor.

—Kellan —musitó Connor cuando su rostro se desbordó de furia y de sed de venganza y tuve que poner una mano en su hombro para detenerle.

Podríamos haberles disparado desde allí, pero no tuvimos tiempo para meditarlo y en cuanto hubiera caído el primero de ellos, habrían matado a las chicas y a Kellan sin dudar. No podíamos arriesgarnos.

—¡Joder! —gritó el mayor de los hermanos desde el suelo—. He cumplido con mi parte del trato. ¡Suéltalas!

—Están sueltas, ¿no lo ves? —Se carcajeó Lucho al pasar a su lado y le apuntó desde arriba, poniendo el cañón de su pistola prácticamente en la cabeza de mi amigo—. Nunca te fíes de alguien como yo. ¿Qué creías?, ¿que ibas a quitarme lo que es mío y, aun así, largarte de rositas? ¡Eso es que no me conoces! Nadie toca lo que es mío… —pronunció con una dureza que imponía—. Nadie toca lo que es mío.

Presentí sus intenciones, Connor también; por eso, hizo lo que hizo sin pensar en las consecuencias. Dio dos pasos al frente y la hojarasca crujió bajo sus pies, desvelando nuestra posición. O nuestra presencia, más bien.

—¡¿Qué coño ha sido eso?! —Lucho estudió los alrededores en busca de cualquier amenaza.

—No ha venido solo —sentenció uno de ellos.

—Creía que eras un tipo de palabra, Ulloa. —La voz de Lucho se volvió más grave aún y lo que ocurrió a continuación, sucedió a la velocidad de la luz.

El cañón de su pistola se desvió hacia la cabeza de una de las chicas antes de que apretase el gatillo y mi mundo se partiera por la mitad. Dos veces seguidas. Porque después de ese disparo, llegó uno más, que atravesó la cabeza de la otra y mi universo acabó desvaneciéndose. Porque solo tenía ganas de dejarme caer en el suelo, abatido, y esperar a que vinieran a rematarme a mí también, pero, al mismo tiempo, mi yo interior gritaba y me ordenaba que acabara con todo aquello, con ellos. Ya.

—¡¡Nooo!! —Juro que el alarido que soltó Kellan pudo escucharse en la otra punta del planeta—. ¡Maldito hijo de puta!

Se puso de pie como pudo y se abalanzó sobre Lucho para estampar su puño en su cara, mientras que él no dejaba de reírse, con una mueca escalofriante. Este le devolvió los golpes y le dio una patada en la pierna herida que hizo que Kellan volviera a caer al suelo.

Ocurrió en una milésima de segundo, lo suficiente como para que nos diera tiempo a reaccionar y empezáramos a disparar a esos tipos. Uno de ellos cayó, inerte, y los demás localizaron nuestra posición, por la trayectoria de las balas, devolviéndonos los tiros.

—¡Cúbrete! —le ordené a Connor, que ya estaba resguardándose tras el tronco de un árbol.

Aquel paisaje apartado acabó convirtiéndose en una verdadera batalla, en un auténtico fuego cruzado digno de una peli de acción. Pero aquello era la vida real, nuestra vida, y teníamos todas la de perder, a pesar de que yo ya lo hubiera perdido todo.

Intenté que mis balas dieran de lleno en la cabeza de esos hombres, tratando de resarcir el dolor que me aplastaba desde dentro, pero estaban ocultos detrás de un furgón de color oscuro que nos dificultaba el trabajo.

—¡Larguémonos! —chilló Lucho al coger a Kellan para ponerle delante de su cuerpo, usarle como un escudo humano y cubrirse hasta llegar al furgón, ocultándose detrás, junto al resto.

Dos de los hombres empezaron a lanzar ráfagas de disparos en nuestra dirección, lo que nos obligó a permanecer tras el tronco durante unos segundos, los mismos que tardó Lucho en cruzar el camino de piedra y subirse a nuestro camión, con la cocaína.

—Si salimos de esta, Kellan no me perdonará en la vida —dijo Connor, devolviendo los tiros al otro lado.

Un «yo tampoco» se quedó atascado en mi garganta al ver los cuerpos inertes de las chicas tirados en el suelo. Mi mirada se cruzó con la de Kellan e intentó decirme algo desde la distancia, aunque no logré descubrir qué. Lo que menos esperaba era que se estuviera despidiendo… Porque lo que sucedió a continuación fue algo que me costaría asumir, pero no podía culparle; no tenía nada que perder, justo como yo.

—¡Lucho! —gritó Kellan, que seguía colocado delante de uno de los tipos, que le usaba como protección. Sabía que con él delante, nunca le dispararíamos y menos aún, de noche y a esa distancia—. ¡Te veré en el infierno!

Lucho le observó desconcertado desde el asiento del conductor de nuestro camión justo cuando un potente estruendo hizo saltar por los aires la zona de carga, convirtiendo en una enorme bola de fuego todo cuanto había a su alrededor.

¡¿Kellan había puesto una maldita bomba en la droga, haciendo que desapareciera hasta el más mínimo gramo?! No sé por qué me sorprendía; él era capaz de eso y de mucho más.

La escena se transformó en un verdadero caos, ya que la onda expansiva nos obligó a lanzarnos al suelo y taparnos la cabeza con los brazos para evitar su efecto, por lo que no pudimos ver lo que ocurrió a continuación.

—¡Joder! ¿Connor, estás bien? —le pregunté, ya que le había perdido de vista.

—¡Bien! ¿Tú? —cuestionó antes de vocear—: ¡¡Kellan!!

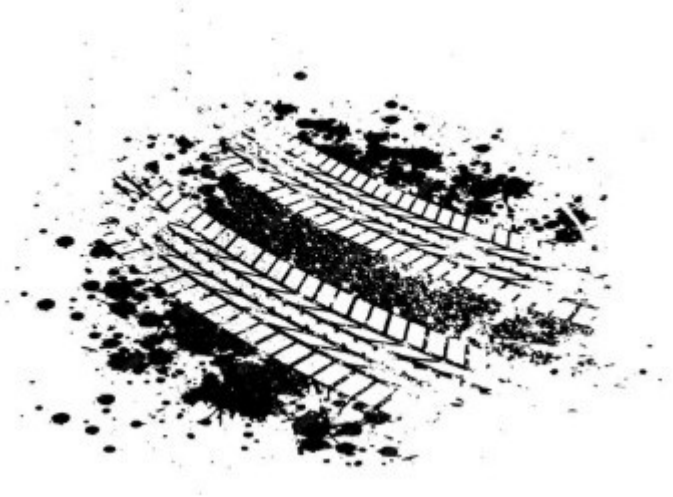
Me incorporé tan rápido como pude, pero lo único que vi fue cómo el furgón derrapaba en el camino de arena, dejando detrás de él una enorme nube de polvo, que se unía al humo y al fuego en el que se había convertido la carrocería del camión.

Connor salió corriendo detrás de ellos, como si pudiera atraparlos, mientras que estos aceleraban y se perdían entre la oscuridad, huyendo entre la maleza a toda velocidad.

—¿Y mi hermano?, ¿le has visto?, ¿estará bien? —cuestionó, preocupado, cuando llegó hasta la enorme llama de fuego.

—Se lo habrán llevado —murmuré al ver que allí no quedaba nadie.

Nadie, excepto Lucho, o lo que quedaba de él, ardiendo en el mismísimo infierno, como le había prometido Kellan. Nadie, ni siquiera los cuerpos de África y Lía. También se los habrían llevado, aunque sí pudimos ver dos enormes charcos de sangre en el lugar donde estaban ellas antes. Me habría encantado acercarme a Lía, mirarla y tocar su piel por última vez, pero no podía. No podía… Con ella, nunca debería haber una última vez. Mi cuerpo se quedó totalmente paralizado, negándose a aceptar aquella dolorosa e insoportable realidad. No quería seguir sin ella. No podía vivir sin ella.



Capítulo 38
Brenan

Era una locura. Una jodida locura a la que teníamos que enfrentarnos, sin más. Por ellas. Por Naia… En cuanto fui a buscar a Daniella al Dark Soul y se sentó en el asiento del copiloto, me arrepentí de haberla llamado. Me sentí un egoísta sin escrúpulos cuando le lancé una mirada fugaz, de reojo, y me quedé anclado en su tripa, en la que no había aún ni el más mínimo signo de embarazo, aunque supiera que mi sobrino, por partida doble, estaba creciendo ahí dentro.

¡¿Cómo demonios había sido capaz de meterla en eso?! Ni siquiera lo pensé; cuando vi la nota de Naia, mi cabeza solo pensó en sacarla de allí y Dani era policía, o lo había sido. Por no hablar de que era la única persona disponible en la que podía confiar, ya que Eric y Connor andaban detrás de las pisadas de Kellan. ¡¿Qué sabía yo?! Tenía demasiada gente a mi alrededor y todos ellos estaban en peligro o implicados en el asunto, por lo que ni siquiera valoré las opciones.

—Tenemos que avisar a Connor —opinó Dani cuando no llevábamos ni un minuto juntos en el coche.

—Tienes razón.

Le pasé mi teléfono para que lo hiciera y se activase el manos libres, pero antes de que terminara de marcar el número, se arrepintió.

—Es mejor que llamemos a Eric. —Le dediqué una media sonrisa al darme cuenta de que ambos pensábamos lo mismo; Connor enloquecería al saber que Daniella estaba de camino hacia esa misión suicida que tanto había recalcado.

—Busca su teléfono en la agenda; ya hablo yo.

Hizo lo que le pedí y en unos segundos, la voz grave y firme de Eric se adueñó de los altavoces.

—Dime, Brenan.

—Eric, sabemos dónde están. Las tienen en la ría de Lires, en una nave.

—¿Cómo lo sabes?

—Naia dejó una nota. Vamos para allá.

—¿Vamos?, ¿cómo que vamos? —recalcó, desconcertado.

—Daniella y yo. Estamos llegando.

—Mierda…

No le di tiempo a decir nada más; colgué sin darle opción a que nos mostrara su parte más protectora y nos ordenara que nos mantuviéramos al margen.

—Tranquilo —dijo mi hermana, después de un largo silencio, mirándome fijamente y transmitiéndome cierta calma—. Llegaremos a tiempo.

—Eso espero.

—Te gusta esa chica, ¿eh? —Por su tono, me dio a entender que era más que evidente.

—Si la conocieras como yo, a ti también te gustaría. —Esbozó una sonrisa orgullosa.

—Me gusta Naia. Me gusta para ti.

—Es increíble. No entiendo cómo con la vida de mierda que ha tenido, puede seguir sonriendo de esa manera y mirar a su alrededor con ese brillo en los ojos. Es especial…

—Tú también lo eres.

—Eso lo dices porque eres mi hermana. Y me quieres —añadí.

—Eso lo digo porque soy persona. Y lo veo —dijo, imitándome —. Naia también lo ha visto. Por eso te ha escrito esa nota, porque quiere seguir en tu vida, así que… llegaremos a tiempo y la sacaremos de allí. —Se quedó en silencio unos segundos, mirándome, pensativa—. ¿Por qué crees que ha vuelto?

—Supongo que se sentía culpable. O… puede que sintiera que necesitaba salvar a África y a Lía. Después de todo, ella sabe lo que ocurre allí dentro. Igual que yo. Yo también necesito salvarla —musité resignado; lo necesitaba para seguir respirando—. Ella me salvó a mí.

Las palabras de Kellan volvieron a resonar en mi mente.

—Las sacaremos de allí. A las tres.

Me pensé mucho si decir o no las palabras que rondaban por mi cabeza, pero había llegado el momento. Además, sabía cómo era Dani y estaba seguro de que no la juzgaría.

—Espero que siga con vida. —Negué con la cabeza, tratando de borrar esa imagen o esa simple idea de mi mente—. Esos tipos estaban deseando hacerle pagar por cada uno de los errores de su padre. O pagar con ella las frustraciones y el odio que sentían hacia ese tipo. —El gesto de Daniella se llenó de confusión y de curiosidad —. El Lince. El Lince era el padre de Naia. Bueno, más bien, era el hijo de puta que se acostó con una de las chicas que tenían allí engañadas y la dejó embarazada.

—¿El Lince? —cuestionó, sorprendida—. Joder… ¿Lo saben Kellan y Connor?

—No. No he tenido tiempo para contárselo. —Alzó las cejas, escéptica—. Tampoco ha salido el tema.

—¿Te da miedo que la juzguen al saber que el padre de la chica de la que estás enamorado era el mismo que intentó mataros en varias ocasiones?

No me lo había planteado así; creía que lo que sentía era cierto recelo para sacar el tema, pero… puede que fuera verdad y, tal vez, me preocupara su reacción.

—Ellos no juzgarían a nadie por eso.

No. No lo harían. No podían hacerlo después de la figura paterna que habíamos tenido nosotros.

Aquella conversación no me tranquilizó, pero, al menos, me mantuvo distraído; lo suficiente como para que mi mente dejara de visualizar, cada segundo, la imagen de Naia en peligro.

—¿Qué decía la nota, exactamente? ¿Qué sitio estamos buscando? —Daniella me trajo de vuelta de mis pensamientos.

—Un almacén en la ría de Lires. Solo eso.

—¿Sabes cuántos almacenes habrá por la zona? —exclamó, dramatizando.

—Tendremos que descartar. No podemos ir investigando uno por uno. No terminaríamos nunca.

—Esos tipos son traficantes de armas, de personas y de drogas. Contarán con un edificio que tenga acceso directo desde la ría… —reflexionó—. Seguro que tienen vigilancia y seguridad. Aunque me decantaría por uno que pase desapercibido ante los ojos de la policía. Por eso, han elegido la ría más pequeña de Galicia para esconderse.

Jugábamos con el tiempo en nuestra contra, por lo que en vez de dejar el coche en la playa y seguir por el camino a pie, decidimos adentrarnos en la carretera que, paralela a la ría, seguía el curso de esta. Nos acercamos hasta la puerta de varias naves, pero eran claras propiedades de pescadores o de gente de la zona, ya que pudimos ver sus redes, materiales de pesca y vehículos en la puerta. Hombres como Lucho y los suyos intentarían pasar desapercibidos y no dejarían nada a la vista.

Creo que fue un golpe de suerte; no pudo ser de otra manera. Una furgoneta oscura, con los cristales tintados, nos adelantó a toda velocidad por esa estrecha carretera en la que apenas cabía un vehículo.

—¿Te suena? —me preguntó Dani, mientras rebuscaba ese furgón entre mis recuerdos.

—No, pero… ¿qué podemos perder?

Detuvimos el coche en el arcén hasta que se alejaron lo suficiente, apagamos las luces y seguimos a esa furgoneta desde la distancia, a oscuras. El trayecto no duró demasiado, ya que vimos cómo sus faros traseros se adentraban en un camino que se perdía a nuestra izquierda.

—Es mejor que dejemos el coche aquí. Si vienen Eric y Connor podrán localizarnos fácilmente.

Dani carraspeó una risilla al escucharme.

—Creo que Connor nos encontraría aunque nos escondiéramos en el centro de la Tierra —bromeó, mostrándome la pantalla de su teléfono, iluminada por una llamada entrante del aludido que se unía a las dos perdidas anteriores.

—Se preocupa por ti. Por vosotros —rectifiqué, mirándole la tripa—. Y yo debería haberlo pensado antes… ¿Es muy tarde para pedirte que te quedes?

—Demasiado —sentenció con mirada orgullosa—. Vamos.

Dani cogió la pistola, tiró de la corredera hacia atrás y la soltó con un movimiento experto.

—Vamos —dije, imitándola—. Pero no te alejes demasiado.

Corrimos hacia el mismo punto, hacia donde habíamos perdido la luz de freno del furgón y lo que nos encontramos allí, nos dejó paralizados. Tres tipos estaban sacando a Kellan, a la fuerza, del vehículo para obligarle a que caminara delante de ellos, maniatado y herido.

—¡Camina, joder! —gritó uno de ellos, abriendo la puerta y empujándole hacia el interior de un enorme edificio que se alzaba frente a nosotros.

Parecía un viejo astillero, un lugar que se utilizaba para la construcción y reparación de pequeñas embarcaciones, aunque ahora su fin fuera otro muy distinto.

—Mierda… —susurré—. ¿Qué hacemos?

—Busquemos otra entrada.

Bordeamos el almacén, pero no encontramos ninguna otra puerta, excepto una trasera que estaba cerrada con varios candados. Miré hacia arriba, buscando cualquier otra opción, y una ventana, situada a casi tres metros de altura, sin cristal, nos dio una mínima oportunidad. La señalé con los ojos y Dani asintió, conforme.

—Sube a mis hombros.

Me agaché y puso sus pies sobre mí, sin dudar, para que la alzara en el aire, apoyándonos en la pared para estabilizarnos.

—¿Estás bien? —Asintió.

—Espera… —murmuró, centrándose en lo que veía en el interior—. Es Kellan.

—¿Qué?, ¿qué hace?, ¿está bien?

No le dio tiempo a responder; puso sus manos sobre el alféizar y, con un pequeño salto, se subió en él para adentrarse en su interior. Me ofreció su mano para ayudarme a subir, pero me alejé para coger impulso y con unas zancadas, usando la pared como escalón, me coloqué junto a ella.

—No conocía tu faceta de Spiderman… —Me dedicó una media sonrisa para calmar la tensión del momento.

—Soy una caja de sorpresas, hermanita.

Analicé el interior del almacén, comprobando que no hubiera nadie, y me dejé caer al otro lado, ofreciéndole mi cuerpo como apoyo, pero me imitó con una chulería que me resultó jodidamente familiar.

—Yo también… —Volvió a sonreír—. Por aquí.

Se adelantó, guiándome hacia donde se habían llevado a Kellan y abrió una de las puertas, empuñando su arma para abatir cualquier posible amenaza. No lo vi venir; antes de que me diera tiempo a reaccionar, Dani había golpeado con la culata de la pistola al gorila, que se encontraba en el interior de la habitación, haciéndole caer al suelo de forma inmediata.

—¡Vaya! No conocía tu faceta de Superwoman… —Imité el tono que ella había utilizado antes.

Se colocó sobre él para retenerle, haciendo eco de su profesionalidad, y solo cuando vimos que no había más peligros en la sala, nos fijamos en que Kellan estaba delante de nosotros, atado y amordazado.

—¿Qué cojones hacéis vosotros aquí? —gruñó con su voz de tipo duro en cuanto le quité el trapo que cubría su boca, lanzándoselo a mi hermana para que se lo pusiera al hombre que tenía debajo de su cuerpo.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Estoy bien. ¿Qué hacéis aquí?

Le quité las cuerdas que ataban sus muñecas y se las di a Dani para que atara a ese tipo.

—Hemos venido a salvarte —contestó ella cuando terminó su trabajo, con un tinte de broma que no le hizo sonreír—. Naia le dejó a Brenan una nota, avisándole de que venía aquí.

—¿Qué te ha pasado? —me preocupé al fijarme en su pierna.

—Digamos que las cosas no han salido como esperábamos. —Le ayudé a levantarse y caminó, cojeando, hasta el hombre que estaba inconsciente en el suelo para quitarle su pistola—. Voy a matar a esos hijos de puta. Uno a uno.

Vi en su gesto que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre? —Negó con la cabeza.

—Las han matado —susurró con una mueca de desolación que no había visto nunca en él. Jamás.

—¿A quiénes? ¿Y Naia?

No contestó a la primera pregunta, pero no hizo falta. Vi la respuesta en sus ojos.

—No lo sé. No la hemos visto.

—Tengo que sacarla de aquí ya. —Mi atención volvió a su pierna, que sangraba considerablemente y aunque él lo sabía, parecía no haberle dado importancia. Supuse que le daba igual; solo quería venganza—. ¿Estás bien?

—Perfectamente.

Kellan rasgó su camiseta y usó el trozo de tela para hacerse un torniquete improvisado y con toda la frialdad del mundo, disparó a ese tipo en la cabeza, provocando que nuestra hermana soltara su cuerpo y lo dejara en el suelo.

—Tú no deberías estar aquí, hermanita —sentenció con dureza—. Como le pase algo a mi sobrino también, no me lo perdonaré en la vida, así que quédate detrás de mí y mantente al margen —estableció con tono autoritario, aunque según iba pronunciando las palabras, estas iban perdiendo fuerza, convirtiéndose casi en una súplica.

Kellan puso la mano en el pomo de la puerta y vi sus intenciones; su único objetivo era sacarnos de allí con vida y acabar con todos los que se interpusieran en nuestro camino, pero mis planes eran muy distintos.

—Kellan, tenemos que sacar a las chicas de aquí.

—No. Yo solo tengo que sacaros a vosotros de aquí. Solo —recalcó con seriedad. Estaba roto y cada palabra que salía por sus labios era prueba de ello.

—No pienso marcharme de aquí sin Naia. Ella ha vuelto para salvar a Lía y a África. —Cerró los ojos con fuerza, como si escuchar ese nombre supusiera un verdadero reto. O un sufrimiento—. Tenemos que sacar a esas chicas.

Le costó unos segundos asumir que no iba a marcharme de allí hasta entonces.

—Está bien. Os sacaré de aquí y yo volveré a por ellas.

No asentí, tampoco dije nada; era absurdo discutir con él en esos momentos, pero no pensaba irme de ese lugar sin sacar a Naia de allí. No iba a hacerlo.

Kellan se colocó en primer lugar, cojeando, pero manteniéndose firme, como siempre; seguido por mí y por Dani, en último lugar, usando nuestros cuerpos para protegerla, aunque no lo necesitara. Abrimos la puerta y un silencio ensordecedor nos envolvió. Parecía mentira que en un sitio como aquel no se oyera ni un solo ruido, ni un murmullo que nos guiara hacia un lugar u otro. Por eso, Daniella le indicó por dónde habíamos entrado.

Cuando llegamos a la ventana, Kellan entrelazó los dedos de sus manos y las puso a la altura de Dani para que pusiera sus pies y se impulsara sobre ellas y cuando estaba a punto de hacerlo, supe que era el momento.

—Sácala de aquí. Luego iré con vosotros.

No esperé una respuesta, salí corriendo en dirección contraria, escuchando un «¡joder, Brenan!» de parte de mi hermano que no me detuvo lo más mínimo. Me dirigí hacia las únicas escaleras que había visto, al sospechar que las chicas se encontrarían en el piso superior, y en cuanto puse un pie sobre su superficie metálica, esta empezó a sonar con cada paso. Intenté no hacer ruido, pero era imposible; cada viejo escalón chirriaba más que el anterior.

Al llegar arriba, me encontré con varias salas; intenté abrir sus puertas, pero algunas estaban cerradas con llave y las otras, completamente vacías. No había ni rastro de ninguna de las chicas.

No lo había hasta que giré, al fondo del pasillo, y vi a un hombre custodiando una de las puertas. No me dio tiempo a pensar y di gracias por ello; al ver que tenía una pistola en la cintura y que su mano se dirigía hacia ella a toda velocidad, apreté el gatillo en dos ocasiones, acertando de lleno en su pecho y provocando que cayera al suelo, inerte.

Joder…

No me tembló el pulso al hacerlo. Lo único en lo que pensaba era encontrar a Naia sana y salva y sacarla de allí y con el sonido de los disparos, en segundos, ese pasillo se llenaría de gente; gente que intentaría matarme, por lo que debía darme prisa.

Abrí la puerta que estaba a las espaldas de ese tipo y la realidad me golpeó de forma aplastante, dolorosa y fulminante.

Naia se encontraba en el suelo, arrodillada, con las manos atadas sobre sus muslos, descubiertos por un pantalón minúsculo, y con el torso desnudo, dejando a la vista sus pechos firmes y perfectos. Su rostro, cargado de terror e iluminado por un sendero húmedo que habían dibujado las lágrimas sobre su piel, se centró en el mío y cuando vi que se encontraba acompañada, una náusea paralizante hizo que mi estómago se doblara por la mitad. El comisario estaba frente a ella y lo que me revelaron sus ojos me obligó a reaccionar.

—Apártate de ella. —Apunté con mi pistola directamente a su cabeza. El Ruso anudó sobre sus puños las cuerdas que tenía en sus manos y me dedicó una mirada escéptica—. ¡He dicho que te apartes! Naia, vístete —le pedí sin mirarla, con todos mis sentidos puestos en él.

—¡Vaya! ¡Ulloa! —murmuró con un tono que no me gustó nada—. Tan oportuno como siempre…

—Apártate. ¡¡Ya!! —grité.

No podía soportarlo. No quería ver a ese tipo cerca de ella, no quería ni imaginarme de lo que era capaz. Naia seguía inmóvil, en la misma posición que la había encontrado.

—Naia, vístete y vete de aquí. Por favor… —No podía mirarla. No quería verla allí, rota y vulnerable.

—No eres tú quien decide esas cosas —añadió el Ruso con una mueca intimidatoria.

—Cuando tus sesos estén repartidos por esa pared, no pensarás lo mismo. —Una serenidad letal se adueñó de mis palabras —. Apártate de ella.

—O si no, ¿qué?

Disparé a su lado, haciendo que la trayectoria de la bala pasara casi rozando su cabeza.

—La próxima no fallaré.

Dio un paso atrás justo en el momento en el que escuchamos varios disparos en el exterior y en el pasillo, unos estruendos que no me detuvieron, en absoluto. Ni siquiera pensé que podría tratarse de Kellan o de Daniella; toda mi atención estaba entre aquellas cuatro paredes. No obstante, cuando ambos aparecieron a mis espaldas, respiré profundamente.

—¡¡Castro!! —exclamó el Ruso al ver aparecer a Daniella—. ¡Qué alegría verte por aquí! —comentó con ironía.

—No puedo decir lo mismo, comisario —contestó esta, cargada de decepción, dando un paso adelante para intimidarle con el cañón de su pistola, que apuntaba en su dirección.

—No veo mucha sorpresa en tu cara…

—La verdad es que no, pero me encantaría no tenerle frente a mí en estos instantes.

—¿Sabes? A mí tampoco me sorprende verte con los Ulloa. Pensaba que eras mejor policía, Castro, pero has hecho las cosas mal, muy mal.

—No creo que usted pueda darme lecciones, comisario.

—He estado toda una vida al mando de esta gente y de una comisaría. Tú, en cambio, has ido dejando tu rastro a cada paso. —Dani frunció el ceño al escucharle—. No pensarías que no me di cuenta. Sabía que eras hermana de los Ulloa, pero que estuvieras metida en el Dark Soul era una buena forma de tenerte vigilada. Y entretenida.

—¿Vigilada?

—Además, la llave de los archivos de la comisaría desapareció el día de tu visita. ¿Casualidad? ¿Pensabas que tampoco me daría

cuenta?

Arrugué el gesto al comprender que solo quería entretenernos y ganar algo de tiempo.

—Aléjate de ella —insistí, consiguiendo que el Ruso diera un paso atrás.

—¿Por qué? —murmuró Dani. La decepción hablaba por ella y vi en su rostro la necesidad por descubrir esa respuesta—. ¿Por qué, comisario? Todo el Cuerpo confiábamos en usted…

—¿Por qué? —Rio, incrédulo—. ¡Porque puedo! —Alzó las palmas de las manos, como si fuera más que evidente.

Así de fácil. Un tipo como él, poderoso, con cierta reputación en la Policía, con años de experiencia en el Cuerpo, era el cabecilla de una trama del peor tráfico de todos, el de vidas. Y esa respuesta, «porque puedo», se quedó marcada a fuego en mi alma. Dos únicas palabras necesarias para destrozar vidas, para jugar con los sueños y el futuro de la gente a su antojo, para eliminar a cualquiera que se interpusiera en su camino sin dudar.

—¡¿Porque puedes?! —grité más enfadado que nunca al cruzarme con la mirada rota de Naia—. ¡¿Porque puedes, maldito hijo de puta?! ¿Así, sin más?

—¡Vaya! El pequeño Ulloa se ha enamorado de la putita de turno…

—¡Cállate! —exclamé con mi dedo índice haciendo presión sobre el gatillo.

—¿Sabes cuánta gente hay por debajo de mí?, ¿cuántos tipos como yo o peores seguirán mis pasos?

—Pues espero que les hayas explicado cómo hacerlo, porque tú no estarás aquí para verlo.

Iba a disparar, lo juro. En esos instantes, la rabia acumulada durante toda mi existencia estaba centrada en la mano que sostenía la pistola, pero Kellan se puso a mi lado y dio un golpe en mi hombro, captando mi atención, sin dejar de apuntar al comisario con su arma.

—Brenan. —Su mano se deslizó desde mi hombro hasta mi antebrazo para detenerme—. No lo hagas.

—No sabes lo que hace esta puta gente, Kellan. No sabes lo que quería hacerle a Naia —le expliqué en un susurro casi inaudible.

—No le ha hecho nada… —supuso, tratando de convencerme —. No le ha hecho nada por ti, Brenan. Has llegado a tiempo, como siempre. Y ella te necesita. Mírala.

Me negaba a que mis ojos volvieran a centrarse en ella porque un dolor inconfundible me arrasaba sin remedio. Según Kellan, había llegado a tiempo, pero yo no lo veía así, y aunque quise evitarlo, mis ojos se dirigieron, rebeldes, hacia Naia. Su mirada vidriosa seguía húmeda por las lágrimas mientras me suplicaba, sin decir nada, que la sacara de allí.

—Tú no eres así, Brenan —insistió mi hermano.

Sabía a qué se refería porque no era lo mismo matar a alguien que amenazaba tu supervivencia que disparar a alguien desarmado, a traición, y tendría que vivir con ello. Aprendería a vivir con ello.

Mis hombros se relajaron y la tensión que había en ellos, al sujetar el arma, desapareció; al menos, por unos instantes.

—Tú no eres así, Brenan, pero yo sí —dijo Kellan con su voz más heroica, dedicándome una última mirada.

Apretó el gatillo con decisión y una bala atravesó la entrepierna del comisario haciendo justicia.

O eso creía, en esos instantes.



Capítulo 39

Naia

Creo que nadie me había mirado así nunca, con la preocupación real ante la posibilidad de perderme, y en cuanto sus ojos se fundieron con los míos, un remolino de emociones me zarandeó de arriba abajo.

No podría describir lo que sentí cuando le vi aparecer, pero fue algo similar a encontrar un halo de esperanza en medio de la oscuridad. Me quería. Lo sabía. Lo sentía. Si no, no habría venido a buscarme. Y aunque mis labios querían sonreír, mi alma estaba rota por haber vuelto al infierno, por haberme metido yo sola en el verdadero averno, cuyas llamas eran capaces de hacer arder a cualquiera y reducirlo a cenizas. Sin embargo, cuando le vi entrar, noté que resurgía, como el mismísimo ave fénix. Así era Brenan.

Tampoco podría describir lo que sentí cuando los brillos dorados de su mirada castaña desaparecieron al cruzarse con la mía, como si estuviera decepcionado o no me conociera en absoluto. Pero era yo la que estaba allí, la misma que había compartido con él las últimas semanas, provocándonos esos sentimientos indescriptibles que no había sentido nunca hasta entonces. Jamás.

Aún no había conseguido asimilar que el tipo que tenía delante, el mismo que quiso —y quería— aprovecharse de mí, el líder de todo aquello, era el comisario Escobar. Era algo difícil de creer, difícil de aceptar. ¿Cómo era posible que un hombre como ese, capaz de destrozar a cualquiera con su poder, fuera policía, alguien que debía protegernos? Era imposible.

Im. Po. Si. Ble.

Estaba pensando en ello, observándole, cuando ese disparo me pilló de improviso, convirtiéndose en el mismo tiro que me devolvió la fe en la humanidad. El grito que pegó el Ruso retumbó entre aquellas cuatro paredes, como un alarido desgarrador, justo antes de que cayera al suelo, retorciéndose de dolor y llevándose las manos a la entrepierna. Su miembro, del que estaba presumiendo unos minutos atrás, empezó a sangrar de forma descontrolada y solo entonces, desapareció el nudo que llevaba días oprimiendo mi pecho.

—¿Estás bien? —Brenan se dejó caer a mi lado y sostuvo mi rostro entre sus manos para examinar cada centímetro de mi piel.

Al comprobar que no estaba herida, se quitó la camiseta y me la puso lentamente, con miedo a romperme; preocupado, atento, cariñoso como nunca, como si fuera el centro de su universo en plena guerra entre galaxias. Y en cuanto me estrechó entre sus brazos, recuperé ese sentimiento de hogar que había perdido. Sentí cómo todo volvía a su sitio y yo encontraba mi lugar en el mundo, allí, con él.

—Estoy bien —contesté contra su torso desnudo—. Has llegado a tiempo. Otra vez.

—No, he llegado tarde, Naia. Créeme. —Volvió a coger mi cara entre sus manos y juntó nuestras bocas con necesidad—. Si tuviera que empezar mi vida desde cero, intentaría encontrarte antes. Mucho antes.

En esa ocasión, fui yo la que alcancé sus labios y enredé nuestras lenguas para adueñarme de su calidez, sintiendo ese hormigueo que me recorría cada vez que nuestros labios se rozaban. Cerré los ojos para sentirle por completo, olvidándome de los demás, de dónde nos encontrábamos. Podría arder el mundo a nuestro alrededor que allí, en sus brazos, con él, todo me habría dado igual. Y así fue.

El primer disparo nos pilló por sorpresa y fue Brenan el que tuvo que tirar de mí para que reaccionara.

—¡¡Joder!!

Como era de esperar, los tipos del Ruso no tardaron en llegar y empezaron a dispararnos desde el pasillo, pero no pensábamos

ponérselo fácil. Kellan, Dani y Brenan devolvieron los tiros mientras nos cubríamos como podíamos.

—¡Por aquí! —grité al ver una vía de escape.

Aquella sala estaba conectada con las dos contiguas mediante puertas cerradas con unos candados que Brenan y Kellan no tardaron ni un segundo en reventar, lo que nos vino genial para contar con algo más de espacio para distribuirnos, ya que, de lo contrario, estaríamos metidos en una ratonera sin salida.

—¡Ulloa! —chillaron desde el pasillo—. ¡Entrégate! O acabarás como tu amiguita. —Reconocí la voz en ese instante; Santana. Justo cuando el gesto de Kellan se tensó y se descompuso.

Los tiros se volvieron más intensos, más seguidos, y retumbaban entre las paredes y los paneles metálicos, provocando unos estruendos insoportables. Las balas volaban en todas las direcciones y vi a varios de los suyos caer heridos en el pasillo, por el mismo lugar que consiguieron sacar al Ruso.

—¡Naia, escóndete! —me pidió Brenan, devolviendo los disparos con una postura tan sexy como intimidatoria.

Quería ayudarles, pero no podía. Era la única que estaba desarmada y mi presencia no haría otra cosa más que ponerlos en peligro. A ellos y a mí.

Estábamos atrapados, aquellas habitaciones solo nos dieron algo más de espacio, una mínima oportunidad, pero no podíamos salir de allí. No, al menos, hasta que acabáramos con todos ellos. Y parecía imposible…

Hubo unos minutos en los que los estruendos se multiplicaron y me imaginé el peor de los finales, pero un golpe de suerte, con apellido Ulloa, vino a nuestro rescate.

—¡Dani, ¿estás bien?! —La voz de Connor se hizo un hueco entre las balas que procedían del pasillo.

—¡Estoy bien! —gritó la aludida.

Tres últimos tiros, espaciados, pusieron fin a aquella conversación. O la empezaron… Porque Connor, Eric y varios de sus hombres, entre los que reconocí a Toño y a Germán, que nos habían escoltado durante los días siguientes a nuestra huida, aparecieron en la habitación.

Connor corrió hasta Daniella y le hizo un escáner completo, examinándola de arriba abajo para comprobar que le había dicho la verdad.

—¡Estoy bien, estoy bien!

—¡Tú! —Se dirigió a Brenan, dándole un empujón que ni siquiera le desestabilizó, ya que, aunque Connor era cuatro años mayor, ambos tenían la misma altura—. ¿Qué cojones haces? ¿Por qué la has traído?

—Lo siento —murmuró este, cabizbajo—. Ni siquiera lo pensé.

—¿Estás bien? —se preocupó, adoptando su papel de hermano mayor.

—Estamos bien.

Eric fue directo a Kellan, como si fuera el que más le preocupara, y con una mirada, se lo dijeron todo.

—¿Dónde están? —se interesó este último—. ¿Habéis acabado con ellos?

—Algunos han logrado escapar, aunque no creo que estén muy lejos.

—No, no van a dejarnos aquí, así, sin más. Tenemos que estar preparados para lo que nos encontremos ahí fuera. Toño, Brenan… —pensó durante unos segundos; creo que sabía que Brenan no me dejaría sola otra vez— y Naia, conmigo; Germán y Daniella, con Connor; el resto, con Eric. Nos separaremos y nos encontraremos en los coches. Tened cuidado.

Los dos grupos salieron hacia el pasillo y nosotros esperamos, durante unos minutos, en aquella pequeña sala comunicada.

—¿Tienes algún plan? —le preguntó Brenan antes de salir.

—Ninguno. No tengo nada que perder —sentenció con esa voz de líder que podría erizar la piel de cualquiera—. Así que quedaos detrás de mí. Toño, Brenan, proteged a Naia. —Ambos asintieron, aunque Brenan lo hizo con un gesto de incredulidad hacia esas palabras, como si las diera por hecho.

La mirada que me dedicó me preocupó; sabía que había pasado algo, aunque no sabía qué y no era momento para preguntar. Por eso, me puse detrás de ellos, como me habían

indicado, y cruzamos el umbral de la puerta, manteniendo todas las precauciones posibles.

Los grupos de Connor y de Eric ya se habían dispersado. Por el pasillo no había ni un alma y el silencio intimidaba tanto como el mismo hecho de seguir en aquel lugar, con esa gente. Cada paso que dábamos nos llevaba hasta la salida, pero para mí, cada uno de ellos significaba acercarnos al peligro. Más aún. Porque los conocía y estaba segura de que aquello no había terminado.

Bajamos las escaleras metálicas y nos adentramos en la planta inferior, donde no había nadie. Demasiado sospechoso para ser real. Y cuando parecía que lo habíamos logrado y pusimos un pie en el exterior de la nave, tres pistolas apuntaron directamente hacia nuestras cabezas. Santana, el Ruso y Darek.

No dijeron nada, ni una sola palabra, pero por la sonrisa que esbozó el cabecilla, a pesar de estar herido, supe que aún no estaba todo dicho. Así fue… Kellan, Brenan y Toño empuñaron sus armas y dirigieron sus cañones hacia las cabezas de los contrarios, justo como estaban haciendo ellos, mientras que yo me mantuve a sus espaldas, atemorizada, sintiendo que íbamos a perder la partida en la última jugada.

Brenan me dedicó una mirada que se transformó en una media sonrisa cómplice para tranquilizarme y cuando la tensión podría haber partido el planeta Tierra por la mitad, Toño dio tres pasos al frente, se giró hacia nosotros y apuntó al pecho de Kellan, justo al corazón.

—¡¿Qué cojones haces, Toño?!



Capítulo 40

Eric

Jamás me había sentido así, como si me arrancaran el corazón del pecho y lo estrujaran en un puño, frente a mí, hasta hacerlo desaparecer por completo. Mi objetivo siempre fue mantener a los míos a salvo y por segunda vez en mi vida, había fracasado por completo. Daniella, con un bebé creciendo en su interior, había estado metida de lleno en un tiroteo que parecía no tener salida; Connor y Brenan seguían inmersos en su versión kamikaze y planeaban hacer arder el mundo con la única idea de mantener a sus chicas a salvo, Kellan tenía cuatro pistolas apuntando a su cabeza y Lía… Solo con pensar en ella, mi respiración se detenía, lo que quedaba de mi corazón se evaporaba y mi piel se rasgaba hasta el alma.

Conseguí salir de la nave por una de las ventanas laterales, que nos permitió caer de un salto en la maleza que bordeaba el edificio. Corrimos entre los árboles y nos alejamos hasta una zona segura, desde la que podíamos observar la entrada principal sin ser vistos mientras esperábamos a los nuestros. Y cuando los vimos aparecer, el viento cambio de dirección, en nuestra contra.

El Ruso y dos de sus hombres apuntaron a Kellan, Brenan, Naia y Toño, y cuando este último se separó de los nuestros y pasó al otro bando para convertirse en una nueva amenaza, todo adquirió un nuevo sentido.

¡¿Qué cojones?! ¿Toño era el topo?, ¿el mismo traidor que nos había delatado en varias ocasiones y puesto en peligro en todas ellas? La rabia que me inundó al pensar en ese tipo, junto al que llevaba media vida trabajando, se convirtió en un fuego incontrolable que crecía en mi interior y se traducía en venganza. Porque así, sin esperarlo, todas aquellas redadas inesperadas, operativos fracasados e incluso muertes de nuestros compañeros empezaron a adquirir sentido. Él había sido partícipe de todo aquello.

—¡¿Qué cojones haces, Toño?! —cuestionó Kellan, sorprendido. Pude ver en su gesto que no se lo imaginaba; no de él.

—Ser parte del bando ganador. Solo eso. Nunca deberías haberte puesto al mando, Kellan.

Presentí sus intenciones y no pude contenerme; teníamos que actuar antes de que fuera demasiado tarde.

—¡Vamos! —les ordené a Manu y Loren, que se habían unido a mí en nuestra huida.

No hizo falta que dijera nada más; cada uno sabía lo que debía hacer y lo primero de todo, era sacar a Kellan, Brenan y Naia de aquella encrucijada.

Corrimos cada uno hacia un extremo del edificio, manteniéndonos aún ocultos entre los árboles para no desvelar nuestra posición, y empezamos a disparar hacia la entrada para convertir la escena en un completo caos, que los nuestros aprovecharon para escapar. El Ruso, malherido, trató de ponerse a cubierto con la ayuda de sus hombres, y aunque la oscuridad y la distancia no nos lo ponían nada fácil, conseguí acertar y atravesar la pierna de uno de ellos.

—¡Eric, ¿estás bien?! —Escuché la voz de Connor entre las sombras, aunque no pude verle, y respiré aliviado al saber que él también había conseguido salir de allí.

—Bien. ¡Tenemos que sacarlos de ahí!

Las balas convirtieron aquel lugar en un auténtico campo de batalla del que parecía prácticamente imposible salir ileso. Los disparos iban en todas las direcciones y el desconcierto era tal que no sabíamos dónde estaban los nuestros ni en qué parte se habían escondido los suyos o si habían huido hasta que localicé al Ruso caminando, apoyándose sobre uno de los suyos, por uno de los laterales de la nave. Me dirigí hacia allí a toda velocidad y estaba a punto de disparar cuando decenas de policías aparecieron de la nada apuntando con sus fusiles de asalto, subfusiles y ametralladoras ligeras.

—¡¡Alto, Policía!!

No me moví de mi escondite, permanecí oculto por lo que pudiera pasar y di gracias por tener la mente fría. Por una vez. Varios de los hombres del Ruso dejaron caer sus pistolas y alzaron las manos en señal de rendición y cuando vi al líder esbozando una enorme sonrisa sarcástica, supe que aún no había acabado.

—¡Qué alegría verte por aquí, Oliveira! —exclamó el comisario, sin soltar su pistola, mirando al inspector con una expresión que no logré descifrar.

—Suelta el arma, Escobar —le ordenó el inspector Oliveira con un gesto firme e inquebrantable.

—Me decepcionas, amigo. Si me conocieras lo suficiente, sabrías que no me voy a dejar atrapar. No puedo…

—¡¿No puedes?! ¿Eres consciente de lo que tienes a tus espaldas? —chilló Oliveira con escepticismo—. Cuando me dijeron que tú estabas metido en todo esto, no podía creérmelo. ¡Ni siquiera puedo creerlo ahora que te tengo delante!

—Lo siento.

—¡¿Lo sientes?! ¡Mi hija murió por tu culpa! —Por su tono de voz, me percaté de que estaba a punto de romperse, pero intentó disimularlo.

—Siento ser una decepción para ti. ¡Ya ves! Llevas muchos años soñando con acabar con los Ulloa, con darle un verdadero golpe al narcotráfico y acabar con esa escoria… ¡Y resulta que tenías la basura metida en casa! —El Ruso se rio a carcajadas, mientras que el gesto del inspector doblaba su seriedad—. Ha sido una

verdadera aventura ejercer mi papel de villano de la película y el de un comisario ejemplar al mismo tiempo, no creas.

—Eres un hijo de puta, Escobar, no una persona ejemplar.

—Puedes decirlo como quieras.

—Me alegro de que estés orgulloso de todo lo que has hecho hasta hoy porque hasta aquí has llegado.

Lo vi venir. Oliveira disparó al comisario Escobar y este cayó al suelo de forma inmediata.

—Esto… Eso no acaba aquí… —murmuró el Ruso, agonizante.

—Te equivocas; para mí sí. Por mi hija.

Un último disparo a bocajarro atravesó la cabeza del comisario y una sonrisa orgullosa, cargada de liberación, se dibujó en los labios de Oliveira.

—¿Qué ha pasado, inspector? —preguntó uno de los policías al llegar junto a él.

—¿Qué ha pasado? —cuestionó, escéptico—. Tenía una pistola, iba a matarme. Lo has visto, ¿verdad? —Su mirada se entrecerró y el agente asintió, conforme, sin decir nada más ni cuestionar ni una de sus palabras.

Fue entonces cuando la vi, haciendo aspavientos en la parte trasera de la nave, tratando de captar mi atención. Al ver a Daniella llamándome, lo primero que pasó por mi cabeza fue que necesitaba ayuda y mi instinto protector hirvió en mi interior, provocando que saliera disparado hacia ella, corriendo entre los árboles para pasar desapercibido. Además, el inspector seguía junto al cuerpo del Ruso, varios policías estaban deteniendo a algunos de esos tipos, y al resto… simplemente les había perdido la pista.

Corrí hacia ella y cuando llegué a su lado, la sostuve por los hombros para analizarla con rapidez.

—¿Estás bien? —Asintió.

—¡¿Qué demonios haces ahí?! ¿Quieres que te cojan? Porque te aseguro que tendrás que dar muchas explicaciones…

—No lo dudo. —Me encogí de hombros. Me daban igual las consecuencias, no me importaban las explicaciones; a esas alturas, con ellos a salvo, todo me importaba una mierda. Todo—. Larguémonos de aquí.

Tiré de ella hacia el camino que surgía desde esa zona trasera y antes de que nos diera tiempo a alejarnos lo suficiente, oímos un motor rugiendo a nuestras espaldas, acercándose a toda velocidad hacia nosotros. Apenas me dio tiempo a pensar, pero debía protegerla. No pude salvar a mi hijo, pero debía salvar al de Connor. Miré hacia el coche, que ya teníamos prácticamente encima, cuyos focos me deslumbraban por su intensidad, y el tiempo se detuvo al ver la sonrisa victoriosa de Toño al volante.

Una milésima de segundo. Una sola milésima fue lo que tardé en apartar de un empujón a Daniella y poner mi cuerpo delante del suyo para recibir el golpe. Un impacto doloroso que hizo crujir cada hueso de mi cuerpo al lanzarme a varios metros de distancia.

No sentía nada y, al mismo tiempo, lo sentía todo. Cada lento bombeo de sangre que se repartía por todo mi organismo hasta detenerse, cada uno de los rasguños y de los huesos que aquel atropello partió en dos, cada bocanada de oxígeno con la que intentaban llenarse mis pulmones. Pero no pude hacer nada más; solo rendirme. No merecía la pena, no tenía nada que perder ni nada por lo que luchar y me dejé ganar en aquella batalla.

Ahora sí, había llegado el momento. Demasiados años jugando con fuego y, por fin, me había quemado. Hasta el alma… Había llegado mi momento. Y aunque pensaba que iría directo al infierno, un ángel se cruzó en mis pensamientos. Un ángel con la sonrisa más bonita que había visto en mi vida.

Lía…



Epílogo

Connor

Tres meses después…

Intenté abrir los ojos, molesto por el sol de mediodía, cuyos rayos se colaban por la ventana de mi habitación. Palpé el colchón, a mi alrededor, intentando localizarla, pero allí no había nadie; estaba solo. Me incorporé para sentarme en la cama y deslicé los dedos por los mechones rebeldes de mi pelo, tratando de poner algo de orden o de espabilarme, más bien, siendo consciente de cuánto puede cambiar la vida en solo unos meses.

«Si algo puede salir mal, saldrá mal»; era algo que no me había tocado aprender con el tiempo, como el resto de las personas, sino que descubrí cuando solo era un crío. Aunque también había descubierto que si jugábamos con las mejores cartas, teníamos todas las papeletas para ganar la partida. Y la batalla…

La vida siempre te sorprende y conmigo llevaba haciéndolo varios meses, desde que nos metimos de lleno en el Dark Soul. O desde que Daniella se cruzó en mi camino. Porque nunca, jamás, había conocido a nadie tan valiente, fuerte, inteligente, segura y honesta como ella. Era increíble… Y si había salido de aquella nave con vida, fue gracias a ella.

No podía negar que cuando Eric me contó que Brenan la había llevado con él, de cabeza al peligro, tuve ganas de asesinarle. ¡Joder! ¿Cómo podía ser tan inconsciente? ¡Estaba embarazada! Y no dudaba de que fuera capaz de mantenerse a salvo y poner a todos esos tipos en su sitio, al contrario, pero el miedo que me arrasó al pensar que podría salir herida de allí, me dominó por completo. Si la tocaban un solo pelo de la cabeza, acabaría con ellos, uno a uno, y les haría sufrir hasta su último aliento. Aunque pensaba matarlos a todos igualmente; me habían quitado a mi hermana, a África, justo cuando habíamos descubierto que Gonzalo Neira era el padre de ambos, justo cuando empezábamos a conocernos… Iban a pagar por ello. Sí o sí.

Por eso, cuando encontré a Daniella sana y salva, no me separé de ella ni un solo instante. Tenía que sacarlos de esa pesadilla. A ella y al bebé.

Conseguimos escapar de la nave junto a Germán, reventando los candados que bloqueaban una vieja puerta trasera, y justo cuando llegamos al exterior y conseguimos ocultarnos entre unos frondosos matorrales, vimos a varios policías camuflándose entre la oscuridad para llevar a cabo una redada que limpiaría aquel maldito almacén.

—Mierda… —masculló Germán por lo bajo.

—¿Qué demonios hacen ellos aquí? Tenemos que encontrar a Kellan y a Brenan.

—Es Oliveira —dijo Dani, sin mostrar ni un rastro de sorpresa en su rostro—. Le he avisado yo.

—¡¿Qué?!

—No teníamos nada que perder —contestó convencida.

—¿Cómo cojones no vamos a tener nada que perder? —cuestionó Germán, enfadado.

—¡Relájate! —Le di un manotazo para que controlara su genio al hablar a mi chica—. ¿Por qué los has llamado, Dani?

—Oliveira no tiene nada que ver con esto, perdió a su hija por esos hijos de puta. Además, me ha garantizado inmunidad para los nuestros. Para todos. Solo tenía que darle al comisario en bandeja… Y ahí lo tiene. —Señaló con la mirada hacia la nave y observé a Germán, que se encogió de hombros, condescendiente.

—Tengo que encontrar a mis hermanos —sentencié al sentirme ligeramente aliviado tras sus palabras. Esperaba que la policía estuviera de nuestra parte y metiera entre rejas a toda esa escoria—. Tú quédate aquí. Ni se te ocurra moverte… Por favor. —Le rogué con los ojos antes de sostener su mentón entre mis dedos pulgar e índice para adueñarme de su boca—. Quedaos a salvo.

—No me moveré de aquí. Tranquilo.

La media sonrisa que me regaló me removió por dentro y volví a besarla con deleite. Era una perdición, una completa adicción.

—Vuelve… —susurró sobre mis labios con el mismo tono que había usado yo unos segundos antes.

—Siempre lo hago.

Germán y yo salimos corriendo en busca de Kellan y Brenan, a los que no tardamos en encontrar. Ambos estaban en el lateral derecho de la nave, junto a Naia, resguardándose tras unos enormes paneles metálicos, desde donde supuse que habían devuelto los disparos.

—¿Estáis bien? —Estudié a los tres a fondo.

—Estamos bien.

—Tenemos que largarnos de aquí ya.

Naia me agarró del brazo para detenerme justo cuando íbamos a emprender el camino de vuelta.

—No podemos irnos. Tenemos que encontrar a las chicas.

No pude negarme. En cuanto sus ojos azules se encontraron con los míos, un intenso calambrazo sacudió mi corazón. No sabía cuántas jóvenes como ella habrían caído en las manos de esos tipos y crecido con ellos, pero conocía la historia de Naia y si podía evitar que cualquier persona volviera a pasar por ello, debía hacerlo.

Asentí, resignado, encabezando el grupo para dirigirnos hacia el interior de la nave. Otra vez.

—Encontremos a esas chicas.

…

Me levanté de la cama, perezoso, para buscar a Daniella, aunque no tardé demasiado. Estaba en la cocina, desayunando, sentada sobre la encimera mientras echaba un vistazo al teléfono y se llevaba una tostada a los labios para darle un bocado. En las últimas semanas, su apetito y su cansancio se habían disparado, por no hablar de su tripa, que ya mostraba una ligera curvatura que me volvía loco y me pasaba el día tocando. Tenía la figura más preciosa que había visto en toda mi vida.

—Buenos días. —Esbozó una sonrisa juguetona que no tardé en morder. Porque sí, el embarazo había aumentado su apetito, y el mío, en todos los sentidos. Más aún.

—Buenos días, preciosa —murmuré sin separarme—. ¿Piensas pasearte por mis sueños a menudo? —le pregunté, gamberro.

—¿Has soñado conmigo?

—Otra vez. Pero… si vas a volver esta noche, al menos, vístete. Por favor —susurré, bromista, haciéndole sonreír y colándome entre sus piernas, pegando mi cuerpo al suyo para que sintiera lo que esa imagen había provocado.

Rio con ganas al notarlo, con una carcajada que aceleró mis pulsaciones. Volví a besarla, centrándome en saborearla, en sentir cada roce, en aprenderme de memoria su forma de besar y su sabor, y deslicé la mano por la piel de su muslo, subiendo por él hasta detenerme en la curva de su tripa.

Las comisuras de mis labios se elevaron de forma instantánea al imaginarme a nuestro bebé creciendo allí dentro. Porque solo una semana después de aquella noche de pesadilla, fuimos a nuestra primera ecografía. Jamás podría imaginar lo que sentí al ver ese pequeño punto blanquecino en la pantalla, ni cómo se revolucionaría mi corazón al escuchar el suyo latiendo, convirtiéndose en mi sonido favorito desde entonces.

—¿Tienes algún plan para hoy? Porque se me ocurren unas cuantas ideas… —dije con picardía, acercándome a ella más aún.

—Me gustaría ir a la cárcel a ver a Oliveira. —Solté un suspiro orgulloso al escucharla—. Le debemos demasiado. —Asentí y la estreché entre mis brazos.

Pocos días después de aquella noche en la nave del Ruso, en la que detuvieron a varios de los implicados, entre los que se encontraban Santana o el traidor de Toño, la comisaría de O´Beiros se llenó de agentes de la Policía Judicial, de la Fiscalía Anticorrupción y de Asuntos Internos, con el objetivo de investigar el caso y la muerte del comisario. Fueron varias las personas y autoridades que cayeron, por no hablar de las que desaparecieron para huir de la justicia, y cuando los hombres del Ruso detenidos prestaron declaración, salió a la luz cómo murió este realmente. Era evidente que con tantos ojos allí presentes, la verdad no podría ocultarse durante mucho tiempo. El inspector Oliveira fue encarcelado, condenado por homicidio, aunque siguió manteniendo la inmunidad que nos había prometido a todos. A todos, excepto a Toño… Cuando vi cómo un agente le trajo detenido a la escena del crimen, donde ya se encontraban varias ambulancias y médicos para atender a Eric, tras el atropello, no pude hacer otra cosa. Me acerqué a él con determinación y estampé mi puño derecho en su pómulo, provocando que mis nudillos ardieran del golpe y él cayera al suelo de espaldas tras el impacto.

—Eres un maldito hijo de puta y pagarás por esto —escupí con inquina.

Dani me había contado lo ocurrido, que Toño intentó atropellarla a toda velocidad y que Eric la apartó de un empujón, salvándola y quedándose él en medio de la trayectoria del coche. Mi cuerpo hirvió de rabia, mi corazón latió con sed de venganza y tuve que contenerme, o más bien fue Kellan quien lo hizo, para no matarle allí mismo. Si llega a pasarle algo a Daniella por su culpa, no sabía qué habría hecho. Menos mal que Eric estaba allí para salvarla, como siempre, anteponiendo nuestras vidas a la suya propia. Así era él… Le debía la vida, se lo debía todo, y estaba muriéndose ante mis ojos sin que yo pudiera evitarlo. Por ella. Por mí.

Porque sí, la vida siempre te sorprende; lo hace con amigos como él, con mujeres como Daniella, con oportunidades como ese

bebé que venía en camino o esa familia que estaba a punto de formar. La vida me sorprendió desde que me puse al mando del club, desde que hice aquella reforma que nos puso en peligro a todos o cuando nos adentramos en el subsuelo de esa maldita nave, a través de una trampilla oculta, donde encontramos a decenas de chicas atadas y amordazadas, entre las que estaban ellas: África y Lía. No podría describir lo que sentí al ver a Kellan recuperando las ganas de vivir en un solo segundo ni cómo regresó la esperanza a nuestras miradas al volver a tener a mi hermana junto a nosotros, cuando menos lo esperaba, pero más la necesitaba. La vida siempre te sorprende… Y seguiría haciéndolo porque lo mejor estaba aún por llegar.



Epílogo

Eric

No recordaba nada de aquella noche. La única y última imagen que veía en mi mente cuando me esforzaba en recordar era ella. Ella. Lía. Su rostro, cargado de preocupación, sin rastro de esa sonrisa que tanto adoraba, se acercó a mí entre una espesa neblina que nos rodeaba y su mano, suave y aterciopelada, agarró la mía con firmeza para impedir que me alejara, pero me marché. Lo hice y todo se fundió a negro sin remedio.

No sé cuánto tiempo estuve allí, en el limbo más desconcertante, soñando con verla, con sus labios y su cuerpo, con sus besos y abrazos, con besarla y hacerla mía hasta el fin de mis días. Esos que sentía que ya habían llegado; por eso, mi único deseo era volver a encontrarme con ella. Durante todo ese tiempo, viví en un estado de éxtasis perpetuo, sintiendo su roce, notando sus besos, reviviendo aquellos momentos en los que aún éramos felices.

No obstante, la realidad me golpeó de forma aplastante cuando volví a abrir los ojos. No sabía qué día era, dónde estaba ni qué había ocurrido; lo único que sabía era que quería regresar al lugar donde estaba antes, a ese en el que podía estar con ella. Me costó una barbaridad mantener los ojos abiertos, los párpados me

pesaban toneladas y la claridad de la habitación me molestaba más que nunca. Quise moverme, lo intenté con todas mis ganas, pero no podía y cuando fui consciente de que había vuelto a la vida, me lamenté por haber regresado a ese lugar donde ella ya no estaba. Lía ya no existía.

Decenas de cables me mantenían conectado a unas máquinas que emitían pitidos infernales y mi cuerpo se encontraba escayolado de arriba abajo, prácticamente; excepto la cabeza, donde una venda cubría su parte superior. ¡¿Qué cojones?!

Me removí nervioso, tratando de deshacerme de todo lo que tenía encima, hasta que una enfermera, casi tan alterada como yo, entró en la sala y se acercó a mí a toda velocidad.

—Tranquilo, tranquilo —me pidió mientras se encargaba de las máquinas y detenía ese maldito sonido—. Tienes que estar quieto, ¿de acuerdo? ¿Cómo te encuentras? —Dejó el aparato y se centró en mí.

—¿Qué ha pasado?

—Te han atropellado. Estás vivo de milagro.

¿De milagro? Milagro sería que me hubiera ido con ella, donde realmente quería estar; que me hubiera ido en su lugar o que Lía estuviera de vuelta. Me habría servido cualquiera de las opciones, pero no esa. No esa.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unos cuantos días, pero ahora es mejor que descanses. Hay mucha gente preocupada por ti, ¿sabes? Se alegrarán cuando les diga que has despertado.

«¿Mucha gente?, ¿en serio? Permíteme que lo dude», me habría encantado contestar; en cambio, me quedé callado. No sé qué puso la enfermera en la vía, pero, sin apenas darme cuenta, todo volvió a oscurecerse y caí en un profundo sueño. Con ella.

Cuando abrí los ojos de nuevo, estaba en un lugar distinto; en un sitio repleto de luz blanca y cargado de esa neblina que recordaba. Me centré en respirar, agotado por esa incertidumbre en la que me veía inmerso, y una suave caricia en mi mano captó toda mi atención al provocarme un intenso escalofrío, similar a una

descarga eléctrica que recorrió mi columna vertebral y me devolvió a la vida. Un escalofrío que solo una persona era capaz de causar. Lía.

Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, se quedaron enganchados hasta que sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa.

—¿Estoy muerto? —pregunté, desconcertado, al dudar si estaba en ese limbo otra vez.

Su sonrisa se amplió y mi corazón empezó a latir con fuerza.

No. No estaba muerto.

—Menos mal que has vuelto…

Lía se puso de pie, se inclinó sobre mí y encajó su boca con la mía con tal dulzura y necesidad, al mismo tiempo, que aceleró mis pulsaciones.

La misma enfermera que recordaba hizo su aparición en el momento más inoportuno, interrumpiendo aquel beso con el que llevaba meses soñando, y carraspeó en cuanto fue consciente de la escena.

—Bienvenido, Eric.

Ni siquiera la miré. Toda mi atención estaba centrada en Lía. ¿Era un espejismo?, ¿una fantasía?, ¿producto de los fármacos? ¿Había conseguido volverme loco?

—¿Cómo…? Pero… ¿Cómo…? —balbuceé.

—No te preocupes, la confusión es una respuesta muy común tras un coma inducido. Has estado descansando —recalcó con retintín— durante varios días, pero has estado muy bien acompañado. Lía no se ha movido de ahí fuera desde que llegaste aquí. Aunque no ha podido verte hasta hoy, ¿verdad? —Le guiñó un ojo con complicidad, dándome a entender que no era del todo cierto.

Vale, esa enfermera también la veía, así que no estaba delirando. Lía estaba allí.

—¿Cómo estás?

—Mejor de lo que merezco —contesté sincero, mientras mis ojos se fundían con los de Lía, pidiéndole tantas disculpas que no podrían expresarse con palabras, haciéndole tantas preguntas que era imposible verbalizarlas.

—¡No será para tanto! —exclamó la enfermera, concentrada en las máquinas—. Tendrás que permanecer escayolado durante unas cuantas semanas, pero, por lo menos, te tenemos de vuelta. Pasará el médico a verte y te explicará todo —me dijo al dirigirse hacia la puerta—. No me le alteres demasiado… —le pidió a Lía con una sonrisa antes de marcharse.

—¿Cómo…? Tú… Yo… Te vi.

Lía agarró mi mano y acaricié su dorso para anclarme a la realidad; necesitaba ser consciente de que estaba en el mundo real, de que ella seguía allí, conmigo.

—No. No era yo. —Por mi gesto, vio que necesitaba muchas explicaciones. Demasiadas—. Usaron a dos de las chicas para fingir nuestra muerte y dejaros fuera de juego. Fue todo parte de un plan orquestado por el Ruso.

¿Un plan?, ¿dejarnos fuera de juego? ¡Un puto plan que me había quitado la vida! Así, sin más.

—¿Dónde estabas? ¿Estás bien?

—Ahora sí.

Mi corazón sufrió un vuelco al escucharla y temí estar sufriendo un infarto. «Justo ahora, ¡ni se te ocurra pararte!», le ordené.

—Connor, Kellan, Brenan y Naia nos encontraron. Salvaron al resto de las chicas.

—¿Y Afri?

—Está bien.

Nuestras miradas siguieron con su particular conversación mientras nos observábamos en silencio, como si lleváramos demasiado tiempo queriendo —o necesitando— hacerlo.

—Lía, yo…

—No tienes que decir nada. Ahora no. —Su mano apretó la mía con fuerza con un gesto que me hizo tragar saliva por lo que significó, pero necesitaba explicárselo, tenía que decírselo.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. —No dijo nada. Supuse que no quería abrir viejas heridas, pero yo necesitaba cerrarlas—. Siento haber sido un capullo contigo.

—Un gilipollas —añadió con su mueca pícara.

—Siento haber sido un completo gilipollas —dije con seriedad —. Pero todo esto… No… Ese bebé, nuestro bebé, murió por mi culpa.

Era la primera vez que le nombraba y me dolió tanto como si estuviera reviviendo aquel momento de nuevo.

—No fue por tu culpa.

—Sí, sí lo fue. Esos tipos fueron a por ti para hacerme daño y yo… hice lo que debía hacer. Pensé que lo mejor para mantenerte a salvo era que estuvieras lejos de mí. Era lo mejor para ti.

—¿Te lo hicieron? —Fruncí el ceño al no entender su pregunta —. Dices que fueron a por mí para hacerte daño… ¿Te lo hicieron?

—No te imaginas cuánto. —Su rostro se torció en una sonrisa triste.

—No sabes durante cuánto tiempo estuve pensando que te daba igual todo lo que había pasado, todo lo que me hicieron o lo que pasó entre nosotros. Creí que no te importaba nada.

—Soy un gilipollas. Un completo gilipollas. Pero no podía soportar que tú sufrieras por mi culpa.

—Y fuiste tú el que me hizo sufrir —soltó sin pensar, aunque vi cómo se arrepintió antes de pronunciar esas palabras—. Lo siento. No hablemos de esto ahora.

—No, soy yo quien lo siente, Lía. De verdad. —En esa ocasión, fui yo quien apretó su mano—. Pensaba que la única forma de protegerte era manteniéndome alejado de ti, pero me he dado cuenta de lo equivocado que estaba. Necesito estar contigo. Quiero estar contigo.

Sentía que ella pensaba igual. No sé por qué, pero lo sabía. O lo esperaba.

—Bueno, ya hablaremos. Ahora tienes que recuperarte, que ahí fuera te necesitan. Te necesitamos —rectificó, dándome una ligera esperanza—. No vuelvas a darme un susto como este.

Se tragó un «por favor» que me rasgó el alma. ¿Un susto? Aquello no había sido nada comparado con la angustia de imaginarme que la habían matado delante de mí sin que yo pudiera hacer algo para evitarlo.

Lía no se separó de mí ni un solo instante. Siempre que abría los ojos, ella estaba allí, dormida o despierta, pero con una sonrisa permanente que se encontraba con la mía cada vez que nuestros ojos conectaban.

Aquellas ocho semanas que pasé completamente inmovilizado fueron más llevaderas gracias a ella. Perdí la cuenta de los huesos que me rompió ese coche, pero ese golpe reconstruyó mi corazón. Y ese trato merecía la pena. Ella lo merecía todo. Todo.

Durante aquel interminable tiempo de ingreso, recibí varias visitas. El siguiente rostro conocido que recordaba era el de Daniella, que se presentó allí al día siguiente de que despertara. En cuanto cruzó el umbral de la puerta de la habitación, prácticamente, se lanzó a la cama para abrazarme.

—¡Au! —Dramaticé, fingiendo que acababa de destrozarme por dentro al estrecharme entre sus brazos con fuerza—. Yo también me alegro de verte, pequeña delincuente.

—¿Cómo estás? ¿Estás bien? ¡Menudo susto nos has pegado! —exclamó y miré a Lía al recordar sus palabras.

—Estoy bien.

—¡Menos mal! —Volvió a abrazarme—. Gracias, Eric. Gracias por salvarnos… —Se acarició la tripa—. Nunca podré dejar de agradecértelo.

—Volvería a hacerlo, una y mil veces —dije, sincero.

Cuando iba a preguntarle por Connor, este apareció con el teléfono pegado a la oreja y colgó antes de llegar a mi lado, abrazándome con fuerza, como si quisiera volver a unir cada trozo roto de mi cuerpo.

—¿Cómo estás? —preguntó, preocupado.

—Nunca he estado mejor. —Connor le dedicó una mirada fugaz a Lía, captando el significado de mi respuesta al instante.

—Me alegro. —Me dio un pequeño golpe en el hombro que apenas sentí, gracias a la escayola—. Te debo una, una muy gorda, por salvar a Daniella y al bebé. Creo que nunca tendré suficiente vida para agradecértelo, Eric.

—Yo también te debo una… —En ese instante, fui yo quien miró a Lía para que supiera a qué me refería, y él asintió, conforme.

—¿Estamos en paz, entonces?

—De momento. —Torció sus labios en esa mueca gamberra que le caracterizaba, haciéndome sonreír.

Los días pasaron lentamente en aquella habitación de hospital, cosa que agradecí, ya que todo ese tiempo libre me sirvió para recuperar la confianza y la complicidad con Lía, tanto que cuando puse un pie en la calle, cojeando, con muletas, casi diez semanas después del atropello, me acompañó a casa, para echarme una mano. Lo que no me esperaba era que ese «echarme una mano» fuera en su sentido más literal. Porque en cuanto cerré la puerta y me quedé apoyado en ella, se acercó a mí y unió nuestros labios en un beso al que no pudimos ponerle fin.

—Ay… —exageré, fingiendo un dolor agudo en el hombro cuando pegó su cuerpo al mío con una pasión desmedida—. ¡Joder!

—¿Te he hecho daño? ¡Perdona! —Se apartó con cierto reparo y di un paso al frente para volver a pegarme a ella y arrinconar su cuerpo entre el mío y la pared.

—No vuelvas a alejarte —le rogué sobre sus labios.

—Tú tampoco vuelvas a hacerlo…

…

Desde que volví a casa, ya había pasado casi un mes; cuatro semanas en las que Lía y yo no nos separamos para nada. Teníamos mucho tiempo que recuperar… Cuando no estaba haciendo rehabilitación, nos pasábamos el día pegados, fuera y debajo de las sábanas. Y allí estábamos, enredados de todas las formas posibles, aprendiéndome cada una de las curvas de su cuerpo o cada uno de los caminos que podía dibujar sobre sus lunares con las yemas de mis dedos.

—¿Sabes? Me habría encantado que aquella noche, la del asalto en el DS, no hubiera cambiado nada… Que no hubiera perdido a ese bebé y que hubiéramos seguido juntos —dijo Lía, mostrando su parte más vulnerable, provocando que la abrazara con fuerza y volviera a besar sus labios.

—No podemos cambiar el pasado, pero podemos elegir lo que hacemos con nuestro futuro. Y tenemos todo el tiempo del mundo para recuperar cada segundo.

Nuestras lenguas se acariciaron con un roce suave, que empezó con movimientos lentos y acabó transformándose en un beso cargado de una pasión desmedida. Me separé un instante para observarla, dejando mi frente apoyada en la suya, y la sonrisa que me regaló, la misma que me enamoró desde el primer día que la conocí, le dio sentido a todo.

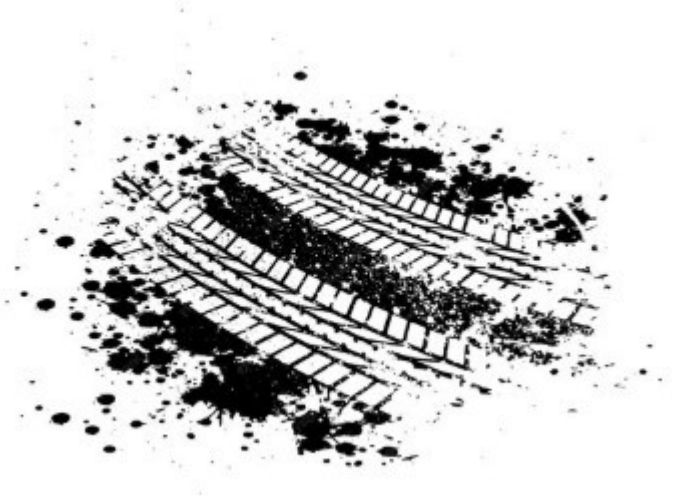
—¿Eso es un sí? —cuestioné, gamberro, volviendo a adueñarme de sus labios.

—¿Un sí? —cuestionó, extrañada—. No me has preguntado nada.

—No. Porque ya sabes la pregunta…

—Y tú la respuesta.

Teníamos una segunda oportunidad y pensaba aprovechar cada segundo, cada roce, cada beso. Repetiría cada parte de mi historia si el final era ese: estar junto a ella. Porque juntos, a su lado, todo merecía la pena. Y no iba a volver a soltar su mano jamás.



Epílogo
Brenan

Nunca me había considerado un hombre afortunado. Nunca hasta que la conocí. Porque Naia apareció en mi vida como un rayo de luz abriéndose paso entre la oscuridad más tenebrosa, como ese camino deslumbrante que escogerías sin dudar ni pensar en las consecuencias, como un verdadero golpe de suerte tras una vida de ausencias y malos tratos.

Naia era una mujer inigualable que había superado batallas que nadie podría imaginar, la misma que era capaz de levantarse con lágrimas en los ojos para seguir luchando. Una persona digna de admirar, esa niña que había nacido para soñar a lo grande… Y allí estaba, empezando desde cero, buceando en la piscina del pazo ajena a lo que ocurría en la superficie, como la sirena más bonita de toda la historia, como ese precioso ser mitológico, pero tan real que intimidaría a cualquiera.

Desde el primer día que la conocí, a través de aquel boquete en la pared, mi existencia pasó a tener un nuevo y único objetivo: darle la vida que se merecía, la que debería haber tenido siempre. Por eso, no pude llegar a entender que hubiera vuelto junto a esos tipos; no podía comprender que ella sola, por su propio pie, hubiera

decidido regresar a ese infierno. Ese fue el motivo principal por el que debía sacarla de allí y desde que la localizamos, en esa habitación junto al Ruso, no volví a separarme de ella. No podía.

Sin embargo, todo cambió en cuestión de segundos. Cuando pusimos un pie en el exterior y parecía que habíamos logrado escapar, el comisario y sus hombres nos cortaron el paso y, lo que era peor, Toño se cambió de bando. ¿Cómo era posible que él, una de las personas de confianza de Iago durante toda una vida y ahora parte del equipo de Kellan, nos traicionara de esa forma? ¿Desde cuándo llevaba jugando así con nosotros y poniéndonos en peligro? Kellan, Naia y yo nos quedamos petrificados y no pudimos reaccionar; no hasta que aquel sitio se convirtió en un verdadero campo de batalla en el que los tiros sonaban por todos lados.

Puse mi cuerpo delante del de Naia para protegerla, usándome como escudo, y mientras apuntaba y disparaba a nuestros enemigos, conseguí llevarla a salvo hasta un lugar seguro, hasta unos enormes paneles metálicos detrás de los que pudimos escondernos.

—¿Te han dado? ¿Estás bien? —pregunté sin pensar, sujetándola por los hombros para hacerle un escáner completo, de arriba abajo, y buscar cualquier pequeña herida.

—Estoy bien. —Sonrió con inocencia—. Estoy bien gracias a ti.

—No. Estás aquí por mi culpa, pero saldremos de esta. Te lo prometo.

No sé por qué lo dije. En un momento así, ni siquiera podía pensar, pero supuse que el estrés extremo y la adrenalina que latía por mis venas hablaban por mí o que en un sitio como aquel, las verdades salían a flote de cualquier manera, dejando de manifiesto nuestros verdaderos sentimientos, nuestros pensamientos o esa culpa que me ahogaba sin motivo. Todo salía a la luz… Por si acaso. Por si no conseguíamos salir con vida.

Iba a besarla, a abrazarla como se merecía, pero no podía bajar la guardia. No tardé en comprobarlo… Frente a nosotros, a unos metros de distancia, se encontraban Kellan y Toño; este último le dio una patada a mi hermano, en el brazo, y su pistola salió

disparada y cayó lejos de ellos. Kellan reaccionó, se abalanzó sobre él, provocando que cayera de espaldas, y se sentó sobre su cuerpo para sujetar con su mano izquierda el brazo con el que sostenía su arma y golpear con su puño derecho su rostro. Una y otra vez. Una y otra vez.

Se revolvieron sobre la tierra, recibiendo y dando golpes por todos lados, mientras los disparos seguían sonando a nuestro alrededor. No lo vi venir, ni sé cómo ocurrió, pero en un determinado momento, Toño quedó sobre mi hermano y le golpeó casi hasta dejarle noqueado.

—Nunca deberías haber ocupado el lugar de Iago. Lo único que has hecho ha sido jodernos el negocio, ponernos en peligro a todos y acabar con lo que nos ha costado toda una vida construir. Tienes lo que te mereces… ¡Puto Ulloa! —exclamó con rabia, poniendo el cañón de la pistola en la frente de Kellan.

Iba a hacerlo. Iba a matarle.

No lo pensé, no había tiempo. Corrí hacia ellos y cuando estaba a dos o tres metros de distancia, empuñé mi arma, apunté y apreté el gatillo. Con la práctica, sobre todo en la adolescencia, gracias a Kellan y a Connor, había ido mejorando mi puntería y pude demostrarlo en ese momento, justo cuando nos lo jugábamos todo. La bala atravesó el brazo de Toño, que soltó su pistola al instante y se encogió en el suelo, dolorido.

Me acerqué a Kellan y le ayudé a incorporarse mientras volví a apuntar a Toño para intimidarle. O para rematarle. Nunca llegaría a descubrirlo, ya que un «¡alto, Policía!» nos pilló por sorpresa y captó toda nuestra atención; momento que Toño aprovechó para escapar y correr hacia las sombras del bosque.

Kellan se apoyó sobre mi cuerpo y le guie hacia el sitio donde se había quedado Naia, detrás de los paneles. Tenía la ceja rota y el labio partido, por no hablar de su rostro magullado y del balazo que tenía bajo el torniquete, que volvía a sangrar, pero estaba vivo y eso era lo único importante.

…

Me lancé al agua de cabeza y buceé detrás de ella, siguiendo la estela que su cuerpo iba dejando bajo el agua, observando cómo

trataba de alejarse de mí, juguetona, con varias brazadas. Cuando la alcancé, la rodeé con mi brazo y atrapé su cuerpo entre el mío y la pared de la piscina para besarla como si llevara años sin hacerlo, años deseándolo. Nuestras lenguas se enredaron como las de dos adolescentes metidos, de lleno, en plena etapa de experimentar, con esa necesidad imperiosa que controlaba nuestros cuerpos, mientras decenas de gotas de agua resbalaban por nuestros rostros.

Naia se separó ligeramente y dejó caer su cabeza hacia atrás, apoyándola en el bordillo y dejando su cuello a mi alcance, piel que no tardé en saborear.

—Esto sí que es vida… —murmuró con una mueca que me provocó un intenso cosquilleo.

—¿Eso crees? —cuestioné, gamberro—. Puedo hacerlo mucho mejor, ¿eh?

Nos besamos despacio, tan lento como si quisiéramos hacer ese beso infinito, tanto que conseguimos hacerlo eterno.

Unas carcajadas, procedentes de la escalera principal del pazo, nos interrumpieron y nos separamos, a regañadientes, para ver lo que ocurría. En lo alto, se encontraban Connor y Daniella, charlando y bromeando, mientras este la agarraba entre sus brazos y ella intentaba huir, entre risas.

—Son increíbles. —Naia sonrió, contagiada por el momento—. Tu familia es genial… —musitó, admirándolos.

La observé y en esa ocasión fui yo quien la admiró a ella, en silencio, en todos los sentidos.

—Tú eres parte de esa familia, Naia.

Nos miramos fijamente y sus iris azules brillaron y vibraron, emocionados, aunque mantenían cierta incredulidad ante mis palabras.

—Lo ha dicho él. —Señalé a mi hermano—. Y a Connor no se le puede replicar nada.

Me gané una sonrisa que acabé imitando. Ambos sabíamos lo que quise decir con eso. Solo unos días después de que todo acabara y la calma regresara al pazo, cuando fuimos conscientes de los detenidos y de las sentencias, salió a la luz esa conversación que llevaba tiempo esperando.

—Ojalá el Lince hubiera acabado también entre rejas —pensó en alto Naia mientras desayunábamos.

Kellan arrugó la frente al escucharla y añadió:

—Ese desgraciado está muy bien donde está.

—No digo que no, pero habría estado mejor en la cárcel, sufriendo encerrado durante años, para que se sintiera como todas esas chicas.

Kellan, Connor y yo la miramos con cierta tristeza.

—El Lince era el padre de Naia —dije, de pronto, liberándome de esa pequeña carga que llevaba sobre mis espaldas al ocultarles ese pequeño detalle.

—¿Qué dices?

—¡¿Cómo?!

—No era mi padre, en realidad —contestó ella—. Mi madre también estuvo encerrada en el Lux durante años y él… Bueno… Yo no tengo nada que ver con él. Nunca tendría nada que ver con alguien así —intentó excusarse—. Ese tipo no era mi padre. Ni parte de mi familia.

Connor y Kellan se miraron como si no esperaran esa noticia y luego me observaron a mí, esperando un comentario que no llegó.

—Claro que no tienes nada que ver con él —dijo Kellan—. Nadie tiene la culpa de lo que hagan las personas que le han traído al mundo. Créeme, sé de lo que hablo.

—Además, algo bueno tenía que hacer ese hijo de puta —murmuró Connor, burlón, tratando de relajar la tensión que mostraba Naia al hablar sobre el tema—. Y poner de su parte para traerte al mundo fue lo mejor que pudo hacer. —Sonrió con timidez —. Pero no te preocupes, peque. No eres parte de la familia del Lince, eres parte de la nuestra.

Sabía que la aceptarían, pero escucharlo así, sin tapujos, y ver que ella quería formar parte de lo nuestro, de nosotros, me sacudió por dentro como nunca. Para siempre.

…

Regresé a sus labios en la profundidad de esa piscina y pegó su cuerpo al mío, enredando sus piernas alrededor de mi cintura, provocando que nuestras entrepiernas se rozaran y se apretaran al

arquear las caderas, mientras mis dedos resbalaban por su piel al acariciarla en el agua.

—¿Sabes? Dicen que las mejores historias empiezan con las mejores casualidades —pronunció sobre mi boca.

—No creo que lo nuestro fuera casualidad, Naia. Más bien diría que estaba escrito, que era parte del destino.

—¿Crees que estábamos destinados a encontrarnos? —Sonrió, divertida.

—Creo que no podría haber sido de otra manera. Tenías que aparecer para enseñarme a vivir, para enseñarme lo que es amar de verdad. —Sus ojos se iluminaron—. No podría haber sido de otra manera.

Nuestras bocas chocaron en un beso lento cargado de un sentimiento que podría intimidar a cualquiera.

—¿Sabes? Ojalá esto fuera para siempre…

—Esto es para siempre, Naia —sentencié, seguro de mis palabras—. Y no me refiero a nuestra relación; nadie sabe lo que podría pasar con nosotros en un futuro, aunque sé que los dos pondremos todo de nuestra parte para que esto funcione. Me refiero a que *nosotros* —recalqué— somos para siempre. Nuestra conexión y lo que hemos vivido es algo que nunca nadie podrá cambiar y ambos estaremos ahí para el otro por encima de cualquier cosa. Lo sé.

—Yo también lo sé. —Enredó sus brazos en mi cuello para abrazarme.

—Y aunque no puedo prometerte que será un camino de rosas o que no habrá tormentas por el camino, puedes estar tranquila porque ninguna de ellas te rozará sin golpearme a mí primero. Ni una de ellas.

Si de algo estaba seguro era de que por muy larga que fuera cualquiera de esas tormentas, el sol siempre volvería a brillar entre las nubes gracias a Naia. Porque ella era esa luz, la misma que me guiaba en medio de la oscuridad, ese faro en medio de la noche que me alumbraba hacia el camino correcto, mi guía hacia tiempos mejores. Hacia ese futuro que me moría de ganas por descubrir y vivir, de su mano. Siempre…



Epílogo

Kellan

Nunca había sentido lo que era estar muerto en vida. Nunca hasta esa horrible noche. Cuando vi cómo Lucho disparaba a África y a Lía —o a las que nosotros creíamos que eran ellas—, mi mundo se derrumbó. Un dolor profundo y abrumador me sacudió y una sensación de vacío se instaló en mi interior atormentado, sumándose a la culpa, a la ira, la desesperación y la sed de venganza. Porque era ella… Ella. ¿Cómo no iba a serlo? Tenía su ropa y aunque estábamos a varios metros de distancia, en la oscuridad, pude ver su melena oscura sobresaliendo del saco que cubría su cabeza. Y en cuanto vi el charco de sangre que se formó a su alrededor, supe que había llegado el momento. Iba a hacerlo: iba a matarlos a todos.

Por eso, no me costó apretar el pulsador que hizo saltar por los aires la cocaína y mandó a Lucho al mismísimo infierno. No tenía nada que perder, pero iba a lograr que esos tipos perdieran lo más valioso que tenían: la vida.

Cuando me llevaron hasta la nave del Ruso, herido, con un balazo en la pierna, solo tuve ese objetivo en mente y no iba a

marcharme de allí hasta lograrlo. No obstante, cuando Brenan y Daniella aparecieron en esa habitación en la que me habían encerrado, mi prioridad cambió: debía sacarlos de allí antes.

Lo que no me esperaba era que el Ruso se me pusiera a tiro con tanta facilidad. Reventé su entrepierna de un solo disparo; así, no podría volver a usarla. Aunque no iba a hacerlo; pensaba entretenerme con él, hacerle sufrir como lo estaba haciendo yo, pero sus hombres nos obligaron a cambiar de rumbo.

Y cuando parecía que todo había acabado, que habíamos logrado escapar, llegó la traición de Toño. Siempre creí que me afectaría cuando descubriera al topo que había entre los nuestros, pero no fue así; me dio igual. A esas alturas, todo me importaba una mierda; lo único que quería era terminar con ellos cuanto antes.

Tampoco esperaba que, tras la llegada de la policía, cuando estábamos a punto de largarnos, Naia nos pidiera volver a entrar en la nave para buscar a sus amigas. Nunca podría agradecérselo lo suficiente.

Al adentrarnos en ese viejo almacén, comenzamos a buscar en cada sala, en cada habitación, en el más alejado rincón, hasta que Connor notó que, bajo unas maderas que estaban acumuladas en una esquina, había una trampilla oculta. La abrimos sin dudar, mientras la policía seguía centrada en las detenciones en el exterior, y bajamos al subsuelo con las linternas de los teléfonos encendidas.

Cuando vimos a esas chicas allí, inmovilizadas y amordazadas, el rostro de Naia cambió y se llenó de felicidad al abrazar a varias de ellas, pero cuando mis ojos se encontraron con esa mirada oscura y felina entre las sombras, mi existencia volvió a temblar. África. Estaba allí, hecha un ovillo, tirada en el suelo, con las manos atadas a la espalda y una mordaza en la boca. Mis piernas flaquearon y me dejé caer de rodillas, de la impresión, como si fuera la mismísima diosa a la que rezaría cada noche. No podía creérmelo. No podía asumir que estuviera allí, a solo unos metros de mí.

Me levanté, fui hasta ella, cojeando, pero sin sentir dolor, y me tiré a su lado para estrecharla entre mis brazos, tratando de reconstruir mi alma, que se había destrozado al verla morir.

—Afri… —susurré con miedo a decir su nombre más alto, como si eso pudiera hacer que se evaporase—. Afri… ¿Estás bien?

Asintió, emocionada por verme, y en cuanto conseguí dejar sus manos libres, antes de quitarle la mordaza, fue ella la que se abrazó a mi cuerpo con fuerza para no soltarme.

—¿Seguro que estás bien? ¿Te han hecho algo?

Negó con la cabeza, sin separarse de mi cuerpo.

—Estoy bien.

Me separé de ella lo justo para coger su rostro y besarlo con deleite, admirándolo como si fuera lo mejor que me había dado la vida. Y así era.

—No vuelvas a hacerme esto, África. Creía que te habían matado y yo… Casi… Yo…

Me besó una y otra vez, comprendiendo lo que significaban mis palabras, como si pudiera sentir mi angustia al pronunciarlas.

—No volveré a separarme de ti nunca más. —La besé, centrándome en saborearla. Porque no pensaba volver a alejarme de ella y tenerla allí, pegada a mis labios, era el mejor de los deseos, un verdadero sueño hecho realidad.

—¿Nunca más? —cuestionó y se agarró a mi torso de nuevo, ocultando su rostro en él.

Negué con la cabeza, seguro de mí mismo, y besé su pelo, al mismo tiempo que aspiraba su aroma, con la idea de capturarlo para siempre.

—Cásate conmigo.

Lo dije sin pensar, pero era lo que sentía, lo único que quería, lo que más necesitaba.

—¿Qué?

Elevó la mirada y se encontró con mis ojos, que le rogaban un *sí* como respuesta.

—Cásate conmigo.

Sus ojos se iluminaron, pero no dijo nada. No le dio tiempo.

—¡Policía! ¿Estáis todas bien?

Algunas linternas iluminaron aquel sótano en el que los agentes se adentraron para ayudar a las chicas, a las que fueron examinando una por una, junto a varios médicos.

—Estoy segura de que esta es la pedida más original de la historia… —murmuró Afri, bromista.

—O la más inoportuna —le seguí el rollo.

No volvimos a hablar sobre el tema. O no lo hicimos hasta tres días después. Conté con la ayuda de Rosa y Claudio para organizarlo; podría habérselo dicho a mis hermanos, pero eran unos bocazas y estaba seguro de que me fastidiarían la sorpresa. Así que nos fuimos al club a trabajar y cuando regresamos, la zona del jardín se había convertido en un espacio cargado de magia. Habían puesto lucecillas repartidas por los árboles que rodeaban la piscina y habían colocado una pequeña mesa circular en el centro del jardín, adornada con flores blancas. La luz azul de la piscina le proporcionaba al entorno cierto encanto y una suave melodía sonaba de fondo cuando nos acercamos al lugar.

—Kellan, ¿qué…? ¿Qué es esto?

—Una cena, desayuno o aperitivo para dos, lo que prefieras.

—Es precioso… —murmuró como si no supiera que la única preciosidad que había allí era ella.

Nos sentamos y Rosa y Claudio nos sirvieron algunos platos ligeros que habían preparado y que degustamos mientras charlábamos sobre cualquier tema sin importancia. Y cuando creía que estaba listo, me levanté para clavar mi rodilla izquierda en el suelo, a su lado, y sacar una cajita aterciopelada de mi bolsillo. Sentí un intenso pinchazo en la pierna al arrodillarme; aunque los médicos consiguieron extraer la bala y parecía que estaba curando bien, la herida seguía molestando. Heridas de guerra que no iban a fastidiarme uno de los mejores momentos de mi vida.

—Kellan… —África se llevó las manos a los labios, sorprendida por mi gesto, como si pensara que todo lo ocurrido días atrás fue consecuencia de la adrenalina o del pánico a perderla. Pero no era así; lo quería todo con ella.

—África… Apareciste en uno de los momentos más difíciles de mi vida, cuando ni siquiera sabía quién era, cuando no quería nada, pero más te necesitaba —dije sin perderme el brillo de sus ojos—. Me salvaste la vida en varias ocasiones, solo con una sonrisa, con una mirada, y hace tres días, cuando pensaba que todo estaba

perdido, me devolviste a la vida. Una vez más… Has conseguido que quiera todo contigo, que desee una vida a tu lado. O que la necesite, más bien. Porque no puedo ni quiero volver a separarme de ti… Por eso, quiero saber si… —Abrí la caja, mostrándole lo que había en su interior, un precioso anillo de oro blanco con un pequeño diamante —. ¿Te gustaría casarte conmigo?

Sus ojos vibraron, a punto de desbordarse en un mar de lágrimas, y se tiró a mi cuello para enredar sus brazos a su alrededor y besarme con una emoción desbordante.

—Sí, ¡claro que sí!

…

Habían pasado casi tres meses de aquella noche. Tres meses en los que todos nos centramos en seguir adelante con nuestras vidas, haciendo planes que no tardarían en llegar, un futuro que me moría por descubrir.

Abrí la puerta del Dark Soul a primera hora, como siempre, mientras el resto de mi familia se escaqueaba por cualquier absurdo motivo que, en esa ocasión, ni siquiera me habían contado. África solía llegar pronto conmigo, pero aquella noche se libró por haber quedado con las chicas para organizar «detalles importantes sobre la boda», como se molestaron en enfatizar. Me adentré en el local y cuando encendí las luces de la sala principal, unos gritos ensordecedores me hicieron entrar en alerta. Porque no llevaba mi pistola encima, si no, la habría sacado.

—¡Ueee!

—¡Felicidades!

—¡Enhorabuena, Batman!

—¡Que vivan los novios!

Sonreí al verlos allí, chillando, alterados, con los brazos en alto. Estaban todos: Connor y Daniella, Eric y Lía, Brenan y Naia, África, Germán, Cano, Áxel…

—¿Qué es esto? Así que… ¿estos son los planes que teníais para escaquearos del trabajo? —protesté con mi tono más fanfarrón.

—¡Venga ya, Kellan! —se quejó Connor—. ¡Es tu fiesta de compromiso!

—¿Mi fiesta de compromiso? ¿No eres capaz de dejar de buscar excusas para organizar fiestas? —cuestioné con burla, fingiendo molestia. Aunque estuviera encantado por tenerlos a todos conmigo.

—¡Nunca!

—Enhorabuena, futuro marido… —África se acercó a mí y besó mis labios con una dulce mirada felina que me podría haber lanzado directo al abismo.

—Enhorabuena, futura mujer. —Le devolví el beso.

Durante los últimos meses, había pensado cerrar el Dark Soul en numerosas ocasiones; cada vez que teníamos un problema, más bien, o que las balas se acumulaban en torno a mi cabeza. En torno a los míos. Sin embargo, con el paso de los días, había descubierto que la felicidad se mide por esos momentos que te dejan sin aliento, por todos aquellos que me habían provocado una parada cardiorrespiratoria. Y todos ellos habían tenido que ver con el DS, en cierto modo. El Dark Soul no era solo una discoteca, un club o un local; era una forma de vida y no podíamos darle la espalda, así como así. Me negaba a cerrar el DS; era parte de nosotros, parte de nuestra esencia, de nuestra alma. No podíamos abandonarlo, sin más.

El problema estaba en su gestión, en esos palcos cargados de lujuria que habían traído muchos problemas —aparte de clientes— y en la droga que lo rodeaba. Por eso, decidí acabar con los problemas en cuanto volvimos a la normalidad. Convertimos el DS en lo que siempre debió ser, una discoteca de lujo con palcos y reservados, pero en la que no sucedía nada ilegal. O, al menos, lo intentábamos. Lo mismo que hice con las empresas de Iago; dejé sus negocios ilícitos de lado y me centré en todo aquello que podría mantener a nuestra familia a salvo mientras caminábamos con la cabeza bien alta. ¿El único problema? Le debía un cargamento al Colombiano. Pero era un buen tipo, y le tuvo cierto aprecio a Iago, aunque no entendiera el motivo, por lo que estuvo de acuerdo en cambiar la carga de ese submarino por convertirse en mi socio en una de las empresas.

—¡Eres un auténtico muermo! —Brenan me dio un manotazo y rio, antes de acercarse a Naia para besar su mejilla.

No podría estar más orgulloso de él, del hombre en el que se había convertido, de ese chico valiente, temerario, seguro y capaz que daría la vida por cualquiera de los suyos.

—¡Y tú en un bala perdida! —bromeé, haciéndole sonreír.

—Pues a mí me encanta… —Naia puso los ojos en blanco, ganándose un beso en los labios, de parte de Brenan, que duró más de la cuenta.

—Desde que has dejado el taller para trabajar en el Dark Soul, tienes muchas ganas de juerga, hermanito. Demasiadas… —murmuró Connor al pasar al lado de nuestro hermano pequeño, separándole de los brazos de Naia para revolverle el pelo y hacerle rabiar—. ¿No pretenderás quitarme el puesto?

—¡Eso nunca, Connor! —Brenan levantó las manos, mostrándose inocente, haciéndonos sonreír.

—¿Y tú? —Connor miró a Eric—. ¡La madre que te parió! Siempre llegas puntual y hoy, que teníamos que darle una sorpresa a Kellan, tienes que entrar por la salida de emergencia para jodernos el plan… ¿Dónde coño andabas metido?

—Tenía planes.

—¿Mejores planes que estar con nosotros?

—He ido a ver a mi madre. Llevaba mucho sin verla… Además, tenía que presentarle a alguien.

Eric miró a Lía y esta le abrazó para unir sus labios en un beso rápido y suave que nunca nos pilló por sorpresa. Desde el primer día, tuve claro que entre esos dos había algo que estaba a punto de explotar. Hasta que lo hizo y ya no hubo marcha atrás…

—¡Tendrás morro, Connor! —exclamó Naia, captando la atención de todos. Me encantaba esa chica; estaba tan integrada en la familia que parecía que llevaba toda la vida allí, junto a nosotros —. Tú has sido el último en llegar. Hemos tenido que montar todo esto nosotros… —Señaló a su alrededor—. Has venido cinco minutos antes que Eric.

—¡Pero yo tenía excusa!

—¿Sí?, ¿cuál?

—Hemos ido a ver al bebé —dijo Daniella, de pronto—. Ya sabemos si es niña o niño.

Todos nos quedamos en silencio, esperando la noticia, que no tardó en llegar. Daniella miró a Connor y este no pudo contenerse más.

—¡Es un niño!

Nos acercamos para abrazarles, emocionados, felices por las novedades. Aunque, en realidad, nos daba igual lo que fuera; solo queríamos que ese bebé fuera feliz. Todo lo feliz que nosotros no pudimos ser durante la infancia.

—¿Queréis saber cómo se va a llamar? —continuó Dani.

—¡Claro! ¿Ya tenéis nombre? —preguntó Lía, nerviosa.

—¡Qué emoción! ¿Cómo se llama? —se interesó Naia.

—Diego —dijo Connor, de repente, centrando toda su atención en mí para captar mi reacción—. El bebé se va a llamar Diego.

—¿Diego? —titubeé.

—Así es.

No podía creérmelo. Llevaba mucho tiempo sin escuchar ese nombre, mi verdadero nombre, el que me pusieron mis padres cuando nací. Sin embargo, al oírlo en los labios de mi hermano, un intenso hormigueo me recorrió de arriba abajo. No, no podía creérmelo.

Me acerqué a Connor y le abracé con fuerza, orgulloso de él, sintiéndome responsable, de alguna manera, porque, aunque no quisiera pensarlo, yo había tenido mucho que ver con las personas en las que se habían convertido Connor y Brenan. Y no podrían ser mejores…

—¿Estáis seguros? —cuestioné antes de soltarle, incluyendo a mi hermana en el abrazo.

—Tendrá el nombre del mejor hombre que conozco. ¿Cómo íbamos a dudar sobre eso?

—Opino como Connor, hermano —dijo Daniella, convencida—. Diego tendrá al mejor tío del mundo a su lado y encima llevará su nombre. ¿Qué más podría pedir?

—¡Ehhh! ¡Voy a ponerme celoso! —Brenan se acercó a nosotros, fingiendo molestia, y se unió al abrazo—. Enhorabuena, chicos. Me encanta Diego…

—¿Qué más podría pedir ese bebé? —preguntó Naia, repitiendo las palabras de Dani, colándose en ese abrazo múltiple—. ¡Nada! No podría pedir nada más. Ya es el más afortunado del mundo por tener la familia que tiene… No necesita nada más.

Sonreí orgulloso por estar allí con ellos, por tenerlos en mi vida, por la familia que habíamos formado. Orgulloso y feliz porque ahora con ese bebé, con Diego, tendríamos una nueva oportunidad para hacer las cosas bien, para darle la familia y la vida que cualquier niño debería tener. Una familia fuerte y unida que antepondría su bienestar por encima de cualquier cosa. Una nueva vida para nosotros, una nueva aventura por vivir. Un futuro que estaba aún por llegar y que me moría por descubrir, pero juntos, con todos ellos, como unos auténticos y temidos *dark souls*…

Bienvenidos al Dark Soul. Ahora y siempre.

Agradecimientos

Siempre que me preguntan «¿qué es lo que más te cuesta al escribir una historia?» digo lo mismo: el final, porque nunca sé cómo va a terminar, y los agradecimientos, porque me niego a dejarme a nadie por el camino cuando esta aventura es posible gracias a tantas personas. Por eso, solo puedo daros las GRACIAS a todos por vivir esta experiencia a mi lado, por vuestros mensajes, audios y reseñas, por dar una oportunidad a cada uno de mis libros, por querer a sus personajes tanto como yo… Gracias por leerme, siempre. Solo espero que os haya encantado el Dark Soul y su gente porque esto no ha hecho nada más que empezar… Y una vez que entras en el DS, es muy difícil salir de él…

Gracias a mis padres, como siempre, por todo, por tanto, por ser los primeros en apoyarme y en estar ahí.

A Mey, para no variar. Porque cada libro juntas es una nueva locura repleta de ilusión. Nos queda mucho por delante, lo mejor… Gracias por ser, por estar, por llegar hace veinte años para quedarte.

A Irene (@ladyromanticbook). Por aguantar todas mis neuras y sacarme de cada enredo, en el que me meto yo misma. Gracias por tener siempre un hueco para mí, a cualquier hora, y ayudarme con cada historia. ¡Eres lo más!

A mis villanas: Anny (@lady_fuxia), Rose (@rosegatebooks) y Noe (@noeliafrutos_autora). Por aparecer y quedaros, sin más. Porque la vida no sería igual sin vosotras a mi lado…

A toda la comunidad de *bookstagram,* que me ha regalado gente maravillosa. A Laia (@librosdelai), Adriana (@mrs.svetacherry), Eli (@eli.p.r) y Marisa (@lecturasmapita), en especial. A todos vosotros, a los que estáis ahí cada día; sería incapaz de nombraros sin dejarme a nadie, así que gracias por cada mensaje para subirme los ánimos, para preguntar, para charlar. Sois todos increíbles…

A Izan, Hugo y Javi, porque vivir cada día a vuestro lado es mi mejor aventura. Sois mi gran suerte.

A ti, que has leído esta historia, gracias por formar parte de ella… Gracias por ayudarme a seguir cumpliendo sueños.

Gracias, infinitas, siempre…